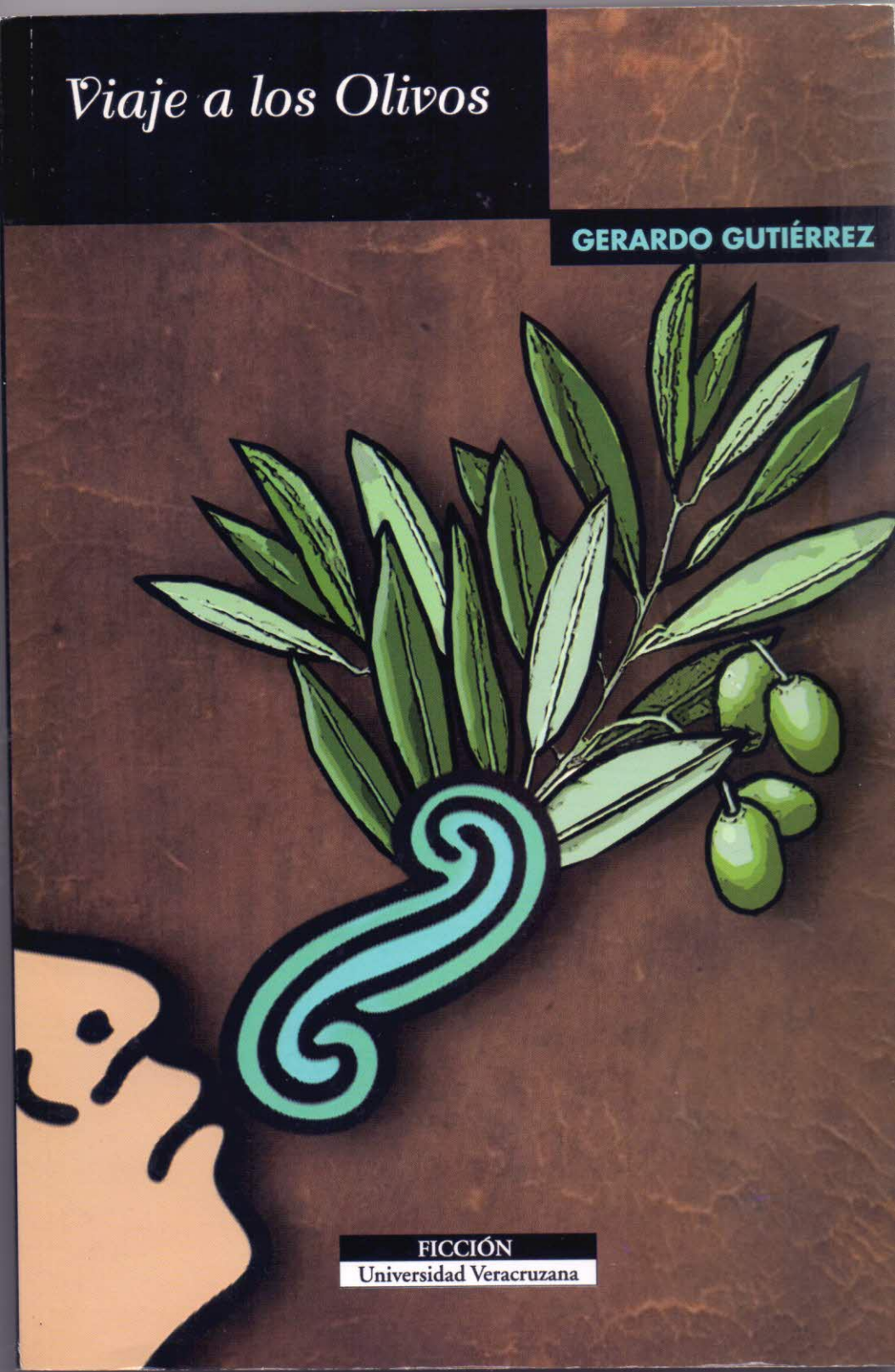
Viaje a los Olivos

GERARDO GUTIÉRREZ



FICCIÓN

Universidad Veracruzana

Viaje a los Olivos es una crónica absolutamente libre de la vida que pudo haber llevado en Barcelona el primer americano que viajó con Cristóbal Colón al regreso de su primer viaje: Hunaib Puh, quien, en Europa, inmediatamente debe afrontar los desafíos de su nueva condición histórica. Mitos, dioses, naturaleza y su desnudez son percibidos como señales inequívocas de exotismo e inferioridad. Las complicaciones no se hacen esperar; muy pronto es devorado por minúsculas y puntillosas calamidades. Su refugio será el silencio, la nostalgia y más tarde el amor.

En Viaje a los Olivos, historia e imaginación se confunden para mostrar los nudos de intereses formados en torno a un ser que, indescifrable símbolo de su tierra natal, se convierte por ello en objeto de disputa. Hunaib se encuentra donde chocan los poderes coloniales: la Iglesia (el Tribunal del Santo Oficio) y el Estado. En ciernes está el surgimiento de una nueva raza y con ella una serie de visiones del mundo inéditas y desaforadas.

A la par de esta disputa surge en la novela otro personaje: el lenguaje, un estallido verbal que busca contar la epopeya de Hunaib, pero también instalarse en el texto como un instrumento de creación y experimentación. Es el lenguaje lo que lleva al relato más allá de las restricciones históricas o de las convenciones sobre el funcionamiento del tiempo y el espacio; así el discurso arcaizante se disuelve en un mar de referencias múltiples, donde confluyen muchos otros discursos que se le superponen.

Gerardo Gutiérrez (Guadalajara, Jalisco, 1964) es doctor en Análisis del Discurso por la Universidad Autónoma de Madrid. En su faceta de escritor ha publicado, además de esta segunda edición de *Viaje a los Olivos, Las tertulias de un papalote* (novela, 1993), *El cuaderno de Liszt* (relatos, 1994) y *Bajo la niebla de París* (novela, 2005). Actualmente es profesor e investigador en la Universidad de Guadalajara.

Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

ISBN: 978-607-7605-13-3

Viaje a los Olivos

Gerardo Gutiérrez Cham

a mi pequeña Andrea, porque esta novela se escribió
mientras ella dormía y soñaba con las estrellas.

Durante dos años compartimos habitación con el moreno Dieguito, último superviviente de los indios que trajo mi padre en el primer viaje. Mucho jugamos con él a la pelota, a las tabas, al tira y afloja y al escondite, pero no supimos merecer su amistad; malo era si le ganábamos y por si le dejábamos ganar... Poco antes de sucumbir al sarampión, Dieguito se me encaró y entre toses perrunas me dijo que, después de mi progenitor, yo era el mayor falsario que había conocido. (Hernando Colón)

España, 1493.

Alto el disco solar. En la llanura de trigo que baja por el Guadalquivir una coz de caballo partió el pecho a Bonifacio Serena, obispo de Burgos. Nadie hubiera imaginado que la muerte de aquel señor de grandes poderes llegaría en un día tan corriente y anodino como ese. Nadie, ni siquiera él mismo que a la sazón paseaba tan despreocupado y quitado de la pena tras haber persuadido mediante muchas y difíciles palabras a Sancio, el ayuda de cámara, sobre la conveniencia de salir al campo y fundirse entre la gente simple y agreste del bajo pueblo, aunque para ello tuviera que disfrazarse de clérigo harapiento. Sin embargo estaba escrito. Las redes del destino habían confabulado su emboscada y todo debía cumplirse según lo previsto por un pequeño chamán, quien al otro lado del mar estaba soñando esa misma escena de muerte mientras dormía en su hamaca de palma junto a las aguas dulces y frescas del río Grijalva.

Un jinete solitario y de armadura reluciente apareció en el camino. Rodeó a Bonifacio mientras picaba espuelas al caballo para encabritarlo.

—Buen hombre ¿hacia donde diriges vuestros pasos?

—Hacia el silencio absoluto.

El eco tragó una risa hueca, plopante. Bonifacio Serena se apostó confiado en su inexorable poder disciplinario. Pero esta vez la psicología del héroe estaba gobernada por designios polares más allá de su alcance. Más bien se abismaban uno al otro con admirable involuntad de subordinación. Cuántas veces observó al impresionante ballestero. Los crespos cabellos ondeados por vientos del norte que lo circundaban, el negro listón del que viaja sin comarca. Pero sobre todo, no podía desprenderse del aspecto bestial de aquel hombre, cuyos bufidos y cuernos de vapor salían por entre las rejillas del yelmo como natas del infierno.

—¡Hey, decid nombre y mostrad permisiones!

—Jamás cargo más autoridad que la representada por este sayal, y si ando a flor destos caminos debido es a mi solitaria potestad.

—Morid pues, hijo del gran diabolo, que yo vengo a cumplir ordenanzas del Reino. Me manda vuestra majestad el Señor Gobernador.

Entonces el caballo ancabritado fue picado con rabia en la zona alta de los testículos y allá soltó la certera coz que dio en el centro del tórax desprotegido del obispo de Burgos. Fue un golpe seco, ahuecado apenas, pero con la misma fuerza de un tronquete afanado en derrumbar un pórtico. Inmediatamente se hizo un vacío. La heredad que reservaron títulos comarcanos, heráldicas, fuertes y villorrios empezó a desvanecerse con aquel crujir de huesos que sus oídos percibían como un rumor lejano. El otro, el criado traidor levantó el ventalle de su casco para escupir tres veces al suelo y antes de galopar huyendo, pronunció algunas palabras extraviadas para siempre.

Ahí quedó moribundo el obispo. Los cronistas más contemporáneos afirman que no se cubrió de tinieblas inmediatamente, sino que levantó la cara apoyándose en la tierra y pudo aún incorporarse como para salir del asombro. Pero después de unos pasos se desplomó como un fardo arrojado desde el cielo. Entonces entornó los ojos plegándolos hacia un punto extraviado en el infinito celeste y una luz diagonal permitió que recordara una vez más la esfera de su muerte. Después, incienso, humo y niebla lo

cubrieron a pesar de la aferrada fuerza con la que empuñaba un pequeño baúl con el pergamino en rollo que lo hacía valer como Virrey de la Plata y Señor de plenos poderes en tierras del Potosí.

Su cuerpo aún estaba tibio cuando pasó volando a ras de suelo un enjambre de cuervos. A uno que andaba extraviado le dio por chupar el cordón sanguíneo que bajaba por una comisura. Bonifacio Serena llevaba capisayo, tan oscuro como el espacio capitular que lo cubrió de tinieblas. Antes de cerrar los ojos para siempre, acudieron a su memoria extrañas imágenes, visiones confusas, huecas palabras, deseos, pequeñas láminas azules donde figuraban inumerables rostros de hombres y mujeres. Todo empezó a debilitarse a medida que las fuerzas lo abandonaban. Sin embargo, aferradas a su memoria se volvieron nítidas las siguientes palabras de un moro menesteroso y harapiento que un día se plantó en medio del camino polvoriento y sin decir agua va, hizo detener la caravana de carruajes que lo conducían a los baños termales de Aranjuez <<Deteneos señor obispo, gran benefactor y engañador del mundo. Multiplicaos y vomitad de una vez por todas el pan que os ha sido encomendado. Voluntariamente romped una de vuestras falanges para que nunca se aflijan los fieles, y si acaso revienta huesos la muerte, acatadla con sabia disposición. Al Paraíso dejaros llevar aflojado y nunca se os ocurra indagar más de lo heredado porque ingresareis a laberintos de muerte. Plenamente endulzad hasta donde podáis. Ya sabes del regocijo que nos reserva lo grande tanto en la oración como en el sexo, que nada podrán los azarosos en contra vuestra. Pero decidme ¿te llamas Edén, Adán?, ¿te llamas Pedro?. Bonifacio Serena es el menos verdadero de vuestros nombres, nunca lo dudéis. Anda, id y predicad por todo el Reino premáticas y cuantas paradójicas virtudes la vida os ha revelado.>>.

Un hilo de sangre negra chorreaba por una de sus comisuras. El cielo descendía cada vez más y su mente confundida no podía expulsar la imagen del moro menesteroso. Así estuvo luchando unos minutos, los últimos de su vida, hasta que un gran esfuerzo de voluntad soterrada obró para que aquella imagen saliera de su cabeza y se perdiera para siempre en el polvo de aquel camino. Ahora todo terminaba. Las nubes se hacían más bajas, el cielo más oscuro. Nada significaban aquellos y otros muchos discursos que le habían sido endilgados a lo largo de su vida, pues del mundo desaparecían todos y cada uno de los hombres conocidos por él, incluidas sus estúpidas ambiciones, amores y codicias. Del Reino suyo, tan afamado y poderoso apenas quedaban rastrojos quemados. Las ganancias en oro y plata de las almas conversas se habían ido a la mierda para siempre. Los favores del Papa sonaban a palabrejas de mercader hambriento. Nada significaban aquellos ríos de tinta esparcidos en pergaminos que lo acreditaban como único y legítimo poseedor de nuevos territorios cristianizados en provincias de la Nueva España. Mucho menos era capaz ya de recordar el nombre de alguna de las ocho mujeres que le habían hecho roturaciones de amor en el cuerpo y en ese mismo sexo ahora tan apagado e inútil como en sus primeros días cuando había llegado al mundo parido por una mujer también enloquecida desde muy joven gracias a las malas artes del odio, la traición, la codicia, los celos, el perjuro y las apostasías frustradas, así como todas y cada una de las veces en que ella, loca de amor y loca de ira intentó cortarse las venas con cuchillos para desollar vísceras de cerdo.

Pero su madre hacía muchos años había muerto y ahora su respiración apenas útil para darle unos minutos de vida le permitía darse cuenta que ya no la recordaba, que en realidad nunca había significado mucho para él, que en realidad siempre la había

odiado y no en pocas ocasiones había deseado estrangularla con sus propias manos, Dios me perdone, alcanzó a murmurar, pero solo un poco porque al mismo tiempo comprendió que en su vida tampoco habían valido de mucho los favores del Papa firmados con su puño y sellados con lacre en pergamino pontificial, así como tampoco habían valido para gran cosa todas esas ínfulas y barberías que a diestra y siniestra le prodigaban las cortes de lameculos arrastrados que llegaban a corte. Lejos, muy lejos quedaban ahora los banquetes, los sermones aderezados con vino chorreante, músicos italianos y farsantes acompañados por séquitos de comediantes, los cuales tan pronto entraban al palacio del Señor Gobernador mandaban cerrar las puertas de Palacio, muy a su gusto y el podía entonces liberarse de los asedios y súplicas de todos esos mendigos que día y noche lo acosaban en busca de favores e intercesiones, los mismo que por unas cuantas indulgencias solían ser dóciles y dispuestos a todo, incluso a dejarse marcar las carnes por verdugos inquisitorios, como se hace con las terneras de lidia para no perder la cuenta de los pecadores que habitan en este mundo. Ya nada vale, nada sirve, todo se va cerrando, todo va perdiendo sentido, importancia, razón de ser. Su cuerpo se corta, las extremidades se aflojan, los dedos se abren, apenas tiene fuerzas para abrir un poco los párpados, un poco de saliva en la lengua. Ya no hay nada, nada. Sólo llega el silencio, la obscuridad, la muerte.

Ese mismo día pero diez años atrás, había solazamiento en el Palacio de Toledo. De lo más granado entre dones, hijosdalgos, damas de corte y demás pudientes. Todos se solazaban a puerta cerrada. No era para menos: perdices ensartadas y piñones en acitrón amarrados con ganzúas a los palanquines reales. Varios lechones con escurrientes grasas y el ají de Indias, paseaban abúlicos, artificialmente inflados, entre contorsiones de rameras y bufones. Pero invariablemente los llevaban cargados a fuerza de lomos negros que sudaban como ángeles bronceados, en vísperas de opulencia intestinal y además triunfales como si fuesen racimo del símbolo sagrado que ostenta la severa virtud.

Las perdices a los extremos, colocadas macho contra hembra, encontradas con sumo ingenio falocrático en charolillas de plata guanajuatense, formaban procesiones encadenadas por rabos de cerdo untados de barro. Cada charola iba sostenida por un esclavo. Algunos paretaban su torso de semental a varias damitas cuyo rubor, despertaba murmuros entre golosos del tráfico carnal.

Todos negros, familiares del féretro, relacionados con la peste, hijos del dios buboso, condenados a tragarse los verborreos de quienes los tachaban de orugas infames y durante siglos los obligaban a rolar el pellejo por lo crudo, igual que a pordioseros andaluces, cuando atados de manos y pies, debían andar a sueltas por los

callejones, mientras un paje siempre vestido con el negro de los oficios, les aventaba unos duros con esa excitación ya milenaria del ego santífico.

—Escúchame Sancio, aquí las ideas florecen. El seso en algunos tiende a marchitarse para siempre, mientras que a otros les viene por obra de magia y suerte, un agrandamiento en las ideas imposible de respirar. Cada ventana circular o cuadriculada, colocada en lo alto de las ojivas, lleva las cuatro insignias del universo con sellos y rebordes de oro, de tal modo que sólo hablen estas formas de poder. Así ni el moro ni el judío podrán atreverse. Míralos ahí afuera confundidos entre la ingenuidad. Para ellos al mundo le cuelgan belfos; incapaces en el sano juicio de comer como Dios manda una liebre o una codorniz. Por algo será su voraz apetito buscando sombras. Mejor condición la del mendigo. Aquí en el Reino se dice hasta de reflejo, vaya, tiene sangre morisca o viene de judería, no vale un cuatrín. Si por algún extraño motivo les toca oficio, pronto excusan el deber con argumentos de baja ralea. como aquel Ordoñez que pretendía guardar aposento a sazón de ciertas llagaduras que le brotaron de los pies. Nada es admisible, nuestro deber está en su pleno sometimiento. Nada blando hay que ser con ellos. A ninguno quiero con trazas de regidor, controlador o maestre. Mucho menos debo permitir el capricho de que alguno afane deseos de preceptor o jurisconsulto. Bastante matemática y ciencia de curanderos hemos tenido. Llevamos largas temporadas cristianizándolos, ajusticiándolos, ofreciéndoles oficiosas prebendas a cambio de trabajos justos a su condición de infieles. Mas a todo resisten como fértiles plagas. No lo digo yo, anda, vamos, salid al zoco y daros cuenta lo que se dice. Tienen poderes extraños. A uno lo vi transformarse frente a mis ojos en halcón, ¿recuerdas?. Ya estábamos en pleno temporal de calor. Montábamos ese día, yo como señor Gobernador, cuatro pajes, dos alguaciles y tú, que por cierto me has dado siempre mala entraña de falso converso. Pero allá el Señor que te reviente gusanos en el hocico si acaso me has mentido. Escucha. El caso es que al principio se portó grosero. Uno de los pajes quiso arrancarle un medallón que traía colgado al pecho y ya vez, forcejearon hasta que Reinaldo el corcovado lo sometió a vapulazos.

—Mire usted hacia el confín, algunos alabarderos ya lo acusan de felonía.

—Ah, esos calzonudos de poca espesura, lloran como siempre, no por mí, eso tenedlo por seguro, sino a causa de su propia sandez. No entienden que las leyes han de hacerse valer con todos los bríos de la faz. Desde siglos desconocen su propia imagen y sabedlo desde ahora, esta tierra de labradores debe sus buenas artes al arenal bravío que hay en mi persona. Yo los he conducido sin trampas ni dogmáticas mentiras hacia los linderos más providentes del reino. Y juro en este mismísimo instante que no a otro sino a este Gobernador, deben agradecer su legítima representación ante las cuatro partes del mundo.

—A Dios nuestro señor guardamos y recibimos cada día en las encomendaciones, misas y dineros que tantas mercedes nos ha favorecido esta comarca. De igual modo alcanzamos el merecido beneficio proveniente de las tierras vaporosas de las que tanto se habla más allá del mare ignoto. Pero ahora me siento abrumado, tengo fatiga en las curvaturas de la espalda. El mismo punzón de siempre, aquí por este lado. No, cuidado, jamás pretendáis tocar mi cuerpo sin mi consentimiento. Antes bien, conseguid inmediatamente al monje preceptor y haz lo propio con el médico andaluz....¿Pero qué dices?...moro, nada importa lo relapso de su condición cuando ha de limitarse al ejercicio de sus dotes liberales. Esta molicie me tiene los huesos picados como palos de cibera.

Pero atended, nada quiero de Fernández, que le tengo purgado el ejercicio. Anda muévete, pareces carabobo. Déjame solo en este lecho sofocado. Llevo tres días con los labios resecos, me han salido tatuajes de vejez en la mollera. Vomito espejuelos negros que me desgarran la garganta. La lengua se me hincha y después tengo urgencia de tirarme al suelo idiotamente sin la gracia de comprender, pues ese marrano de Fernández me inyectó unos líquidos verdinegros pero en contra de mi voluntad. Seguramente no advertí el continente idiota en su expresión, ni la mala entraña que pretendían sus intenciones cuando sacó unas alforjas de mala muerte y me dijo que pronto quedaría lustroso de vísceras y hermoso de la piel. Sin embargo nada ocultable hay en lo evidente de este cuerpo decrépito. ¿Acaso nunca voy a merecer cordura?. Dime si alguna vez podré aparentar fiereza de león. Señálame cuando menos algún futuro real, sin desvaríos, que no sea la constante incertidumbre mi único poder, ahora que tanta potestad hemos acrecentado a favor de la Corona. Se nos bajan los empréstitos y lo peor es que topamos en círculo de mercaderías asoladas por bandoleros del mar. Ya no sé a cuánto asciende la deuda en reales, incluso hemos doblado pagos en barras de oro y no acabamos de tapiar el pozo. Debemos embarricar especias. ¿Cómo circula esa esclavería del sur?. Necesito notificación de todo, absolutamente de todo, me oyes; el reino crece y yo tragado en este catafalco sin más compañía que los rincones de un aposento desnudo y sin la debida consideración para restablecer mis fuerzas. ¿Dónde están las cortinas de Flandes que ordené al maestre de servicio?. Necesito percibir de cerca el humor de mis reliquias, el oro de nuestra conciencia. Tapices, retablos, miriñaques; nada fuera, que para ello permanece la salvaje naturaleza de los eternos infantes. Allá sus majestades, empeñados en oros de Jauja. Yo en cambio, soy de este mundo, merezco riqueza en el nombre y boato en la piedra del asiento. Pero es verdad, aunque os confieso mi coraje por lo acertado de tus palabras, encima llevo una débil confitura humana. Mi vista disminuye su placer. No veo más que risas idiotas, paredes huecas, mujeres y hombres acusándome detrás de las puertas. Me fingen falsa conversión a ganancia de limosnas y peor aún, haz de saber cuánta verborrea les fluye a la mínima ocasión, con tal de adulzonar mi voluntad, aunque invariablemente lo hacen con esa falsía del que nunca muestra su capacidad. En el fondo son todos infieles, lo mismo judíos, árabes o aclamados conversos. Yo, aunque pecador, no debo esperar otra cosa diferente a la traición oculta y nada importa si mis cavidades pronto se habrán de llenar de alcaparras. Nada tiene que ver si debo untarme lejía hirviente alrededor de los ojos para observar claramente y no cegarme, cuando allá en los fuminatos del reino sea necesario embalsamar muertos con estas manos poco a poco marchitas como pasas. Cuando esto pase, naos cargadas con fanegones de sal vendrán a sepultar esos cadáveres que de vez en cuando suelen aparecer tirados por los bordes de los caminos. Después anunciaré una expedición universal en busca de cipreses. África primero y luego Indias; bien apercibida con jumentos, cremas, estoraques, incienso, cal y todo lo necesario con tal de no permitir un solo cadáver en estado corrupto. Bien sabes hasta donde soy enemigo de la insepultura, Sancio. Ahora escucha, deseo que estas voluntades sean observadas al pie de la letra. Consígueme, pluma, lacre....papel.

Aire, luz y consumición, prefiguran el pensamiento de los monjes más recelosos. Bonifacio Serena, gran obispo de Burgos, llevaba un medallón escorial. Se advertía que le habían sangrado las encías. Clavaba los ojos abultados entre párpados saltones y cuencas profundas a cada paso enarcándose como si las obras del demonio fuesen a succionar los cuarenta nichos de su cuerpo.

Ingresó esta vez más temeroso, nariz y ojos a media sombra perfilando lo escuálido del rostro, metido casi todo el tiempo en la caverna del capucho.

Era evidente, desconocía infinitamente su cuerpo. Se notaba enrejado, tatuado nada más a capricho de las fantasías que dictaba el pensamiento, como un laberinto de piedra obstinadamente circular. Todo eso era Bonifacio y al mismo tiempo no era nada. Su cuerpo emanaba espirales aromadas con ajo, engarzando el cuerpo a un reflejo de lo mercenario, brutal, puro, no desnudo ni simétrico de alma, sino purificado en el sentido más estricto de la palabra; es decir, buscaba ser entre los hombres. Pero ya un comensal medio ebrio tropezaba con una barrica, de tal modo que terminó dándole tremendo empellón. El obispo se puso dificultosamente de pie, como quien levanta un féretro. Rabió un difícil anatema y siguió de largo.

Del común saber o en boca de todos andaban las insidias entre Bonifacio y el Gobernador. Se decían sandeces. Abrían chismajos por lo recto, sin escamoteos de lengua. Probablemente habían llegado a un punto de mutua conveniencia, más que nada para mantener sin altibajos el espíritu aguerrido y tronchón de la época; mas casi siempre las goteras rondaban al Gobernador, quien solía farfullar denuestos contra lo que invariablemente calificaba como requiebros *místicos*. Después de varias calenturas verbales pasaba noches en vela, sofocado, bocabajo, con las pócimas curativas aventadas por el suelo y repitiendo caprichosamente como infante, que si todas esas cosas pasaban en palacio, era debido a tanta delación, infamia y chismorrajo que circulaba por los confesionarios tutelados por el obispo. Y aunque nunca lo admitía, los portentos investían su vuelo; subían a la superficie del río, se atajaban, encendían flamas circulares sobre la tierra, el éter y toda la faz posible donde cupiesen los mástiles y cruces del reino. Para muchos el solo hecho de acudir al confesionario indicaba la dirección de su aventura, la fuerza significativa de sumergir el pensamiento en desordenadas procreaciones: tirar a poeta, entonar églogas, trepar a una barcaza y chupar los senos más rebosantes de una cortesana. De tal modo que los escondites del humo iban y venían, casi siempre custodiados por aves de rapiña: pretendían arrancar algún secreto

al confesor sobre la vida herética del Gobernador. Así podrían inculparlo; además el mito desobedecería las pretendidas falacias de un pueblo administrado bajo los auspicios del terror. Pero Bonifacio aseguraba no saber nada, sobre todo a las mujeres y entre todas a una en especial: tez delgadísima, pómulos tatuados y con dos ciruelos en el pecho que le resquebrajaban el habla toda vez que la moza untaba su frágil coraza en las rejillas del confesionario.

—¿Cómo es el Señor Gobernador?. Sus noches tristes ¿cómo las pasa?.

Eran al mismo tiempo declaraciones de amor y protesta.

—Desde ahora mea filia, tus batallas sólo serán del alma.

—Penitencia confesor, penitencia, pero déjeme verlo. Sé que abunda en usted el poder.

—Púnzate las uñas con alguna púa. Tus pensamientos pertenecen al triángulo negro de la vanidad. Se nota que haz tenido contacto con jayanes.

Bonifacio decía en tono de prescripción médica.

—Salve, preferí dar traspiés y recorrer las calles a solas. Bien sé que hay fiesta en palacio. Vuesas mercedes me ocultan saber lo que es trabajo y propiedad del pueblo. Esta vez no vengo en plan de mendicante.

—Por favor señora, bajad la voz que desta manera pronto nos convertirán en cera y pabilo.

—Está bien, pero entienda. Calles abajo hay un ejército de limosneros; vienen sin olvidar nada. Escuche, desde aquí los oigo. Traen a sus mujeres, a sus niños idiotas por el mal francés que recibieron de sus padres. Algunos por lo menos salvan la roña, pero ninguno se escapa del hambre.

—Señora mía, qué venís a mí con esos reclamos. Yo no soy ni juez ni gobernante. Me ocupo de las almas, no del cuerpo, ¿Acaso emano mirra, canela o menta espiritual?

—Siempre a sus mercedes les parece imposible asomar el pico sin mentiras a la carne del quemado. No hay más que decir.

Se levantó, y sometida a la plaga de callar se fue, repudiando una vez más la indiferencia tras el capucho. Rabiaba por el abismo centenario que la mantenía en vilo, convencida de las mínimas hecatombes en su cabeza, inagotables, fraguándose siempre, todas desordenadas, impotentes, tuertas y malogradas. Necesitaba decirle de qué manera en medio de los organismos débiles, la sola apariencia de salud, constituye una fortísima demostración de poder.

Bonifacio permaneció meditabundo hasta perderla de vista. Se descapuchó revolviéndose la hirsutez de su cabeza. El sudor se le achiclaba en el cogote a racimos. Minúsculas, peras transparentes como aullidos de líquida contradicción. Ya no escucharía nada hasta el servicio nocturno. Además, llegábanle burbujas de humedad y de frío, tan insoportables como las cantaletas del señor Gobernador. Así que absolvió de prisa: un alguacil, dos criados, un vendenaipes, tres guardias. Todos en fila, repentinamente privados del sacramento, fueron desalojados por el hisopo del obispo. A uno se le ocurrió abrir el frasco de mariposas que traía envuelto en la pechera. Soltó risotillas, menudeando la expresión de Bonifacio, cuya insectofobia era del vulgar conocimiento. Pero tardó unos minutos. Enseguida quedó sumido en el silencio, abandonado al murmullo lipidóptero del incienso. El reclamo de la mujer lo había sombrecido. Afuera, el sol estaba poniéndose acuamarino, casi violeta. Y otra vez un

bálsamo auditivo rumiaba el muro, dejándole hacer acantilados procedentes del picoteo que los pájaros hacían al higo seco del jardín.

Todavía circulaban viandas cuando Bonifacio cruzó el patio: jabalís, ginebra, tocino asado. Varios herejes encadenados lo golperaron hombro a hombro, cuestionándole su exigua presencia en ese lugar. Vaya espectáculo: desfilaban sentenciados con los músculos de la espalda brillantes bajo el sol. Iban flejados por las muñecas y con la marca del inquisidor sobre el omóplato izquierdo ¡Sálveme, corpus hedí!, gritó una mujer. La llevaban amarrada con el irónico tisú de las brujas. Pronto la franja del rosicler dará la señal a los verdugos que harán arder los leños y la mujer delatará en sus ojos una intensidad infinita. Eso es el clásico devenir. Ahí los cuerpos no existen, son meros trabajos de curtiduría divina o diabólica. Ya tenía su buen tiempo una rauda de utopías terribles; el mundo flotaba cogido por el aire gris del sometimiento. Eran tiempos del precepto, del cincho ajustado a la mente del jerarca. No, eso ya daba zumbos de anticuadez. Ahora las horcas y la muerte asumían su contrapartida en el fabuloso noticiero del mundo allende la mar. Por eso entre pudibundos y plebeyos poco a poco se fermentaba un columbrón más nuevo y con la magnífica ventaja de que lo depravado no quedaría desagradablemente expuesto al pudor europeo. El toro así, llevaba cuernos y había pinchado al frágil quetzal.

Mientras tanto, el señor Gobernador concedía audiencias con la sangre clavada en un ojo. Rabiaba debido al complicamiento de la gota. Los ayudas de cámara esquivaban su fetidez bucal, celebrándole hipócrita y nobiliariamente sus profundísimos enojos.

Hacía días que todo se volvía putañero en espera de nuevas. En eso, dos guardias levantaron clarines. Las fauces de un león resacado que unía los dos pórticos del salón de audiencias se dividieron para abrir paso al bizarro Pedro el sevillano. Venían dos enanos detrás, empujando una carretilla, sobre la cual se alzaba un baúl impresionante; sus vistas frontales y laterales abultaban entre burbujas de oro y jade a lo mejor del preciosismo Aquisgrán. Cuatro pajes y un oidor completaban la comitiva. Se ordenó callar hasta no pasada la primer amonestación del señor Gobernador, que ya se ponía de pie, completamente adusto, con la cabeza levantada en émulo de patriarca universal, porque sabía, en medio del ventarrón helado, que la época estaba en brama y que nadie, por más gladiador romano, por más hopalanudo en la vestimenta o por más demonios territoriales reflejados en su mirar, podía igualársele en poder y fantasía. En sus afanes hacía marejadas grandes: comentaba que aún el pontífice Alejandro debía observar desde los atrios bajos cualquier ceremonia en ese palacio.

—Sancio, haz tocar las almenas.

Un paje se acercó hasta el incensario que pendía justamente
desde el centro de la cúpula, hasta una altura sobre el suelo donde la mirada del Gobernador hiciera noventa grados con el horizonte. Pocos años atrás, una controversial disposición lo había modificado. Ya no era un galeón con las ambiguas ondulaciones del mar. Ahora el incensario se alzaba redondo, con una cruz de hierro apostada sobre la parte que apuntaba al cielo infinito, símbolo de la cristiandad sobre el mundo. Así una grisura de sahumerio invadía sin remedio los asuntos más importantes de la oficialidad. Varios iconógrafos tomaban apuntes con sus diminutos pinceles, en prevención histórica del memorable suceso. Uno de ellos desenrolló un pergamino, cuya inscripción se adelantaba con más de trescientos años al pensamiento de Humboldt.

—En este sacrantísimo lugar, la verdad es valiosa en sí misma, pero más valiosa es la habilidad de encontrarla.

Otro mostraba una tela con efigies milenarias, aves fabulosas y frutas imposibles, pretendidas en tierra de blancos, gracias al festín imaginario que traían consigo los heraldos del Nuevo Mundo.

El Gobernador puesto en pie buscaba su perfecta estatura. Su diestra levantaba enarcando el pecho como una cimitarra; presto a decir cosas en tono de bitácora. Pero en ese momento un pensamiento lo flechó. Tuvo la impresión de contemplar a todos en un espejo convexo, deformados y tristes como aquel misionero que regresó del Nuevo Mundo con los testículos metidos en una bolsita de cuero colgándole de la cintura. Otro más le vino a la memoria, del cual se dijo muchas veces que unos salvajes lo habían torturado amarrándolo a un tronco de palmera y que lo habían punzado con agujas de una rarísima planta, y luego que también le metieron tres anillos carnívoros que le devoraron los tres primeros dedos de la diestra.

—Buenas nuevas traes al señor y a este gran pueblo hijo de la Alcarria. Bendecid al reino al través de tus noticias, afamado
Pedro el oriundo de Sevilla.

—Señor, las trasatlánticas audiencias me comendaron vocearle que dimos con el bajo Paraíso.

Exaltación general. Casi al unísono todos empalmaban las rodillas en el suelo. Sin embargo una voz estalló sorda.

—¡Vosotros acusáis al empenachudo y le decís antropófago, pues ellos acusan a ustedes de teofagia!.

Inmediatamente, sin grande aspaviento, el señor Gobernador hizo una señal con tufo a César lleno de miedo. Solicitaba castigo ejemplar al majadero.

—Meted a ese hablantín en cintura. Soy aficionado a los grandes respetos. No caben follones de tal naturaleza en el reino.

Era increíble, pero Bonifacio dijo aquello sin desearlo realmente. Su voz había emitido el impulso de una visión futura, completamente involuntaria. Estaba tan asustado y sudoroso que algunos le supusieron fiebre bubónica (parecía luchar contra una descarga de rayo). Ni siquiera los guardias pudieron someterlo. Temblaba con espasmódicos delirios, llorando, rezongando desde lo más profundo a razón de la desaforada consecuencia de imágenes futuras que desfilaban como en cinemascope a lo largo y a lo ancho de todo su cerebro. Tuvieron que ponerle cuerdas y sacarlo a rastras.

Pedro el sevillano sonrió.

—Excelentísimo señor Gobernador, aquí traigo noticias más valiosas que todas las arrobas de orégano juntas y por haber.

—Adelantad esa voz y da lectura sin retardos al cartapacio.

—Declaro, señor Gobernador, cleresía, miembros del pundonor, plebes y patibularios, que por fin sabemos: la utopía está en otro lugar. Muéstrense iracundos, pero la verdad es esa señor. Nuestras naves han sobrepasado toda superstición.

—Eso es, relátame. Dinos cómo y de qué tamaño es la perfección allende las pesquisas descubiertas por nuestras naos. Pero antes explícate eso del bajo Paraíso.

—No puede ser otro mi señor, sino un Paraíso bajo, donde hay miles de pájaros, animales y muchas cosas a maravilla, surgidas todas de la tierra podrida que por allá se da. Por dentro, más abajo del suelo aparente habitan los infiernos, afuera los vientos y

lodos irrumpen más fortísimos que la Tramontana de Cadaqués. Debe haber otro Paraíso mayor, de eso estamos seguros, allá mucho más abajo, por las tierras más templadas y equinocciales del sur. A éste que ya encontramos, le abunda todo en grado escogido, ya sean animales u hombres mi señor.

<<¡Mundo invertido!>>, exclamó Bonifacio desde su telúrica celda. Visiones intermitentes luminaban su frente. Pero esta vez persistía, concentrándose hasta ver con perfecta nitidez algunos pormenores de la audiencia pública.

—No hay pelo entre los hombres. Carecen de barbas mi señor. Los árboles crecen impotentes hacia el fondo. No echan raíces porque llueve mucho y la tierra está podrida. Pero el mar es dorado; parece más feliz, alambricado y perlado como ninguno. También debo deciros que nunca mis ojos vieron azul tan intenso en el cielo.

—Dinos, anda ¿existen monstruos? o nos ha engañado la mitología.

El hombre que gritó desde el fondo parecía un Sancho Panza recién llegado.

—Eso, el mundo es una lectura imperefecta. Yo puedo contradecir a ese charlatán de Copérnico. Baste vale, ya sabéis mis artimañas para colegir. Entonces decidlo todo, que aquí todos sabemos absorber la permanente novedad de la naturaleza.

—Hay monstruos invertidos como usted supone mi señor. Aquí traigo un dibujo del cordero y el cerdo. Son terribles. Y qué decir de los bichos; tienen patas y un pelillo asqueroso. Muerden y pican, mas no son como ya dije naturales de tamaño. Sucede que lo repugnante allá suele doblar su tamaño a los pocos meses. Por el contrario, los grandes seres de nuestro reino allá están disminuidos. Fenómeno propicio para el diablo. Por eso hablo del bajo Paraíso. Tampoco hemos perdido esperanzas, tras alguna eventualidad es posible que topemos en alguna ceiba con el árbol científico.

—Eso ya pinta mejor y de paso enfría el ánimo de algunos bocazas que andan por ahí. Seguramente habrá riachuelos más potentes para devolver la salud y los arreos viriles, que ese elixir aguanoso que me han traído de Orvieto.

Un hombre con faldón, loriga y espuelas, apostado junto al ventanal oriente, desde hace tiempo hablaba entre risotadas y palabrones de marineros.

—De todas formas mi señor, hay trabas para embarcarse. Necesitamos empréstitos reales y sonantes si queremos viajar a las Indias. Ya estamos poco hartos de recibir jamelgo por caballo.

—Basta, no más lloricas. El reino gasta mucho real en cada viaje. No podemos hacer de nuestra gente un tiradero hacia lugares tan oscuros. Además hay otros asuntos más importantes que impacientan mi cabeza. Faltan documentos, leyes, imperación de bienes, catalogación de razas, organización del tributo, construcción de templos, manutención de las esclaverías, naos para las especias; por Dios, cuántas cosas más, y ustedes pidiéndome dar licencias al garete. Óiganme bien, a nadie soltaré permiso en plan de vagabundo. Si pretenden viaje para folgar con beneficio, conseguíos mejor una cortesana sobacojones de a tres reales, de las inúmeras que hay por acá. El Reino demanda sobre todo constructores y gentes decididas a poblar con estricto apego al sexo nocturno. He sabido que al salvaje le gusta reproducirse a pleno sol, y eso tampoco lo podemos permitir. El amor es de natural pudor durante el día. Salen granos en el culo y hay propensión a parir seres monstruosos. Pero bueno, aquí no estamos para detallar ni ustedes para aprender, que ya dije demasiado. Sancio, haz lo propio con mis aposentos. Hoy será imposible montar. Y ustedes, pueblo mediterráneo, dejen de fastidiarme con sus melancolías transoceánicas. Hemos de llegar hasta el pleno dominio del cañón por

aquellas tierras os lo aseguro. Bien sabéis las consecuencias que nos trajo Rodrigo de Triana cuando visoró tierra desde la nao Santa María. Pero por qué buscáis tanta presura en actuar las noticias del sevillano, ¿acaso es el primero?. ¿Qué sabéis de los obispos enviados precisamente desde la catedral que desde aquí veo?. Hemos embarcado no sabéis a cuanto soldado tumbaídolo. ¿Por qué tanta urgencia, os pregunto?. Hay oro; cierto, pero también abundan salvajes que deshollinan el tripero noche y día. Su corazón palpita después de arrancado, lo que indica su falta de sentimientos. Además hay moscardones de este tamaño, cuyo zumbido enloquece a mil hombres enteros. Por tanto os ruego paciencia, que la tierra do nace el oro alcanza para todos. ¡Puf!, ¡puf!... ¡ah!... este pecho maltrecho necesita hojas de romero. Sancio, prepárame ungüento, pero no lo temples como la última vez, con sal espuria del Adriático, porque sus propiedades me amoratan los labios y me ponen la boca de brujo. Mejor, si haz de abultarme las bolsas respiratorias, consígueme otro mosquete de papel con tabaco enredado. Sí anda, ese mismo que llegó de las Indias. Ah, esa maravilla. ¿Lo conocen ustedes pueblo mío?. Apúrate Sancio, quiero que vean el truco de sahumar nuestras carnes por dentro. Quienes ya lo hemos hecho, nos podemos adormecer; entramos en la borrachez más espiritual, sin cansancio ninguno.

Sancio pasó tras las columnas que representan al mundo asombroso. Aunque más asombroso era el hecho de que por primera vez en muchos años, pusiera atención en el mundo de los cielos pintado sobre la bóveda cupuloide. Ángeles, serafines y cupidos anunciantes en pleno descenso hacia el universo ahogado en las histerias de Sodoma y Gomorra. Un Cristo hacia lo más alto con la enseña blanca de la vida eterna. Soldados romanos desenvainando la espada en desafiante actitud hacia San Aproniano, el carcelero romano a punto de ser ejecutado al centro de una plazuela. Sancio mironeaba rápidamente los cuatro nichos esquinados en la parte baja de la bóveda: escenas de mártires, decapitación, gloria y tenebrismo. <<¿Seré yo el ingrato y no el justo?>>, se preguntó sin desintegrar el recordatorio sonsonete que le mandaba preparar ungüento con hojas de romero masticadas, para soliviantar los achaques gotosos del Gobernador.

Mientras tanto, Bonifacio Serena entraba en el relaxo mental. Había cesado la futuración en su cabeza; giraba el pensamiento constreñido únicamente a un presente sucedáneo y furtivo. Se sentía desguansado. Yacía bocarriba, engrosados los cachetes bajo el efecto de un bálsamo terrible con sabor a belladona. El cirujano forense que se había introducido al cadalso, inmediatamente le abrió los párpados. Con el índice y el pulgar apretó las cuencas del obispo. Al hacerlo quedó fulminado como por un rayo. Estaba seguro; esas pupilas tenían las quemaduras de quien observa un imperio sin fin.

Poco después, Bonifacio despertó con la nariz inflamada, capturado entre un tremedal odorífero a babas gruesas, manteca, cerotes fermentados en el muro, semen, sangre y orines. No había trueque posible. Aquel poder existía como un lujo inagotable y devorador más allá de sus propios deseos. Aunque lo más terrible, probablemente no fuera la certeza que lo afirma, sino la fatal seguridad de que alguna vez aquello terminaría por obligarlo a revolcarse completamente loco en un campo de girasoles. Ya lo presentía, o acaso futuraba imperceptiblemente, como solía sucederle cuando

reparaba en el vuelo de una mariposa, segundos después, una imagen velocísima inflamaba su cerebro permitiéndole ver al mismo insecto apareándose sobre un helecho del Zoológico de Chapultepec. Bonifacio lloró ahogado por la confusión y tal vez por una culpa que revelaba sus temores contra el terrible tribunal de la santa inquisición. <<*Non seades injusto*, que a pesar de mi devoción intensa, me reservas estas visiones>>. Descolgó un látigo penitenciario, se levantó el sayo y comenzó a fustigarse las espaldas hasta que un cordón de sangre espesa le bajó por las nalgas. Al mismo tiempo encendía una memoria cruel, obtusa, cortada por el espasmo de cada latigazo.

Fue allá junto al Guadalquivir. Tenía entonces ocho años. No comprendía si disimulaba o si realmente se escondía del cíclope Polifemo cuando fue a meterse al hipogeo abandonado; aquel donde patriarcas y eremitas multiplicaban todas las preces y todas las humillaciones de la carne, figurándose una sinagoga palaciega no de muerte, sino tumba de hombres vivos. De tal manera que al pequeño Bonifacio nunca le obsesionaron los moscardones acuamarinos provenientes de la zorra que yacía muerta en el fondo de la tumba. Así como tampoco se intimidó cuando su presencia despertó el rumor profundo de los rezos, villancicos y coplas dormidas en la piedra. Los otros rapaces, Fabio, Román, Gonzalillo y el Peroco hacían proezas disparándose polen en el rostro. Ya no está Bonifacio, gritó Román sin dejar su acrobacia. Todos empapados de otoño fueron a buscarlo, remetidos en espuma y pies oleaginosos, al principio sin éxito, hasta que ya exhaustos vieron la insignia infantil en forma de paloma marinera que ahí estaba retallada sobre una piedra. Bonifacio con su tez delgada y firme estaba tembloroso, acobachado al fondo del sepulcro. No se inmutó con la bullanga de los otros que le gritaban desde el umbral <<¡vamos marica, salite de ahí!>>. Pero en ese momento, ya nunca más desearía ver al Peroco sorberse los mocos, ni sería capaz de jugar con él al dragón granate, porque un sueño de sierpes caprichosas habíale permitido ver a su pequeño amigo, catorce años después en el último estertor que lo mató de mal francés. En su mente apareció un ser con los dedos tiesos que jadeaba con bufos de agonía, sacando la lengua destrabucada, metiéndola y sacándola, sedientísimo, revolcándose como animal rabioso en su lecho de muerte.

Bonifacio recordó al azotarse por vigésima vez, que Peroco insultaba al señor Gobernador llamándolo perro de mil hongos negros en el rabo. Y todo porque una vez lo había mandado al confesionario sin su consentimiento. En otra ocasión había llegado vomitándose hasta las puertas del templo, exigiendo un salvoconducto pagaré, que lo pusiera sobre un galeón rumbo a las tierras del Paraíso, donde según él habría de limpiar toda enfermedad de su cuerpo con ayuda de la Trinidad.

Sin embargo murió Peroco exactamente como lo había prefigurado Bonifacio. Pasó el tiempo y no hubo más futuraciones después de aquel incidente. Corrió su niñez como la de todo infante a la par de hambres, retozando a bromadas y reventando pudores con miel y cada vez que podía, montando sobre los ombligos de las rapazuelas que solían aventurar la carne bajo el sol de los vergeles y algodonales que circundaban por aquellas tierras de la Alcarria.

No fue sino hasta los doce años: boineta, descalzo, gaznate alto, piernas flacas; es decir, precisamente en los días en que mayormente estaba siendo educado a punta de berenjenazos y bubas de la más pura escuela busconiana, fue cuando llegó la segunda y doblemente cruel futuración. Pero ahora el espejo se floreaba por primera vez de un aura quizá más terrible que el mismo fenómeno: Bonifacio experimentó placer.

<<Soy de piedra, es cierto. Esa segunda vez, mis afeites mentales vieron a la mujer del Gobernador en plan de madonna impúdica. No podía ser otra mujer sino ella, por lo mismo sentía que era una cosa fascinante ese jugo central que sueltan los mirones más asquerosos. Llevaba ese día sus enaguas de armazón metálica levantadas, primero ridícula, después melancólica, pero finalmente feliz, mostrando al sobrestante favorito del señor Gobernador sus nalgas serondas, claro está, llenas de sabrosa cornucopia. Buff, pero cómo no mirar su blanquísima redondez igual a dos melones azucarados. Y ella tan segura de sí misma, que inmediatamente después del intercamibio genital, se dio media vuelta sobre una chinela, respiró y con feroces hablantías expulsó al sobrestante del salón en castigo a su torpeza. Vaya, me digo yo, cuántas y tan variadas formas tiene la vanidad hembra para reprochar una eyaculación precoz. Incluso escuché las palabras del sobrestante que abandonaba el salón...."Usted nunca sabrá del todo cuánto deseo va y viene por las carnes de vuestra alteza". Ya no estoy seguro. El caso es que ahí comenzó mi gula mental. De tal modo que admitir mis propios pecados no basta, soy más ridículo cenizo y blasfemo que una jauría de bufones. Pero qué miráis así vasallo idiota. Sufres menos a causa de tu pobre condición. Yo aquí, aprendiz de cada hombre, tengo el poder de verlos a todos, aunque eso a voz nada signifique, pues vosotros andáis en dos patas cual bestias que sólo sabéis obedecer, tragar y defecar. Si fuerais capaces de reconocer la suerte metida en las barajas, no andaríais profanando vuestro cuerpo al servicio del gran crápula. Bien sabéis a quién me refiero. El señor Gobernador es un mono circundado por espejos panzones que lo deforman hasta los grados más ambiguos de la apariencia, más terrible aún que la figura de un dragón mecánico>>.

Desde la oscuridad, Bonifacio irrumpió en toses que se fueron quebrando hasta producir un juego de ecos. A los guardias eso les causó gracia sin dejar de bromear y sin dejar de roer dos trozos enormes de carne.

<<Tú y ese otro jabalí nada saben porque todo lo ven desde una templanza paradisíaca; impotentes. Además no pueden oírme. Si entendieran el placer de hablar en voz adentro con los pensamientos. Ahora siento deseos fuertes de perjuicio, y ya colijo la mejor manera de cumplimentar mi propósito. No ha de pasar un plenilunio sin que me regale un placer gratísimo, os lo juro. Voy a vislumbrar vuestras muertes hasta el último suspiro. Ya sabéis de qué modo el conocer a otro es ya la primer venganza contra él>>.

Su rostro cambió repentinamente de expresión. Se incorporó hasta dar con sus enormes nalgas sobre un camastrín de fierro.

—No, no, perdonad, esto que pienso, lo que digo ahora en voz alta es pecado. No soy yo quien profiere tales pensamientos, debe ser el demonio que me tiende trampas; obra contra mi voluntad sin mi consentimiento, metiéndome luego en la soledad más atroz. Pretende hervir mi cerebro con la cera escurriente de los candelabros celestes.

Inmediatamente lo callaron. Bonifacio volvió a sumirse en el suelo arrojando esa pequeña victoria verbal sobre una ciudad vencida, inexplorada, únicamente imaginada cuando levantaba la oblea sobre un altar.

Reconoció el oscuro poder que lo había dominado sin dscanso desde hacía treinta y dos años. Volvió a sus pensamientos.

<<Son ustedes inocentes iguales a todo el mundo. Pertenezco yo a un extraño malentendido entre Dios y la creación. Cuando chaval seguíanme insidiosamente los bichos. A nadie le gustaba jugar conmigo salvo al gordo Barbarico, infeliz calzonudo que siempre atrapaba mariposas y les arrancaba las alas para comérselas. Daba conmigo

porque yo lo adiestré con la siniestra a consagrar sus pajuelas al santísimo creador. Eso fue todo; meses después empezaron a venir algunas rapazas de teticas amelonadas que lloraban conmigo, porque al mirar mi cuerpo en pelotas, contemplaban esta cruz encarnada que llevo en el pecho y exclamaban muertas de placer, que por fin entregarían su virginal alcázar a un santo varón. Y yo las besaba y las mordía diciéndoles a todas que sí. Después lagrimaba sentado a sus pies, embaucándolas y prometiéndoles mil maravillas sin dejar de husmear entre sus muslos con manteca untada en el miembro, tragando mis propios engaños, bien lo sabía, completamente ciego y ridículo, sin las naturales trabas que suelen conducir a un rapazo de mi edad. Ellas en cambio me ofrecían su cuerpo con un doblón por delante que ponían en silencio sobre una jofaina, seguras de haberse ganado infinitas indulgencias al ponérseme de hinojos. Nadie, por supuesto se aventuraba con deseos tan viles como para someterme a los caprichos de los tribunales. ¿Acaso algún ser en el mundo portaba una encarnada evidencia tan sacra como la mía?. Después de todo, esas corrupciones consistían en nimiedades o trucos actuados por mi cuerpo nada más para llevar una feliz existencia. Ni siquiera yo mismo imaginaba la verdadera corrupción que ya estaba fecundada en mi cabeza. Yo, Bonifacio Serena, hijo predilecto del Reino, quien por designio celeste había nacido con apego a la brújula y al sextante, mas no como esos vulgares marinos que todo saben pero nada entienden. Ese mismo yo, era capaz de observar ciertos momentos terribles o gloriosos en la vida de otros hombres. Algunas de estas visiones se han vuelto tan naturales en mi cabeza, que bien las puedo comparar con el acto de la simple masticación. A veces en mis destellos de luz opalescente, vislumbro una nao de proporciones espantables que vaga sin rumbo por el océano. Es una obstinación que me viene después del sahumerio eucarístico, aunque la mayoría de veces, la revelación aparece escondida tras una nubasca. Entonces, cuando no puedo percibir claro, sufro terribles ansias que se me derriten por todo el espinazo del cuerpo. Busco algo de ajenjo, acíbar y dulce de uva para beberlo todo revuelto y así lograr que la visión despeje los tonos más calientes del tormento. Aún dormido escucho al capitán metido en su camarote proferir una orden de muerte. Pero al mismo tiempo ya estoy viendo sus aplicaciones y consecuencias muchos años después. Nada puedo comprender y sin embargo lo veo, es verdad, no sé cómo pero ahí está, qué carajo, y nada me preguntéis porque nada sabré deciros. La voluntad del misterio me ha dominado. Nadie lo sabe, pero he podido leer hasta la misma orden manuscrita en el pergamino que un mensajero recién llegado al puerto de Palos guardaba en una de sus alforjas. Y al mismo tiempo he visto al señor Gobernador caminando en círculo sin parar y vociferando esa misma orden a uno de sus compinches ¿Alguien de aquí es capaz de comprender?. Necesito escampo en mi cabeza. Tengo miedo hasta del rayo solar porque lo he visto resplandecer hasta cinco siglos más delante. Ni todas las visionarias juntas de Flandes podrán ver jamás lo que yo a mis años. El tiempo, las horas equinocciales, los ínfimos diluvios, los tigres embravecidos, el apareamiento nocturno de muchos mancebos, todo lo he visto, cerrado y abierto, dando vueltas como en una loca espiral. Y si alguien duda que hurgue mis aposentos.... aunque jamás he de permitir semejante dislate... y que dé vueltas con sumo detenimiento a los dibujos que guardo en cuatro cartapacios>>.

Efectivamente, Bonifacio Serena mantenía oculto un secreto de naturaleza irresoluble: tiempo, humor, coincidencia sorprendente sobre las posibilidades inúmeras que tenemos los hombres de soñarnos unos a otros. Cada imagen figurada en el cerebro

había sido teñida en borrosos empalmes y acotaciones sobre ambos márgenes del papel. Bonifacio realizaba aquellos dibujos afiebrado. Le temblaban las manos con ese afán de quien escurre lujuria intelectual; sin detenerse, sin observar absolutamente nada, únicamente concentrado en permanecer fiel a ese gemido atrapado entre los labios de la víctima.

Tomaba la carbonilla con los ojos cerrados. Así permanecía durante varias horas hasta dar con el sitio exacto donde la memoria había clavado la imagen futura. Previamente disponía lo necesario para meterse en el exilio. Se aislaba de todo. No fuera que algún zumbido impertinente destruyera el tremendo círculo que a punto estaba de fraguarse entre la carbonilla y el papel. De tal manera necesitaba soledad, que se daba a la tarea de rastrear por todo el monasterio en busca de un aposento seguro. Fulminaba cualquier asunto pendiente. Despedía a los mendigos que lo asediaban, prometiéndoles alguna recompensa celeste, la cual sacábase a vuelo de pájaro entre la manga. Una vez encontrado el dormitorio, depositaba un doblón en el cepo del Cristo Nervado y caía de bruces al persignar su rostro contraído por tanta excitación.

Oraba con la devoción de un judío en sinagoga. Exclamaba de vez en cuando invocaciones al creador, extravagante a juicio de los otros monjes que mantenían en vilo sus ojos grisados bajo los efectos orantes, y ahí permanecían quietos, derrotados por la negra invasión de lo incomprensible, sin hablar absolutamente nada, hasta que la poca luz volvía a filtrarse de nuevo sobre el postradero. Después caminaba de prisa en busca de incienso, cuidándose todo el tiempo de los lenguaraces. Ahí estaba la urna empotrada en el muro con la gomarresina en forma de terrón. Metía las manos abiertas y empezaba a husmear con el atisbo intenso, al uso todavía de los rituales góticos. Aspiraba tragándose una lágrima color amarillo y profundamente amarga. Untaba sus carnes levantándose el sayal y enseguida empalmaba fuerte entre los muslos, frotándolo con incienso para exculparlo de pecado. Su lengua tocaba el polvo con el rigor quirúrgico de quien presiente el arribo de hembra enemiga. Por último, hacía la cruz con la diestra; empolvaba los tres dedos verticales y tocaba su vestidura en diferentes puntos, a fin de consagrar la bendición perpetua.

Una suposición literaria sería pensar que aquello le causaba terror, haciéndole ver monstruos y odaliscas de mar en cada travesía por el monasterio en busca del ritual que precede al dibujo de una futuración.

En sus crecientes desamparos llegaba por fin a la habitación con un tremendo sofocor en el pecho. Extendía el pergamino de cabra todavía con las ampollas a causa del ácido mal aplicado. Al hacerlo, el pequeño claustro se infestaba de pestilencia. Entonces Bonifacio mascaba garbanzos tratando de fatigar paladar y olfato, mientras abría el grifo mental que poco a poco terminaría por sumirlo en el abismo: rayas líneas espirales, ejes cruzados, acotaciones, y sobre todo fechas en letra y número, daban cuenta del preciso instante en que algún hombre, en algún lugar del mundo habría de terminar sus días bajo la mirada de su mente. El hecho en apariencia inútil, era tal vez un espejismo del tiempo. Sin embargo ahí quedaba entre la nada y el ser, un registro casi perfecto de predestinación.

Casi siempre terminaba doblado, completamente exhausto. Nadie habría sido capaz de comprender el tremendo esfuerzo que Bonifacio realizaba mientras dibujaba. Se podía volver tan infinita la distancia entre su memoria y el papel; bastaba un descuido, una falsa borradura; en fin, la más mínima distracción para acabar por destruir el embrujo de perpetuar el tiempo en un papel.

Imaginemos a Gunther Gerzso en completo clímax, a punto de concluir el cuadro *"Estructuras Antiguas"*. Todo el peso de la geometría universal emerge de la tinta. Bonifacio en cambio, comprendía que su labor, aunque maravillosa, era finalmente imposible: perdurar el tiempo. De tal manera que al trazar la última línea o al escribir la última palabra, sentía la imperiosa necesidad de arrojar la carbonilla. Se llenaba las manos de un calor fangoso que le amorataba las uñas, fluyéndole coletazos por todo el cuerpo. Temblaba, seguramente se le hincharían al día siguiente las campanas del pescuezo. Pero también esos dibujos y acotaciones merecían un fin. La carbonilla desgastada rodaba por la tabla hasta caer en el suelo. Una sed terrible lo invadía. Bonifacio daba gracias orando el Gloria in Excelsis. Había experimentado un orgasmo con la furia de abuelo arrojado a zanjón de agua fría. Voces gemebundas derrumbaban las canteras como en tiempos de Moisés, cuando Bonifacio anotó por última vez el fenómeno de levantar murallas en el tiempo. Visualizó una muerte varios siglos después. Era el maestro Arrau. Hizo acotaciones en el pergamino, esta vez aterrorizado, sin comprender la naturaleza del personaje. No había como casi siempre brumas, ni esplendentes fogonazos. Únicamente rebullía el rumor azul de una mujer que lloraba junto al cadáver del pianista. Simultáneamente vio, sin poder evitarlo, dos encabezados de periódicos vieneses que referían el deceso "con muchas letras". ¡Imposible!, anotó. Cómo puede tener un hombre los dedos de oro *The man of the golden fingers*. Nada puede aterrorizar más que eso, transformar el efímero espacio de teclas en notas musicales de bastísimas proporciones..... Lo demás se diluyó en el olvido. Bonifacio no pudo leer más en ese inglés incomprensible de anclotes plopantes. Muerzzuschlag era el sitio, estaba seguro. Debía recordarlo siempre, pues por primera vez había futurado el fin de un hombre célebre.

Pero estos pensamientos pronto cayeron en el confín de lo bastardo. El señor Gobernador mandaba lo sacasen de las rejas para interrogarlo.

—Sancio, tráigame a ese rufián, que de seguro ha de ser lunfardo.

—Bonifacio Serena, excelencia.

—¿Eh?

—Sí, el mismo. Virtud de la impotencia. Ya lo conoce, todo a partir de su odio a la vida.

—Más bien al Reino

—Si a vuestro acatamiento le parece, ha de ser eso.

—Pues anda, con mayor razón haz de traérmelo. Este razonable cristianismo no está para desmanes. Si al obispo seguimos permitiéndole filtrar sus reniegos, pronto se conciliarán otros inconformes y tendremos eco de saltimbanquis. Ya veis el tamaño de mis jaquecones a causa de esos italianos que soplan a cuenta propia, nada más interesados en fornicar. Si lo dejamos ejercer por el mismo sendero, terminará metiendo sobajadas y espejismos a cualquier habitante del Reino. Ya sabes, más poder tiene la grosera boruca donde vamos y venimos todos los días, que la más precisa comendación de un rey.

—Meditad bien vuestra reacción, majestad. No permita demasiada sequedad en este barco.

—Explícate sin torcido lenguaje. ¿Pretendes acaso engatusarme como la Estefanica del Peñón, que vino a mostrarme su bofo culo y terminó metiéndome gaviotas en el entendimiento?

—Mi razón está en advertir a vuesa inteligencia, del peligroso inconveniente si mortificamos demasiado a un ministro de la cristiandad. Profanaríamos ante Dios y el pueblo una migaja de su santo sepulcro. Hay enanos demasiado secos bajo esta meseta, que viven con los fuelles encendidos y en espera de buenos pretextos para dar mandobles al trinchete.

—Razón merecida. Este mundo se lee al revés; de frente al espejo. De todos modos, que lo saquen mañana de la mazmorra. Quiero verlo de ojo a ojo, pero adviértele tú mismo lo siguiente: no soporto plañideos ni demagogias. Ordena le rapen los sobacos y todo pelo sobre el cuerpo. Vamos a enseñarle otro camino de retorno a su alma. ¡Joder!, dime cuál fue la última sandez que gritó el hombre.

—Dos guardias le oyeron proferir el exacto lugar en el que las creaturas son eternas.

—¿El Paraíso Terrenal?

—Así es mi señor.

—Vaya gañán. Se cree de naturaleza celeste, no lo entiendo. Esos teatros aquí ya secaron su tempestad, y eso él lo sabe. ¿Nos cree acaso un retablo de marionetas?. Quisiera en este momento, tener un látigo y azotarle más de doscientas veces en este muro, para hacerle entender el número de viajes que se han logrado en busca del Paraíso.

¿Por qué a estos nuevos eclesiásticos les da por sentirse de la estirpe de Isaías?. Hablan proyectados hacia el saber total, como si no fuésemos capaces de saber a quien pertenece el mare nostrum. Gran famélico ha de ser. Bien admito potencias y memorias celebérrimas que hay en el mundo gracias al nombre de Cristo. Admito ese poder, lo inescrutable de su fuerza y la insagaz ignorancia que tenemos ante sus misterios, pero recordad las propias palabras del sumo pontífice: raspad frescos de Iglesia, destruid retablos sobre altares. Matad toda cruz sobre las eremitas de los caminos. Aún así, el nombre de Cristo llenará plazas y museos. Mas yo creo que no igual habrá de ser con muchos de sus ministros, diferentes en condición a la del santo siervo de Dios. Entre ellos, otro cantar sale por su lengua; congenian con lo oscuro, cómplices nada más entre los de su clan, entre quienes se consideran primigenios receptáculos del hijo de David. A veces lo admito, se comportan peor que la raza de falsos conversos. Por eso, escúchame bien. Son muchas veces tan afectos a pasar sus días en la vil suciedad, como borricos en establo. Pronto les gustó la maña de masticar heno, oler cada flor de un modo extraño, como si los agradables aromas quemaran el interior de sus olfatos. De cualquier manera no culpo del todo a Bonifacio, ni a los otros cabezales de la cristiandad. ¿Acaso el mundo no es un grandísimo establo donde los hombres engullen y estercolizan?

—Habla vuesa excelencia en locución ajena.

—Vaya, tu condición ofusca el entendimiento. Soy un hombre ya domesticado, mucho más cercano al periplo divino de lo que tus sesos alcanzan a percibir. ¿Entendés?

Ese tono argentino se le escapó inconscientemente pero alcanzó a rozar los tímpanos de un Apolo esculpido frente al falso adoratorio del Buey de Oro, que se había construido para advertir sobre cualquier sumisión equivocada.

—Ya hemos parloteado más de lo tolerable. Cata mis vestiduras, también apróntame un gran aposento, que mis huesos ya recibieron demasiada fatiga.

Engrosó el tórax e hizo un esfuerzo respiratorio de bufido.

Una rebabilla escurrió por la comisura. Tenía leves espumeos en la boca.

—¿Se siente bien excelencia?

—¡Joder!, es necesario ponértelo con letras. Mi tronco no puede dar vuelta. Siento más molicie que si me hubieran desgraciado a palos.

No solía ser extremoso el pópulo. Unos y otros escarbaban en sus empeños frente a los poderes del naciente mercadeo transoceánico, improvisándose mataderos alrededor de una plazoleta de toros. Había quienes probaban a ser matadores en rejoneadas fingidas, durante lidias festivas que podían prolongarse hasta ocho días. Era una suerte de fruición carnavalesca, donde cualquier ignaro soltaba sus blasfemias permitiéndose incluso algunas mofas en las propias narices de los inquisidores, que permanecían ocultos tras bambalinas. Treta que recordaba las falsas estrategias de la conciencia: el ojo de Dios metido en cualquier covacho de la naturaleza para observar eternamente al fruto descarriado de la creación.

—Señor, permítame notificar la expresa invitación de vuestro pueblo para el festín del toro, esta noche, junto a la plaza del Mundo Nuevo.

—No sería prudente por el momento. Primero debo concertar con ese obispo. Después ya habrá mucho rato para hincharme las venillas con fermento de Granada.

Al decir eso, el Gobernador pensaba en el reflejo de su rostro cuando temblaba sobre la superficie de un cántaro lleno de vino. Hablaba estirándose las nervaduras del cuello. Sus pliegues de lagarto desafortunado, evidenciaban estirpe de inquisidores, amantes de Petrarca y gustadores de mar.

Le castañetearon los dientes al colarse un latigazo de aire frío, sin saber que desde hacía tiempo, algo mucho más peligroso estaba destemplándole su gordura.

—Mi señor, la última locura del obispo. Afirma haber visto en las Indias una tremenda costumbre. Arañas velludas del tamaño de un perro y que según esto, a los niños les gusta atarles un cordel a la cintura con tal de pasearlas por las playas como si fuesen mascotas falderas.

—Eso va contra el severísimo juicio de Aristóteles. Ordénale buen recaudo a ese Bonifacio antes de ocultarse el sol; necesito verlo a solas, aunque admito la presencia de un oidor y un escribidor.

El Gobernador tuvo sobresaltos. No podía encallar dentro de sus propias carnes. Fue llevado casi en hombros por dos lacayos urgidos, entre la modorra y la fiebre penitencial que algunas veces amanecía empastada sobre los muros, privando de la vista a los golfones y a las putas que se quedaban dormidas en el terrazo, después de haberse embriagado toda la noche.

Llegó el opúsculo bajo sus marrones estrías, derramando luz
judeocristiana sobre los llanurales cuajados a pura fruta caliente. Oíanse los rumores de las tejedoras que se discretaban letras de cambio con esa ignorancia metida en la perplejidad; extinguidas pero sin extraviar esa generosa empatía, cual si medio siglo de vida no hubiese bastado para repetir las mismas cosas.

Entró Bonifacio al aposento bifronte. Llevaba el cogote gacho como los trovadores de Provenza cuando llegaban a solicitar función. Era fácil advertir el escenario católico-feudal: muro estoico reaparejado a la usanza romana. Delantales púrpuras a los extremos en memoria de las cuatro partes en las que el pueblo de Abraham atravesó con clavos el cuerpo de Jesús. Un humilladero colocado junto al precipicio del camastro, extrañamente sin adornaturas, colchonado nada más con el púrpura oficializado por la teología imperante. Sobre todo, una cruz enorme colgada sobre la cabecera dinástica, unificaba todos los puntos visuales. Propiedad alguna vez del rey Fernando de Aragón, era una de tantas maravillas traídas de Indias, durante los grandes envíos que bimensualmente arriaban a puerto. Se hizo famosa porque según los constructores, ningún carpintero del reino había podido resolver el secreto de sus junturas.

Bonifacio ya sabía al entrar, que ese olor a cera mixtificado entre la mugre del aposento, no provenía del candelero mortuorio, sino de la enorme cruz ahí suspendida, cuya madera sólo él y nadie más pudo desmentir mentalmente que no provenía de árbol del Paraíso como en todo el reino se afirmaba, sino de un simple tronco tortuoso que había sido arrancado en la Villa de la Vera Cruz. A este árbol los evangelizadores lo llamaron *árbol de la cera*.

Esta excitación le provocó una futuración mínima pero sin dejar de ser terrible, por lo que hubo de cometer laudos torpes en presencia del señor Gobernador. Fueron seis segundos en que desfilaron por su cerebro las partes medulares del proceso, desde la selección del tronco en los fronteros de Sancti Spíritus en Cuba, hasta el traspaso, la siembra artificial en las espesuras costeñas de la Veracruz, su descoyunta para convertirlo en objeto religioso, el viaje trasatlántico hasta el Reino, y la definitiva colocación sobre la cabecera de ese lecho que ahora observaba con tremenda fijación. Vio todo junto y al mismo tiempo caótico: Los indios Copaltzin y Telzumococ derribándolo con sogas amarradas al cuello y a los tobillos. El capataz Fernando Ulloa quitándose la camisa de jornal que traía atada sobre el ombligo. Su repentina visión llegó hasta donde laboraban los hijos del primer natural que murió sifilítico en América. Bonifacio comprendió que Ulloa los denostaba en mozárabe, pero también pudo ver al mismo capataz jalando la soga hasta que por fin derribaron entre los tres al arbolón. Mas no terminó ahí la visión a pesar de que el Gobernador ya había ordenado asiento a Bonifacio, pero éste no podía controlarse. Su entendimiento continuaba prolongado, rastreaba todo el origen de esa cruz. Vio al grupo de indios artesanos que tallaban el relicario bajo las vigilias de un hombre que a juzgar por el atuendo debió ser franciscano. Asimismo vio al bergantín que transportaba la cruz en medio del mar con trazas de fundirse bajo los rayos del sol. Escuchó también el griterío de los gitanos que regularmente se apostaban en el puerto a ver si de repente asomaba un galeón rebosado en mercancías. Andaba por ahí un hombre gordo, seguramente miembro de la Casa de Contratación que daba órdenes inobjetables, al mismo tiempo que la esclavitud bajaba las mercancías de la nao. Cuatro tachuelas fundidas en oro las mostraba un ayuda de cámara con la mano extendida. Servirían acaso para clavar la cruz en el aposento del Gobernador. Pudo ver hasta los argollines trenzados a cada extremo por donde se clavaron las tachuelas. Veía más claro en el pensamiento que en la realidad, a tal grado que de ser posible tendría que decirle al Gobernador, que a la cruz le faltaba un tachuelo por la parte norte. Alguien lo había sustraído sustituyéndolo por un clavo de la más vulgar ferretería.

—¿Me oye usted, Bonifacio?

Completábase la escena con el escribidor y el oidor, simétricamente sentados a cada flanco del lecho.

—No me parecen estos acomodamientos los más pertinentes para la ocasión, dijo el Gobernador con la voz inflamada, (evidente signo del avanzado estrago que la gota había causado en las articulaciones bucales) Quiero vuestra presencia en el rincón. Así, todo se ha de repartir con mayor longitud bajo estas cuatro paredes, antes de ser precisado por las orejas de uno y la tinta de otro.

Tenía las barbas estibadas sobre la sábana. El greñero relamido con esencia de canela estaba echado hacia atrás. Sus miembros flácidos recordaban a los teutones de la dinastía holgazana que siglos atrás, habían echado raíces tras usurpar algunas comarcas en la Galia.

Bonifacio se acercó al lecho. El tufo putrefacto que despedía la boca del Gobernador lo detuvo en seco. Esa aspiración desencadenó de inmediato figuraciones que relacionaban el grado pestilencial del enfermo con el número de sus pecados.

—Hey, sirviente. Escanciad un poco de vino, incluida una porción a salud del obispo.... A menos que tenga inconveniente usted mismo, Bonifacio.

—El eclesiástico asintió, percatado ante el olor magnífico del tinto vallisoletano que aguardaba en el copón.

Se hicieron la señal cristiana levantando la diestra. Surgía entre ambos una separación de milenios con la testuz del toro, en esas tierras que siempre estaban en brama.

El Gobernador enderezó la postura en cuanto percibió el gesto de repugnancia contenida que provocaba la fetidez de su aliento.

—Ven hijo, déjame oírte respirar. No tienes olor a carne salada, eso quiere decir dinastía, ¿lo sabías?.

Bonifacio se humilló ante un inesperado zumbido de debilidad. Sabía por las fatigas pasadas, que su pensamiento era muy susceptible de ingresar al futuro, si acaso entregaba las riendas de su cuerpo a los caprichos del nervio.

Casi con la gravedad de un rey se levantó. Metió la mano al sayo, sacó un idolillo carenado, del tamaño de un bulbo y lo envolvió en la mano gordeta del Gobernador.

—Apriételo señor. Pronto sentirá extraños corrimientos en forma de calor por todas las carnes blandas del cuerpo, que sin duda le transmitirán maravillosos beneficios.

Contra el infalible reglamento de no tocar al señor Gobernador, so pena de recibir castigo, ese desvarío metió almendras en el guiso; es decir, algo se bajó en los humos del déspota, que sin saberlo tragaba un fragmento de psicoanálisis.

—Explicadme hombre ¿pretendes acaso remediarme con antiguallas a la usanza mentirosa de las Indias?. Veo que se trata de un talismán herético.

—Lo llaman Tochancalqui. Cuatro adelantados lo encontraron junto a un templete de muchos basamentos. Os ruego por esta vez, no se predisponga contra idolatrías, pues va la salud en juego. Además ese idolillo está converso desde hace dos años cuando me lo envió el propio Las Casas. Lo ungí tres veces en agua de Roma como él mismo me lo indicó en el instruccionario. Por si acaso, lo escondí treinta y tres noches bajo el regazo de la virgen sevillana. Por tanto le ruego que no se conduzca bajo dogmáticos temores. Quienes nos hemos valido de él, tenemos otorgado el derecho de aprovechar nada más sus probados beneficios como dador de fuego.

Indudablemente omitió lo que para una basta cristiandad significaba evidencia demoniaca: la tradición de Tochancalqui precisa que surtió con fuego a una serpiente llamada Xihuacoatl para la gente nahua, no así para la gente del mar que veía iconografía demoniaca en toda silueta de víbora.

—Al grano Bonifacio, estás aquí en razón de algunos escándalos tuyos. Mira, no voy a soltarte jerigonzas improvechosas, cual si fueses moro a punto de conversión: Bien sabéis que ahora en nuestros detestables siglos, ninguna osamenta vive a buen recaudo intro su cuerpo. A muchos los han quemado tan solo por albergar un volumen de Erasmo, no se diga a quienes han caído en apostasía. Ni tiempo les damos a esos de recordar la última vez que han folgado con su mujer.

Como habéis notado, el sacro reino ha tenido extremas bondades a vuestro beneficio. Pertenecéis al órgano más favorecido de cuantos puso Dios en la tierra. Sois eclesiástico a tambor batiente y por tanto lleváis puesto en el hábito mucho más que un burdo telaje. Se te han investido varias potestades que os favorecerán por doquiera que vayáis aún sin haber logrado mérito alguno. Sin embargo, por más prebendas y concesiones que a los de vuestro género haya concedido desde un principio la Corona, podéis caer bajo causa justificada, y por más que llevéis escondido el talego de una grande falta, seréis descubierto al final y sometido a castigo ejemplar. No debéis olvidar que el tiempo siempre asume su papelón justiciero y descubre cuanto pasa en el mundo, aunque la misma judería se revuelque y se meta en escondrijos de mala muerte.

Se produjo un silencio vergonzoso de poder a poder, con lo cual se hicieron audibles los jugos gastrointestinales del Gobernador.

—Ya surten efecto los vapores del Tochancalqui. Bonifacio mostró una sonrisa búho con dobleces de irracionalidad.

Un pájaro comenzó a golpear con el pico las junturas del ventanal.

—Seguramente desea inquirir sobre vos ¿No es así mis pequeños?

El par de monigotes asintió con el sonrosor de un obrero establishment, dominados bajo estándares de un servilismo que por vez primera fluía en armonía con esa naciente modernidad que ya tenía sus tragos de vino y otros fermentos bien colocados en el mercado del Nuevo Mundo.

—Sabéis Bonifacio hasta dónde ascienden los problemas del Reino. (De nuevo a Bonifacio le prendió la sensación de que esa entonación tendría con el tiempo sus mejores derroteros en el habla mundana de un país que nacería metido al sur del Nuevo Mundo). Estamos asolados por una carestía sin fondo, que nos tiene chamuscado hasta el rabo. Sin duda se trata de otro azote organizado por Dios y sus compinches, estoy seguro, porque los precios suben alocadamente como la espuma del pan. Si de plata se trata, nos hemos topado con esa maldición proveniente de Indias, donde la tierra se pudre cada vez más y nos priva sus beneficios. Ni hablar, si queremos oro debemos chupar más al sur y no descuidar los yacimientos en tierras de África.

—Yo no acostumbro lidiar con asuntos transoceánicos, aunque si vuestra señoría lo comprendiera, tal vez ahí podría encontrar una beta cuyas dimensiones, por ser terribles y al mismo tiempo fabulosas, menguarían toda clase de sufrimientos, o en su defecto, lograríamos que fuese más llevadero el actuar de los fangosos que predican sin sotana.

Volvemos a revisar textos antiguos procurando estar en todos nuestros orígenes, atentos a disectar cadáveres, fundir cascos, dar movimiento al cilindro. Me han dicho vuestros científicos que incluso ya tenemos en circulación cristales que muy pronto filtrarán los rayos solares al través de cada ventanal de cuanta casa exista por el Reino. Mientras tanto el señor Gobernador me acusa de proferir ingeniosos argumentos en detrimento de los pelafustanes que han partido a las Indias.

Bonifacio Serena bajó el tono, ingeniado por siglos de ósmosis persuasiva, cuando sintió que el efecto ya estaba suficientemente inyectado. No era gratuita esa floración retórica en línea directa desde los primeros ministros del cristianismo.

El Gobernador aspiró un aire delgado. Su molestia no provenía de las palabras, sino del tono poderoso con el que hablaba Bonifacio. Hizo una señal al oidor; quería vino.

—No vayáis demasiado lejos. El mundo tiene espejos, vuestra semejanza con fuerzas oscuras impide maniobrar contra los roñosos. Tú has provocado desquicios en plena vía pública sin recato alguno. Me han certificado que hasta censuras el genio de nuestros adelantados en la Española, aún sin haber estado en ella. Cómo admitir tales gandulerías en estos tiempos de visible progreso, cuando nuestras naos han explorado hasta los confines más remotos del mundo. Sabemos maniobrar guarismos con los cuales podemos numerar comercios y falsedades. Tenemos más brújulas que estiércol, embarcamos a cualquier mocoso, lo ponemos a maniobrar el timón de gran profundidad y presto sabe hacerlo con tal comedimiento como si fuera el más experto de los Colones. Por cierto, me han notificado que usted conoce el verdadero sitio donde yace el cadáver del primer Almirante, ¿cierto?.

—Bonifacio no dijo nada, se limitó a seguir con los ojos el vuelo de un moscardón que fue a posarse sobre la barba del Gobernador.

—Se rumora del fervor a hurtadillas que le guardas al herético Erasmo, sobre todo a su *vetera instauramus...*

Empezó a toser. Bonifacio palmeteó la espalda del Gobernador, ayudándolo a expulsar esputos sanguinolientos que fueron a dar hasta el fondo de un aguamanil de porcelana. Al mismo tiempo vio la muerte de un hombre ahorcándose con una soga que pendía desde lo más alto de una torre normanda.

—Guárdalo en tu reino, Señor (No se refería al reino de este mundo, ni mucho menos al decadente visigodo que le sonreía como damisela recién piropeada).

—¿A quién os referís?

—No es nada, pensaba en un arriero de Córdoba, amputado sin mengua a la hora del serrucho. Me vino a la memoria que únicamente lo apaciguaron con trapos y mordaza entre los dientes.

—Se te acusa de consentir a gente soez y de baja ralea. Eso no es cosa grave, lo reconozco. Sin embargo mis censores te han sorprendido interpretando sus sueños, ¿es verdad?. Y según me dicen a postas de la Cábala judía. Hemos descubierto anotaciones comentadas entre algunos de tus folios. Cosa de bochorno para un obispo, ya que va más allá del mero trabajo alquímico y sin duda enteramente opuesto al saber de Aristóteles.

—Pero excelencia, vuestras declaraciones me asfixian. ¿De verdad mandó escarmentar mis manuscritos?.

El Gobernador sonrió delatando sus placeres de enfant terrible.

—Dentro de pocos siglos eso tendrá sus nombres: (no dijo nada pero sin duda recordaba la frase que leyó en un titular madrileño 1980: *Libertad de expresión*).

—Bah. Por ahora no son necesarios vuestros adelantos mentales. Concentrémonos en este presente y en lo pasado, únicos tiempos moldeables a nuestro poder. Aunque si os tranquiliza saberlo, yo creo en tus facultades. Aún mejor, estoy cierto del tremendo beneficio que vuestra lucidez puede servir a la causa del Reino, siempre y cuando no perdáis el grado especulatio serenísima que va tildado en vuestro sayo. Deseo favorecer lo mismo a mercaderes, artistas, nobles, usureros, hablantines de corte, viajeros, exploradores y por qué no habría de solventar a prevaricadores como vos, que todavía no superan el pensamiento alquímico. Admito por supuesto que resbalan sutilezas entre nuestro mecenazgo y el de los jerarcas italianos.

Bonifacio estuvo a punto de bofetear. Masticó el fraude, sentíase más extranjero que nunca debido a esa turbia y líquida charlatenería que brotaba del Gobernador. No era verdad, por fin estaba seguro; el olfato pretendidamente universal de los estadistas, era tan solo un burdo mito.

—Ordenaré vuestra libertad a condición siguiente.

El Gobernador se incorporó escupiendo sobre la palangana. Los ojos abotagados parecían resucitar de una cruda milenaria. Extendió un pergamino color banana.

—Bajo edicto real, declaro que serás mortificado tres veces al año con los azotes que el santo tribunal declare convenientes. Ello se llevará a efecto sin la presencia de público y durante los festejos de carnestolendas. Además el emperador desoye tu rango obispal en lo tocante al diezmo, de tal modo que estáis obligado a pagar la misma taza que un comerciante.

Entre signos y colores, fueron a dar al centro de un silencio ridículo, interrumpido poco después por una doncella camboyana de labios turgentes que entró sin ser anunciada. Fue como presenciar a una sirena que surge del mar y se introduce a una isla equivocada. La pobre no esperaba encontrar a un clérigo, por lo que se detuvo en seco. No venía en plan de mensaje, sino de masaje. Bonifacio contempló a la magnífica muchacha que de inmediato se arrinconó, en un acto de reflejo-presa. Los velos transparentes dibujaban la sutil desnudez de una piel nacarada, humectada con aceitunas exprimidas y floreada con lentejuelas mozárabes, para concebir aún mejor los destellos de la distancia, que los mejores tratados de Nicolás de Cusa. De tal modo impresionaba la protomulata de fuego, que irreversiblemente a Bonifacio se le corrió un escozor viril más allá de las baladas de amor proyectadas en su cerebro, cuando cierta noche vio en plena danza a los cuerpos desnudos de catorce caribeñas agradecidas con los señores de Xibalabá.

Días después Bonifacio amaneció contrahecho, tumbado sobre un tablado a manera de cama (único mueble tornadizo hacia el muro). Soportaba el humazo de las antorchas con benevolencia de recién casado. Vivía en el tugurio de Pegueros, donde los ritos prohibidos amanecían sorprendidos y muertos de frío a causa de la precoz sexualidad que deambulaba por los callejones, o se ahogaban gracias a una daga hundida en el costillar, semejante a la tremenda urgencia de meterse algo en el tripero.

Hacía un frío quemante. Sobre la humedad del muro se plegaban sanguijuelas que a veces caían al piso como pepitas de aceite. Afuera se oían pifanetes y tamboriles perfectamente arritmados. Orquesta de enanos. Loaban sucesos milenarios desoyendo el bullicio de los perros que pretendían alcanzar las trompetillas de hueso. Inmediatamente fueron pateados por el enano del instrumento cordado en forma de melón. Bonifacio escuchaba confundido. Minutos antes había percibido estruendos y cantos incomprensibles. Sin saberlo había dado entre sus oníricas futuraciones con parajes en la selva lacandona. Supo así de un tucán feliz, espantado, que volaba de rama en rama debido a la turbación que le causaban las posturas increíbles que dos monos adoptaban al aparearse. En la misma imagen, cuatro mayapanes hacían círculo a una fogata.... era eso lo último que vio. Comían aves atravesadas de culo a pico. Se repartían piedras punteagudas color infierno. Después entablaron diálogos con los brazos levantados hacia el cielo, hasta el momento en que uno de ellos comenzó a escupirles rostro y pecho a los demás. Ya no pudo memorar si huyeron espantados por el ruido del mar, o si habían salido a cazar colibrís.

Ese día recibió a Eneas Colomini, un extravagante constructor de diques y puentes, pervertido últimamente por la manía de ciertos alemanes dados a escribir

cartas extensísimas y llenas de reflexiones sobre el infinito. Sus tratados de mecánica, sobre todo el manuscrito *Compendium*, eran comparables a los del famoso italiano de Vinci. Sin duda se trataba de un genio. Sus ideogramas solían predecir con el cientificismo nubiloso de la época: monstruos, sirenas, duendes coronados con bandejas bordeadas por hongos. Capitanes águila destruyendo las partes del mundo recién descubiertas. Gigantescos grifones, ornitorrincos, en fin; aquellas perversas hablantías que soltaba con la tiza, ya rondaban por los tribunales del Santo Oficio, donde ciertamente no pocos inquisidores deseaban verlo sometido a fuego y leña.

Colomini salutó con el signo cristiano. Se besaron las mejillas y dieron paso al intercambio de misterios en latín. Eran ya tiempos de lavarse razón sobre carne de la nueva faz. Bonifacio había establecido la primer correspondencia con el italiano apenas un año antes cundo se enteró del escándalo que sus dibujos provocaron en Tordesillas. Por primera vez un tecnócrata evaluaba mediante satíricos dibujos el "Testamento de Adán". Y asunto mayor, se atrevió a dibujar al Pontífice Alejandro VI en forma de zorro metiéndolo a zarpar de polizón entre las galeras de una carabela.

Eso bastó; el Reino se destempló lanzando una simétrica persecución en su contra.

Bonifacio en cambio estaba relaxo; ejercitaba cierto masoquismo al sentirse perseguido y hospedar a otros como él. Nada importaban los dedos que de polo a polo sangraban. Ingenuamente habíanse confesado sus facultades inscribiéndose en el índex de inteligentes demonios. Ni siquiera el opúsculo *Mondus Novus* de Amerigo Vespucci los había impresionado. Bonifacio tenía las agallas bien embozadas. Cumplía sus votos a caballo entre delincuente y príncipe de imperio. Colomini en cambio especulaba. Por ese tiempo había declinado su infame reputación. Ahora más que a su persona, se perseguían con ahínco los inventos brotados de su imaginación. Era como una suerte de bandolerismo fantasma, sometido a los caprichos del ocultamiento, perdonado tal vez por esa tendencia medieval de menospreciar al individuo. Bonifacio incluso no aguantó el morboseo de preguntar sobre esa torqueñuela llamada tronahueso, con la que se demolían fémures, omóplatos, costillares y tronco cervical, sin causar ninguna mallugadura a la piel del criptojudaico. (Los confines del arte y de la ingeniería, también deambulaban por los pasillos más brutales del dolor). Ese último aparato, equivocadamente atribuido a los ingenieros de Torquemada, formaba parte de una larga serie de trituradores perfeccionados bajo auspicio del Santo Tribunal. Se trataba de una verdadera armadura o sarcófago mortis. (Compréndase el beneplácito de los inquisidores con la obra del italiano.)

Colomini explicó jactancioso:

—Hay que amarrar al impuro con un tronco sin perder de vista el grosor del hueso espaldar. Dos hombres apostados atrás y adelante del infeliz, van acercando cada una de las mitades del aparato hasta embonarlas. Una vez leída la sumaria, principia un maravilloso espectáculo de palanquines aplastantes.

Era cierto. El aparato de Colomini accionaba treinta y tres torniquetes distribuidos por todo el *ironman*, bajo los mismos principios de fuelleo que hay bajo las teclas de un órgano de Catedral.

Se descalzaron prometiéndose no preguntar nada. Se limitaban a reír uno del otro como si jamás hubiera existido motivo persecutorio contra ellos. Bonifacio echó mano a un canasto lleno de hogazas, fruta y quesos. Escarbó en el fondo y extrajo una botella de

amontillado. Pocos en el territorio sabían apreciar los placeres de la fermentación con tanto deleite como los clérigos. Fama punzocortante, pues a ojo de buen cubero entendían el proceso de cristalizar hollejos, pepitas y grumos sin exponerse a las intolerancias del bajo pueblo. Colomini estaba curtido, su aliento floreaba todas las pestilencias propias del vino enfermo. Sonrió al presentir francachela. Escuchó el tono bromoso con el que varios lustros más tarde, la historia habría de anexarlos a su directorio de célebres genios de lo negro.

—¡Oleaginoso!. Yo apresto la mesa, vos podéis ponerte cómodo. Frente a las partes curvas de algunos objetos, Colomini empezó a referir un proyecto universal que le tenía espantado el sueño: dar con el secreto para fabricar el galeón más grande y hueco del mar, de tal modo que la nobleza lo gratificase, bajo la esperanza de una nave que en caso de diluvio universal, pudiese acogerlos a ellos y a sus familias, junto al resto de la fauna.

—Estoy basándome en las anatomías de la calabaza y el melón.
Imaginad, desde Santa María hasta la Española una especie de huevo celeste flotando sin dificultad sobre las aguas. Incluso he pensado en chupetas de gran largada exclusivamente para confinar esclavos. Una verdadera isla navegante con todos sus principios de poder y vasallaje a bordo. ¡Salud hermano!

Sin duda pensaba en los seis titanes varones hijos de Urano y Gea, convertidos en instrumentos de navegación y arrojados por su mano al mar. Siempre los mencionaba cuando se ponía presuntuoso. Pero al mismo tiempo los tuvo que imaginar hundiéndose y dando vueltas por los esteros de un país lleno de cenizas.

Vagaba más por la intemperancia de sus fantasías y valiéndose de los sueños, precisamente en una época ungida por el veneno del culebreo nocturno. El Reino también había tenido pesadillas, columnas de humazo negro, mensajes terribles metidos en una botella y lanzados al mar siempre con ese instinto juguetón de abismar secretos. Un rábano importaban las consecuencias.

Bonifacio presintió en esas manos geniales, apestadas de locura, toda la suerte del ambicioso que lentamente va marchitándose hasta convertirse en trapo del mundo. Deseó ungirlo con sales medicinales para derrotarlo más allá de sus intenciones heroicas. Al mismo tiempo daba mordiscos al pan con tocino, dejándose la mente nubilada, pues de pronto sentía que estaba a punto de otra futuración.

—Bonifacio, debéis guardar este secreto en la cloaca más recóndita de vuestra alma.

Para todo eclesiástico ya era exigible entre otras cosas, andar mucho más peldaños en la pirámide que atesora secretos. Lamentablemente Bonifacio era de constitución jamelga. Se talló los párpados con el puño para impedir que los líquidos de luz, grosor pupila, se le derramasen hasta el suelo.

—He dado con un indio sobreviviente del primer viaje que hizo el Almirante Cristobao.

—¿Estáis seguro?.

Bonifacio introdujo su índice derecho al ombligo. (señal de
fijación central, se dirá siglos más tarde) Aunque por entonces no era necesario reaccionar diplomáticamente, por lo que metió un trago al amontillado con el mismo cinismo de quien pretende meter uña en plato ajeno.

—Oíd, oíd Bonifacio cómo arrecia el viento. Se levantan los

pellejos de las plantas bastardas ¿no es fantástico?. Yo mismo le vi mascando garbanzos entre la bruma de pelafustanes que suele traficar en las Azores. No daba crédito al principio, mas luego ya fijándome en sus partes mecánicas, parecidas a las coyunturas de un Lázaro y después de cavilar muchas veces, sin desatender a la descripción anotada por Hernando, el hijo del primer Almirante, no me vino la menor duda, supe quien era. Dudáis ¿eh?. Antes debo aclararos que ese juicio de reconocer lo tengo bien adiestrado, pues lo mismo he sentido al meter el mazorcón por el portillo de una hembra y rápido ya conozco hasta el día de su nacimiento. Yo mismo hablé con él, aunque no mucho. Es tan uraño como potro herrado.

—¿Y de su nombre?

—Diego, ya bautizado. Suele dar toses perrunas a todo cuestionamiento. Seguramente conserva la tristeza de horrendas visiones.

—¿Pero vos no le buscaste marca y seña?

Colomini se puso en pie con el semblante agotado. Los fuegos ardientes de una victoria ilusoria impregnaron el instante formando volutas de alcohol evaporado. Se dirigió hasta el bracero donde hervían hojas de eucalipto. Aspiró una bocanada grande, como para hacerse consciente de su dominio moral.

—Ya le tengo medida su suerte. Podemos buscarlo en los villorrios a hora nona, cuando se recogen los bastiones más arruinados. Andará seguramente metido en herrerías o a lo menos contratándose para calafate en algún puerto.

Aprovechaban el siglo de oprobioso sometimiento para formularse de una vez por todas, el glosario de fe documental. Sobre todo a Bonifacio se le antojaba una magnífica oportunidad para deshacer ciertos nudos que metían atorón a la metafísica de la época. Un blasfemo de nacimiento no era encontrable todos los días, aunque seguramente los embates del Gobernador debieron desterrar de su cabeza todas esas absurdas ideas de mitificar pájaros y leones enclenques.

A Colomini le interesaba Diego por lo espécimen. Hasta dónde, cuánto y cómo su coyunturas eran humanas. Comprobar o desmentir las teorías oficializadas por el pandemonio pontificial. ¿Mordisqueó alguna vez el fruto prohibido?. ¿Se colgaría escalando hasta lo más alto y arrancaría una manzana desafiando sin atajos la ordenanza contranatura que hay en el árbol del bien y del mal?. Si así lo había hecho, ni hablar. Quedaba demostrada su natural inclinación al pecado. ¿Será verdad que desde entonces cada salivazo que arroja a la tierra se convierte en botadero de lombrices negras?. Pero y si esa y otras muchas lucubraciones resultasen falsías. Qué importaba, de cualquier manera sólo había un puño de frailes cuerpos de betabel que hacían ademanes proclamándose defensores de esa raza inmunda. Estaba seguro: seres cuya pueril naturaleza les impedirá para siempre acercarse a los arcanos del saber.

—Por ejemplo, dijo Colomini. Jamás podrá entender el funcionamiento del sextante, dada su lejanía de la matemática y los astros.

Bonifacio aspaventeó el abanico floreado con motivos gitanos, inclinándose a revisar el cuello del brasero. Dio tres aletazos hasta formar una voluta parecida a la de un peje bola. Metió la punta de un gotero y extrajo un chorrillo de tisana que inmediatamente aplicó a su amontillado.

—No vayáis demasiado lejos. Meted voz a tu conciencia y por lo menos no dejéis de explicar vuestra razón, siempre esforzado en clarecer el prejuicio, no sea que la pólvora se humedezca. Ya sabéis, en el Reino estos juegos no han de tomarse con

demasiada liviandad. Va por medio vuestro pellejo y si metéis mala pata, de paso me arrojáis a la hoguera.

Tras mostrar a Bonifacio sus manos punteagudas y mugrosas, Colomini prevaricó una emboscada genuinamente policiaca.

—Se trata de embromarlo, tundirle con alcahuetes mercantiles hasta proponerle un oficio digno; golpe con guante blanco, hasta someterlo a un periplo conocido.

Bonifacio al principio renegó, pero finalmente cedió ante la perspectiva de novedad, sin revelar por supuesto, que desde hacía tiempo el señor Gobernador había mandado clavar en las puertas de consistorios y templos, una serie de panegíricos acusatorios en su contra. Tampoco le reveló que un día antes había estado escarbando rémoras y galaxias frente a frente con el déspota que de ilustrado tiene lo que vos de santo, (pensó). Mucho menos le dijo que no recibió concesiones, únicamente esa libertad minúscula, no precisamente bajo fianza, sino bajo severas amenazas de volver a encalabozarlo a la menor sospecha de oprobio contra el Reino.

Cuatro días después cabalgaron hasta el pie de una algecira.
Dijéronse cosas baladís al desmontar, maravillados por la resplandecencia del otero, cuyos reflejos solares producían brillos en el cielo y provocaban la hinchazón de los olfatos debido a la necesidad de respirar humedad marítima.

Los caballos resoplaron el belfo cuando el pezuñaje sintió presencia extraña. Descendía una columna de legendarios visires, acomodados a la montura con agradable técnica novelesca. Venían todos carenados, areniscos, hijos del sol gaditano, bailaores, a leguas emparentados con toda esa cultura mediterránea de alcázares, castillos, torres y puertas levadizas. Iban doncellas cubiertas de pie a boca, sumergidas en el odio al cuerpo. <<¡Sácalas a una!>>, vociferó el grandulón montado sobre un jumento que arrastraba una carretilla con redes para el mar. Un gondolero que había soltado amarras, dijo apuntando con el índice hacia el horizonte, algunas incongruencias con aromas a sal y muerte, aunque sin lugar a dudas provechosas para dar con el aborigen. Mencionó a un tal Montesinos, de ocuapación artesanal, famoso por sus vendimias de codorniz logroñesa.

—Cierta vez montó una farsalia. Por un real, teníais vos derecho a mirar el espectáculo del único hombre nacido en tierras del Paraíso, el cual había llegado años atrás a tierras de Portugal y luego a la Península, en la misma nao que gobernaba el Almirante Cristobao Colombo. Se ha dicho que hablaba una lengua extrañísima como si trajera sapos metidos en el gaznate.

Aquella tierra sin escasez los hizo esperar. De ahí zarpaban aventureros en busca de pimienta, casi todos insumisos, independentistas, llenos de veneno en la lengua y en el andar, pero sobre todas las cosas, iba y venía gente muy diestra en practicar con sumo tino el exterminio civilizador de los días. O acaso la mejor manera de encontrarlo pudiera ser persiguiendo sus olores, cuando infraganti se vista de plumas rojas, amarillas, azules y verdes, o cuando se unte las grasas escurrientes de un pájaro partido por el rabo. O por qué no atajarlo cuando esté palpando a las ribeñas en busca de un lóbulo maduro y hermoso para levantarlo al cielo y brindar con él en memoria de algún ídolo de esos que suelen adorar. Todo eso conjeturaron sin definirse. Habían caído en la cuenta de que la búsqueda espumeaba.

No consiguieron nada ese día, tuvieron que avanzar hasta Cabo Desastres. Ahí los mendigos se tundían a palos por cualquier alfeñique. Bonifacio removió alforjas y extrajo

una botella. Bebió tinto sin desmontar. Preguntó repetidas veces a Colomini sobre el nativo en términos incrédulos. Después de todo le urgía más respirar la bruma del mar y oír el canto de las sirenas, que dar con el Dieguito. Colomini estaba sorprendido y a Bonifacio parecía valerle un bledo; su actitud exageraba en premeditación. Acaso ocultaba su verdadera personalidad tras el espíritu de los enanos mofletudos y los marranos que lo confundían con algún templario a deshora.

Un cadáver arrastrado con espíritu de cruzada pasó de largo.
Bruscamente un palafrenero desmontó.

—¡Peste, señores!. Aparecen máculas por todo el cuerpo, estertores, ojos nubilosos y lo más negro es que nada se puede contra ese calor espantoso que derrite poco a poco las entrañas. ¡Marchaos pronto!. Yo les advierto a vuesas mercedes, que seguramente han de ser ilustrados.

—Pero válgame, si no andamos en busca de fortuna para quedarnos a vivir en esta villa de lágrimas.

Se fueron tras la comitiva de un pequeño féretro. Un hombre del que se aseguraba, nunca mudó sus ropas y enviudó a los trece años.

—No debemos congojarnos, dijo Colomini tapándose la boca. Recuerda nuestra quebradiza condición de mortales. Muy probable demos pronto con el Diego ensartado en un carruaje como este y tengamos que conformarnos con verlo muerto y pestilente aún con los fabulosos ropajes, igual a esos que yacen amontonados en la pileta. Mira, ni siquiera se dan tiempo a prepararles una mortaja decente.

—Pero eso no importó a Bonifacio, cuyos escrúpulos habíanse
curtido a pura sal. De tal modo que durante un día se entregó a la tarea de providenciar menesterosos. Deseaba equiparar su nunciatura obispal con la condición de los infestados, apegado al nuevo testamento, sin consentir lloriqueos, y por vez primera, sin distingo a la hora de reventar los punzones sanguinolientos con la espátula.

Reunió en la plazoleta cuarenta y cinco bacinicas. Mandó teñir a doce liebres con alfajor derretido. A cuatro esclavos les tuvo que despegar los calzones con agua hirviente. Nuestros amos, dijo uno, murieron ahorcados en una sola noche. El creador pudra sus restos en algún pozo inmundo. Sin duda era necesario construir una atalaya, pues infantes había que morían en el vientre de sus madres o cuando mucho lograban salir bocarriba, con el pequeño costillar hinchado y los ojos abiertos que mostraban el rostro del estupor. Así las cosas, Dieguito estaba para después.

Se podrán colonizar mil y un mundos desa forma querido Sancio. De hoy en adelante asumes los riesgos de mi felicidad. Pero no te alteres todavía, Cabo Desastres no puede llegar a Palacio. Recuerdo que un serafín enviado del más allá, nos otorgó la primer gota de sangre que fecundó el vientre de mi madre. Estoy consustancialmente protegido. Además he mandado visires, escuchas, víveres, medicamentos, en fin, todo lo necesario para menguar. Sobre todo he adelantado una legión de clérigos mendicantes, entrenados ex cátedra para bendecir y santoliar a esa desgraciada gente. Bueno, seréis

resignado, que la mayoría están condenados a parir demonios; ganancia y no pérdida representa su muerte. De todos modos no hay riqueza capaz de reconfortarlos en este mundo. Acomodad esa librea en su lugar, y ponedeme el cojincillo tras la espalda, que siento gran molicie. Me duelen los huesos de pie a cogote, uf... Siento a veces unos calambres a punto de mandarme al mausoleo. Por cierto, decidme, ¿habéis mandado barnizar las criptas de mis antepasados?. Si no es así, dispón mañana mismo lo necesario. Pero tened cuidado, no quiero arquitectos italianos. A esos canallas cualquier piedra les parece buen motivo para tallar varones en pelotas. ¿Ya tenéis noticias del último escándalo en Roma?. Una fuente repleta de ángeles y cupidos con el furúnculo más destacado que habíase visto jamás. Dicen que hasta el muy crápula del arquitecto, pretendía dar teñimiento al agua de amarillo, con tal de engañarnos y hacernos creer que las creaturas de Dios, a semejanza nuestra, son capaces de orinar eternamente. Yo desde mis primeros años, cuando la cúpula real me sentó en este trono, me di al desquicio de liberar al arte de sus caprichosos detractores. Pero al igual que en el espejo, siempre hay alguien ajeno a nuestra voluntad, ingenioso y cruel, reproduciéndonos y metiéndonos en la soledad más lodosa que puedan imaginarse tú y todos los de tu raza. Esos mequetrefes insisten en dibujar o labrar la realidad mundana; desoyen el precepto evangélico sin ton ni son, y no sé por qué demonios gastan el seso en plasmar presente y pasado sin atender a la sabia recapitulación de todas las cosas. Insisto, piedra sobre piedra se debe fincar este mundo bajo el sagrado precepto de la trinidad en lo tocante al espíritu, y en los arcanos del saber no hemos de atender más que al sabio silogismo de Aristóteles y a los doctos lineamientos del Angélico. ¿Somos acaso instrumentos mágicos lo suficientemente potentes como para cuestionar al creador?. Desde luego que no, y atended a lo putañero de tales engañifas. El lunes por la mañana, Guzmán Orinaga encontró afuera del portico principal, una picota clavada en tierra con un seno de mujer madura ensartado en la punta. De tal tamaño era la protesta contra los artificios liberales que se han sacado de la manga todos esos artistas de Italia. Ya veis que la misma gente se manifiesta en contra de esas barbaridades. Aunque he de confesaros que me preocupa la proporción que puedan desatar las protestas a favor de nuestra moral. Estoy para darme de topes.

—Oh, Dios lo proteja, señor.

—Llego a creer que soy nada más la panza del barco. Punta, sebo, pólvora, no sé cuántas patrañas carcomen mi carne. Sigo sin entender ese esfuerzo de progreso a ciegas impulsado por el obispo Serena. Le admito cierta razón a pesar de sus penumbras, es verdad, pero de ahí a permitirle que saque a luz todas sus inventivas proyecciones rescatadas según él, de futuros tan extraordinarios como inaccesos para nuestros pueblos, eso es algo inadmisible y va de cabo a rabo en contra de mis principios más fundamentados. El mundo se abre inevitablemente hacia el infinito, lo admito, mas no debemos permitir que se apodere la imaginación y el escrutamiento sin límites. Mira, para que mejor entendáis, abrid esta botella, fijaos hasta donde sube el vapor. Lo veis, blanco, azul, rollizo, color infierno.

—Parecen formas de una existencia individual dentro de la botella, señor.

—Te engañas. Ningún color y todos juntos a la vez existen. Llevamos la virtud del fuego mezclado en las entrañas, como esas mariposas negras que desde la simiente reciben el soplo de la transformación y la defensa de sus vidas hasta que otra fuerza más voraz acaba con ellas. Recordad que una vez parida la hembra, no tienen más empeño

que derribar al capullo prisionero. Así de simple y complicado.

Pero ya no digo más porque siento las nervaduras acatarradas. Por cierto, ¿vistamos ya el asunto de los Carducci?. Ese apellido comienza con ce de cretino. Pretenden invadir el Reino de mercadería extranjera, pura hediondez tropical.

—No tienen salida señor. Hemos ordenado ratonaje a cada miembro de la familia. Clavamos bandos en las puertas con los puntos del saboteo: queda prohibido entablar negocios con esa familia so pena de recibir confiscación de bienes y calabozo en caso de reincidencia.

—Esos han llegado al descaro de vender a los enamorados islas fantasmas y hasta bocetos de pejes tamaño dragón. Mano dura contra esos falsificadores del hemisferio. Son como las moscas, siempre zumbando cerca de la miel. Aquí tengo rollos de cuentas confiscadas, mirad. El problema es que jamás se rinden. Ahora mismo serían capaces de mercadear lo que vos estéis pensando. Sí, hasta esas tripas de carnero avinagradas con las que bien podéis detener el proceso natural de la progenie. Me dice Benavente que hasta empaquetan estiércol de cocodrilo y luego los venden como pesarios que dejan tremenda pestilencia en el sexo de las mujeres.

—En ese caso, es mejor usar miel, excelencia.

—Debería encalabozarte junto con el mayor de los Carducci.

—Vamos majestad, no es posible detener el progreso de los tiempos. Después de todo esas ratas no hacen más que disponer lo que ya se cocina tras bambalinas.

—Debo admitir que tus juicios andan de buen talante.

—Y eso no es todo. Hay taponetes para el oficio de Eva untados con extracto de acacia, dátiles en polvo, pepita de sándalo. Deposita vuesa excelencia ese instrumento entre la grupa de la doncella y verá que pronto fermenta la acacia, provocando desta manera un escurrimiento que desazona vuestra leche reproductora. No hay infante pues.

—Sabéis de sobra que desde hace tiempo estoy absento de lujurias. Al bajo pueblo haz de leccionarle con esas torqueñuelas reproductoras. Mientras tanto, dejadme terminar con los Carducci, que ya es demasiada gazmoña para una sola familia. Últimamente hasta con los náufragos que zarpan a Indias mercadean papel, sebo, rollos de cuerda, sal, carne seca, ajo, toneles llenos con patas de cerdo, cuernos rebosantes de pólvora. Me pregunto si esos bandidos trafican perlas, me pregunto si violan también las capitulaciones de Indias en detrimento nuestro y con mejor astucia pisotean las leyes del oro. Son tontos además, porque en el fondo pretenden llevar la buena nueva a esas tierras donde estoy seguro, oye bien lo que os digo, el demonio sentó sus reales desde los tiempos de Constantino. ¿Pruebas?. Nada más atiende a los oidores, escribas, cronistas y toda la caterva de adelantados que no han vivido sino para noticiar desde el otro lado del mar. Un mundo sin pelos. Te imaginas cuánta inutilidad de los machos para satisfacer a sus hembras. Aquí hasta los gatos entienden que allá todo animal pretende parecerse a la fauna europea. De qué les sirve tal inclinación; inmediatamente crecen desproporcionados unos contra otros y no llegan a ser más altos que una barrica. Todo se achicó por obra del demonio. Los objetos no saben acomodarse políticamente. Además viven eternamente inundados en lodo y como suele suceder con las ropas empapadas que son expuestas al sol, ¡bum!, a esos seres emplumados se les echó a perder la carne, igual que alguna vez debió pasar con el cerebro de la mujer. Causa nobilis Deum.

Era evidente que el Gobernador hurgaba en sus pensamientos, trepado en la batahola de supercherías mitomaniacas de la época. Estaba posesionado de un cuerno con el que resonaba las más altas exclamaciones del poder.

Sin embargo, ya Bonifacio había dibujado con tizana púrpura la mañana en que Sancio lo encontraría tendido en su cama con una mosca haciéndole círculos en la boca y los ojos clavados en el Hércules de la bóveda.

Esa visión la llevaba desde muchos años atrás enquistada, cuando por primera vez, ocho guardias de la cabecera municipal irrumpieron en Catedral, llegando hasta el confesionario mayor, donde se encontraba en pleno ejercicio, y sin agua va, empezaron a reventar santos y a tumbar cirios, hasta que delirantes de imperio, salieron por la puerta de atrás, dejando claro que para el Gobernador, sus pamplinas futuras estaban envenenando a los ingenuos, y eso era peligroso.

Esa mañana, mientras empinaba una botella de rancio licor, suministró los ingredientes necesarios para mejorar el espectáculo de ver al déspota envuelto en su mortaja. No podía estar seguro dado que había estrechez en la imagen. *Close up* se dirá siglos más tarde. ¿Qué hubiera pasado si Bonifacio da con los rudimentos de la cámara?, tal vez nunca se hubiera escondido a la historia esa negra pantomima de algunos fraticidas que pretendieron meterle trampas al sol. Inexplicablemente cada vez que focaba la muerte del Gobernador, los vasos cerebrales se le inundaban de ácido inhibitorio (tal vez debido a la gran excitación), lo cual provocaba nubarrones que terminaban por diluir la imagen y sólo quedaban borraduras ilegibles.

No estaba registrado al pie de ningún Codex. Dieguito, el bípedo, provenía de la sombra, eso decían los pescadores mientras extendían sus redes a la orilla del Atlántico. Muchas veces acudían curiosos a observar sus extrañas costumbres. Vivía solitario, sin más compañía que la luna reflejada en las tinajas de agua y los gemidos que lanzaban los perros vagabundos playa abajo, cuando rumiaban el olfato, pero también cuando un arcabuzazo de pirata en juerga destrozaba sus cuerpos.

Todavía conservaba el recuerdo de las flores enhiestas; respiraba catorce veces acuclillado a ras del sahumerio construido por sus propias manos. Frotaba dos cofrecillos de jade mirando justo hacia el centro imaginario donde habita el dios mazorca. Sus dedos no habían perdido el oficio, la remotísima costumbre de ornamentar su rostro con las antiguas composiciones aprendidas del quetzal (rojo, azul, verdinegro, amarillo plumbago), Surgían en forma de líneas concéntricas bajo los pómulos cobrizos. Y al mismo tiempo agradecía al dios conejo, por haberle permitido reflejarse en el espejo humeante.

Enseguida recitaba en lengua madre los cuatro cantos dedicados al fermento sagrado, untándose aceite por todo el cuerpo, y ya de pie, con los brazos elevados en posición de recibir toda la heredad, empezaba una danza concéntrica, símbolo del

corazón desplegando su corola. Después recitaba plegarias a ritmo esclavo: Nació la región lluviosa en el mismo lugar donde los pechirrojos picotean sus nidos. <<¿Acaso junto al árbol florido vengan otra vez mis ancestros a jugar pelota y el viejo *Sholiti* me punce la lengua y las puntas de todos mis miembros, para que pueda ingresar sin miedo a la casa de la noche?. Acaso pueda otra vez, cuando los tiempos sean propicios, volver a tragar humo sagrado a la usanza de Quauhtlemallan. Y acaso la diosa madre Alom, se digne sembrar fruto en el vientre de Hunaipú, hermana mía y toque su entendimiento para que a fuerza de ser varón lo nombre Hunaib Puh, como verdaderamente yo tengo por cierto que me llamo>>.

Esta frase la convertía en graffiti donde quiera que podía. Tallaba las paredes con una púa, de noche y en ocultos lugares, para que Alom pudiese encontrarlo cuando los tiempos decidan su regreso a la tierra del plúmbago.

Pero ese día Hunaib terminó ensopado. La sal cristalizada en la piel había formado un pigmento de arena brillante cuya textura y afrodisiaco aroma, solían dejarlo durante varios días atolondrado. Era el único vestigio mineral que manaba de su cuerpo; una forma de nostalgia caribe para mantener vínculo con los suyos. No se trataba de sal corpórea, sino de un sedimento transoceánico formado por generaciones que bebieron agua de trópico y peces inespinados. A Hunaib le brotaba en reclamo de algo. Incluso piedra tallada y lejía eran formas inútiles para vanescerla y seguramente que ese aspecto de terrón salino era la causa principal entre las mozuelas que durante varios días se rasgaban las vestiduras en secreto, soñando que fornicaban con ese mancebo, ejemplar único untado con polvo de Paraíso.

¡Vamos a lamerlo!, gritaba una. ¡Bendice tu lengua!, sonaba otra. ¡Joder!, yo cargo pinceles y soy capaz de glorificarme día y noche montada sobre él. ¡Estarás hambrienta Rosaluz!. Yo sé hasta donde eso es pura patraña. ¡Más te valiera yuntar la cintura con un marrano!. Todas a una risas.

Hunaib se puso un gorro de terciopelo al tercer día de faena cuando por fin su cuerpo amaneció endulzado. Entreabrió un medallón con la efigie del primer Almirante. Lo colgó de un clavo y se puso a observarlo para desmentir el tiempo, imaginándose no a ese, sino a otro semblante oscuro propio de la muerte, sin olvidar un día de resplandor allá en su tierra—isla, donde ese mismo hombre de cenizos cabellos prometió llevarlo hasta do nace el sol a cambio de bonetes, espejuelos y cuentecillas que seguramente yacen enterrados todavía en las junturas del templo, junto a las bebidas embriagantes, expuestas al viento y que siempre beben los guerreros antes de morir.

<<Fuiste venido a traerme y a meter cizaña entre mi gente. Yo malobré toda mi estirpe sin haberme adueñado de las montañas cuando obedecí a tu voluntad, pues el deseo de mi corazón era ese, por entonces atrapado en lo pedregoso de tu habla siempre lisonjera, siempre habladora de maravillas nunca logradas, sin desempalmar ese ídolo colguije que bajo el pescuezo traías colgado. Recuerdo las procedencias antiguas que nombrabas a los viajeros de vuestra embarcación, más antiguas que todos los presagios conocidos por boca de mis ancestros. No era la ilusión de la partida, sino la desazón del regreso lo que velaban tus palabras. Digan adiós a sus árboles, dijiste. Ya no penséis más en el canto de vuestros pájaros y en la voz de las mujeres, porque de aquí en delante vida y muerte han mudado sus pasados disfraces. Ahora serán como soy. Fuera toda raíz, todo tronco. Aprended de este cielo, de esta tierra gobernada por el equilibrio y la cruz. Eso dijo tu voz, ya rumbo a tierras del Reino>>.

Ruido inmundo, decían los niños trepados sobre el soportal desde donde observaban a Hunaib Puh. Dudaban por lo fantasioso, tal vez intuyendo cierto deber terráneo que les impulsaba a destruir lo extraño, lo infame. Era notoria la intencional sobreactuación. Ruptura con lo más obvio del manifiesto cristiano, acaso debido a la degradación metafísica, nada similar a lo presenciado muchas veces en claustros, barrios bajos o candilerías. Por tanto, no había más remedio que salir uno a uno de los escondites, aparejados algunas veces junto a borrachos deseosos de aventura. Entonces se ocultaban entre los nichos de las ratas. Empuñaban piedras, hacían como animales fantasmas, exhalando silbidos que mensajeaban la desgracia y de inmediato abrían disparos graneados. Una, dos, cuatro, siete piedras a tirabuzón, casi siempre a medianoche.

Hunaib Puh no resistía el miedo ni soportaba la propia muerte metido en tal desolación. Tenía que afilar los dientes, defender su techo de baldosines como un animal hambriento libra sus batallas en medio de carcajadas turísticas. Una vez por cierto, enmendó ese abismo a mordidas. Nadie podía creerlo, sin duda impregnados por las contestatarias mitificaciones del *salvaje bonus*, cuyo paladín mayor se había desarrollado bajo la pluma de Las Casas.

Muchos dijeron que todo sucedió porque el rapazo entró a ley de puntapié, y entonces, cuando alzó su cabeza, imaginó que de verdad estaba descubriendo a un mítico dragón, a un unicornio salamandrino, a un grifón echado sobre los surcos de su espalda. También se ha dicho que Hunaib Puh ni se inmutó, inundado como estaba en el esfuerzo de cimbrar al dios agua. Mas nadie sabe a ciencia oscura si agredió primero el rapazo, lo cierto es que hubo necesidad de arriar a varios mercachifes mediante gritos y corbadas. Hunaib lo mantuvo embrocado contra un cilindro de aceite. Dicen que lo mordió tres veces; dos en el brazo izquierdo y la última, la más profunda, bajo el pómulo derecho. Tuvieron que separarlo con las babas del diablo imaginadas en el tinajazo de agua helada. Por supuesto gimoteaba el adolescente, lanzaba profundos alaridos y las manos vueltas al rostro eran de un dolor agotado en el aceite de su propia travesura, sin poder entender hasta dónde se había introducido en el juego de lo imprudente.

Pronto llegaron tres mujeres con sofocor en el pecho. Sus cuerpos de cebolla mostraban el espanto y la morbosa condición de quien practica secularmente los artilugios más notables del chisme. Una se metió la mano al seno y sacó un dobladillo. Lo extendió sobre una cántara embrocada. Se untó cuatro dedos con manteca de cerdo y de inmediato la embarró contra la herida. El chico sangraba profusamente, pero al sentir el contacto de la grasa sobre la piel descarnada, lanzó un bramido profundo y ahuecado hasta las uñas. Algo semejante al lamento de los condenados cuando la primera brasa del fuego inquisitorio les achicharraba las carnes en el palio de la hoguera.

Pronto lo envolvieron en paños y lo llevaron sobre hombros hasta el refugio de un viejo zahorí. A Hunaib, por supuesto lo molieron a palos dejándolo perdido toda la noche.

—Dices incoherencias Bonifacio. Toda esa imaginación, el espectáculo del acusamiento que tramó el bajo pueblo, hace de nuestra presencia un asunto más escandaloso de lo que voz pudierais imaginar. Buscamos a un granuja que seguramente lleva consigo todos los males de las tierras podridas. Quiero saber si esa falta de pelambre extendida por toda la piel es en verdad una fuente de inviril condición y si acaso tal defecto proviene de una alquimia diabólica, o simplemente se debe a una perfidia ancestral. Dicen que hasta veneno arcilloso fluye por los ventrículos de su corazón, de tal manera que pudiera ser una verdad y no una simple diatriba, esa historia de sacarle un ojo a un infante, de una sola mordida. Yo en el fondo deseo que tales sospechas sean verdaderas, entonces la rareza del espécimen será de más valor, igual que la ganancia de mis pesquisas.

—¿Clara evidencia de maldad natural?

—Eso mismo.

Al día siguiente del infortunio, Hunaib Puh reiteraba designios literarios casi muerto. Los puebleños lo punzaban con varitas picudas y apagábanle velas encendidas en el torso, de luz y en plena vía pública (tiempos todavía de carnaval). De paso, aquella escualidez filiforme, dibujada en sus costillas, pudo servir para representar el espectáculo de una agitación sin consistencia. Los más curiosos afirmaban que acaso poseía un alma menor atorada entre la lengua. ¿Por qué entonces resistía con el gemido ahogado?. Una damaloca se acercó hasta donde estaba tirado en medio del empedrado. Se tendió junto a él como la Cuarraca de Comala. Sacó una lengua diabla, cuyas papilas resecas empezaron a lamer la herida. Le colocó un girasol entre los dedos, luego se puso de pie llena de eructos y se fue dejándolo tirado junto a dos perritos vagabundos.

Hunaib Puh vivía en un pueblo precioso, lleno de naranjos y medialunas. Por los muros bajaba una pátina casi astral. Acaso la brisa solar tuviera mucho que ver en ese pastiche del azafrán oscuro en forma de cristales derretidos. A cada visitante le impresionaban las dragas cinceladas en la cantera, y no era para menos el hecho de que sucumbieran al maravilloso embrujo de alzar la vista para impregnarse de un frescor salino reverberado por el viento del sur.

Muchas veces bajó Hunaib al astillero espantado por los cohetones de Semana Santa. Reflexionaba sobre las extrañas formas. Todo le parecía sujeto a un orden premeditadamente local. ¿Por qué ninguna hembra ostentaba tocados alaciados con agua de mar?. Extrañamente se ocultaban las carnes del pecho y nunca dejaban ver salvo en lo más oscuro. Todo eso anotó cierta noche con su rudimentaria caligrafía de vocales desligadas, poco después del primer encuentro en Barcelona, cuando el Almirante lo mostró a sus majestades. Ya por entonces había escrito que la primer turbación de sus huesos al pisar esta tierra, provenía del trazo descomunal que veía en fortalezas y calles donde viven las gentes. Nunca pudo comprender del todo esa arquitectura de balcón y plazoleta. Le parecían manifestaciones de cordura botagada por falsos delirios de prevalecer en la piedra, aunque de vez en cuando le gustaba extraviarse por encrucijadas y callejas sin retornar jamás al mismo lugar, pues aún conservaba esa obsesión de no admitir los retornos lineales. Hunaib era un maestro en el arte del círculo. Medía las distancias a pura constelación, acordándose de las antiguas enseñanzas y del juego en que las sombras van midiendo el tamaño de los espacios. Sin embargo, algo instintivo hacía que siempre diera vueltas en busca del centro. A los vecinos eso les daba mala espina, decían que al indio le gustaba tramar conjuros aún en el andar y que por tanto había que tratarlo igual a un relapso con miras a nunca merecer la conversión. Por si fuera poco, todo mundo se enteró: nunca se postraba enjutando los brazos. El escándalo consistía en que más bien extendía sus miembros como satisfecho de convalidar su existencia, mediante el simple taparrabo y vestiduras de impropios colores, como si el muy misterioso pudiera compararse con los luchadores de Fidias. Para los lugareños esa simbología corporal era negra, muy metidos en el juego de las diferencias y las similitudes.

En tales condiciones lo encontraron el obispo Bonifacio y el intrigante Colomini. Desde lejos distinguieron el promontorio elevado al dios agua, ligeramente monumentado en forma de trípode. Hunaib Puh acopió un desfile de sombras al tiempo que decidió recibirlos. Un olor graso a cebolla y vinagre impregnó los olfatos de los visitantes cuando el cobrizo abrió la puerta. No era necesario mostrar credenciales. Hunaib ya estaba tan asimilado a los interrogatorios que sabía leer las preguntas en los rostros de los demás con una técnica de reportero, incluso más allá podía husmear sin dejar evidencia en lo más profundo de las petacas y de las alforjas. Podía saber hasta dónde pretendían intrigar aquellas poleas, cada rueda, o el botón en forma de escorpión con el que a cada rato los preguntadores le mostraban sus intenciones de fragmentarlo en mil pasados.

—Pero Dios, no temáis de nosotros. Esa fantástica insistencia vuestra de vivir amaestrado al pasado nos encanta, dijo Bonifacio.

Hunaib descolgó un relicario pinchanervios; souvenir que avanzó a un lacayo de Torquemada.

Colomini sabía muy bien artimañar sus palabras. Una emoción de científico encumbrado ante el espécimen *in facto*, lo invadía. Por tanto, se introdujo sentándose cortesanamente en las aristas de un rincón. Contra sus expectativas, advirtió que no sería nada fácil ganárselo, a pesar de que ya cierta vanidad occidental de hombre "muy ocupado", lo impulsaba a ir al grano para terminar más pronto.

—Dejad eso amigo, no es necesario tentar a los dioses, no venimos a molestar, nada de eso. Ya los fatigos de la guerra quedaron atrás. Probad esta natilla y decidme si os place.

Bonifacio extendió su diestra con el gran anillo nobiliario al frente. Hizo un gesto subrepticio de untar una bendición sobre el hombro desnudo del adolescente. Lo ungió cruzando sobre su frente los cuatro puntos del universo Ninguna palabra hubiese bastado para ocultar el pasmo. Ante los ojos del mar daba lo mismo. Hunaib se instaló como en una cripta frente al océano, sin dar pie a ningún comentario sobre los surcos atravesados en su rostro. Deseaba hundirse en la pobreza mineral, en el más estricto silencio arrancado a los huesos del pescador. Así, desde el primer momento decidió no revelar más allá de lo permisible a unas cuantas páginas de anarquía novelística. Estaba escamado debido al siglo excedido en descubrimientos. <<*Recuerda hijo, entérate siempre cuántas gargantas arrancarán en pedazos el escudo, las flechas, toda creación del mundo en beneficio de reyes y señores. Tú estarás hijo mío, en medio del recio aguacero*>>. Estas palabras nebulosas, lejanísimas, extraviadas en lo más oscuro de la memoria, surgían frente al viento del mar, contenidas en la presencia de esos dos seres extraños, venidos desde tan lejos en busca de sus palabras.

Hunaib los convirtió en prisioneros bajo su propia filosofía de transformaciones. En lengua castilla retorció negativas, dándoles argumentos en círculo, tejidos, inconciliables esquivas. Hablaba siempre en forma de telaraña, sin atender al acento vapuleado de Bonifacio que poco a poco le fue recordando su naturaleza heresiarca. (Todo se hacía sin dejar de sorber mejillones dorados en aceite). Colomini votó el palo que taponeaba una botella de mosto.

—Pero andá, venir de tan lejos y vos que tenéis pura cera en la boca.

—Eso no es culpa suya ingeniero, este milagro del océano agujeró el tiempo. No es fácil pelar cien naranjas en un día. Se nota que adora los rayos solares. ¿Digo la verdad diego?

—Entienden poco señores. No soy otro más que un sonido imposible. Allá mis abuelos escarban vigorosamente los dientes de los pájaros; del jaguar escondido en las montañas. Trepados aguardan desde la parte más alta como últimos retoños del árbol raíz donde nacen todas las cosas. Desde allí escuchan el canto de un mico: él dice las noticias de mis días, conoce mi muerte.

—Aquí jamás vais a morir. Vivís al garete, lo reconozco, pero sin daros cuenta ya estáis en la pandorga. Digamos que vos habéis cruzado un trecho infinito entre la bestia y el hombre. ¿No es así Colomini?.

—Eso mismo, carissimo, digo yo. Hace tiempo sostengo que los vientos, según el proceder biológico del suelo, ya sean calientes o fríos, provocan esclavitud o inteligencia. Por aquellos mundos te rodeaban paisajes infectos non aptos al progreso, ni a la especulatio sapientae, madre del universo. Debéis congratularos. Bien sabemos que allá las liebres son más lentas y se echan a perder fácilmente cuando muertas. Y cuando vivas, corren a esconderse bajo los arbustos llenas de impotencia y sin alcanzar a llegar

porque la carne muerta domina sobre la viva. Se atrapan en lo húmedo, son como cadáveres vivientes. Aquí mirad, estáis en tierra seca, no hay más aire mal sano que el que podáis tragar de aquellas rameras, ¿las veis bien? Fijaos cómo hunden las manos en los sobacos. Les gusta mendigar como perras. De ahí en más, nos cobija la pureza de lo ancestral, de lo céntrico, de lo equilibrado. Por algo será que se ha desarrollado con soltura esa delicada sabiduría de la cruz.

Hunaib Puh apartó unos abrojos del fogón. Debía entregarlos antes del medio sol. Trabajaba desde varios meses en la herrería Montesinos. Fundía espolones que luego enrejaba (cada uno le provocaba tremendos bombones de nostalgia en el pecho. Tanto se parecían pero ninguno era lo mismo que una coyuntura de obsidiana). Los petos y espolones debía tenerlos listos para ser vendidos a quienes todavía sentían temblores por la vieja caballería. Diego Montesinos, el patrón, inventaba fantasías medievales a precios de ganga. Muchas veces trabajaban según la tradición o terminaban sometidos al capricho del doblón. Así había pasado días antes, Hunaib llevaba dos jornadas tejiendo un mallón de alambre que debía ser entregado a la princesa de las flores, consanguínea lejana del rey Fernando de Aragón. Pero sucedió que cuatro días después, unos pescadores la vieron flotando en las verdes aguas de una dársena marina. Dicen que se bamboleaba como una muñeca flamenca. Estaba muerta cuando la deslizaron hasta la orilla. Tuvieron que untarle pañoletas para despejar los florones espumosos que brotaban de la boca. Lo peor había sido el hecho de que estaba enredada en el mismo mallón zurcido por las manos del cobrizo. Desde entonces Hunaib Puh tuvo que soñar con galeones enredados en sus brazos y las brumas del mundo tuvieron que hacerse redondas, perfectas, casi reflejadas en la superficie del agua. Su voz, es decir, la voz que decía las cosas escondiendo argumentos a los dos intrigantes, era como un bostezo sin fin, parecido a los laberintos geométricos que hay en una maniobra de ajedrez.

Por entonces los tiempos no se otorgaban gratis en busca de la pasión prohibida. Más bien el tiempo resorteaba continuamente, frágil, propenso a lo siniestro, volcado hacia una mendiguez de limosnero acostumbrado a régimen de porotos y judías. Con pies de barro se impulsaba una dislocada nacionalidad ya con visos de abismación en la identidad, innumerablemente dibujada en lienzos con el tema de la locura primigenia, madre de todas las corrupciones, vicios y sabidurías que habita en los hombres. Esos mismos cuerpos escuálidos y contorsionados tan observados por la pintura flamenca, son los mismos diablos a los que tanto se refiere Bonifacio en su *Especulatio Sapientae*.

Cuatro días permanecieron Bonifacio y Colomini en casa de Hunaib. Cada hora intrigaban para observarlo, aunque desde un principio habíanle prometido no molestarlo más allá de lo tolerable, cosa que por supuesto nunca entendió del todo Hunaib. El obispo se metió en sus calzas abullonadas y desde el primer día se entregó como un Quijote a leer crónicas. El afán era viciar su propia memoria, desgajarla de imágenes aprendidas en el papel y así meterse mejor en la naturaleza de Hunaib (Aunque no lo sabía, practicaba en secreto los principios básicos de la inmersión). El otro estaba entregado al directo escrutinio. Desde un principio intuyó que el cuerpo de Hunaib encerraba una sabiduría desconocida, fascinante y tal vez hasta digna de inmortalidad, toda vez que ya los tiempos no estén dominados bajo las garras del saber oscuro. Una sugerente hipótesis indicaba que sus partes mecánicas posiblemente influían en esa lentitud mental, propicia para el decaimiento del espíritu. "Blasfemo a partir de la biomecánica", toda una novedad.

Los nudillos, cada extremo arbotante de los huesos debía tener malformaciones propias del averno. Sin embargo, a Colomini le temblaba el rabo. Estudiar a un herético, sin previa autorización del Vaticano, sería motivo de implacable castigo. Recordó las prohibiciones del Gobernador, específico en el dictamen que prohíbe indagar más allá de lo permitido en asuntos de Indias, así como el saqueo extrapeninsular de moros, judíos, gitanos, hijos y nietos de quemados, bien por línea femenina o masculina, so pena de fuego.

—¿Pero acaso tenéis vaciado el seso?. No hemos cruzado ningún frontero. Ciertamente estudiamos a uno de indias, pero al final eso debe tomársenos en agradecimiento. No hemos sacado provecho de los descubrimientos, a beneficio propio, ni hemos desoído las rogativas del rey. Melindroso sería actuar como Fray Toribio, que a todo le ve necesidad de mudez y no se atreve ni a papar una mosca en busca de progreso.

—Del sospecho al hecho hay largo trecho. Ayer me atreví a medirle la esfera del cráneo con este aparato.

Le mostró a Bonifacio el instrumento. Era una diadema con tres garfios embonados en forma de trinquete, como los que se montan sobre un sextante.

—Los dogmas de Dios no mienten. Encontré dimensiones parecidas a las del macaco. Imposible conjeturar que esta creatura fue moldeada por la mano de Dios. Las palabras del rabino eran ciertas cuando me hizo entender que fruto de nuestra soberbia e ingenuo saber, nos hemos creído ese cuento de que todos los hombres fueron creados a imagen y semejanza del todopoderoso. ¿Acaso no estaba el creador viéndose en un espejo cuando modeló al débil Adán?.

—Esas son patrañas. Yo, gran obispo de Burgos, he visto muchas veces cuerpos perfectos que sin duda fueron trazados por la sapiente mano de ángeles inspirados, y no como argumentan algunos insatisfechos con su propia apariencia, creados por ángeles ebrios, aburridos en lo alto de sus poltronas celestes y sin más labor que inventar seres con faz de garabato.

Ciertamente algunos hay que fueron hechos más bien a semejanza del sapo. A esos la esperanza les ha guardado un destino parecido al de las orugas que yacen tiradas en el suelo. Están condenados al eterno infantilismo. Pero en el caso del Dieguito, yo tengo a cierta su inocencia. Para mí que no es un ser echado a perder. Sus derivas de

impotencia, sus visibles rasgos de incivilidad y toda esa proclividad hacia las idolatrías son el reflejo de ancestrales pecados, atribuibles tanto a su tierra como a su gente, y sobre todo hemos de prestar atención a la excesiva humedad que durante años ha tragado. No debe extrañarnos pues, el grado de putridad albergado en sus pulmones y por extensión, en todo el cuerpo.

Mas asimismo os digo, muchos han aprovechado esta diatriba natural, llevándola hasta extremos intolerables. Quienes en su tierra solían frecuentar calabozos y tenían piloncillo que llevarse a la boca; ya estando en Indias, por obra y gracia del diablo, se han negado a vivir con el sustento de sus propias manos; prefieren comprar algunos indios, luego herrarlos como se hace con las bestias y vivir dellos en tres o cuatro bohíos a manera de señores.

Hunaib frunció los labios. Aquellas pugnas hereditarias pronto habrían de disolverse. Al tercer día, cuando el sol estaba cuajado, suspendió el puntilleo de unos fierros y se dirigió hacia Bonifacio que andaba echando garbanzo a los pájaros. Colomini había salido a fundirse entre la columnata de fieles que celebraban la fiesta de las antorchas. Hunaib se abombó la frente mediante un breve impulso de lasitud que trajo remanso a su cuerpo. Estaba inquieto. Escuchó el silencio abismal que se abría como una metamorfosis de huecas proporciones entre los caireles monótonos de los granos al golpear el suelo. Sintió su propio cuerpo, mutilado, espolvoreado por esa fantasía caliente de muchos soles que se habían extraviado sin grandeza.

Llevaba tanto tiempo metido en ese lugar, que sin duda quienes lo habían conocido ya habían olvidado los primeros rasgos de su anterior fisonomía. El torso desnudo, el sudor bajando por las cuevas de los omóplatos, las formas ya voluminosas comparables al estigma de *filudo*. Esos brazos liberados de la sujetaria función, y la piel menos dorada por aquel tueste caribe que ya mostraba los primeros efectos de los inviernos sin sol, eran acicates que sin duda oprimían aún más la identidad.

Pero un día llegó lo terrible. Bonifacio no podía verlo. Un tapanco separaba el corral del resto de la casa. Entonces Hunaib desfundó una cuchilla de obrador y la empuñó, decidido a matar en busca de tiempo, sangre y sol. Pero al mismo tiempo la mano dudaba. ¿Acaso era la suya?, cazador de mil caimanes desde siempre. Sí, era la misma, la suya, no podía evitarlo, sentía miedo, tragaba saliva, un vértigo enrarecido más allá de cualquier dominación. Era una torpeza inexplicable si desde pequeño había dominado la presencia de sangre, cuando papá Yohuto le daba a beber en vasijas el líquido caliente del animal recién sacrificado. Sin duda eso era, ¿dónde vuela el águila?, ¿dónde corre el jaguar?. No había rito, ese fallecimiento de ningún modo era celeste o provenía de la tierra, estaba azogado por un huevo que él mismo había parido.

<<Jefe Cinco—lluvia, dadme vuestra aprobación ante la tierra y el cielo, para questos hombres no desgañen más a una de tus creaturas>>.

Nadie respondió. Hunaib soltó la cuchilla, cuyo sonido alteró a Bonifacio, quien aventó los granos y se dirigió hasta Hunaib. Al verlo parado, totémico, en plan de sonámbulo, entendió todo.

—La muerte es una cosa pequeña. Tu fría voluntad de saber más allá, hijo mío, te ha traicionado. Pensabais echarme a la tumba como a un perro, mas nunca imaginaste el número de plagas que por siempre habrían de atormentar tus incipientes huesos. De verdad sois más ingenuo quel ruiseñor. Cuánto sofocor se os hubiera metido, si acaso lleváis máquina respiratoria en el pecho. Se os hubiera venido una vida terrible, llena de

ponzoña, que de seguro terminaría por mandaros a los infiernos para siempre. Dime ¿Sabéis cómo son las flamas del infierno?. Si acaso hubierais hecho como aquel soberbio de Arezzo que apuñaló a su mujer después de ayuntarse con ella en la cama y luego azuzó a sus perros guardianes contra sí mismo, hasta que lo despedazaron con las fauces, tal vez la justicia divina no habría sido tan inclemente como a partir de este día lo será con vos y todos los de vuestra especie. Yo lo aseguro, Nosferatu.

Hunaib le asestó un bofetón de temblar la tierra que mandó al obispo hasta el naranjo que un día le había sembrado Cristóbal Colón en agradecimiento a su buena compostura frente a los Reyes Católicos.

Al anochecer, ya todo se había olvidado igual que pasa en una refriega de marineros. Los tres bebían licor abocado, metidos en una vacuidad muy típica del mar. El recelo con el obispo se había diluido en alcohol. Hunaib se animó ante el rumor insomne de las luciérnagas. Colomini había regresado al cuarto de luna. Como venía empapado, decidió jugar al fantasma de los calosfríos. Así que se envolvió desnudo en mantas y se tiró en la hamaca de palmas sin decir palabra, únicamente se limitó a sacar algo de un dobladillo y a masticarlo con el grotesco placer de los crápulas.

Hunaib comenzó a recordar en voz alta historias míticas de su pueblo, regresando con la imaginación hasta cuatro generaciones a partir de sus abuelos: el caimán que parió a una niña cuyo cadáver amanecía por las noches flotando entre los esteros cuando el pequeño delta de la isla se desbordaba y transformaba al bohío en ciénagas nauseabundas. Narró cómo los gritos de aquella niña enloquecían al pueblo y decían que soportaba llorando porque nadie la rescataba del pantano. También relató entre aspavientos aquella tarde venteada en que sus hermanos taínos presenciaron el vuelo del jefe Bacum, levantándose sobre los árboles con las alas de águila que le habían crecido durante el sueño. Hunaib puntualizó acerca de aquellas plumas que él mismo había arrancado al protohombre una vez cuando a punto estaba de ascender. Les mostró las marcas de las quemaduras y los treinta y dos azotes que recibió en castigo.

—El jefe emplumado traía la corona encajada en la cabeza y una piedra de esas que por acá llaman esmeraldas, igual en tamaño a una mandíbula de buey. Se la colgó en el pecho como espejo. Por ahí podíamos ver nuestros reflejos al mismo tiempo todos los hombres del bohío, sin faltar ninguno.

Y otro año del ocelote supimos de un natural que vivió toda su vida trepado en la punta de una palmera, nada más alimentado de alimañas, cocos y frutos que le subíamos mediante un cuenco amarrado a una soga que descolgaba tres veces al día. Una vez lo vimos descender lentamente. No sabía caminar, se arrastraba por la arena como una bestia. Quiso decir algo, pero sólo salían górgoros de su boca. Estaba seco el pobre. Murió de noche sin haber logrado una palabra. Siempre he pensado que algo muy importante quería decirnos, algo como venido del mar, pues no dejaba de señalar hacia oriente. El jefe Bacum ordenó convertirlo en ceniza y un grupo de comunes treparon de nuevo a la palmera donde las depositaron en su cuenco de comer. Así el viento las esparció hasta el mar y vimos todos que la estela de ceniza se perdía por el mismo rumbo de oriente....

Hunaib orbitaba los ojos, mientras Colomini mascaba pedazos de tabaco robado a dos piratas ingleses que deambulaban por la playa. Lo salivaba con depurada técnica. Por su parte Bonifacio hamacaba la hinchazón del labio con ungüentos de manteca.

Esa noche, a los intrigantes el tiempo se les volvió suspiro escuchando las fantasías propias de un novelón Garciamarquiano. Absortos, las caras inexpresivas de anfibios cogidos por la cola.

Después de aquellas historias se dieron al sueño. Ninguno sabía que Hunaib acostumbraba deambular por las noches, metido en un camisón de terciopelo púrpura, desde aquella vez, cuando fue presentado a sus majestades. El modelito de Fernando le gustó. Una especie de nostálgico apego al poder terrenal que le otorgaba lejanas ligaduras de paternidad. Por primera vez, esa vestimenta de ficticio poder le iluminaba el rostro. Sus facciones perfiladas se ensancharon, de tal modo que Bonifacio, despertado por los ruidos estuvo seguro de presenciar en la penumbra al diablo en persona; no a uno de sus siervos menos afanados, sino a un ejemplar espejo, creado más allá de toda verosímil frontera. Su piel cobriza y brillante reflejaba los rayos de luna achatados. Para el obispo no había duda, el íncubo provenía de un mundo donde la naturaleza estaba de cabeza dado que sus plantas alcanzaban alturas enormes, como si la erección viril estuviera repartida, no entre los candidatos a hombres, sino entre las creaturas más austeras que Dios había traído al mundo. Eso era evidente en los movimientos, en la voz que se quebraba y respiraba el sereno de la luna, como si ya los conociera desde siempre... como si en realidad mamase alimento.

El día los sorprendió despatarrados a cada uno sobre el sitio del sueño. Los miembros del cuerpo reposaban la carne con una ingravidez abotagada estilo embriaguez de taberna. Parecía una escena de típica resaca pasado el francachelón.

Por la ventana enrejada se filtraban brumas de cristal amarillo, casi doradas, en forma de minúsculas pulseras que al flotar entre las dagas de la media luz, provocaban el efecto de un Tiziano.

Bonifacio despertó primero, su libreta de apuntes en el suelo evidenciaba falta de método. Colomini escurría la baba del exceso; ni siquiera valía el esfuerzo de sacudirlo para que despertase. Sus muecas tenían algo de horrible, próximas a lo grotesco. A Bonifacio le hacían pensar que ese hombre no podía ser el aclamado ingenio que antes de sus profanaciones ocupaba un sitio reservado exclusivamente a príncipes entre los protegidos del Gobernador. Se puso las calzas, pero al incorporarse notó que Hunaib dormía en pelotas y bocarriba, es decir, sin mínimo recato a las costumbres de guardar. Los muchos siglos de odio al cuerpo se le vinieron encima, resumidos en las repentinas ganas que le dieron de someterlo a palos ahí mismo, como tantas veces practicó frente a los fieles en los pórticos de las iglesias cuando rasgaba láminas con bocetos de preciosas damitas venecianas cuya desnudez lo ponía histérico, *in emulatio inquisitorum*. Sin embargo se toreó el pudor arrojándole un pañolón al centro de las piernas. Hunaib se levantó sobresaltado y sin desearlo, sus ojos inflamados fueron a encontrarse con las cuencas arbotantes de Bonifacio. Amenaza vertebral, sin palabras.

Hunaib se asustó, dio vuelcos hacia atrás como un cangrejo epiléptico. No podía entender la actitud de ese hombre sentado ahí, mirándolo con los ojos metidos en abismo, tal si le hubieran dado a tragar un pomo de chillate.

Pero Hunaib Puh no podía entender que Bonifacio acababa de tocar otra futuración de toscos puntazos, esta vez mucho más terrible y dolorosa. Nada podía saber del modo en que sus nervios estaban fajados por inyecciones de sangre reventadas en las venillas del ojo. Parecía ver todo y no estar sobre nada al mismo tiempo. Hunaib tuvo la sensación de presenciar el histrionismo de un profeta dilatado en el abismo. Sin

embargo, esta vez el obispo tenía puesta la mente en un lugar maravilloso, increíblemente más ensoñable que muchos alcázares. Ahora, años más tarde, podía reconstruir dignamente la escena tras la lectura de su Memoria de Indias. Ahí señala puntualmente que el día 27 de septiembre, año del Señor, vio de pronto un paisaje donde las gentes llevaban unos ropajes de presión al cuerpo, nada, pero nada parecidos a la tradición del pesebre. Seguramente la focación había caído en una ciudad de urbes industriales: fábricas, edificios humeantes, automóviles, transeúntes extrañamente corbatudos, con el sombrero copa negra. Parecía que un soplo había resucitado a las muñecas flamencas. Eso debieron parecerle las mujeres, todas sin amo, aunque muchas de esas figuras estaban borrosas. A ratos no podía distinguir ni sus caras ni sus cuerpos.

<<Recuerdo que muchos tenían la excéntrica costumbre de caminar junto a sus perros, atándolos con un hilo largo de sus pescuezos. Dios mío, perdonad si os ofendo con tales absurdeces, pero el caso es que no fue uno, sino muchos los cajones rodantes que vi andar por esas calles. Adentro viajaban personas de condición variada: hembras, varones, ancianos y hasta creaturas, de manera que sus cuerpos parecían solazados como depositados en berlinas de rey. Ninguna bestia impulsaba estos cajones. Fue así como tuve que descender hasta las últimas sombras. Los peldaños de otras piedras completamente diferentes a las del Reino.... Agua bebí en unos como depósitos bermellones>>.

Se sabe que constató el rumor de cuatro bicicletas porque hizo un trazo rapidísimo con tiza violeta. Es posible atestiguar ese magnífico juego que Bonifacio le regaló a la historia, leyendo al pie de la rueda izquierda *cuatro destas vi*. Por otros detalles de la escritura es posible inferir que visualizó un mercado populoso en pleno fragor. Sobre esto no abundan los detalles, todo se pierde en una vaga generalización de amanuense, diciendo que había *mucha vendimia que comer*. Lo único en claro que Bonifacio anotó, fueron los detalles de la muerte: un hombre recio con ojillos de león llevaba un lienzo bordado sobre el pecho, seguramente un emblema militar. Bonifacio detalló en el sonido <<escuché maitines y mucho ladrar de perros. Algo había en las axilas de otro hombre que metido estaba en una alcoba azul y resplandeciente. Untaba espuma blanca en los pelos de su barba>>.

Al parecer, Bonifacio vio simultáneamente dos escenas. Un hombre afeitándose en el baño sin premura, pues en la tercer línea se lee *movía manos y brazos muy calmo en todo*. Abruptamente la visión se traslada hacia otro espacio. El mismo hombre al mismo tiempo, saludando a la multitud desde una balconeta que sin duda confería gran poder. Pudo notar que se trataba de un día festivo. Se abrieron líneas estelares en el cielo, dibujadas según los exégetas, por Dios. Empezó a llover,
mas Bonifacio alcanzó a distinguir que no era el rayo, sino numerosos pajes montados sobre monstruos de hierro como aventureros del apocalipsis, los que se abrían paso entre la caterva. Todos huían despavoridos. Empezó un tráfago terrible, caían monjas, hombres de sombrero y mono azul, mercaderes; lunáticos vueltos a tierra, sin pensar en el jerarca del balcón encerrado con otros ocho poderosos en un salón que nombraban "presidencial". Bonifacio señala que el rostro de aquel hombre estaba pálido, sus huesos completamente desguanzados y que así lo encontraron dos guerreros que tumbaron la puerta de tres mosquetazos.

La visión se pierde atestada por las borrosidades del engaste y al parecer, debido a los nublones del autor. Eso último parece un pastiche contorsionado tal vez por el

estruendo de las balas que derribaron al hombre enfocado. Como siempre, no hay nombres. Bonifacio revela en sus manuscritos historias anónimas, quizá tras haber presentido que la individualidad es grosera, dada su incapacidad para abarcarlo todo. Nunca pudo saber en realidad si ese hombre llevaba insignias presidenciales o no, el caso es que una temblazón interior le aseguraba que se trataba de un capítulo fundamental en la historia de un país[1].

Cuando los rostros gigantescos de la memoria bajaron sus alas, Bonifacio Serena yacía exhausto, como arrancado de alguna profundidad. Los hoyancos estaban dilatados, las pupilas temblorosas, el paladar hinchado por las docenas de ánforas con agua imaginativa que se había tragado.

Hunaib preparó varias infusiones de sabiduría bronquial.

—Debe meter descanso al cuerpo hasta pasada otra luna.

El protolucayo sentenció en ese momento con autoridad las antiguas fórmulas contra el desguansamiento. Colomini aprovechó esa magnífica oportunidad. Traía consigo una bitácora sin muchas acotaciones (un tanto embarrada de lodo que había en el camastro donde se había folgado a una ramerita la noche anterior). Apuntó el número de huesos incógnitos que se le traslucían a Hunaib, por supuesto no con la intención de incidir científicamente. ni mucho menos a costillas del humanismo heterodoxo de la época. Más bien rayoneaba impulsado por un averroísmo inconsciente, casi obediente al juego de fantasmas grotescos, barrocos e inhumanos, que durante muchos años le fueron tallando esa obsesión hacia las taxologías. Dibujó ocho bocetos en total, verduguillo en mano, temiendo que de un rato a otro, Hunaib resolviera soltar golpazos a diestra y siniestra, resentido como estaba, ya de por sí contra todos en el Reino, a quienes recelaba en lo profundo, ya con ese malquisto propio de un emigrado. <<Pura cojonada>>, dijo entre dientes Colomini, quien inmediatamente relacionó el sudor del cobrizo con la secreción luciferna de las amazonas.

Hunaib entonó peticiones al dios de las ramas Tohil.

Ese canto de saltos glotales en lengua madre, provocó desplazamientos incontrolables en la imaginación de Colomini, trasladándolo sin retorno hasta los paroxismos de la fantasía. Por ahí se filtraron interdictos de la fe, una errata necesaria en el proceder corporal de Hunaib, cuyos movimientos concéntricos trataban de limpiar las nubes funestas alrededor de Bonifacio. Estaba en silencio acercándole uno de los dos paraísos, de tal modo que ninguna mutación lo pudiera incluir entre sus enfermos.

—Permítame untarle hiel caliente de borrego, señor obispo. Tiéndase lo más posible, sí eso es ..., está bien así. Ahora ya puedo reclamaros el que sus mercedes hayan venido a mortificarme con sus malestares aplazados, metiéndome desvelos nada justos a mi condición, y a desvelarme precisamente por estos días en que Don diego me aguarda desde la primer madrugada en la herrería. Usted señor mecánico, deje ya su escritura y páseme de una vez aquella vejiga con el fermento.

Hunaib Puh manifestaba en realidad su enojo contra el águila protectora, contra los corimbos inhóspitos que lo habían despreciado y toda esa parentela de hombres dedicados a la cruz. Levantó cuatro veces los brazos en busca de alguna explicación

---

[1] Recordemos aquella fatídica jornada de 1913 en la ciudad de México, perpetuada por la memoria popular como "la decena trágica", donde muere Bernardo Reyes y es apresado Francisco Madero.

¿acaso había explicación?. Los monopolios piadosos estaban filtrados por todas partes. Ahora un obispo yacía tirado en el suelo de una casa que jamás, ni de obra ni de omisión será suya. El patrón Montesinos practicaba en cierto modo, la misma simonía del obispo. Exigía cuerpo y alma por mendrugos a cambio: pescado, sal, unos cuantos trozos de carnero al mes. No había más, los tiempos no daban para mayores otorgamientos a quienes provenían de las bárbaras naciones. Por el contrario, a Diego Montesinos le corría cierta obligación en sentido inverso, pues estaba seguro de que Hunaib necesitaba precisamente el despojo de su corrupta naturaleza mediante una limpieza a base de hambres, garras, engañifas y supercherías consustanciales. Debía merecer primero el cielo terrestre a base de privación, luego ya vendría la segunda etapa: aspirar a un trozo de Paraíso celeste.

Eso mismo debió pensar Bonifacio Serena cuando volvió en sí, con los ojos níveos, atolondrados, casi a punto de estrabismo. Lo primero que hizo fue recitar de memoria los versos iniciales de Sannazzaro *De partu virginis*, en un claro reflejo de alianza con el antiguo cristianismo. Bebió en tarro la infusión preparada por Hunaib, atragantándose debido a lo quemante de la sed, y luego se volvió a tumbar en el suelo hasta perderse en un sueño profundísimo, parecido al nicho sepulcral imaginado por Borges en Las Ruinas Circulares, aunque Bonifacio no pretendía redimir a ningún ser de su vana apariencia para devolverlo al mundo real. Por el contrario, necesitaba que todos esos espectros futurados en su mente lo rescataran del verdadero mundo y se lo llevaran hasta los confines del tiempo. Cosa imposible a su edad; ni la vigilia más exacerbada, ni los sueños más armoniosos podían ayudarlo, de eso estaba seguro, aunque jamás perdería las esperanzas, pues en el fondo estaba seguro de que la solución era demasiado simple, como en un cuento de hadas: alguien deberá soñarlo a él, exactamente al mismo tiempo en que él sueñe a otro.

Ah, Sancio, esas impresiones desfallecen mi pellejo, vos entenderás lo efímero de mi espíritu cuando se me salen de la boca estas palabras. Publican libelos nefastos, ninguno favorable al señor Gobernador, exageraciones las menos, cargadas de mentirosa ponzoña respecto a mi bondad individual, y por si fuera poco, están decididos a lanzarme contra las peñas del Reino. Sabrás que no exagero, ahí tienes al Benavente por testigo. ¿Cuántos trabajos filosóficos, apócrifos tratados, pergaminos y todo lo que gustes y mandes han salido para deslucimiento de mi sombra durante estos últimos meses?. ¿No sabes, eh?. Responded a Sancio mi querido Benavente.

—Más veces que pelos tengo yo en mi sobaco señor.

—Lo ves, aunque ciertamente habéis llevado la comparación hasta una región no muy galante que digamos, pero vale Benavente, que así de brutales han sido los ballestazos. Mis días viven astragados bajo la filosofía del sapo, el cual ya sabéis que se pasa la existencia montado en las piedras a sabiendas de que algún día, una dellas lo ha de matar. Hace tiempo se me presentó una comadrona reclamando justicia contra el marido, tundidor de soberanas golpizas. Hombre, ni el antiromano Lefévre d'Etaples

entendió la necesidad de otorgar un maestro espiritual a los menesterosos. Yo me fui más lejos con la desgraciada mujer, pues además del vasto sermón, le agracié una yunta de bueyes resignados totalmente al arado, ni más ni menos lo mejor que se da por estas tierras. Le puse además una cuadrilla plumífera con veinticinco patos carnosos a más no joder. Bueno, pues al día siguiente, a la entrada del pórtico este, unos pastores dieron con un costal escurriente de sangre y plumas con un papel mensajero amarrado en la punta.

Háganlo traer, dije al guardia. Quiero abrirlo con mis propias manos. Mas oh, infesta sorpresa al embrocar el costal. Salieron veinticuatro patos despanzurrados, al parecer con furia de can. Al fondo del costal, untado de sangre estaba este recado.

Aquí el Gobernador interrumpió y se volvió hacia la cúpula, gesticulante, oratorio. Sus manos apretujó al crespón de la barba: "Regreso a su merced las aves que generosamente me obsequió la víspera. Sabrá usted que sólo una expulsó pepitas de oro, las demás resultaron impostoras como de seguro es el dueño que las crió".

Soltó una espléndida carcajada. Ahí tienen ustedes una muestra del gratificante afecto que ha desarrollado el pueblo. Lo que no sabe esa calaña de granujas, es que sus bravatas yo las machaco sacándole jugo sabroso a la uva. Cómo hacerles entender que nuestro poder existe pertrechado mediante la gestión directa con reyes y príncipes. Toda reforma se hunde atascada en su propio lodo. Se han pretendido grandes, onerosos, magníficos proyectos, algunos laicos y otros en su mayoría promovidos por esa jerarquía curial siempre insatisfecha de sus prebendas. Nada se formaliza mediante leyes. Recuerda, un amigo vale más que mil pergaminos. Bah, pero esas nimias informaciones nada importan. Ahora más que nunca estoy convencido de que trasladar el poder eclesiástico a Praga sería contranatura, significaría molicie y devaluación para el doblón y el florín. Al diablo con esos germanos rijosos, renegantes hasta del respiro. Bien pueden aplicarse aquí las palabras de la pastora Marcela, dirigiéndose a los cabreros que acudían al entierro del enamorado Grisóstomo, quien se mató movido por su descalabrado amor:

Y entiéndase de aquí adelante.
que si alguno por mí muriere,
no muere por celoso ni desdichado,
porque quien a nadie quiere,
a ninguno debe dar celos[2]

Pero más odiosa esa insidia del turco. Pretende ahorrarse todo, hasta los viáticos más escañosos, sí, esos, no exagero, escatiman hasta las befadas de comprar mercancía sacra como velas, tablillas ornales, casullas, patenas, cíngulos, hisopos, incienso. No se hable de objetos pesados como campanas y trabajos a largo plazo, altares, retablos y confesionarios. ¿A dónde vamos a llegar dese modo?, ¿Tenéis alguna idea Sancio?. Esa fe no puede mudar sus miembros a capricho. Vuestro propio cuerpo de poco vale si le amputamos un miembro. Hasta entonces vos sabríais lo terriblemente valioso quera. Yo siento atravesados aquí en el centro de mi ombligo todos lo equinoccios del poder, mas al diablo anticristo le gusta rondar cada noche bajo mis nalgas. No es asunto de risa,

[2] Efectivamente estas palabras son las mismas que dijo la desdichada pastora y que muchos años después recogió Cervantes en su famoso libro. Ver El Quijote, Cap. XIV, parte primera.

carajo Sancio, que mis sagradas posaderas también están expósitas al injurio. Anoche mismo comprobé tal efeto. Mi cortesana preferida me daba una frotada con las palmas en la espalda. Saltapericos dio cuando mi nalga derecha tocó. Esa rima es la que más me dolió, porque inmediatamente se volvió atrás como animal pasmado. Pero qué diablos pasa muchacha, le dije. Casi nada señor, me contestó con melindrosa voz de putica empapada,.... que en la piel se le ha marcado una palabra en francés. Vaya diabla pensé, si ésta sabe de francés un pito. Antes bien le azucé a empalmarme de nuevo, que la vida es como el agua, dije. Frotadla con la mano abierta y podrás sentirla en su fuga, pero si agrietáis la mano para cogerla, entonces la pierdes, mujer.

Pero cómo os inventáis artimañas para destemplar mis ratos de placer. Sobrellas bien puede hablarse todo cuanto se quiera, pues todo ha de resultar igualmente verdadero, aunque no mentía esa vez la moza. En efeto, se había marcado una palabra con todas sus letras sobre la parte media de la rabadilla, mirad cómo ha perdurado y sin escoriar la piel.

Se levantó el camisón hasta la bofa cintura. Parecía el negativo extendido de varias bubas aplastadas en forma de *p-l-a-i-s-i-r.*

Un halo de risitas nerviosas invadió el salón.

—Morbo luparia, os encanta hurgar en cualquier destemplanza mía. Basta.

Se volvió a meter el camisón, precipitado, nervioso.

—Volvamos a las mujeres. Nunca, ni a vos, ni a ningún otro en el mundo he ocultado mi salazón por ellas. A todo le quieren forzar justificaciones y no saben otra cosa más que lloricos y pamplinas. ¿Ya sabéis lo que dijo aquella monserga cuando atraparon a su crío hurtando reliquias de los templos?. No, ¿Ni siquiera tú adivinas Benavente, que habéis preñado a tu mujer con tres varonas?. Pues la muy falsa gritó a los guardias que los templos ostentan excesivas riquezas, mientras Jesús nació en pesebre. Según ella debían dejar libre al mozalbete y nombrarlo jurisconsulto o eclesiástico, ¡Joder!.

Por cierto, ya que hablamos del maleficio consustancial metido en la carne de la hembra desde su nacimiento, advertíos sobre los tres géneros de hombre que nunca tocarán flama infernal. Primero están los afligidos a causa de su hereditaria pobreza. Segundo, quienes padecen como yo, achaques de gota u otros males imposibles de ser expulsados por la medicina de nuestros tiempos. Y por último, escuchadme bien, serán salvos los dueños de nefanda esposa.

—Pero señor, y para ellas, ¿pretendemos acaso borrar toda virtud a quien nos parió?

—Ah, eso ingresa en otro calendario. Vivan todas maternales,
reproductoras eternas del infante que llegado su tiempo, será depositario de nuestros beneficios. El Reino así las reclama, no lenguaraces, ni susceptibles de mando. Pero decidme, a dónde vamos a dar si atendemos al aviso que me dio Bonifacio cuando me dijo que una vez pudo ver a una mujer de otra época desvestirse por lo máximo en igual tiempo que un salivazo mío da contra el suelo. Eso es intolerable aún para la más dislocada fantasía. Aquí las mozas desalojan sus vestiduras con más lentitud que treinta minutos marcados en el balancín del reloj. No tienen ustedes idea del tremendo esfuerzo que al Reino le cuesta mantener vivo el tamaño de ese pudor. Ni una sola gota de sangre derramada en su nombre. Los más viciosos, allá ellos cuando sobrepasen ese compromiso del buen recato. Nos hemos visto en la bochornable necesidad de

mutilarlos a riesgo de que pasen el resto de sus días flemando bocanadas de tristeza por lo inservibles que se vuelven a partir de entonces con los menesteres del lecho. Es el precio del buen vivir, y claro, envejecen al poco tiempo, avergonzados para siempre de su propio chancro.

¿Ya tenéis aparejada la montura, Sancio?. No quiero tomar el trote de "magnífico" sin sol. Benavente leedme las conveniencias de hoy, pero sin omitirme nada, incluso mencionadme los inútiles ofrecimientos del alférez, que a ese ya lo tengo metido en ojeriza. Pero antes deteneos un momento y observad ese cuadro del rey. Decidme, te contempla, nos contempla, parece oír la descomunal bravata que rodea nuestros cuerpos inmersos en el río del poder. A veces me siento el más mendigo entre los mendigos. Ansío degustar los frutos cotidianos y sencillos de la vida. No soporto los rigores que desea mi condición, el estudio cartográfico tan riguroso, la obligación de hojear cada noche los Testamentos bíblicos. Me fastidio más allá de lo tolerable y sin remedio admito, que se trata de imposiciones hereditarias, desde que mi padre juró desterrar en vida y por sangre de su estirpe, toda morisca intromisión, lo cual me ha llenado de ansío hasta los cojones. Prefiero muchas veces la iletrada sabiduría del carpintero.

Nunca os lo he confesado, pero últimamente siento que los ácidos de mi soberbia han ulcerado los tubos digestivos y todo gracias a la casta de ayudas y educadores que desde niño me han adiestrado en las artes de la propia voluntad, el apego al castigo, la vigilancia extrema de lo propio, el rechazo a lo mutable y un sin fin de motivos para dormir con temores de guardia en vela. Aconsejadme Benavente, Sancio, ayudadme a conciliar mi doble condición de gobernador y esclavo. ¿Sabéis que desde hace tiempo ya no me atrevo a besar en la boca?. Ninguna hembra me parece digna, por más hermosas y bronceadas carnes que traiga bajo el escote. Apenas mis manos palpan carne de mujer y ya empiezo a sentir espejismos imposibles. La garganta se me llena de vinagre, me toco espinas en la frente como si de verdad fuesen a crucificarme cada una de las hembras que van a dar a mi aposento, por más y más esfuerzos que hacen perfumándose, disfrazándose de náyades.

—Pero señor, ¿cómo se debe ayudar?

Anda una vez en lugar mío, hazlo sin averiguar, sin ocuparte de nada, pues todo arreglado está. ¿Leíste alguna vez sobre Susana San Juan?. Recibirás esta noche a la Gualdaba. Tres ósculos casi sagrados depositará en tu boca. Tenéis gran ventaja por haber nacido en siglo de poca luz. Nunca, ni en este, ni en futuros encargos haz de guiarte por la entera razón, más vale atenerse a la conciencia del buen placer. Dejad flujo a la expectativo, a ver si vos soportáis esa rígida cama de colchón y travesaño. De ser posible haz breves ronqueras dándole a entender que no hablarás ni jota. Poneos siempre lejano, majestuoso como yo suelo ser; es decir, tenéis que fingir a tal grado, que sólo seáis diferenciable por cuanto me lleváis de juventud. Por lo demás, estirad la diestra una vez encamado, jala de las anillas y despejarás una charola de plata con emolientes, bebidas y otros artificios de placer, todos a vuestra soberana voluntad. ¿Por qué lo hago, me preguntáis?. Necesito heredar mi tacto a quienes por ser jóvenes como vos, tienen el sitio y la holganza de representarme. No suceda que muy pronto me lleven a Constantinopla y me condenen a devorar mi propia carne. Todavía tengo presente la berlina deteniéndose frente a la escalinata principal de palacio para que yo descendiera y pisara con dinásticos pies, el rojo de la alfombra que tres lacayos habían desenvuelto, únicamente, fijaos bien, para que yo subiera escalón por escalón hasta el fin del mundo sin reparar siquiera en

las ceremonias del recibimiento que la guardia real me había preparado con bombardas, trompetas, clarinetes y una multitud desaforada saludándome con gestos implorantes y manos extendidas, parecidas a una plaga de agradecidos cachorros.

Consecuencia, dice el filósofo. Una cosa viene tras otra. Ese método empírico de adular al Reino, muy pronto estuvo a punto de naufragar debido al excesivo escarceo, a esa economía despilfarrante, sustentada nada más en el bastión falso de quienes tiempo atrás mostraron el colmillo endeudándose al garete. Se introdujeron en un laberinto incontrolado hasta hoy, falso a todas luces, lleno de sombra y para colmo de luz, impotente cuando mi persona más necesitaba luminosidad. Cómo despejar ese teorema, cómo hacer para que mis pupilas ya no contemplen el injusto debilitamiento de mi pecho, el cual alguna vez ha sido enteramente imbatible, yo diría comparable al tórax de un Héctor. Cómo despoblar los faustos ataques de todos esos crápulas emisarios del gobierno, que únicamente saben pasar los días envueltos en el calor de sus lanas y metiendo mozas al lecho. Faltan dineros, tenemos desfalco, nos remiten bonos de cobro desde los países bajos y escasea guardia naval para proteger los tesoros del Atlántico. Esto es más verdadero de lo que vuestras cerdas cavilaciones son capaces de entender. Estoy atrapado y sólo yo puedo dar vueltas en torno a mis propios pensamientos sin saber cómo diablos actuar. ¿De dónde arriba tanta noticia sin fondo?, ¿lo sabéis?. Cada vez menos ingresos de Indias y más energía laboral escurriéndose al foso. Cómo vamos a salvaguardar nuestra fortuna si escasean los fondos del rey para reforzar las flotas navales. Ya ni el potente volumen de cristianas reliquias nos protege. Aquí tenéis Benavente, un trozo de la mismísima cruz, en la que murió el Nazareno. Es más auténtica que tú y yo juntos. Notad al pie del trípode la certificación vaticana. Esa cúpula de cristal parece proteger al madero de nosotros. Las otras reliquias traídas de Jerusalén, tampoco han obrado con sus poderes a favor del Reino, mucho menos han valido para mi persona como todos quisiéramos. Ni siquiera los dedos de San Baudelio que puedes observar en aquel frasco, ni los cabellos de Santa María del Naranco enrollados en el joyero de mi difunta Rodriga, cuyas estrías continúan creciendo milagrosamente como si estuviesen adheridas a la raíz de un cuerpo viviente.

Devastación del poder. Nada, ni el magma de las reliquias vierte sus bálsamos suertudos sobre nosotros. Por el contrario, de unos años a la fecha he sentido pertrechos sin fondo bajo estos objetos milenarios, como si el flujo se hubiese extinguido rumbo a otro continente sin estar ya depositado en el interior de estos maravillosos cofres, baúles y cúpulas.

Un cuarto más allá entornad vuestra cabeza y podréis admirar los monumentos que reflejan algo de nuestro vasto poder. El rey ecuestre del inmortal Bramante apunta con su índice hacia los confines del universo. Junto al pequeño nicho de Orfeo, tenéis un precioso faccímil del libro de ajedrez de Cessole. Tocadlo, contempladlo a placer. Yo, cada vez que le miro estoy convencido de que representa a la Hispania librando sus feroces contiendas contra el resto del orbe. Aquellas figurillas son tan antiguas como las rías gallegas. Si reparáis con cuidado veréis la minúscula representación de los montes iberos y pirenaicos en señal de que nuestras fuerzas deben sobrepasar las demarcaciones implantadas por el juicio de la naturaleza. Yo mismo he sentido inúmeras veces quel Ebro nace justo en mi ombligo y que sus transparentes aguas desembocan por el orificio de mi miembro, no en simple esencia de orín como vos imagináis, sino transformado en líquido esencial de regadío para todas las huertas del Mediterráneo.¿Pensáis acaso que lo

digo en metáfora vulgar?. Si es así, poco entendimiento el vuestro, pues lo menciono con todo el retruécano posible a mis palabras. Y de ningún modo penséis que son simples exageraciones si también os aseguro, que de algún modo incomprensible a vuestro juicio, siempre acostumbrado a lo simple, yo soy la realidad del toro y el león, símbolos del pueblo. Al trigo lo amo con la misma intensidad de Jesús cuando la punta de su lengua probó por vez primera la miel del olivo. Igual me da si se trata de patatas, hortalizas, arroz, manzanos, perales o naranjos.

De pronto esa nominación excitó los olfatos de gobernador y sirviente. Llegaron olores a pan metido en horno. Desde algún sitio de palacio estaban listos los cebollones rebanados y alguien escanciaba vino sacado de barrica.

—Mmmm, oled Benavente, madera y vino conservan sus mutuos aromas como varón y hembra cuando se yuntan. Olfatead, percibid hasta lo más profundo. Debe ser el bermellón que dilata mis venas, el más recóndito y sagrado brebaje que se da en el Reino. Al vino le amo por sobre todas las cosas, mucho más de lo que en vida hice con mi difunta Rodriga, lo confieso, pero lo cierto es que nada nos nutre tanto y nos da tanta fuerza y sustancial alegría como esa sangre de Dios. Rojo, clarete, abocado, no importa; es mi sangre, os representa, nos habla distinto al corazón mediante una sublimación más allá de toda retórica humana. Perdonadme querida Rodriga desde donde os encontréis, pero bien sabéis a qué me refiero. Vuestra sangre comenzó a marchitarse desde mi primer partida, luego vinieron los achaques, vuestras derramaciones de líquidos extraños nada parecidos al vino. Cuántos calambres, encogimientos y encorvaturas fatigaban tu cuerpo en un sólo día. Ninguno de los dos dormimos durante años, ¿lo recuerdas?. Pero vaya palabras las mías, que hablo como un malnacido. Ese vino a tu olfato Benavente, lleva mi nombre, el de mi querida Rodriga, incluso el tuyo desde que una fuerza insustancial te concedió el privilegio de fungir ¿o fingir? como lacayo del Gobernador. Y todo lo sabe decir este maravilloso licor a pesar de su condición tan simple y feraz, nutrido únicamente de pepitas y grumos sin artificioso desparpajo, no como el caldo espeso que anda por nuestras arterias, vital a todas hora, pero incapaz de recordarnos la existencia en horas de placer o de naufragio.

Llegado a este punto, el Gobernador condujo a Benavente hasta unas galeras de ornato árabe, donde los herederos al poder habían guardado durante siglos, algunas reliquias intocadas desde los tiempos del primer califato.

Mis pasiones viven sometidas a los caprichosos azares del tiempo, desprotegidas hasta por las fuerzas militares de Calatrava. Nada es comprensible.

Al decir esto, introdujo la llave de oro filigraneado en el
cerrojo. El arcón expulsó un polvorín milenario que a Benavente le provocó tos y llanto.

—Mostrad más cordura hijo, ante las evidencias de la historia. Observad esta pequeña terracota de África, está preñada, ¿No os parece una ninfa dormida?. Percibid cuánto gozo hay en la expresión de su rostro. Debió pertenecer a una casta de comelitonas mujeres, tal vez horneadoras de bizcochos o amantes de hacer jaleas. Mirad a esta otra mujer en postura de parir. Fascinantes dedos trabajaron el material. En mí evoca los múltiples misterios que nunca he podido comprender en las mujeres, os lo digo con el corazón y el hígado en la mano. Muchas veces vengo a sacarla del arcón después de tomar un potaje de puerros. Me gusta besar y oler sus formas inflamadas; recuerdo lo nunca tenido.

Mi padre solía concebir nombres de hadas, volvía temprano de arreglar todas las jodederas del hato y se daba lugar en las horas de crepúsculo para entonar églogas con su pequeña Venus desnuda en la mano, la cual nunca soltaba ni siquiera para defecar. Esa estatuilla imposible absorvióle todo el seso. ¿Recordáis el día de su funeral. Sí, lo sé, todavía no ingresabais a Palacio. Pues reunimos aquella tarde a varios prelados; a sus hijos, naturales y bastardos: Lorenzo el Clavijo, Gonzalo e Isabel de Figueroa, Pedro el Veneciano ¿lo recordáis?, el mismo que a punto estuvo de arrojarse a la fosa sepulcral. Bueno pues tanta obstinación hubo de mi padre hacia la Venus, que ya muerto fue necesario meterle una palanqueta entre las manos. Quebramos el hueso, nos dijo el sepulturero. Mi madre siempre testaruda en sus decisiones, dispuso meterle un crucifijo en vez de la Venus. Ella misma retiró a la diosa y colocó al Cristo. Era evidente, aquello fue de mujer a mujer. Nunca entenderé las contradicciones del sexo, ni las disputas que provoca cuando nada se debería disputar. Los amos inmediatamente reconocen a sus lacayos y vice versa. Ya sabéis, este mundo ha de ser eternamente reservado a una mínima casta de fuertes.

Las postreras lenguas dicen que mi madre falleció de celos cuando desató los folios de papeles enrollados que mi padre atesoraba precisamente en este mismo arcón. Muchos papeles no eran otra cosa que divagancias del entendimiento, responsas, soliloquios y solicitudes de amor a la pequeña diosa de mármol. En cambio, ésta es roja, solar, de tierra caliente. Nada puede hacer como hizo con mi padre. Yo la conservo por la mera contradicción de su preñez. Ahora ríe, pícaro, te sientes tan ilustrado como para suponer que todas estas historias son meras gazmoñadas inventadas por el desquiciado arbitrio de vuestro gobernador. Algún día, no sé cuándo ni cómo, alguien ha de llegar a este reino con la sola encomienda de inventarnos un método puro a partir de la razón, sin falsos convencimientos, ni trampas cómodas a la fantasía. Nada de plantas carnívoras, ni explicaciones a base de sirenas alegóricas, ni cíclopes tristes, ni monstruos desaforados o escorpiones del tamaño de un perro. Eso dejad a los primeros navegantes o a los ingenuos aventureros que arriesgaron sus vidas imaginando quen las Indias encontrarían la teta solar. ¿Imaginad a Cicerón elocuenciando con un tucán en el hombro?. Se me encrespa el rabo nada más de imaginar esa pretensión de mezclar la elocuencia con el vicio. Juntar maíz y vino producirá el mismo desastre que amamantar a una serpiente con licor. Este reino está destinado y merece extender sus brazos sin hundir los pies en el lodo. ¿Sabéis lo que es un pantano al otro lado del mar, Benavente?. Dicen que una vez metido el pie, resulta imposible zafar todo el cuerpo, y aunque por alguna titánica razón lograrais desprenderos, entonces una rémora de putrefacción se adueñará de vuestra existencia por el resto de tus días.

—¿Cómo puede ser eso señor?

Simple, os vienen impulsos inclinados a la idolatría. Sentís incontrolables deseos de fornicar a costa de cualquiera. Vuestras palabras muy pronto buscan vericuetos lascivos y otros pecados relacionados con los mandobles de Afrodita. Os volvéis expósito a mentir sin el menor recato, dado que esta generación fue engendrada desde los tiempos de Constantino, cuando el demonio decidió aposentar sus reales en el atabal principal de la ciudad que llaman Temiztitan. Y por si fuese poco, vuestros órganos de procrear languidecen a paso veloz como allá sucede a las fieras. ¿Queréis más?.

—Suficiente señor.

Una de las infantas enanas entró al salón carcajeándose por el jubón rasgado del sirviente negro que también eructaba volutas de fermento, agradecido por esa doble metamorfosis de haberla cortejado sin mayor impedimento junto a un sarcófago.

Los dos se habían palpado a hurtadillas del Gobernador, sin darse cuenta del trastorno que acometían al disciplinario vasallaje que debía observarse por sobre todas las tumbas del mundo. La enana corrió dando tumbos a una maravillosa mesita repujada con dragones de oro; algo borracha, eructando y pedorreando sin caer en la cuenta de que al fondo era vigilada por los estrámbicos ojos del Gobernador que permanecía inmutable sentado en su poltrona. El negro, más prudente, se tragó la risa, calló y bajó la mirada como fulminado por rayo al olfatear a su amo. Finalmente la enana languideció cuando encontró los ojos estrábicos del jerarca. Hizo una reverencia torpe y salió espantada.

—Ya no sé cuántas veces me ha venido el pensamiento de poner fin a mis días. Ahí los tenéis, escogidos entre miles de mortales y pavoneándose frente a mis propias narices. Pasan los días buscando motivos y lugares para dar motivo a la pasión de solazar la carne. Frivolidades italianizantes, filtradas por los teatros de corte y sus ridículas representaciones, la causa del sesoaguado entre la servidumbre. He fundado un poder efímero a partir de la falsedad dibujada en un cuadro ¿entendéis esto que os digo Benavente?. Hasta de nosotros mismos debemos dudar si es necesario.

¿Sufrió acaso el fantasma de Jesús?. De ser así entonces no era Dios, y de ser Dios, entonces no hubiera sufrido, ni por nosotros hubiera muerto desa manera en representación de todos los extranjeros. Porque habéis de saber que así nos miran todos: ampollados y espinados en la frente, cual si fuésemos una simple masa de labriegos, talladores, mercantes, pescadores y frailes sin rostros individuales; cada uno indistinguible de los demás, oídlo bien, sin distinción. Yo mismo he visto profanar con velas y candelabros la sublime particularidad de nuestra memoria acotada en sabias escrituras. Fuego se prendió a nuestras antiguas relaciones con el mismo empacho de quien desguasa un manuscrito sagrado y se limpia el rabo con sus hojas. No os extrañéis; pronto veréis multiplicaciones de mesías y profetas asombrando al bajo pueblo, fingiendo llanto, desesperación, desgarro de vestiduras, con tal de amargar la poca juventud del existir. fastidiad a otros con esos pitos. No es en el Reino donde han de permitirse aires de atorada conformidad. Tampoco he de proponeros el sesgo del favor mediante un poder maniático. El sacrificio es necesario solamente a razón de fundar mundos nuevos. Dioses y bestias metafísicas nacieron del sacrificio y cuando se impone otro designio, es necesaria su extinción como en el caso del nativo impío que vaga en las Indias, urge reventar a esa raza de esclavos, a fin de mutilar sus idolatrías. No en vano, cada navío que zarpa, va provisionado con un trozo de Gólgota.

No debo dormir, tal cosa es distraerse del mundo y de ahí a
recibir un torcido envés hay un paso. Todos estos inservibles luchan con denodado afán para meterle tropiezos a la verdadera fe. Incorporan calamidades mediante filtros en sus ideas, todas falsas por cierto y sin demostrado sustento para mantenerse en el poder de la Trinidad: escriben, señalan, bisbean, gesticulan, dicen al pueblo más de lo necesario, pues igual a otros de su calaña, entienden así este pensamiento: *el mal es nada más lo que no sabemos*. Pero yo pregunto Benavente ¿cuánto, hasta dónde deben saber a fin de erradicar la maldad de sus almas?. Este malquisto me ha conducido a la siguiente decisión que por conducto vuestro, muy pronto han de conocer todos en Palacio. Deseo

reunir a toda mi descendencia; voy a saber hasta dónde mis decisiones son fatigas del alma o si debo preguntar a cada uno para descubrir mejores derrotas a favor del Reino. Por cierto, hace un rato mencioné algo sobre las inquinas del alma en los seres salvajes. Un sabio italiano de apellido Colomini me ha hecho llegar documentos en los que afirma, tras haber estudiado cuidadosamente a un nativo de la isla San Salvador, haber encontrado vestigios de una alma primitiva anidada entre las partes bajas del tobillo en forma de espolón.

—¿Hasta dónde pretende llegar, señor?

—Hasta no temer por ningún andamio de mi poder. El Reino vive apuntalado. Peligro se avecina. Imposible disipar un fantasma:
tras los muros hay intrigantes espiándome. Pretenden matarme, estoy seguro, lo desean con toda la fuerza de sus entrañas y todo con tal de instaurar un poder sin poder; esto es anarquía, disolución. Tal vez uno, muchos compinches del pueblo mendigo, desean clavarme una daga, despedazarme y esparcir mi cuerpo a los perros.

—No diga eso Gobernador, questá llevando sus temores demasiado lejos. Aquí todo anda en calma, no hay borrasca siquiera en tabernas, ni en las tumbas, y que a mi juicio valga, no hay cadáveres cuya desventura les haya caído propiamente del Reino. Si alguno ha clavado el pico será debido a su natural ancianidad, al devenir de una peste o debido al encontrón repentino en algún pleito bizarro. Nadie sabe del terror por estos lares, al contrario, todo el vulgo ha presenciado las bondades de vuestra majestad con sus cadáveres, amortajados muchas veces en féretros ornamentados con flores y aderezados en literas con velos bermejos, construidos por nuestros carpinteros con las ganancias excedentes de su trabajo. Aunque debo agregar que tres veces observé levantiscas de viento con señales proféticas. En la peor de todas, un aluvión de polvo alzaba los moños de duelo, arrancándolos de los ataúdes y de los carruajes hasta perderse tragados por un orificio celeste, cuyos silbos y aspavientos, emitían con todas sus letras el nombre de usted.

—La medida de un hombre es otro hombre. Podemos escuchar el silencio sin atenernos al pabellón de nuestras orejas. Doblemente me inquietan esos misterios de que habláis. Un moño desprendido del féretro a medio cortejo, es muestra inequívoca de que se avecinan calamidades terribles, y yo que desde hace muchos años extravié mis mejores agallas contra la nefandad del espíritu. Estos brazos largos que veis, ya no son la prolongación de mis energías cuando mozalbete. Me devoran crepitaciones por todos los huesos, a cual más de resecos, ásperos y duros como tronquetes de caña. Tocad estas coyunturas.

Benevente apretó su mano contra la del Gobernador.

—Es verdad señor, aunque se nota bastante resistencia, las palpo y me parecen riscos del Mediterráneo. (Siglos después, un quiropráctico le hubiera recetado fomentos, vaporizaciones y ejercicios puntuales contra la artritis crónica).

—Además, posad vuestra oreja sobre mi pecho. ¿Escucháis la respiración anhelante?. Mis bolsas respiratorias trabajan agrietadas, resecas y sus abruptas paredes se frotan como si hubiera tragado un par de crótalos. Deste modo, cuando recibo noticias funestas, debo emitir suspiros que a la servidumbre ignorante le parecen cascajos de un enamorado. La verdad es otra, me ahogo Benavente, lleno estoy de repentinas asfixias que me oprimen hasta las tripas, y muchas veces me espanto porque siento que es el demonio quien me fuelles por dentro.

—Pueden ser tambores de guerra mi señor. La entereza política del Reino también está a merced de la salud que habita en su cuerpo.

—Ordóñez el médico, no piensa lo mismo a pesar de mis advertencias. Me dijo el mismo domingo de Ramos, que sus oídos percibieron borbajos de un aire nada benévolo. Me habló de sales petrificadas en las bolsas del pulmón derecho. No lo dudo, aunque ya sabéis que ese doctor es un charlatán, engañabobos. ¿Os parece lo mismo Benavente?.

—Ya lo pronunció su señoría, con eso me basto.

Benavente retrocedió unos pasos ante la verborrea de gases que expulsó el Gobernador.

—Perdonad hijo, desde hace tiempo salen sin mi consentimiento. ¿No es maravilloso cómo al través de siglos, entre grandes batallas, conquistas, y divisiones hemos podido mezclar a una, estilos de Roma y Chartres?. Vivimos de la fundición. Lo mismo pienso destos aires malsanos que debéis oler, pero cuya natural e ingeniosa condición les permite mezclarse con el aire más límpido y puro del mundo sin que vuestra vista logre descernir el fenómeno.

Nada más triste que el fiasco a costa de animar una obra tuya. En realidad todos somos artistas dada nuestra facultad de procrear, pero al mismo tiempo nos parecemos a las bestias pues no somos capaces de explicar en detalle los cauces del parto, del nacimiento y qué decir de la muerte.

Vamos, acercadme las cartografías, voy a señalaros toda la extensión del Reino, debemos taponar influencias extranjeras con mano firme. Acercad más las velas.

Benavente extendió los mapas sobre una mesa de candelabros. Al Gobernador le brillaron las pupilas cuando reconoció las prerrogativas anotadas al margen del dibujo. Ejércitos, justicia, cuña de moneda, el archipiélago canario encerrado en tiza roja, las extensiones territoriales unificadas con el trazo tembloroso y asombrado de quien vislumbra el arcón de Noé abriendo sus compuertas.

—Aquí está, mirad, contad lo que somos, porque mi heredad tendrá conocimiento del grande y único estado por el que tantas veces he tenido que empeñar mi alma. Ya no tiene sentido remitirnos a embrionar feudos, tenemos liberadas nuevas energías en la tierra, en los talleres, igual puedo asegurar del comercio basado en dinero líquido, tanto por tierra como por mar. Vivimos tiempos nuevos de renovada potencia contra la herejía. Por eso mismo a partir de ahora debemos dar palo y de una vez por todas, a las viejas consejas agustinas que pintaban al rebelde como a una oveja sin vara, cruel y al mismo tiempo inocente dada su corrupción natural. Esos monjes proponían desoír a todo hereje, que según su preceptiva, se agigantan con la atención y se extinguen con la indiferencia. Yo les voy a dar morcilla a todos y al contrario, en vez de indiferenciar sus diatribas y componendas, voy a exponerlos en las plazas públicas y los voy a colgar de los tobillos completamente desnudos, hasta que la sangre reviente de tanto abultamiento en el seso. No voy a permitir más sodomías. El viudo Juan Manuel vino a pedirme licencia de bautizo público. ¿Lo recordáis Benavente?

—Por supuesto señor, yo mismo lo instruccioné antes de entrar al recibidor.

—Pues le negué su capricho. Pretendía un acto de sodomía simbólica con Juan el Bautista.

—Señor mío, estoy seguro de que a ningún cristiano de noble cepa se le hubiese ocurrido semejante predicamento.

—No Benavente, estáis equivocado. Esperar el juicio del pueblo es como tratar de mirar por el orificio defecatorio. Suena grosero y además resulta imposible del todo. Juan Manuel no tiene mujer, nunca se le ha visto con hembra alguna que no fuera su difunta Petra, en las alturas descanse. Además, yo siempre lo tuve en sospecha de nefandos amores y hasta soñé una vez, que a un pintor de la corte daba un beso en los labios.

Son muchos y de vastas maneras quienes pretenden fastidiarme. Les he cortado sus conexiones hasta con las uñas, aunque admito que mi pueblo es de lo más ingenioso. Pocos días hace que desmembramos a una caterva de gañanes. Hacían velorios con ataúdes sin muerto, armaban saraos al menor pretexto, desde un bautizo hasta el desvirgamiento de mocitas lechosas, y todo para qué, ¿lo sabéis?. Por supuesto mal nacido; a media voz y al trasiego de los vinos, concertaban alzamientos. Pretendían adueñarse a zafarrancho de navíos bien calafateados y zarpar a Indias por cuenta propia. ¡Que se larguen!. Allá les vendrá un pudridero en todo el cuerpo, si es que antes no amanecen ballesteados bajo algún árbol o si antes no son tragados por algún pozo de lodo, que por esas tierras dánse a cada paso.

Para el Gobernador no había matices de Patria. Ordenó a Benavente dejarlo solo. Una vez que el ayuda abandonó el salón empezó a entonar unas rimas gitanas, colocándose de frente al espejo. Se contempló, sabía en el fondo que también cantaba el horror de su arquitectura humana, sin dejar de ollarse, pujando temblores y carraspos en la garganta, una y otra vez mediante profundos respiros que al principio emulaban los jadeos de un adolescente *voyeur*, mas luego tomaron volumen; pectoraciones propias de asmático, hasta que llegaron a un punto insoportable. Tomó una concha de caracol y la arrojó contra el espejo destrozando su propia imagen, su propia muerte, la decrepitud, cada obstáculo paterno de su condición fetal, aún gobernada por las negras arañas que día con día le carcomían y le daban consistencia de pulpo a sus huesos. Cantó la copla *triunfo de la muerte*, con el dedo clavado en el ombligo, como un bebé tocándose el punto de la identidad abismal. Sentía inúmeras patas que subían por la piel y surcaban el carpacho de su espalda, todas y cada una, cada pata con el asco de un milenario insecto, quizás mítico, feroz, al mismo tiempo sedante y tierno.

Cayó en una especie de angurria obsesiva. El sudor más deprimente que brota del cerebro.

Dio un paso hacia atrás, la túnica se le revolvió en la frente, dio tumbos llevándose objetos decoratorios con las palmas extendidas hasta dar en el suelo con una pesantez de dromedario que se desploma desmayado por la sed.

En otro lugar, no muy lejos de Palacio, el viejo expedicionario Ricardo Núñez Peraza revisaba documentos referentes a las últimas navegaciones por el Continente húmedo. Su mujer Inés, le frotaba ungüentos aromáticos en la nuca. Podían quedarse muchas horas concentrados en aquel silencio, jugando a germinarse con las yemas de los dedos, un brote, una oruga, el humo cenizo que salía del mechero clavado en el muro. Inés siempre creyó que en el fondo su marido era un ser diminuto, a pesar de los infinitos viajes que realizó por el mundo. Habían pasado muchos años juntos, arrancados a las tierras de la muerte, desde aquella noche en la Taberna del Diablo, cuando Peraza le relató con lágrimas, algunas historias de mar que lo habían inmortalizado sobre los altares de los cuatro Césares afincados en el Mundo Nuevo.

Esa noche declaró a Inés que solamente un escuálido navío le bastó para entrar en la mar sureña de Indias y dar con un cabo enteramente desconocido, cuya tierra había posesionado a nombre del todopoderoso y del Reino. Inés sucumbió esa noche al escuchar la maravilla de cómo un hombre fue obligado a descender del galeón con un estandarte en una mano y con una espada en la otra. Y más sucumbió cuando Peraza la besó con una aceituna en la lengua y le dijo que solamente Dios y él entendieron la fuerza con que había clavado el estandarte en la arena y la infinita enjundia con la cual asestó nueve espadazos al mar, gritando las siguientes palabras que mayor melaza derritieron a los oídos de Inés: *si hay algún hombre valiente o porfiado que pretenda desdecirme sobre aquesta posesión a nombre suyo y del Dios total, que salga sin melindres a defender su protesta*.

Inés nunca se defendió. Nacía, moría, resucitaba prematura como si ella misma fuese la representación de otro mundo nuevo, siempre consciente de que a juicio de Peraza, únicamente el sacrificio, nunca las fáciles devociones ni los débiles arreos, liberan al mundo sus maleficios endémicos.

Juntos hacían esfuerzos notables para regalarse un amor de maridos viejos y obsecuentes con la memoria triste de no haber procreado jamás. Núñez de Peraza era impotente, sus erecciones tenía que susurrarlas a su mujer bajo las sábanas de la media noche, pero una vez amanecido, vociferaba del mismo talante que un energúmeno. Se quejaba contra nadie, incluso a costa de su efímera descendencia <<No seremos procreadores de un infante desgraciado, probablemente infesto con horribles taras. Le

matarán sus sueños. Acuérdate Inesilla mía, que mucho tiempo respiré aires malsanos allende la mar>>.

Y muchas veces ocurrió, llegados a este punto que Inés echábase a llorar. Las manos encrespadas comenzaban a exudar una miel color almendro, propia de los partos imposibles. Ansiaba dar a luz por el mero capricho de compartir la miseria de los vivos con otro redivivo arrancado a sus entrañas. Pero llegó la noche infame, la noche más oscura de todas. Llovía, la casa estaba completamente a oscuras, iluminada únicamente por tres flamitas de candelabro que parecían luciérnagas extraviadas en el abismo. Inés había llorado todo el día, rezumbada por el peso que le significaban tantos años de resequedad en el vientre. De pronto se levantó Núñez de Peraza del sillón. Era mejor terminar de una vez por todas, así que desprendió una de las velas del candelabro y con la otra mano tumbó a su mujer abriéndole las piernas sobre la mesa del bodegón. Rodaron platos, hogazas y un queso todavía enredado en su malla de tripa. Se oyeron gemidos terribles cuando el conquistador le introdujo la vela encendida.

Esa fuerza vital contra la propia vida fue atroz; una mordida violenta, como el felino en busca del cordero que lucha por mantener su nostálgica bravura.

Chacal, hiena, unicornio, seres metidos en Peraza; un hombre que ya poseía la conciencia de la humanidad moribunda. ¿Sería esa razón suficiente para no sacrificar a Inés de una vez por todas?. Imposible saberlo. El tigre es una llamarada en los bosques de la noche, diría muchos años más tarde el poeta William Blake.

Inés fue a dar a la cama entibiando como podía las rodillas y las palmas de la mano, es decir a gatas. Logró subirse, asiéndose al colchón de plumas con toda la rabia del mundo. Sin lágrimas, igual a la impotencia de una leona desterrada que promete vengarse por la patria de sus críos. Aunque a decir verdad, esa patria nunca llegó. Por el contrario, el terrible poder disciplinario del conquistador fue tomando niveles de costumbre. Las jarcias, el cuero tachonado que alguna vez utilizara en la doma de esclavos y otros instrumentos bélicos, renovaron su precio de trofeos en la piel de Inés que sobrevivía engañada por el mísero pago de un erotismo verbal, de tal modo que no había ninguna diferencia entre eso y el reino de los demonios veinticinco años cohabitando libremente sin hacer ninguna pantomima de salvación.

Los abismos de la maldad engendraron otra perversidad totalmente inconciliable con esa imagen de pífana santurrona. Se volvió mercanta de su cuerpo a precio de natilla. Muchas veces accedía después de un caldo de porotos o de un buen vaso de vino duro. Le gustaba despellejar almendras con la boca y meterse las dos monedas al escote como solían las gitanas, mientras asentía sin perder la sonrisa del marinero que muchas veces la tomaba en brazos y la sacaba del lugar a escondidas concertado, hasta dar con la orilla del mar. Exigía que le dieran pasas calientes en la lengua, mientras le hundían el universo bajo la capelina floreada, engarzándola casi siempre a todas las copas de plata que nunca probó junto a Núñez de Peraza. Desde entonces empezó a transformarse en hembra comprada y en circunstancia evocante para un cuento amazónico. La doble trenza revolaba espantando gaviotas y pedía ser descalzada como reina en protocolo acabronado. Le gustaba humillar al chulo, aunque jamás admitía la más mínima insinuación de poder sobre su sexo, porque entonces era capaz de gritar como una loca y meterse puños de arena en la boca sin importarle que el marinero en turno recogiera sus calzones para echarse a correr hasta nunca más.

Terminó de frotar a Peraza y plantó un beso frío y penumbroso en su calva. Hablaron carcajeándose del dispendio que a todos en el vecindario les infundía el calorón. Esa noble voluntad democratizadora que fluye como miel entre los cuerpos y que a hombres y mujeres les engrosa las carnes, llevaba mucha cauda en el árbol de frescura proveniente del portal. A toda hora entraba y salía un gato. Lo mismo hacían los ayudantes del obrador por el zaguán vecino. A todos les escurrían inmundas exudaciones de mugre y sangre, parecidos a los chavales que acuden a un rejoneo de toros. Inés y Peraza ya estaban acostumbrados a poner en claro los chillidos de los puercos destinados al sacrificio, a veces durante las noches, a veces durante todo el día, como una profanación inagotable de un silencio difícilmente contenible para fomentar ese maridaje vagante y soberano que sin confesarlo, muchas veces andaban persiguiendo entre las periferias del sexo. Además los imaginarios infortunios de Peraza, inyectaban pócimas, infundios vitales a toda la existencia de Inés, o por lo menos así lo tenía seguro cada vez que a Peraza le salía otra locura del seso. Para exempla venga la noche anterior: el marido se había despertado ahogado por un terrible sofocor que lo hacía sudar como a un afiebrado en plena selva. Inés abrió los ojos sobresaltada cuando unas manos que la jaloneaban a gemidos, repitiendo que había visto en el sueño a una de sus vacas doblándose porque le salían alas en el lomo, y luego dijo que la vio despidiéndose de las otras porque volaba rumbo a palacio, sin detenerse hasta el dormitorio del señor Gobernador. Eso significaba inequívoco presagio de mala fortuna. Peraza no durmió más, se levantó sumamente ansioso, pedorreándose de los nervios y sin dar importancia al carretillo de risas que le aventaba Inés. Nadie lo vio salir a esas horas. Únicamente su mujer estaba segura de que su marido caminaba hacia el corral, con el firme propósito de revisar vaca por vaca.

Una hora después, el conquistador comprobó que ninguna tenía brotes de ángel. Se tiró al pastojo con sudores pegajosos. pero sólo hasta entonces se sintió librado. Inés lo observaba de lejos como no queriendo. Ella sabía esa historia desde muchos años antes. Era lo mismo con el arribo de los calores. Peraza se comportaba como un charlatán a punto de bufón, malnacido facilista. Seguramente le había aprendido ese cuento al chino Xen Hu, quien asentaba cada primavera su espectáculo de juglares a un costado de la plaza del toro. Para Inés estaba claro que era el chino quien infundía en su marido el ancho de tanta mentira, hasta el extremo de volver incauto al candelabro que apagaba sus velas cada vez que Peraza daba jalones al fuete o a la horca de mentir.

—Cómo voy a perdonar tu bastardo comportamiento si nunca me habéis dejado ver tu propia sangre. Me siento prisionera de mi cuerpo sin estar dentro del vuestro, porque nunca me habéis llevado junto al espejo para mirarnos de cuerpo entero juntos, desnudos, con la cabellera destendida, sin arenas ni masculladuras artificiales en la piel, como hacen los judíos y los mendigos; que lo primero ha de ser observarnos con toda la pureza de la fe. Ya descubriste con vuestros grandes aspavientos la ridiculez de imaginar vacas voladoras. Según vuestra loca imaginación, presagian desgracias. Pues dejadme deciros que para mis pulgas, eso tiene mucho de marrano, mucho más veleidoso que las putas del chino Xen y su comitiva de saltimbanquis pavoneándose junto al templo de las Mercedes. Ya os unté la mayor cantidad de fomento, ahora decidme si vais a fiarme esta carta antes de sellarla con lacre y enviarla de una vez por todas al Gobernador. Estamos a punto del hambre gracias a tus dispendios, y ahora persistes en negar esta versión de

nuestras vidas, escrita de mi puño y letra, no con el mercenario fin de lisonjar al reino sino con la simple urgencia de salvar la salud del estómago.

—Vos nada pensáis en salvaguardar mi honor.... fui grande conquistando.... y por favor, no me alcéis la voz dese modo.

—Está bien, me voy a poner más piadosa que un auto sacramental, pero no desoigáis esta realidad: Tú sin oficio y yo seca sin críos, valemos una baraja de naipes aún para la justicia eclesial, que ya nos dictó dos autos de severísima envergadura y si no respondéis a tiempo, la Divina Providencia pronto demandará mi pellejo tocinado en la hoguera.

—No llevéis al extremo las cosas, mujer. Tú y yo somos vacas de poca leche para las Tribunales del Oficio. Nada brillante nos pertenece, vivimos enmarañados en los adentros de simples turbas que van y vienen acaloradamente, llenas de muerte, cierto, mas no puede interesar a esos castigadores el pellejo seco de unos vejetes como nosotros. El futuro es mala inquina, vale poco frente a la virtud del pasado. Me hace falta, me duele aquella perspectiva de tesoros. Aprieto mis dientes y levanto en alto los puños en rebelde señal contra la ausencia de vida pasada que se nos priva. Mas debemos luchar para ser hombres; carne y hueso, nada de parecernos a las monstruosas alimañas que vi en aquel cabo de Indias, todas holgazanas, parecidas en aspecto y viscosidad a las criaturas del diablo. No Inés, pensáis equivocadamente y empeñáis el punto hacia lo trágico, igual que hacen las tortugas con su afán a morir aplastadas bajo una bota de alguacil. Vuestra pretensión de llevar esta carta y leérsela personalmente al Gobernador, me temo que lleva de por medio el huevo de la pasión. ¿Acaso pensáis remediar todas estas penurias revolcadas, no por el paso de un día, de un mes, ni siquiera de un año?. Estoy hablando de muchas primaveras, de cada invierno sin solaz desde aquel accidente junto a las Canarias, cuando las flotas mercantes rumbo a Portugal me patearon el rabo dejándome tirado en la playa, igual que se hace con la pesca indeseable. No puedo echarme a desovar nada más por el caudal de vuestros caprichos. Yo estoy inscrito en la lista negra de ese mal nacido, incapaz de gobernarse primero a sí mismo. Pertenezco además al avispero de alzados que algún día vamos a sembrar frutos y brebajes ponzoñosos en su mesa. Nuestra secreta consigna es que ni bajo tierra debemos obediencia al déspota.

—Eso jamás me lo habíais confesado.

—No te asustes, quien me guía conoce todos los andamios y vericuetos de la muerte y está dispuesto a todo, no importa si en ello le va su propia existencia. ¿Lloráis?. Tan débil consistencia es la de vuestra carne, si apenas conocéis el verdadero fuego del dolor. Bah, si alguna vez hubierais experimentado peligros marítimos, en vez de llanto derramaríais perlas. Allá cada signo de vida es en el fondo una amenaza mortal. Hay aguas impregnadas de una sal que si la bebes te perfora el tripero y luego se desparrama escurriéndose por todo el cuerpo hasta echaros a perder, o bien podéis hincharos hasta reventar como un peje bola. Aquella mañana cuando toqué playa por primera vez, una concha me hirió las plantas y el olor de mi sangre atrajo una turba de terribles mosquitos que obligó descender a nuestros marineros y calafates hasta entrada la noche. Bastaba mirar directamente un segundo al sol para quedar ciego, como fulminado por una centella. Los marineros desarrollaban espesores negros en sus lenguas, atacados por el efecto de imitar esa fabla parida seguramente desde los tiempos confusos, cuando el mundo era un mapa cubierto de murciélagos y los hombres nacían de sus madres con el

vientre hinchado y llevando consigo picas, tridentes, hierros y facas. No me vais a creer, pero todas las mujeres sin importar su tamaño andaban sin taparrabo y con las tetas colgantes, de tal modo que a ocho de los nuestros les ocurrió mientras fornicaban, que el miembro se les fue desprendiendo como hacen las víboras en sus mudas de piel. Al día siguiente los cuatro más potentes amanecieron despanzurrados, bajo uno desos árboles llamados de saúco tan abundantes por allá, y sin remedio tuvimos que ver, oler tocarlos, a pesar de que al mismo tiempo no sentíamos nada, debido a cosas imposibles de ser entendidas por vuestra femenil ignorancia.

En esas tierras las leyes gravitarias y especiales del universo, degeneraron consustancialmente a la par del pecado. Pedro Bermejo, Molinar Antolines y otros dos desgraciados yacían sin sus volúmenes naturales, fuera de todo espacio, flotantes.

—Y yo, ¿necesito acaso barcazas, debo sobrevivir en medio de una floresta salvaje, debo roncharme la piel, vomitar y fallecer con tal de merecer vuestra justa disposición?. Todas esas historias, seguramente adornadas con la pedrería de vuestra imaginación y tal vez con la fantasía de los dorados plumajes que habéis tocado, son muy turbadoras, pero nada remedian esta miseria nuestra. Las gallinas andan más huesudas que palos de ocote. Hay dos marranas que pasan el día corcovadas porque no aguantan la trepa del macho. Desde hace dos días no tienen garbanzo fresco. Mírate por cierto, que andáis también de carnes afilado. ¿Miento?. Aquí está el espejo. Tu anverso refleja una miseria más triste que la flacura de mi costillaje. Se trata de ese orgullo maldito, replegado hacia el mar, que lleváis metido en el seso, porque nunca habéis admitido el tamaño de vuestro fiasco. Navegante, conquistador ¿y eso de qué os vale ahora?. Miraos otra vez. Así, daros vuelta por entero, las uñas han crecido en forma de muñón. ¿Vais a dispararme con ellas?. Desearías hacerlo, vamos arrojad los proyectiles de una vez, porque tú me odias, pareces confundirme con una de tus viejas azores, culpables de no haberte pinchado con germen para procrear. Menudas armas buscáis. Y no habéis pensado que todo el defecto pudiera estar en vuestra polla, la cual no logra entiesarse ni teniendo enfrente a las turcas desnudas del Gobernador.

....Sí, anda, bofeteadme otra vez, que así habrá más filo en vuestras garras, único medio entre los carroñeros para inventar prisiones a sus hembras. ¿Me vais a posar sobre una pica?. Echaros a perder allá con esa hidalguía postiza con la cual pretendéis llevarme a la cripta sin haber alcanzado siquiera el gozo de regresar afortunada una vez junto a mis parientes de Toledo. Ya basta, dejad por el amor de Dios las guayas ajenas, que bastante mareo nos dan las nuestras.

—Si no estáis a gusto aquí ¿por qué no os vais Inés?. Tuvimos fueros a su tiempo mientras el desplazo moro no causaba tantos estragos. Alguna vez tú misma demarcaste los fronteros destas mismas tierras libres que ahora poseemos con algo de animales, granos y hasta con un telar construido por estas manos que ahora pretendéis malpreciar con toda la ponzoña del mundo. Me provocáis desquicio mujer, y no hablo nada más a título propio; hay hortelanos extraviados y remilgosos que han contado sus días sin entender esa razón avocada por la naturaleza para que el hombre sea lo único libre sobre toda creación. ¿Qué sabéis vos de ganar honor en las calles. Desa manera conseguís fiambres a cambio de unas cuantas limosnas llevadas en bandeja al Gobernador?. Eso es pura filosofía de conejo, me huele al vivir en madriguera, y por muchas razones tiene trazas de infanta pidiendo mamas con la lengua, cuando se ha llegado a la edad de extraerla mediante uñas y dientes.

—Dadme duros y olvidad sermonelas.

—Nunca podrás digerir el precepto de un hombre libre. Os comportáis de lo más cabestruda. Reconoced que esto es mucho mejor que haberos llenado de penumbras en un monasterio.

Núñez de Peraza giró sobre sus afrancesados tacones y salió del aposento dejando a Inés con las musarañas del honor embarradas en las cartas, en todos los panfletos que desde ese momento se propuso escribir, no al Gobernador, sino al mismísimo Fernando.

Así estaba decidido. Se levantó el escote y soltó un escupitajo furioso a la empuñadura de la espada que alguna vez usara su esposo contra las huestes del Anahuac. Por primera vez desde hacía muchos años sentía un sofoco ahogado en el pecho. Necesitaba descubrir, llegar hasta el ósculo de los más profundos escondrijos. Abrió cajones, abrumada por el aura de buitres que danzaban por la imaginación. Decenas de ahorcados, negros fugitivos y pieles cobrizas, todos revueltos como una maraña de ovejas.

Las anécdotas del mundo esta vez emergían a tajo de nimbos filosos, provenientes de un ser que a partir de esos momentos estaba convirtiéndose en el enemigo más negro del mundo. Hurgó entre las ropas. Encontró una piedra envuelta en faltriquera. La tomó con una extraña, dolorosa e ingrávida pesantez del músculo. Temía alguna superchería relacionada con los amuletos del diablo. No podía comprender que se

trataba de un pedernal sílex en forma de corazón sacrificial: sangre de los dioses, instrumento vehículo, por el cual numerosos hombres llegaron doloridos a los templos de Huitzilopotztli, cortándose muchas veces las orejas en gajos redondos y dejándolos ahí tirados al pie de la escalinata en señal de humillación. Así como tampoco intuyó el método empírico mediante el cual muchos corazones fueron arrancados de sus cuerpos embadurnados de miel azul, con ese instrumento cuyo poder parecía fluir mucho más allá del aposento hasta invadir todos sus nervios de un escozor, que durante un segundo le sacudió los huesos. No pudo contener el estornudo; la piedra soltó polvo, algo como un obús oliente, profanatorio. La mano derecha; es decir, la mano con la cual aprisionaba el pedernal, de pronto empezó a sangrar. Inés arrojó la piedra por una ventana que fue a dar al pie de un risco, exactamente al mismo lugar donde la tradición medieval señala que una mujer portentosa, nacarada y velada por un aura de luz resplandeciente, vino a revelarse, apareciéndose a tres pastores con la bucólica nueva, de que el mundo estaba degenerado y a punto de perecer.

A muchos hombres de generación en generación se les había enquistado el derrotero de aquella leyenda. Sin embargo, en el caso de Inés hubo mutación mítica. El pedernal golpeó al pie del monumento que memoraba el califato exterminado.

Esa tarde Inés salió a recoger la piedra. Traía la mano envuelta en paños. Miró los principios de un eclipse anunciado desde los tiempos de Jonás. Tomó de nuevo el pedernal, lo alzó con las dos manos y atravesó al sol, segura de que el astro estaba extinguiéndose. No tenía flechas, pero de haberlas tenido habría lanzado mensajes incendiarios con la ilusión de revivir esa luz agonizante. Vio también una parvada de golondrinas volando hacia el astro. Parecían resueltas a dar en el blanco y ganar inmortalidad. Apenas a unos metros Peraza observaba escondido tras unas antiguallas.

—Que daría Señor, por tener en mis manos el aparejo universal que transforma lo tocado en plata y oro.

En eso, una centella descargó su rabia y fulminó de un soplo a la mujer. Fue algo tan repentino, que al principio el conquistador fue incapaz de mover un pie. Cuando llegó al lugar, ya su mujer tenía los ojos boludos y vidriosos como de pez. Un olor a chamusquina de pino salía entre la piel. Parecía una hembra exhausta, flotante sobre un éter lunar que le daba un aspecto de pitonisa embriagada en su propia circulación ya distendida (grado cero de todo estrés).

Núñez de Peraza la sacudió con el frenesí de un arrepentido. Sentía que la culpa de haber matado a la única mujer por quien valía la pena tragarse un hueso de durazno, lo devoraba por completo. Dio vueltas en círculo de nada. No había luz en los párpados. Las cuencas estaban vacías, bajo el sol poniente con un hilo blanco bajando por una de las comisuras. Parecía mordida por el áspid, así lo creyó cuando sus dedos levantaron los párpados. No podía creerlo, un círculo de vértigo le estaba subiendo por la cabeza. Era Inés, la misma mujer trepadora de camellos que solía vinagrarse la piel esperándolo desnuda en el camastro durante horas y horas, con perlas de girasol esparcidas por todo el cuerpo nada más para señalar a su varón con una flecha de polen en el vientre, la ruta por donde debía dirigir sus expediciones de amor. Sin embargo, ahora más que nunca estaba seguro de que eso jamás podría suceder. Inés estaba muerta, y ahora lo mejor sería enterrarla sin cuestionar demasiado y lo más pronto posible. No fueran a escamotearlo miembros del Tribunal, a darle torniquete y luego a exponer su cabeza en una picota. Muchas veces imaginó que al final, un montón de tarántulas devorarían su

cadáver, si algún día Inés llegaba a morir a causa suya. Misteriosa adivinación; debía impedir al demonio extender por las calles aquella conclusión del maridaje. Lloró y se quedó dormido sobre el vientre de su mujer. Cuando despertó había dos chuparrosas posadas sobre la pálida frente. Regresó a casa por un sudario y la mortajó. Por algún lugar debían esconderse los aparejos de labrar la tierra. Buscó por todas partes en la casa, hasta que en las cajoneras de los cerdos encontró un pico en buen estado, aunque desprendido del mango. Tardó varias horas en afianzarlo con alambre del corral. Cayó en la cuenta del sol. Demasiada luz era peligroso porque los muertos solían ser más traicioneros antes de terminar su faena del día, después se aplacaban, tendían a ser cómplices y a delatar.

Decidió sentarse a esperar sobre unos restos de armadura. Únicamente los relinchos de la potranca, molestada por piquetes de tábanos, inquietaban al viejo en su soliloquio de remordimientos.

Varias horas transcurrieron su misteriosa develación, mientras un viento fresco le despeinaba los crespos cabellos. La primera vez que una hoja húmeda se le había estrellado en la cara fue bajo un árbol de hule, ya en tierra de Indias. También esa fue la primera vez que observó el cuerpo desnudo de una mujer, convencido de que todo se reducía a naturaleza zoológica. Mujer asna, cenobita, pecado, según el decir de sabios antiguos, deseada nada más cuando pertenece a otro. La vida le hizo entender tal imposición: nunca enamorarse de la propia, sino de otra, diferente, ajena, dado que mientras más se la conoce, más desaparecen sus virtudes.

O tal vez dominó esa imperiosa necesidad de afianzarse a territorios distantes y distintos, cosa imposible de conseguir desde aquí, desde su tierra huesuda. Una vez había disfrutado viendo a otro hombre dar sobajones a Inés. Para muy pocos era un secreto el hecho de que el propio marido conseguía mozalbetes garrudos para Inés de Peraza, los cuales debían erotizarla sin dolor so pena de castigo. Nada trágico, era un concepto extrahumano, consuelo de *voyeur*. Había decidido traspasar los trabajos del sexo a otros, a grado tal, que un día empezó a estar seguro de que toda posibilidad de su parte, sería una insensatez. A Inés eso nunca le importó. Al principio entró a un estado de resignación tristísima; gemebunda a causa de perder el falo del marido, pero con el tiempo, terminó agradecida como una pícara Bimbú.

Una vez le dijo a Peraza que deseaba probar carne de Indias. No era necesario mucho seso para entender la indirecta. Guantes
amarillos, gardenia en el escote, voz marcial y fulminante, ordenaron a Peraza que si otra vez viajaba a las Indias, sería únicamente para traerle un mulato de recias carnes. Solamente así podría saber si verdaderamente la falta de pelambre hacía impotentes a los hombres.

Pero todo eso había muerto con ella: los rebozos de cachemira, las visitaciones a los templos, las comilonas en casa de italianos, aquellos ocho años de procesiones a Compostela. El doctor Angélico, Epicuro, los atrevimientos del enciclopédico de Rotterdam filtrados en las rogativas espirituales de Inés cuando lo jalonaba hasta sentarlo en la silla que tenían reservada para salmodios de rebeldía espiritual. Y sin embargo, nunca le perdonó que hubiera gozado tanto con la putería que él mismo le azuzaba. Practicó incluso el noble boxeo de puñetazos con patada en la región reproductora. La castigó muchas veces escondiéndole bombones bañados en alquitrán y cubiertos de cacao. Los metía en los frascos de vidrio donde Inés guardaba sus colguijes

de piedras preciosas. Nunca resistía la tentación. Mordía varias veces el bombón y después vomitaba al mismo tiempo que maldecía toda la estirpe de Peraza <<Vais a poneros como los halcones afectados de trópico, por llevarse al pico húmedas y malas carnes>>, decía Peraza mientras Inés concluía el vómito, dos, tres veces, hasta resarcir el hígado caliente y las tripas que terminaban secas y sin fuerzas. Después, el esposo traía un cajón de alcornoque, la combaba metiéndola de hinojos durante dos horas que le partían el espinazo y le servían para refrescar el plomo de sus engaños. Era el juego del títere y la boba, ambos obligados a trabajar en pica de cantera unas veces y otras en la manutención de fuelles. Nadie más podía ser culpable. Dios debía tener costras de sarro en las orejas, pues nada oía de sus imploraciones contra este mundo infesto penitentes y súcubos. Odio amor, lleno de costuras y farsas de caballero andante. La sobrevivencia del sexo que nunca llegaba era el último pertrecho antes de meterse a dormir bajo la sábana.

Recordó que aquel mismo día de muerte, había traído frutas y agua minerada en una jarra con el escudo emblemático y descarapelado del Reino. Había ordenado a su mujer que a más tardar en dos días impusiera el listón de su beatitud personal a una de las canteras del catafalco más grande que había en el templo. Inés estaba en una depresión relajada, exhausta, convencida en el fondo de que la bondad es la mejor fuente de clarividencia espiritual. Estaba incluida en el rayo de una fragua caprichosa, en el instinto más íntimo de perpetuación. <<Deus pater, filius et spirictus sanctis>>, protégeme de este perro hijo de mala madre. ¿Cómo?. Inés había pegado la cabeza desgreñada, los ojos inyectados en sangre y lágrimas en el salitre costroso del muro. Saber en el vacío. La verdad sobre el rostro de lo verdadero, eso era más inhumano que todas sus prerrogativas para traer dos caballos, amarrarlos a cada brazo y piernas del marido, de tal modo que las bestias corriesen hasta desmembrarlo y descoyuntarlo como si fuera un esclavo apestoso. Deseaba sorber la sentencia hasta llenarla de gustos, caprichos y humores sorprendentes. En el fondo, no era otra cosa sino el afán de reventar el deleznable designio de vivir una existencia particular, sin acceder hasta ese momento (cuando salió del cajón de alcornoque hambrientísima y orinada sobre sí), al edén de la existencia general. Ser el mar y no pescador; bosque, nada de árbol, pasar los días acaso como una hembra más vasta que la misma creación. Desde hacía mucho tiempo hasta la comida carecía de sentido. Jamás había probado el exceso de sorber directamente el cocido en una tinaja. Los chorizos rojos encebollados, las betarragas y las uvas negras desde hace meses no le manchaban las encías. Ese día lanzó puñetazos a su vientre y arrojó el guardainfante que Peraza había construido con lujo de ironía. Lo estrelló contra las dos espadas y el sable mandarín que alguna vez blasonara el conquistador como adelantado entre las huestes del Anahuac. Casi al mismo tiempo a Peraza le había subido lo gallón, mediante un grito responsivo desde el corral.

—Basta de comedias Inés. Las hambres nada remedian tu vientre abultado por vientos y mentiras. Vuestro abuelo y vuestro padre debieron prevenirme que seríais más estéril que una llanura. Y ya deja ese moqueo de los mil demonios, mejor cumple tu deber de ayudarme a sacar estas mierdas de las cajoneras, que las gallinas y los puercos llevan meses de navegar en el mismo lodo. Inés obedeció compungida en sollozos, mantenida en el automatismo tontón de la hembra—presa. Junto al chiquero había un sendero de lajas cubiertas con rastrojo. De pronto, como en un rapto de anacrónica locura, Peraza la tumbó animalescamente, le rasgó las mantas del pecho y brotaron dos melones serondos. Enseguida le abrió las piernas y por primera vez, desde hacía muchos

años, le introdujo un bermellón rosado y alegre que desgarró músculo, y provocó un dolor agudo en venas y nervios, desde el dedo gordo hasta la punta de la nariz. Al principio Inés bramó igual que si la estuvieran pellizcando. Pero un minuto después, cuando sintió el cuerpo de Peraza como un epiléptico, se dejó invadir por una picazón de placer que le hizo mapas de sangre bajo las orejas, en el cuello, a ras de muslo: Rato después, un pequeño pero infinito instante, ingrávido, cuya delicia envolvió la exudación seminal de un estragón maravilloso que jamás había imaginado.

Al final persistía un fuerte olor a pimiento, ajo, azafrán y cebolla. Muchos días anduvo sonámbula, sin dormir, feliz en su propia cura.

Pero en aquella isla de solitario placer vivió poco. Al cabo de de unos días, Inés comenzó a experimentar desconciertos imposibles para su tiempo. El temor a los espacios cerrados poco a poco fue transformándose en delirios de inmersión, a grado tal, que empezó a huir de los muros. Dormía en la porqueriza y nada más ponía los pies en la casa durante las horas solares. Así pasó tres días con sus noches y no fue sino hasta la cuarta puesta de sol, cuando descubrió que estaba atrapada en su propio cuerpo, de tal modo que tramó un plan que le permitiera escapar con vida de sí misma. Imaginó a otra Inés, a otra mujer desprendida de su ombligo. Salió al campo a cortar girasoles y unas horas después, se las arrojó a Peraza frente al espejo. Parecía en lo feliz, algo pueril, atolondrada, como si la demencia fuese algo cercano, el principio de una costumbre aceptada. Así, durante varios días con sus noches, pasó el tiempo entregada a la feliz tarea de hacer caretas mediante papel, argamasa y tintura de flor. El conquistador era incapaz de comprender. La veía entrar y salir por la casa y por el pueblo con estupor carabobo. Los vecinos que pasaban cargando cántaras de agua, quesos, canastas con peces o alforjas de aceite, pegaban el rostro en la ventana enrejada y se murmuraban tonterías debido a las máscaras de Inés. Ella misma las colocaba enmarcando el espejo de cuerpo entero, en forma de flor, como lo hubiera hecho muchos, pero muchos años después el escultor Sergio Bustamante.

Desde adentro obedecía, impulsada por un miedo atroz a que las ideas de otros, invadieran sus pensamientos. Doce días al garete identificando los objetos a sazón de una marca personal, como la mesa estilo bodegón que manteló con sus faldones, o la jaula de los canarios enredada con mechones de su cabello. Adamita, cleptómana de su propia desnudez a escondidas de Peraza y de los pastores morbosos que le arrojaban libélulas, uvas podridas y salpicones de agua bendita para espantar las herejías presentes y venideras que a decir de muchos, tenían al pueblo metido en extrema humillación. Era empezar de nuevo a soportar la existencia envuelta con el manto de la tontería. Cada objeto, cada palabra la regresaban al covacho materno, abrumándola de aterradores recuerdos que se paseaban no precisamente entre cántaras y cazuelas, sino entre las geometrías de un calidoscopio amnésico. Mientras más identificaciones colgaba a las cosas, más extraviaba el sentido de su propia identidad. A Peraza lo confundió con el buscador de oro que él mismo fabulaba en sus transatlánticas historias. Después aseguraba que un tabernero pretendía violarla, de tal modo que le aventó una vez injurias a diestra y siniestra, echándolo de la casa cual nacido en Sodoma, sin darse cuenta de que aquel despido era inútil, todo era inútil, como el triste adiós al Aqueronte.

Cuatro días después de la muerte de su mujer, Ricardo Núñez de Peraza, el extinguido conquistador del valle Tenochca en las Indias, el azote de criollos, mulatas, frailes y canonjías enteras, el de años impotente, amaneció con los ojos nublados, vueltos

hacia el abismo y con la espada de sus quimeras atravesada en el pecho. Revoloteaba una golondrina chupando los pétalos de un crisantemo, cuyos gránulos de polen descendieron hasta posarse sobre la melena revuelta del muerto dándole un aspecto de terror egipcio. Inés, ya completamente loca, permanecía sentada en un baúl. Así estuvo durante horas, inmutable y silente, hasta que inició el fauno de los grillos. De pronto irrumpió contra el espejo a puñetazos. Tomó un pedazo y lo acercó al rostro de su esposo. Ella también estaba muerta, nada importaba que hubiera sido una centella o la inopia de su soledad. Ahora podría someterlo a interrogaciones de identidad como nunca. Cuántos años tenía, dónde había nacido, cuáles eran los puntos más extravagantes de sus efímeras y puercas navegaciones, desde qué lugar y a cuántas horas del día se olvidaba de ella. Todo eso le decía sin bajar la voz y completamente fantasma. Por fin lo sometió diciéndole hasta el cansancio que todo eso que les había pasado era en realidad el espectro de un sueño, del sueño de un hombre sabio en cosas de la muerte.

Ciertamente a muchas leguas de ahí, Bonifacio Serena estaba tumbado en un camastrín, deshecho por la fiebre. Minutos antes había visto en perfectos colores la muerte del efímero conquistador Ricardo Núñez de Peraza. Pero como aún las mínimas ambiciones suelen llevar tenacidad de hormiga, únicamente soñó con las manos de Inés, blandiendo el puño de la espada que mató a Núñez de Peraza. La imagen fue un relámpago sombrío; una puerta entreabierta de abismación órfica, pues entre los muchos aventureros que había dado el Reino, era el primero que moría por la mano de un fantasma.

Hunaib Puh ya tenía encendido el incensario. Estaba feliz, puesto un sombrero veneciano incrustado con espejuelos y cuentas de colores. Había tenido una intensa

tarde de amor a bordo de una filósofa ramera, que siempre lo dejaba montar a cambio de historias tropicales.

Pero esta vez habían alcanzado el exceso de tártaros, pues mientras Hunaib le contaba el triste destino del dios yopo, que había sido engullido por el ombligo de su hija, de pronto Marimar se metió las manos al faldón y sacó un diminuto baúl. Lo abrió y ante los ojos atónitos de Hunaib apareció una especie de fetillo aplastado y embadurnado con talco de arroz. Índice y pulgar sirvieron de tenacines para levantar el condón belga de tripa de carnero que Marimar expuso a contraluz, mostrándole con el índice a Hunaib la última maravilla contra el "mal francés" y contra las molestias de procrear. Por supuesto lo invitó a que se acoplaran sin temor. La ciencia del bien y del mal se colgaba del trinchante y Hunaib comprendía de pronto que acababa de ingresar a los siglos en que el sexo liberaba poco a poco sus potestades de placer.

Bonifacio bendijo por primera vez a Hunaib sin agua va, cuando éste abrió el pórtico rumbo al taller de Diego Montesinos. Cierta expresión de sorpresa en el rostro de Hunaib, le recordó la ignominiosa expulsión de Adán en las puertas del Paraíso. Bonifacio vivía sujeto al futuro, Hunaib al pasado; los dos poseían rasgos mentales de quienes predestinan o recuerdan a otros seres, capaces de arrojarlos al vacío como números mágicos, igual a esas formas del calidoscopio a punto de comprenderse, cuando repentinamente un movimiento involuntario hace que todo se desvanezca y que los pensamientos vuelvan a su desorden anterior. <<Tal vez>>, pensó Bonifacio una vez que Hunaib Puh cerró el pórtico, <<estamos condenados a existir con el caos entre la lengua. Un perfil, una silueta, los rasgos navajeados del bandolero pueden ser los mismos del hombre que acabo de ver morir. La espada enterrada sobre ese pecho, es posible que sea la misma que blandió Judith para decapitar a Holofernes. Evadir el anfiteatro, nunca debo extraviarme en círculos negros que vayan al vacío. Colomini sin duda es un charlatán entregado a falsas intrigas a fastidiar el orden natural; me lo dice esta clepsidra que no cesa de medir el tiempo, ni de traslucir los nombres falsos que hay en la impostura, en los vicios, en las inverosímiles palabras>>.

Se incorporó y salió en busca de Colomini. Caminó una legua hasta que lo encontró parado sobre un peñasco. Estaba inundado por el viento en la cara y con una extravagante instrumentación a los pies. Bonifacio se detuvo a distancia. Cada cierto tiempo Colomini lanzaba una palmeta disparada por la boca de un arcabuz y salía una lengua parecida al nervio de un dragón, la cual flameaba en lo alto, sin duda para conjurar la inútil tarea de dar muerte a los dioses. No podía saber si era el placer caliente de amar y despedazar, lo que habitaba en el italiano. Esta es la mejor representación que he visto de un hombre librando su cautiverio, se dijo Bonifacio mientras masticaba unas hojas de romero. Colomini lo saludó sin dejar el arcabuz humeante. Le arrojó un par de bellotas con pirotecnia de niño. Estaba feliz. En ese momento el obispo entendió: lo bueno del hombre, perdurable para su civilización, desaparece para él, una vez terminada su creación; desde ese instante pertenece a la tradición.

—Me habéis perdonado Bonifacio, se lee en vuestra ceñuda expresión. ¿Ya no recordáis qué demonios hago aquí?. Olvidar es perdonar, coño.

—El perdón purifica al ofendido, no al ofensor. Desde ahí pareces un carnero celeste. Me recordáis la trama de un error dibujado por Dios. Eso mismo piensa Hunaib de nosotros.

—Y vos, ¿hacia dónde os incliináis?. También anheláis memoria de profeta?; que los hombres se refieran a vos por la monserga razón de leer vuestros versos. Ya hemos comprobado efectos y causas en los huesos del indiano más allá de nuestro juicio. Con este aparato las velocidades del viento muy pronto serán sometidas a nuestra merced. Transformaré su intocable naturaleza en materia más visible que una estatua de Solferino. Ya no habrá como bien imagináis, más jadeos para rescatar a los muertos abandonados tras un cataclismo. Aquí tengo los rudimentos de un péndulo capaz de enseñarnos a medir las fuerzas del mar incluso a varias leguas de distancia.

—Terminareis aplastando a vuestra legión de fervorosos. Araña muerta en su propio tejido. Bajad de ahí. Hunaib prometió pescado fresco, estofado en hojas de palmera. Si conseguimos aprehender el centro de sus oscuros secretos antes de pascuas, habremos enhebrado un buen tramo de salvación.

Las mallas negras con espinas y la osamenta que se dibujaba a trasluz, subían por un siglo tortuoso. Omisión de toda esa nostalgia que abultaba la vida. Y sin embargo, tras la fiesta, bajo los disfraces de luto, un cardumen pélvico y mojado por la brisa del Atlántico, empezaba a reproducir los ritmos del caribe. Mucho flujo de marineros, aventureros, putas sin destino, mancebos impenitentes, tocados alguna vez por las bolitas revientacarne, se refugiaban al principio bajo los arbotantes de las iglesias, después iban a dar al sobaco del tabernero que les servía un tarro de vino agrio, mascullando maldiciones de lo más ingenioso. Corrían generaciones de toda suerte: fragmentos que unidos equivalían a diez maderos del santo emisario, mechones, manos de santos y hasta una muela de San Miguel de la Escalada. eran buenos motivos para arrojarse por la caldera del pueblo.

Ensanchado a la medida del arte asturiano, el camino a Santiago abría sus venas al paisaje pirenaico, mediante construcciones de magnífico ver, que asentadas en los valles, habían dado flujo al arte di Roma. Bigotudas monjitas coleccionaban enjundias para los astrónomos y a los pastores solían acusarlos con denodada frecuencia, de apostasía neoliberal, neogótica.

Una de ellas tenía la costumbre de abrir todas las mañanas la ventanita sur del monasterio de Veruela, justamente con la diestra levantada hacia lo alto y entonces, con todo el vigor de su papada, soltaba tres maldiciones a los nuevos designios del progreso. Luego escupía, guiada por su instinto de ave nocturna, hacia donde había nacido el Almirante Colón. Ya no eran tiempos en que la rosa del deseo tenía rostro de marfil o especias, la soldadesca buscaba quinto al oro; concubinarse de cabo a rabo con hembras indígenas y sorberles el tuétano caliente. Estaban bien enterados por el mandato pontificial que impedía coyuntas con seres echados a perder. Tampoco perduraban los días en que los misioneros regresaban al Reino espantados y con los testículos resecos, hechos nudo en algún dobladillo de la sotana.

La fiesta soterrada por el descubrimiento había menguado, porque ya la secta de buscadores del Paraíso, estaba esparcida más allá del ave fénix que había impresionado a los Reyes Católicos, más lejos aún de la necesidad heroica tan precisa en toda sociedad cuyos bastiones pertenecen al oro, a la cruz y al espejo.

Nos parecemos todos a la imagen que se tiene de nosotros, eso pensaban los escriptores cuerpos de bollo, encerrados en lo alto del monasterio, desde donde tramaban sátiras y mañas oscuras que no poco intimidarían al siglo venidero. Muchos vivían de la única cosa sin misterio: la felicidad. Pasaban los días tirados bajo las carretas.

Miraban de reojo a las majas, al toro, a los castañeros y a los familiones que al paso de los años llegarían a desparramar sus talleres de instrumentos para el vivir doméstico, siempre con la mira puesta en el norte del Reino.

Un ciego echado junto a los trapos de una encantadora, dormía despatarrado como un gorrión petrificado en el ramaje. (Magnífica perspectiva para el gran Goya) Se habían inventado ya los cantarazos de agua para menguar los piquetes del polvo. Casi todo estaba reventado en rojos, naranjas, amarillos, violetas, verdes y tintos en un aquelarre maravilloso con aromas de animal recién sacrificado. Pero sobre todo ascendían globitos que olían a olivo. Todo se impregnaba, hasta el poro más fino de la porcelana.

Ya de regreso, a Bonifacio se le reventaron las calzas. Al italiano eso le dio pie a nuevos apuntes, fascinado como estaba por el descubrimiento de su nueva carbonilla.

—Me la obsequió un hidalgo en Córdoba. Pero no me advirtió que esta tiza se inclina por las formas voluptuosas. ¿No me creéis verdad?. A veces dibuja contra mi voluntad. Sobre todo salen carnes grosadas, siempre extraviadas en un laberinto de rayas. Aquí tengo dos tiras de bocetos, fijaos que nada tienen de mi estilo.

—El Santo Tribunal puede acabar un día con vuestros libertinos caprichos. Ya no hacéis más que trazar mujeres en pelotas. Anda, sostened este sapo, debemos observar si junto al indiano se tonifica su alma.

—Necesitamos llegar pronto y chupar frío en los huesos, quel calor está de infierno.

Una carreta les cruzó el camino. Empuñó el látigo un arriero de rostro feliz. Acababa de adquirir una panoplia completa en la tienda subasta del Gobernador.

Colomini saludó. Atrás los últimos restos del vivir a lujo y boato. No más gallina ni salpicón en salones reales. Cuánto daría por trinchar muslo de res en algún aprisco. En las casas de hidalgos y nobles de goleta y viñedo se agotaban las segundas mesas con sobrantes para los mendigos. Todo a las caballerizas, al granero; mejor a los cerdos que a un pata de palo. En los templos era más notoria el hambre, pues a últimos meses el párroco ya no salía tres o cuatro veces al patio con tinajas de cocido rebosante, ahora una vez por la mañana y otra por la tarde se repartía entre ciegos y mendigos un caldo aguado con sudores de hueso. Carnes fraudulentas, dos o tres espolones y sabañón para roer. Terminaba también ese clan de fantasmas introducidos a dedo en la Corte. Sus príncipes habían deshojado mucho tiempo la margarita encaramados en el balcón de la locura, dígalo si no, esa desmesura incrementaria en la casa de moneda y los escandalosos faltantes en el reparto interior.

Hunaib acostumbraba descansar el oficio en un sillón forrado con piel de tigre. Se servía jugo de naranja con una mano empedrada de callos, en el mismo tarro que una gitana le había regalado en Barcelona, cuando sus primeros días en el Reino. Tomaba después una espina de rosal, pinchaba el dedo y esperaba la gota roja que daba sabor y buqué al néctar. También aprendió a domar el vino con la lengua. Se lo untaba en el paladar y lo dejaba unos minutos hasta embriagarse ligero con el vaporcillo que reventaba en pequeñísimos grumos entre diente y lengua. Venía después un sueño clarete.

Así lo encontraron el obispo Bonifacio y Colomini. Sin desearlo del todo irrumpieron chacoteando. Golpearon la pequeña bujía de cera que se columpiaba del ballestín clavado en el techo. Hunaib Puh escuchó el crujir de tablas y despertó mareado.

Ante sus ojos apareció toda la maldad del experimento. Pretendían jugar, esconderlo, divertirse a costa del pellejo como si fuese un trapiche para exprimir huesos de caña. Acabó por entender sin aceptar. Se derribó poniéndose de pie en plan guerrero. Lanzó un gesto a los cuatro puntos y los expulsó en lengua vernácula y crística. Tomó el machete por si hacía falta entenderse mejor. Colomini, todavía sofocado por las risas, pensó que todo se debía a un malentendido producido por su estado febril.

—Estáis contagiado por la escuadra de falsos dioses, hijo mío. Comprended, no más daño que el provocado por ti mismo, podemos haceros.

—No más tocamientos a mi cuerpo. Fuera tameme de color vacío. Pretenden repetir la historia de cuando fui arrojado a las playas y vinieron a dejarme sin miramientos a esta tierra de zozobra. Mi segundo destino ya lo he cumplido, mas no deseo uno tercero.

Esa noche, calenturiento y enfermo, rezó de nuevo al dios arena. Sudaba copiosamente. Los labios temblorosos apenas alcanzaban a ser legibles en la voz. No podía mostrarse como un siervo claro. Sin embargo, persistió en su desvelada tarea. Recordaba cuando una noche de clara luna varios hombres de espada y cabuz le habían untado sus muñecas con sebo color melón. Lo habían invitado a subir al bergantín más osado del mundo. Cayó entonces en el juego de lo inmutable. De su tierra Guanahaní había sido embarcado con destino exhibición. Ahora ese ardid no lo aceptaba, no podía tragarlo y pertenecer sin nombre a ese juego de círculos sin salida.

Ese mismo plan era notorio en el tufo ajoliente que despedía la boca del obispo y en las palabras torcidas del otro, que no cesaba de anotar dibujos en su carpetín de folios.

De una cosa estaba seguro. El mundo no podía culminar con ellos. Cada uno es principio y fin mientras más imaginario a pesar de que esos dos intrigantes desde hacía varias lunas lo tenían en predicamento. Deseábanle deuda y duda. Al pozo las loas y aquellas tardes de inagotables viandas durante los primeros días, cuando recién arribado lo presentaban con boato a los altos señores. Entonces recibía honores de patricio. Lo paseaban por las cortes como si fuese una pieza de zoología fantástica. Mas poco a poco el aura de ser imaginario cedió ante la realidad. Empezó a pagar alcabalas, exigencias de lo más vil tras un decreto arzobispal que lo convertía en artículo de contrabando. Fue así como se convirtió en el primer tumor que brotaba de la gran quimera Europea. Era una costra sentimental que lo hacía sentir de lo más ruin, huérfano, proyecto de hombre a lo sumo merecedor de alubias, tres o cuatro guisantes nadando en caldos de hueso y garbanzo. Llegó incluso a pararse frente a la muerte una vez que sus culpas tocaron fondo. Esa noche sintió que los atolladeros de su alma estaban vacíos (a nadie podía discutírselo, pues le negaban espíritu). Ya la penitencia experimentaba fatigas enredadas en la parra del vacío. Sin embargo se detenía, miraba el pedernal y lo volvía a su canastillo, esperanzado en regresar alguna vez junto a los suyos. Deseaba volver a meter la cabeza en el hocico del jaguar, reincidir de nuevo en el tiempo circular una vez acoplado a la piel desollada, sin más deseo de posesión que el flujo del río deslizándose entre sus pies. Se dijo con cierta nostalgia, que aquí en este reino de ajedrez y uvas, se aprende a fuerza de monedas y templo, y que allá los tesoros obedecían a modelos adscritos al cosmos poético, repartidos con iguales culpas, virtudes, proyectos y humanas necesidades. Por lo pronto recordaba que en la isla no existía esa lucha tan denodada por imponer palabras. Las fuerzas de convicción tenían su razón de

ser en el pasado, en el rigor de los viejos, en las consejas quemadas bajo el cristal de la luna, todas comprensibles porque eran habladas en lengua madre, sin extraños vocablos indiferentes al destino.

La fuerza de convicción era para Hunaib una extraña verdad más allá de los confines. Empezaba, comprendía de algún modo que la historia es manipulable. Bonifacio y Colomini venían una vez más a impostar sobre las diferencias, pero el taíno ya estaba cansado como para soportar ese actuar de científicos dejados de la mano de Dios. Al obispo terminó expulsándolo con una imagen virgomariana; se la restregó en el rostro con imperiosa necesidad, igual que muchas veces habían hecho con él. Metió por segunda vez mano al machete y amenazó. El italiano, más acostumbrado al despido, ya sabía qué hacer.

—Muy osado señor, a vuestro entendimiento le hace falta una mano hembra, marchaos de aquí tan lejos como nunca en mis días restantes pueda volver a encontraros.

Es bien sabido que las fuerzas de la creación tienen mucho más potencia que las de la extinción. Por cada hombre igual a Bonifacio que Hunaib expulsara, vendrían otros cinco.

Después de todo, la felicidad no es premio de la virtud, sino la virtud misma, y nadie pretendía enseñarle a conocer esos menesteres. Desde siglos atrás los antepasados del agua y del sol fueron adiestrándolo en ese laberinto de ardua felicidad: medir el tiempo. Hunaib estaba por naturaleza parado en el centro de la sentencia filosofal que enseña a saber nuestro destino mientras más cosas sabemos de nuestros orígenes. El mismo Cicerón hubiera refutado la sentencia de haberla pronunciado con un coco en la mano y con el cosquilleo de una mulata sobre la espalda.

Bonifacio no supo qué hacer, ni de broma se le ocurrió suavizar a Hunaib con indulgencias, pues nada hubiera logrado en alguien ajeno a toda cruzada y que por decreto había ingresado al index de Roma. ¿Cómo hacerlo? si a duras penas el brumoso cristal de sus pupilas abrazaba unos cuantos productos identificándolos con el concepto de pueblo: trigo, naranjas, aceitunas, apio, espárragos, benjuí, ovejas, vino y escarolas. Por supuesto que distaba mucho de considerar a todo esto semejante. Bonifacio por su parte aceptó el despido seguro de regresar, pues en el fondo sabía que el péndulo

flotante de sus visiones lo volvería nuevamente a Hunaib. Aquí no hacía falta conducirse con aires de conquistador, mucho menos era conveniente punzarlo con estratagemas aprendidas al ombligo di Roma. Ya vendrían nodrizas y camaradas a persistir en escolásticas tareas para aumentar el vocabulario de Hunaib. Frases que lo identifiquen con la trinidad. Para muchos era cosa de una línea rayada en el mapa. Afirmaban con tremenda arrogancia que entre aquellos palmares y Roma, sólo había unos cuantos tiros de ballesta.

Ese abismo nunca logró cuajarse, pues el obispo estaba inmerso en el signo externo; dramatizado, concentrado en el actuar que únicamente se transforma en verdad cuando está próxima la muerte. Para Hunaib en cambio, la muerte del cuerpo sólo representaba el inicio de un ciclo más armónico, por eso entre los suyos preguntaban al muerto.

Vivía cogiéndola del rabo, se machucaba los pezones, la lengua, los testículos y las falanges admitiendo sus principios eternos, como un regalo del behique.

Hunaib entró en días circulares, convirtiéndose en la sombra de sí mismo. Repetíase fablas en castilla y en lengua madre. Sollozaba junto a los guardias vaticanos, los cuales intolerables hacia lo marrano, permanecían apostados a cada flanco de la plazoleta sin condescendencias en el guiño del párpado.

Dos días después, ya partidos Bonifacio y Colomini, cayó a sus manos un bonete de astrosol, mientras caminaba por el zoco en busca de remedio contra el insomnio. Una vieja burlona lo empujó al hombro. Al volver el rostro Hunaib vio el gesto grotesco de la anciana que le mostraba sus dientes de mazorca. (igual a un boceto de Leonardo) Hunaib se negó a la pretensión de disculpa o a continuar lo que parecía provocación carnavalesca. Dio media vuelta con el acento contrariado, casi decidido a soltar un trompazo. No pudo, cómo, dónde, desde qué alturas mandoblar a ese rostro sin duda pariente de queseros hostiles. Mas el ofuscado resentimiento que ya traía mucha cola, sacó un escupitajo directo a los cabellos de la anciana. Estaba, sin darse cuenta, ya adentrado en el juego del odio. Cerró entonces a portazos esa posible virtud recentrada en la paciencia de los hombres grandes. Por supuesto la anciana se cabreó y le soltó maldiciones a placer.

Pero esa espuma tenía cierto sabor a tierra baldía. No se trataba de avivar enojos, ni de reclamar perfecciones contra el desorden, pues el orden perfecto anunciaba el perfecto horror y eso de algún modo lo sabía, sino de confrontar los ideales de la imaginación y conducirlos hasta donde anidara la irracionalidad más azarosa. Deseaba conocer.

<<No tengo miedo, soy esclavo del presente, aún peor, del momento>>.

Hunaib recordó las consejas de los antiguos congregados en torno al templo del dios humeante.

<<*Ingenuos, recordad los sucesos que a otros parezcan vacuos, en ellos hay grandeza. Ustedes son nada más encarnaduras de mi sangre. Pertenecen a la disposición celeste. No es a esta vida que debemos gratitud; llevamos otra encomienda tatuada en el hueco de la espalda. Sed gratos al dios humo, nunca para más tarde abandonéis cuando os venga tiempo de tribulación al dador. Pero sed cautelosos porque otros vendrán a meter pasiones, decididos a sacar la pus en vuestros ojos, en vuestra lengua, en vuestro corazón....Tiempo, agua, pan casabe...Mirad lento a los rostros, lento, siempre lento*>>.

Hunaib saturó sus culpas con esa gula imaginativa, que ya estaba desgajándose como una naranja abandonada a medio mondar. Pasó muchos días sometido a la inclemencia de sus propias fuerzas. La convicción estaba desguanzada. En la orilla del mar tiraba piedras a las barcazas. Levantaba los brazos y los mantenía en alto hasta donde los horoscopistas predecían que el viento desenmascara los poderes. Ahí conjuró que a Bonifacio y al italiano los rebajaría en su memoria hasta el mismo nivel de los objetos inmóviles.

Otro día, mientras cruzaba la plazoleta de San Miguel, vio a tres monjas que repetían plegarias junto al infante de Vicente Molínez, aquel famoso aventurero de los mil galeotes. Al chico lo habían tundido a palos por ladrón, y los guardias vociferaban junto a los morbosos con desazón parecida al tiempo que precede plaga. Hunaib crispó su rostro, subsumiendo parte de culpa, y más cuando vio al paje quien a paso firme avanzaba en dirección suya. Las baldosas del balcón sobre su cabeza parecían derrumbarse. El paje apretó su brazo, tembloroso. Tenía los ojos crispados y un sudor botagante le punteaba el rostro.

—Malparido. Provocáis ruinas ajenas a tu paso. Acaso no advertís argucias escondidas en vuestro seso, todas procaces a transformar el existir de cualquiera en deseo del demonio. Aquí nadie está preparado para desvanecer los trucos de esta desgracia, pero una cosa es seguro: vuestra influencia desvió el curso del arroyo y propició a este infante su desventura. Vamos, acompañadme al despacho consistorial.

Hunaib Puh estaba creciendo torcido en medio de ese bullicio de curas y santos. Poco a poco, sin darse cuenta, estaba aprendiendo a agradar al nuevo Dios mediante signos internos; es decir, con ese arte de infundirse piedad mediante campaniles, en el salmodio verbal que los pajes aprendían de memoria, en el oro, en la seda, en los birretes violáceos de los coristas, en los cálices, custodias, crucifijos, imágenes, y sobre todo en esos exóticos vestidos de indumentaria sacerdotal, cuyos poderes de investidura le parecían sumamente poderosos y lo impresionaban sin dejarle opción a concluir que todo eso pudiera ser un mero fruto estereotipado de la devoción vulgar. Mundo triste, asustado, metido en la cueva del murciélago. Hunaib Puh entró a una construcción estilo corsario. Un puño de mujeres repasaba con los dedos las perlas de sus rosarios. Intuyó la teatralidad en lo piadoso. No estaba sujeto a ningún mandamiento, y sin embargo el paje lo llevaba bien prendido al cordón de la cintura. Extraño mundo, siempre alejado, fundado en la diferencia selectiva del otro. Hunaib recibió trato de rebaño. Todavía estaba floreado por la aureola de buen salvaje, por tanto era justo incorporarlo sin castigos.

Al paje no le fue necesario abrir el cajón para sacar el muerdeuñas. Decidió hablar, domarlo mediante el discurso, adentrarlo en la gimnasia de la confianza por decreto; es decir, hacer que se moje las plantas de los pies en agua indisoluble: la fe.

Hunaib Puh, milenariamente ingenuo, jamás podría entender que había arribado en tiempos donde no existían garantías ni respaldos a las intuiciones claras y distintas, de tal modo que no dejó terminar al paje con su demagogia celeste. Se levantó del sillón y al celestino amanuense que hacía de testigo en el cuarto vecino, le cerró la puerta. Irritado el paje, lo reconvino con una exuberante invitación a sentarse de nuevo, mas fue inútil. Hunaib estaba comprendiendo algo que no podía cifrar: lo avasallaban esos párpados dorados de los labriegos en oración. El aroma del incienso, la petulancia moral de quienes lo habían engatusado, afirmándole que el tiempo se podía medir en días del

Señor, igual que las manzanas en rojas y verdes. Tal contundencia cada vez le significaba menos, había llegado al punto de incredulidad revulsiva, tres puntos más allá del grado cero en el que toda doctrina parece verborrea en otro idioma.

Tuvo de pronto infinitos deseos de tirarse a dormir, no por el sueño mismo, sino por la urgencia de dar con algo íntimo. Necesitaba navegar entre los huecos de otro mundo menos atareado en lo aparente. Mucho gesto y poca nuez. Del templo salió. A su paso floreaban con desmesurada imaginación los cascarones de huevo llenos de confeti que alguien reventaba en el ombligo de una princesa poseída por el demonio. Cerdos azules disfrazados con mascarones etruscos mordían la manzana del pecado. Al tocar una gárgola sus dedos se transformaban en larvas y de su boca empezó a fluir un vapor vinagroso que a su paso marchitaba los olanes del clavel encajado en el escote del Reino. Imaginación del Bosco, eso es, como una gran señora de gordos papones que deseaba engullir a todos los hombres por la ruta del crucifijo en el escote. Por ahí lo tenían domado, convertido en aparato del delirio artificial. Era el sueño monstruoso engendrado por la razón, al decir del gran Francisco de Goya. En otros términos, Hunaib andaba de actor sobre un tablao efímero, donde el pasado se había vuelto irreconocible, pues ya el viejo Imachí, la dulce Gotuhá, los señores de la flor casabe, los behiques preguntadores que se arrojaban calaveras de muertos entre sí, comenzaban a extraviarse en los fuminatos de la memoria. Los representaba mediante visiones nubladas. Un personaje se confundía con otro y mezclaba sus apariencias como en el calidoscopio de una visión fabulosa. Los temores habían dañado la cuenta particular del tiempo. Confundía las horas con el simple transcurrir, las puestas y salidas del sol con la muerte y el nacimiento. Deseaba tierra, humedad.

No era posible ser succionado sin oponer resistencia, sin por lo menos blandir un hacha para despedazar algún objeto sacro de los muchos que había por ahí. Eso era, resolvió antes de abandonar el templo examinar su jubón. Sacó dos herramientas de orfebre: punzón y martillo. Con ellas destruyó el rostro de la gárgola. Nadie lo vio, sumidos como estaban empuñando el timón del contrito. Eso le bastó para su débil venganza. La vorágine podría esperar hasta que otro poder lo metiese de nuevo al hoyo negro. Pasaron días con la diminuta luminosidad del vacío. Decidió abandonar a su patrón Diego Montesinos y probar fortuna en alguna orfebrería. Contaba con la memoria de su anterior oficio y seguro estaba de que disminuían sus días. Tenía la esperanza de otra remisión que por lo menos lo pusiera en un remolino más promisorio. Sus limones, el naranjo, los helechos y el mandarino, comenzaban a marchitarse.

Tiempo suelto, viejo; terribles coletazos con poca lluvia, pues los dioses acuíferos acá no sabían mostrar sus prodigios. Tal vez sus hijos no lo merecieran. A ratos no había más agua que la marítima, imposible de tragar. Entonces sentía que debía caminar con los labios chupados y resecos hasta el primer huerto de pozo. Si tenía suerte, una mujer metía un cubo a lo profundo y sacaba un líquido impregnado de moho. Hunaib agradecía con sumisión y luego se despotraba la tinaja con la misma desesperación de beduino arribado al oasis. Terminaba siempre algo desahuciado. Se mojaba la cabeza con un espejo de sangre y rajaduras en el rostro. Su color madera bruñía los gestos espumosos de la mujer. Nunca volvían a verse porque la hembra secaba sus manos en el faldón y desaparecía tras el corral. En ese momento a Hunaib le hubiera caído como anillo al dedo el teodolito romano para medir la exacta distancia entre su convalecencia y el mar, a donde acudía inmediatamente después de haber saciado la sed. Pero esa vez una

nostalgia de trópico lo invadió durante muchos días, casi a punto de ingresar sin darse cuenta al spleen baudeleriano, como si fuera un náufrago haciéndose compañía en mitad del océano. Entonces decidió pasar las horas sin más oficio que abotagarse y extraviar las pupilas en aquel infinito espejo.

Las profundidades capturan, ensangrentan a sus esclavos y nunca los dejan escapar. Sin embargo a los débiles como Hunaib, se les prometía una vida espumosa para que nunca se pudieran negar, aunque tampoco podían escapar. Lo que jamás pudo saber, era que allende la mar, otros mundos existían a flor de sus propios nervios. A esas horas, el aguerrido Caonabo enseñaba manatíes a una flota de adelantados que hacían *tour* por la isla.

Ya nada le inspiraba pavor, incluso la pestilencia, los coletazos del mar bravo, los cuajarones de moscos a puños en los pescados arrojados a la playa, las putas haciendo rondas bajo los portales del diablo, las calaveras de los ladrones ensartadas en las picotas que al atambor de la noche resplandecían sus luminosidades de fósforo. Ni siquiera la misma muerte con toda su potestad era capaz de seducir sus bajos instintos. Reír, amar, combatir, luchar, nacer y volver a nacer dentro de una hembra con cola de mujer o rabo de culebra. Daba lo mismo porque ya no era él, porque ya no poseía los dones adquiridos en tierras del Paraíso. Aquí, las llanuras, los templos, el estruendo de los falconetes habían desdibujado sus fuerzas como si un azor misterioso hubiese picoteado sus entrañas y cada gramo de civilización se hubiera encarnado en la piel. Por primera vez en su vida advertía la falta de musgo en las estrías de sus ingles. Toda energía individual estaba reducida al dingüindín caprichoso que yace atorado en las lenguas de los grandes señores. No eran simples manifestaciones de soledad acorralada como el rencor, la envidia o el odio, ni mucho menos se trataba de morbosa melancolía. Esos trucos del nervio ya los había olvidado desde los días en que un grupo de infantes lo había confundido con el hombre pájaro de plumas doradas que se anunciaba en leyendas del trismegisto.

Hunaib observó con atención al tío párpados violetas que se acercaba. Le miró la tez y de inmediato supo que se trataba de un maricón vendepatrias. Después de un rato, de esquivos escarceos le propuso carnalidad con los ojos, con las orejas y hasta con el sexo en actitud de pretender clavarlo por la espalda. Traía unas lonjas de tiburón anudadas en la cintura. Las tasajó a navajazos y clavó dos dedos en la bofura descompuesta del escualo. <<Sólo esto podrás comer>>. Pensó Hunaib en las rijas humanas y en las proféticas palabras de su abuelo Asholot, previniéndolo contra las miserias que lo habrían de nutrir a base de alimañas.

—Debéis comer buen hombre. Parecéis hambriento, y sin pinta de tozudo como seguramente habéis de ser. Me sobran trozos de buen provecho a vuestra tripa. Vamos, comed, no seáis desconfiado que parecéis maltrapo ¿Venís de lejana tierra?.

Y Hunaib carabobo, lagartija, sin haber aprendido jamás a coger una estrella por el ombligo, preso todavía de su propia ingenuidad, probó de aquella carne, sin poder evitar que los trozos le recordaran el rito central de sus antepasados, cuando todavía la carne del esclavo era devorada para satisfacer al dios menor. Aquello de verdad no valía un duro. Los grumos enquistados en las estrías ya tenían consistencia espumosa y tal vez muy pronto al cobrizo lo encontrarían tirado en ese mismo lugar, muerto a causa de las bubas producidas por esa mierda de carne. Pero no murió gracias a la inmunidad bien plantada en su estómago desde aquellos días, cuando lastraba mástiles y por todo

alimento le ofrecían pescado echado a perder y cuyo sabor a hiel caliente le clavaba unos jugos en la vejiga de mal parir, que media hora después se transformaban en un orín verdoso, cuya expulsión le provocaba ardores de gata pariendo sobre un cacto. incluso no se produjo ningún efecto infeccioso. Resistieron sus órganos; diestros al acuático infierno desde aquellos días navegantes cuando aprendió a comer la terrible carne de *boucan* en lonchas resecadas al sol, con larvas de mosca, devoradas por algunos marinos sin melindre, imaginando que se trataba de simples perlillas de ósculo. Estaba curándose más allá de cualquier inmundicia.

Más bien debatía consigo mismo las preguntas circulares que después del bife comenzaron a envenenarlo. Sus dioses habían extraviado el nombre. Al otro lado del mar estaban siendo sepultados bajo las nuevas residencias ofrendadas a un solo Dios. Los rostros carcañosos emergían grotescos y triunfantes como caricaturas de Clemente Orozco y se abrían paso con la otra Europa que buscaban a punta de ballesta.

Hunaib Puh no podía comprender los múltiples significados del vocablo abyección. Suponía que lo débil nunca se transforma en porfía. Estaba equivocado. Por entonces, entre los más ilustrados empezaban a brotar escépticos a propósito de un Paraíso romántico. Poco a poco se gestaba otra idea no menos terrible: los seres degradaban sus carnes, tendían a encogerse y llegaban con el tiempo a transformarse en monstruos, debido a la insania flotante en los aires y en esa vegetación terriblemente desordenada. Se aseguraba que ocho leguas adentro de playa las mujeres corrían el peligro de amanecer un día con tres tetas y que los infantes podían desarrollar un cartílago largo y peludo a manera de cola. Satanás. Bastaba una sola coyunta en sodomía o con hembra, se decía, para sembrar ponzoña en las futuras estirpes que nacerían echadas a perder. Asimismo se comentaba en las tabernas, que los ancianos, en sus moribundas promesas empezaban a defecar instintivamente sin control, después de muchos años de involuntaria mezquindad que adquirieron al nacer en tierras del Bajo Paraíso.

<<¿Quién me pondrá sin remedio ante las puertas de la muerte?>>.

Su instinto consustancial a todos los hombres, lo había hecho suponer que al llegar a esta orilla se acabarían sus días de humo y círculo.

Efectivamente, Don Cristóforo había sido su Caronte, y por toda heredad le había confiado una alforja con lonchas de cuero ahumado, la osamenta de un perrillo salado, un collar de la costa Malabar, un trozo de ancla, un trozo de vela rasgada de La Niña, un fardillo con jarcias y la estopa que por primera vez lo ungió, con agua salivada por el mismísimo Alejandro VI. Todo regalo del Almirante. Lo conservaba desde su arribo a Portugal con la nostalgia atroz de asirse a la tierra madre. (Permanecía resguardado en la casa de Diego Montesinos).

Antes de que sus pertenencias fuesen trastornadas debía regresar, aunque sobre esto lo invadía una certeza: por parte de don Diego no habría impedimento, muchos otros habían desertado. Por si acaso, la oficialía monástica estaba decidida a sumirlo finalmente en la pileta bautismal. Nada importaba si no había boato de por medio, esa era con toda certidumbre la ocasión de otorgarse una credencial portentosa. No por cierto al modo anabaptista; es decir, ya entrado en razón, pues a mendigos, putas y principales señores les parecía que Hunaib existía en estado larvático.

Eterno infante, ya lo había sentenciado la enana burguesa quien cierta vez lo solicitó para que posara en la Corte <<....es una lástima mi pequeño, que jamás presencie vuestra gente la dorada edad>> ¿A qué se refería exactamente?. Aquella sonrisa pretendía meterle calambres y entristecerlo a causa de los puentes, cultivos, edificios y galeones que según la dama, nunca lograría ver. O se refería con más osada ironía a las extensiones territoriales y cunas de futuros imperios que sus plantas calludas tampoco podrían pisar, desde Siria, Egipto, Rodas, Chipre y por supuesto las costas africanas del norte. Mucho menos Hunaib podía comprender el pesimismo de la enana por el hecho de que muchos en el Reino habían sometido fácilmente a la espada turca. (no así esa endeblez para maniobrar ejércitos en alta mar) Su rostro daba coloraturas de jenízaro turco, de ahí los mandobles y el malencarado arremeter con que la infanta lo despidió aquel domingo. Tampoco podría ejercer como embajador, pues nunca se había cocinado la posibilidad de abrir una sede con servicios diplomáticos de Indias. Acaso aquella tarde se lo había propuesto en clave la infanta. Si crecían los imperios también era imperioso formar un cuerpo de funcionarios transoceánicos, no escribanos vulgares, ni amanuenses de folios empeñados en golosas gramáticas que frecuentemente se hacían pasar como cartas de relación. Había que destruir esa imagen palúdica del emisario estilo Carlo Magno, crear visires capaces de tomar decisiones autónomas sin dar importancia a sus etnias. Esa era la audacia exigible a los tiempos, sin fantasmas temores ni osadías tiradas al vacío; es decir, monumentar una corte saludable, despojada, sin paludismo económico, tan atroz al reino, y para ello nada mejor que legitimar los poderes de la extranjería. Bastaba incidir sobre los números. El registro real oficializaba que hacía más de un siglo solamente cinco de cuarenta y ocho visires eran turcos. Injusta cosa rechazarlo, si aún así distaban de cuajarse las conciencias nacionales. Para muestra un botón: Mercurio Gattinara el piamontés, solía pasar sus más altos días junto a Fernando en plan de consejero. Hacía el amor por las tardes y se enganchaba a los vientres de sus hembras con exquisito regocijo. Así reconocía los fronteros territoriales tatuados en cada nalga.

Pero ese remolino consultado por la imaginación, extravió su razón cuando Hunaib se detuvo ante un mastín que hundía las fauces en el pescuezo de otro perro, seguramente arrojado por pescadores.

<<Donde terminan las arenas comienza la espesura>>, masculló Hunaib Puh, al mismo tiempo que la bestia devolvía la mirada. Ese caparazón luciferino debió confundirlo con alguna espesura de trópico. No hubo tiempo, se paró bien apostado en agalla de lidia. Por lo suave desenfundó el cuchillo y recordó los días en que la caza revelaba poder y gratitud a las deidades. La bestia retrocedió echando espuma por los ojos. Parecía un dragón disfrazado a punto de reventar su vuelo. Reculó unos pasos. La pata, la cola mocetona de pronto se puso tiesa y el mastín saltó contra Hunaib, quien ya sabía terminar las cosas de un solo tarascón. Ahí quedó tirado el animal con el cuello

palpitante, sumido en una de las dunas de aquella playa penumbrosa. Olores a cirio refluían por el hocico agonizante.

Por una vez la bestia sucumbía junto a sus pies, ahora faltaba soterrar al blanquiñoso. Entonces, sin poderlo remediar entonó los cuatro versos a la luna que siglos más tarde, perpetuaría el gran Salvador Novo:

Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color
todo lo que yo toque
se llenará de sol.....

—Esa bestia me hizo entender hasta dónde desprecio edictos. Me confieso apátrida, sin cuerpo mortal que pueda ocultarse de la carroña más común. Ved aquí mi pequeña Marimar, todavía llevo saliva encajada en los bordes de las uñas. Me duele, puff, a causa de la ponzoña que seguramente ya navega por mi sangre. Me arden los sobacos, el costado, la nuca, debo estar anegado en fiebre. Sobadme las orejas os lo suplico.... Ahh, eso es. Por favor moveros más adentro junto a mis pies... ¿Ya lo habéis hecho?. Decidme, porque no puedo veros pues me ciega este dolor en el seso. Por dentro estoy infesto de nubecillas que parecen helechos....Sí, posad vuestra mano sobre mi frente. Ahora levantad estos mantos que me cubren y desnudadme. ¿Qué decís?.... ¿vergüenza?. ¿Os da temor el hacedme un frotamiento?. En mala hora me venís con esa historia de la difunta Eva y su pecado. Aquella vivió desnuda y bochorna en razón a su monserga vida, pero jamás fue mordida por perro alguno. Está bien, prometo guardar silencio. Mis cuevas en cada oreja quedan selladas desde este momento con estos mechones de carnero. Pero decidme ahora que habéis regresado desde Valladolid, si aún conservas la mirada impúdica del espejo. No me respondas, lo estoy sintiendo en vuestra piel enrizada. Seguid, seguid así por el mismo camino; igual se remedian los maleficios del dolor y se avivan los nervios del placer.

—Por mi Dios y los vuestros, consultadme desde ahora como si estuvierais ante un reflejo.

Pero ¿quién se atrevía en esos días a buscar su reflejo en un espejo de sangre?. Marimar no por supuesto, así que también cerró los ojos y decidió abandonarse a la penumbra mientras la estopa empuñada en su diestra iba papujando la piel de Hunaib.

En eso una pelusa delgadísima se filtró por su nariz con un mareo remolinado que la empezó a tontar, como uno desos placeres nacidos del océano irritado, sin velámenes, con el rayo propicio para la rigidez de una carne y el ensanchamiento de otra, como sucede a dos adolescentes en su confusión. Dese modo, estaba empezando sin saber cómo a bogar entre las caderas de otro mundo, a flor de los plexos hinchados, no de un hombre, sino de un alisio fantasma que por algún azar de la cristiandad, había tomado volumen y carnalidad. Mas a esas alturas, su respiración ya no era gobernable. Fallaban las mitologías sobre la irrealidad del indio, porque al mismo tiempo un fuego líquido se deslizaba hasta el vellón donde su diestra empuñaba no la estopa remojada, sino una carne de morenas y rosadas coloraturas, cuyo glande, resplandecía en la oscuridad como palio de fósforo guarecido por una tribu de godos.

—Esta vez no hay protección belga y tú has fornicado hasta con el demonio. Debo saber, no me vayáis a hundir entre las piernas un trozo echado a perder.

Y a fin de reparar las culpas de su creación. Hunaib Puh encarnó las dos mitades de un nuevo ser en los principios del amor secreto, escondido en su inteligencia. Se incorporó a medio cuerpo y sin ausentarse del mundo, desgarró el sayal de la hembra por donde brotaron dos carnes esplendorosas, de un rosor talqueado, tan esplendente y carnoso que por primera vez intuyó que su identidad estaba cimbrándose bajo la piel. Esa era la única liberación: fundirse al otro sin triquiñuelas, poro a poro, sin mediar engañifas verbales, crucifijos, pendones, en fin, esa utilería poderosa que tantos pelos le había quemado a pesar de su lampiñez. Al fin y al cabo sabíase primigenio, nunca degradado por la falta original. Así que tomó a la pequeña Marimar por los sobacos y la alzó en vilo hasta depositarla entre sus piernas con el maravilloso afán de los descubridores. Por primera vez experimentaba las categorías de "poder", "dominio" y "propiedad", mientras que la dulce, a nada se oponía porque desde hacía unos minutos, o más bien siglos, estaba completamente abandonada al placer del Paraíso. Cabalgó sobre Hunaib sin burocracia y con la más exquisita entropía de los privilegiados que lograban acceder al erotismo. Fueron minutos de largo y anchuroso placer sin Casa de Contratación y sin el vasallaje de una moral asfixiante que solía inventar repulsas contra todo aquello crecido en el mundo de charcas, leprosos, hombres—perro, micos tamaño león y otras historias que había aprendido desde los días en que bordaba lentejuelas vigilada por el régimen virgomariano.

Ya desguanzados, Marimar se hundió la punta del dedo mayor y tocó una perla de licor seminal derretido como azúcar. Con ella se bendijo por la frente y los dos pechos en señal de acato a la Trinidad y a las tres carabelas. Había perdido todo arraigo, estaba en el anverso del mundo, como sentada sobre el barril que guarda los secretos de la creación.

—¿De dónde vienes?. ¿Por qué siempre hueles a hierba, nunca sabes a carne?. Me han dicho que os arrojasteis al mar en clara cobardía poco antes de arribar a la Península. También me han dicho que un sargazo angélico te precipitó de nuevo contra la nave. ¿Luchabas acaso contra el terror de ingresar a tierras de orden?. Toma, traje malvaviscos y un trozo de alfeñique. Pero contad.

—Dices falsedades irritadas que me traban. Escuchad mi relato:

Aquella noche de luna poco menguada, estábamos todos cansados a causa del mucho calafatear. Nuestra nave padecía tronaduras por lo alto de proa y bien se percibían muchas otras fatigas, pues a veces crujía el casco terriblemente dando señales de botaduras. En eso dimos contra una tromba de mil demonios. Todos caímos sumergidos en el caos. Mis ojos, mis orejas, el olfato, únicamente percibían las fosforescencias de un remolino que de pronto se alzaba para dejarnos tragar aire sin sal, mas luego el mundo se nos volvía a sumergir como si un gigante desos que llaman leviatán estuviese jalándonos, tanto así que nada más al través de intermitencias yo podía saber lo que pasaba en cubierta. Zafarrancho. Imperaba el desorden a estribor, las cuerdas y las calladuras parecían enredadas por un extraño tumulto que a todos nos tenía harto sosegados. Ni siquiera el Peribáñez, tan diestro en clavijes de mar, supo atinar al menguamiento que a grandes voces nos exigía el Almirante. Yo percibía que las fauces del monstruo estaban a punto de chuparnos hacia un abismo negro, cada vez más profundo porque cristianos había que se lanzaban hideputas por un trozo de mástil atado a su cintura. Yo, como pude me zafé del tremedal, sujetándome a una barrica prensada, desde donde mis oídos taladraban los alaridos más hondos de quienes daban

sus cuerpos contra las bordas. Junto a mí se apeñuscaron el Diego Figueroa, Esteban Molinares y el hideperro Sanlúcar, que muchas veces me quiso hundir plumas afiladas en el cuero. Cosa espantable mi pequeña Marimar. Yo sujeto a la barrica y los otros arañándome a expensas de no ser tragados por aquel tonel sin fondo. La tempestad se nos encajaba en los ojos como picotazos del diablo y sin palabra ninguna, todos reflexionábamos para nuestros adentros, que si habíamos de rescatar la vida sería únicamente asidos a los mástiles y a cuanta saliente permanecía trabada en el maderamen. Fue entonces que oí los gritos del Almirante. Nos decía que si librábamos con bien la tormenta, ofrendaríamos ocho días a pan y agua y al escampo se echarían suertes para que uno de a bordo cumpliese romería en la ermita de Santa María Guadalupe. En eso, un refulgor nos destelló los rostros y luego un terrible golpazo que a los cuatro nos hizo rodar a sotavento. Ahora sé que sobretodo Sanlúcar sintió aquel safamiento como de obra mía para echarlos al abismo y de ser posible dar sus cuerpos al traste sin remordimiento, en medio de aquella lujuria. Mas por el dios frontero del agua, dueño y señor del casabe, os juro mi pequeña Marimar, que todo fue obrado sin mi voluntad. A una, todos por igual nos vimos azogados pues la mar emergió con estrépito sobre nosotros, o mejor dicho sobre mí, porque fui el único que salió volado por la borda. Esta es la muerte, me dije repetidas veces. Sabe a mar, sabe a sal y a dulce caliente esa negrura espumosa que me ponía en la parte más honda del templo consagrado a los hombres sin retorno. Fueron segundos, días, un siglo revolcando en mi cabeza las extrañas direcciones, pues a nada podía atender sino a la brújula secreta que todos guardamos en el entendimiento.

Así transcurrí, abandonado al soplo cortado del viento y de algunos pájaros que descendían a saludarme con picotazos que aún me guardo en esta parte de la nuca. Dadme vuestro dedo y tocad, son doce mallugones que me bajan hasta las nalgas. Pero no estoy aquí para mortificarte con mis recuerdos palpables en el pellejo. También me espantaban otros objetos del terror. Flotaban a siniestra en forma de círculo, una estela de sargazos enredados como yo, a la boya del tablón, que milagrosamente desprendió mi cuerpo cuando el golpazo me arrojó al mar. Además me rondaban pedazos de cuero, dos vasijas panzonas, una calza mordida por algún pez y el odre que Sanlúcar llevaba siempre anudado a la cintura. Nada parecía verdadero, los objetos padecían irrealidad tan alejados de su fundamento como yo mismo, pues de un palpo a otro temía ser tragado por alguno desos monstruos cuerpos de cerdo que suelen arrastrarse por el farfollón de las aguas en busca de alimento. Era tan grande el espanto que mis ojos estaban cegados, impidiéndome visorar los velámenes que andaban a una legua separados de la nave. Pero decidme qué os pasa, por que parecéis enturbiar el rostro mi pachulí. Seguid frotando, así....así....como si dibujaseis un galeón sobre un tamiz de arena mientras yo doy término a mi relato.

Sabrás cuántas veces sumergí la cabeza luchando contra los fieros pejes que circundaban el tablonete donde estaba sujeto, a punto siempre de clavarme sus colmillos. Un bledo les importaba la furia del dios agua que sacaba espuma para engañar su voracidad. Recibí un mordisco en la parte baja del pie y aunque muchos días anduve con el hueso al aire, nada sentía en esos momentos de tráfago. Seguramente no atendía mis ruegos dado que andábamos en aguas muy lejanas de carib. Pero si no del agua, vino ayuda celeste. Yo mismo vi a las bestias dentadas bajar su ánimo, inmutadas en espanto y sin poder tocarme a palmo. Sin duda me protegían los viejos Imachí y la dulce Gotuhá,

señores de la flor preñada. Un rato después, las aguas a mi alrededor estaban despejadas. Entonces aprendí esta certeza que ahora voy a expresarte y es motivo de mucha maravilla: soy el vástago de una tierra donde la muerte se prolonga sin fin. Por tanto escuchadme. Si tragáis un buche de mi sangre, bien sea cruda o en potaje de mariscos, alcanzarás más vida que un ciprés curado. Y si os dejáis preñar, seguramente vuestros muslos dejarán entrar no a este miembro que ahora empuñáis, sino a la mismísima eternidad.

En medio del mar esa razón me apretó los dientes con tal fortaleza, que prometime salvar la vida con tal de fundar una estirpe con hijos del edén central. Eso es, ah... dadme tus dientes, tu boca... Y ahora, teniéndote a un aliento, sé de quien ha de provenir el infante fundador. No digáis nada, esperad a la sabia decisión de los días que todo conviene a su tiempo. Reflexionad sobre las conveniencias de una vida sin términos, pero antes decidme si acaso no es esta una costa negra cuajada por dátiles envenenados. Así está bien...os agrada mi cuerpo...ah...

Entonces nadé, sin desprender el madero, rendido, con el hambre atroz de un mi estómago ardiendo más que por la fatiga, por el excesivo intuir las terribles divergencias a queste mundo me deparaba. Y sin embargo apreté con mayor denuedo mis brazos, embragué las piernas zambulléndolas con la mejor audacia posible, confiado en la necesidad de liar lo conocido con lo extraño.

Practicaba sin saberlo, un romanticismo incipiente.

—Tus uñas parecen verbo....sois una hembra ligera, mechón de ocelot...ah... Me afiancé al sargazo por la cola y abandoné sus riendas a la navegación caprichosa del mar. Llegué muy pronto al casquete de la nave. Muchos, los más bandoleros, estaban apeñuscados en la borda: ¡fuera cobarde, sofisma del diabolo, hijo de la gorgona. Ya desde ahora os mostráis insostenible a la cristiandad!. Pero entre todos ordenó el Almirante. Anda vamos, aferraos a la soga y suplicad por vuestra suerte, no sea que pronto regreséis de nueva.... cuenta... espantado por vuestro... lampiño destino... ah....Me habéis aguado.... Ahora tirémonos en aquel camastrín.

—Vamos pero seguidme contando.

—Al atambor de risas me rescataron, salí purificado como de pileta. Desollaban pescados en cubierta. Me ofrecieron algunos a media sazón, mientras yo cubríame con ropajes de Sanlúcar, quien desde unas amarras en lo alto de una torretilla, me lanzaba soslayos de sorna, ya menguado en su resentimiento. Muy pronto el sol estaba haciéndonos fuego desde las alturas, cosa que a todos nos puso de buen talante, y habéis de saber mi dulce colibrí sobre lo tornadizos en sus modales, a grado que pronto me tenían en trato de amigo con chispas y palmetas al hombro sin parar en ello durante los días restantes de navegación. Así las cosas, iniciamos el fardaje al tiempo de visorar costa. Nuestras mejores plumas fueron cebadas y enjaezadas. Los de Guanahaní, Mayonic, Fuma y Cibao nos pinchábamos los cabellos unos a otros con pajas. Aderezábamos todo con esencias especialmente mezcladas por el gran tatú de los aromas. En la sentina se acomodaba el ruibarbo, las semillas y el poco oro que se había embarcado, o "rescatado", como decía el Almirante, aunque no entiendo todavía porqué cada vez que la decía, sus labios hacían una sonrisita. Volvimos a sacar de los cofres el ropaje de ceremonial, todos heroicos, dragonarios, con la serpiente del tiempo, sol, agua, y la tierra más poderosa que nunca. Imaginábamos el futuro aspecto de nuestros fantásticos albergues tal y como nos tenía prometido el Almirante. Pero al cabo de unas

horas parados a pie de borda, los doce misioneros de Indias visoramos una costa que desde un principio nos infundió temor.

El Reino estaba esperándonos en plan de mercancía, con lo más granado entre alguaciles, comerciantes, prestamistas y bandoleros, todos desparramados en el atolladero, a pesar de la lluvia. Poca chirimía, boato reducido a unos cuantos de lo más extraño. No había sonajas ni cascabeles untados al cuerpo, se tocaban músicas a la medida del hombre y no de los dioses. Eso lo comprendí desde el principio al notar que no eran objetos de la tierra esos panderos, flautines y guitarrillas, sino laboraciones de artificial ingenio. Algunos caían de hinojos moratándose las rodillas en las tablas del muelle. Yo estaba feliz en mi confusión. Los otros once, de las cuales tres eran mujeres apuntaban hacia un campo macollado de trigo. Podíamos verlo bien desde la barandilla donde sentamos real a pesar de los enojos del Almirante porque según él, traíamos retraso en la jornada. Nunca imaginé tal diferencia entre aquel follaje de los ancestros, verdísimo, propicio al dador de la vida, tan fácil de respirar y éste, frente a nosotros de trazos inclinados, casi rojizo y seguramente bueno para cicatear en sus moradores mucho apetito de *tuob* u oro como le llaman los blancos. Ningún quechol, ningún pájaro color fruta. De verdad os digo mi colibrí, que a pesar de la novedad, unos a otros nos apretamos nerviosamente la mano. Sabíamos que de ahí ya no había retorno: el ocelote dando vueltas a la muerte.

Confusión y gozo apiñonados al mismo tiempo, desde los padecimientos relatados en boca de los ancianos, cuando el dios agua y el dios casabe mordieron con sus uñas al guerrero Yacolam y lo amanecieron enterrado a la orilla del mar con los pelos del cuerpo dorados y una cruz encarnada en el pecho.

Ahora que sabéis el secreto, juntad vuestra boca en la mía...

Eso es. Repetid lo mismo en esta mano, la misma con la que solté mi primer puñetazo. Fue al calafate Melgarejo. Quiso arrojar un cubo de agua cuando nos aprestábamos a encender copal en agradecimiento al dios agua que nos había traído a buen recaudo. <<¡Aquí a joder con idolatrías!>>. Y bajó corriendo en busca del cubo. Se armó grande alboroto entre los otros que permanecían sin decir cosa ninguna. De ahí supe también mi talento al toro, pues lo esperé plantado en buena lid, primero dándole un pase a muletilla y luego soltándole un seco golpe que le preñó un fuentón en el ojo siniestro. El Almirante que a todo prestó atención, bendijo el zafarrancho con semblante de buenos humores, aprobándome además con golpecitos del catalejo.

Así fondeamos costa, a pesar de que no amainaba el temporal. Roca de Cintra, junto al Río de Lisboa, tierras del Rey de Portugal, nos dijo el Almirante. Los huesos tronados debido al fatigar tan largo. Creció el barullo mientras más nos acercábamos. Algunos con el tarro en la mano alzaban el pescuezo en su afán de distinguirnos y los mocosos buscaban huecos entre los cuerpos de nuestros recibidores. Nos lanzaban claveles y guijarros con una puntería increíble.

"¡Todos de rodillas!, gritó el Almirante. Dad gracias al creador y a este pueblo alborozado que nos arroja su tierra".

Esa noche hubo festín. Mucha luz y explosión. Nunca imaginé tamaños artilugios. La gente de Villa Cascais se reunía en torno a los recién llegados con grande admiración porque según entendí era milagro haber sobrevivido a tan terrible temporal, pues ya se habían perdido veinticinco naos de Flandes y otras había que desde cuatro meses a la fecha no habían podido salir.

Desde una góndola empavesada nos agasajaban. Los vecinos iban y venían relatándose historias maravillosas en fablas diferentes a lengua castilla, que a ratos percibíamos y a ratos no. Se decían cuentos de hadas mezclados con lo último en esclavos quemados. Andaban sacudiendo estacazos. Nos llevaron charolas con viandas de lo más sabroso. Probé lechón, mordí un manzano tamizado con miel igual a tus pezones y desde esa noche comenzó el rumor de que seres nacidos en tierras de Adán habían arribado al mundo. Pronto nos convertimos en santones. Pedían tocamientos, llevaban tarrones llenos de vino para que metiésemos tres dedos. Luego ahí mismo empezaban a dar grandes tragos como si en ello estuviese el remedio para sus fiebres. Agradecían en su dialecto, dábamos cuentas, bonetes y collares a cambio de agua. Después nos trajeron un vino dulzón que al papujarlo se deshacía entre los dedos. Vaya sangre beben estos señores, me dijo Akatí, el más mozo de los doce. Pero si esto sabe a sacrificio de laboratorio. Son mañosos con su Dios.

Hunaib respiraba flexionándose entre los brazos desnudos de Marimar. Todavía no surgía en el mundo quien diera los primeros ritmos del batuque. Sin embargo recordaba que a partir de esa noche de sones, palmas y pandero, sus días habían cambiado para siempre. Sin saber cómo, empezó a manar una sal miníscula por todo el cuerpo. Marimar empezó a lamer muy sabroso, sin oír nada.

Ya en tierras del Reino, muy estimulante resultó nuestra presencia. Destapamos hasta el ombligo más hundido, gracias a nuestra fabla de mutantes, de poetas mucho más candorosos quel florentino Alighiero. Primero nos colgamos pendones tallados en la ceiba, les incrustamos pomas azucaradas, nos pinchamos cada uno la punta de la lengua pero sin atragantarnos; es decir, tuvimos cuidado en dar piquetes perdonados para que fluyera limpio el chorrillo de sangre. <<Bonito espectáculo señores, no tengan miedo, questo nada tiene de brujo, por el contrario, vuestro sometimiento a la Corona les merece presenciar desde un principio el verdadero fermento que nutre a nuestros dioses. ¿Algún inquisidor siente calambres en las orejas?, ¿quién dice esta boca es mía?. ¿Nadie?. ¿Usted buen hombre?, ¿aquél mozo de las calzas rojas?.... prefiere olvidar el asunto, está bien, está bien....>>. Y con eso les metimos un gusano grande. Sin duda ese fiambre que nuestras mujeres les ofrecían a los primeros curiosos, nos prodigó una leche de más dulce reputación que todas las crónicas y Casas de Contratación: hígados de liebre, canela, plumas de chupamirto molidas en salmuera. Todo espeso y vertido en conchas a manera de tazón. Muy pronto a todos les pareció que bebían pócima de amor.

Se desataban desaforados al fornicio del prójimo sin importar el nicho donde se les revelase aquél calenturón. Y claro, a muchos les vino fiebre imposible durante varios días y fuéronse a la tumba. Mas eso ya no era culpa nuestra porque jamás nublamos la razón de sus párpados. Tampoco les tapamos las cuevas de las orejas para que se volviesen desoídos a su ángel guardián. Allá, en casos de ingenuidad, solían trabucar a cuatro esclavos y los engarzaban a todos juntos sobre una rodela enorme como el rosete que vi en la Catedral de Toledo. Pero aquí el tiempo conserva leyes de liebre, pues a muchos les ha entrado en gana reducirnos a enanos del Paraíso. Si al principio nos remojábamos en leche de cabra, después algunos bocazas edictaron falsos acusamientos en contra nuestra. Nos obligaron a mendigar por un sorbo de horchata caliente, la cual sorbíamos casi a mordidas por lo espeso del grano, soportando a veces un amargor de cojón, más que nada por la faena de tener que chupar los desechos deste mundo viejo y todo a fuerza de vivir sumido entre los meandros del miedo más tronchón que por el día tenía sabor a sal y por las noches a saliva de misionero de cruz y sextante, siempre invitándonos con el rostro severo. No caer en el pantano de las falsas idolatrías, no existir atrapado en la humedad tan procaz a lo repulsivo; entender de una vez por todas, que por fin estábamos ante el umbral del orden sagrado, semilla y fruto de civilidad, pues por primera vez en nuestras vidas teníamos el privilegio de residir en un mundo seco.

De lleno contaba Hunaib su ingreso al monopolio de la cristiandad. Marimar seguía ocupada en su labor.

—....Pero insistimos, construimos adoratorios en el subterráneo del caserón a donde fuimos confinados. Desde ahí promulgué: La voluntad de uno solo puede ser mayor a la que puede poseer jamás una multitud de hombres, aún dotados con guarniciones y arsenales. Chupen todos el butafumeiro del guerrero. Non créyades del blanco porque a todo son engañosos. Y si nos han traído a este suelo carcaño, no será para lastimarnos el coño. Vamos a darles panderazos con este cuento del Paraíso que nos han endilgado. ¿Ya lo sabéis todos?. Ahora escuchadme. A nadie, os ruego, ya sea panadero, hijo diablo, serafín, puta o candelero, vayáis a revelar vuestro verdadero nacimiento. Decid a todos que nunca nacimos porque nada sabemos del tiempo. Métanles engañifas de todos calibres y repítanles hasta el cansancio que nuestra condición carece de creación y que somos legos en esas rebatiñas del morir. ¿Os he sido claro?. Bien, veo que asentís. Ahora dispersaos por todo el confín como los doce pastores de su tradición, y no arméis más jaleo quel estrictamente necesario. Ah torpe de mí, olvidaba una última petición. Evitad en lo posible sucumbir en repentinos folgamientos con hembra o con varón; podéis enfermar dese que llaman "mal francés", y con la excesiva pelambre de sus cuerpos, seguro que habréis de procrear a una monstruosa creatura. Asimismo evitad la embriaguez donde os puedan ver, que por ahí nos pueden arrancar el secreto. No digo más.

—Pero sabes pequeña alondra, en el fondo se resistían. Estaban melindrosos a causa de los guardias que nos vigilaban a sol y sombra. ¿Cómo vamos a engañarlos si no sabemos aún lo completo de sus fablas?, me preguntaron repetidas veces. A otros les parecía que desa ralea estábamos a buen camino de morir quemados.

La imaginación jamás produce locura, primero revuelca el seso un jugador de ajedrez que un poeta. En eso los freímos; todos somos poetas diestros, razonamos a puro silencio. Ni el soldado con sus armaduras, ni el Gobernador con todos sus armiños colgantes, disfrazaban tan bien las telarañas del cuerpo como lo hacíamos nosotros.

Aprendimos a remediar malestares a cambio de la secreta sabiduría que nos aparta del mundo. Así pudimos mercar un volumen del libro de libros. Nos lo pusieron de noche a buen recaudo, metido en un arcón así de grueso. Con eso anduvimos ciertos de que a todo nos tenían gran comedimento. Estábamos esperanzados por el milagro de haber tragado sus brebajes en vaso de cristal. Desde un principio hicimos papacho ese pecado de haber nacido culpables. Eso nos vino de maravilla, pues todos aquí han crecido manchados por la expulsión del Paraíso terrestre. Yo decía que los últimos descendientes de la primer estirpe habían regresado: <<Incrédulos, tocad, oled, sobre estos colguijes el hueso Caín señores; el mismo salamandro que deshonró a sus primeros padres. Este pendón es nada más, nada menos el huesito mayor, del dedo mayor, de la mano mayor, del hijo mayor que mató en resentida lid al hijo menor. No se abismen camaradas, estas cosas parecen estrañas a vuestras mercedes porque allá el sol nada sabe de usuras. La sombra es un delito, pertenece al intruso Malí Zohome, amo de las tinieblas. Él nos deja una vez por año entrar al orificio de los negados al buen ser. Así es fácil dar con los pecadores, porque sus cuerpos empiezan a dar sombra; el antiespejo donde se proyectan las inmundicias del espíritu. De ahí nos colgamos ese cuento de que llevamos alma impúber, y todo porque nuestros cuerpos no sombrean.

A estas alturas estoy seguro de muchas cosas; entre otras, de que somos tan diestros en matar dragones como el mejor príncipe, sólo que por estas tierras nunca hemos dado con una sola ocasión de demostrarlo. yo he presenciado a muchos de los nuestros matar fieras de un solo flechazo en el hocico. Uno pequeño de huesos pandos y natural de Guanahaní, es capaz de tragar hasta un puma sin dejar carne sobre hueso. Lo embarcó el Almirante porque es una maravilla cazando fieras marinas con la sola garra de sus dientes. A pocos meses de llegados, lo usamos como engullón. Se ha tragado ejecutorias, genealogías, oficios de armas, relaciones, edictos, consultorías, títulos de propiedad, dalmáticas, códigos y escrituras de la más alta ralea, todas a mi parecer, inútiles acumulaciones. Ah, pero sabed mi dulce cojona, lo caprichoso de Bolon Ti Ku: exige cartas de amor para alimentarse. En verdad os digo. Hubimos de asaltar enamorados en sus casas. Les arrebatamos a voluntad forzada lo que nos parecía díscolo. Muchos facinerosos hasta defecaron sus bragas del tamaño susto, al vernos entrar en tromba por la ventana (En realidad les asustaban nuestros plumajes y rayas de ocelot). Venimos a nombre del dios futuro, paz entre vosotros hermanos, les decíamos. Pero dadme vuestros folios de amor queso también revela innumerables idolatrías. Por qué os indignáis buen hombre. Vaya dignidad histórica la vuestra que preferís permanecer en la falta. Si esto no es capricho nuestro, por amor al fauno que nos parió, les decía yo. Entended que hemos durado siglos al borde del mar, todos ebrios y felices pero al mismo tiempo desazonados porque un círculo de esguinces nunca nos permitió zarpar a otras tierras en busca de menesterosos a quien soliviantar su mal destino de haber nacido entre pueblos do existe la muerte. Así que alegraos.

Mas como a todos mis discursos el mozo en turno, daba trazas de monserguedad, yo remediaba por lo tajo y sin miramientos. Le soltaba un trompazo que a veces me hacía dar vuelcos descomponiéndome las plumas del penacho. <<¡Dejad ya!>>, me gritaba el trompetero Akatí, quien junto a Bolon Ti Ku, se daba a vaciar percherones, baúles y toda clase de cajones. <<¡Aquí Bolon!>>, aquí. Después volteaba con el otro a grandes voces: <<desabrochad esto malnacido>>. Y el mozo aún atolondrado se incorporaba con sangres para deshacer nudo al malotillo. <<Tomad hombre>>, le aventábamos un

colguije de nuestro bohío y desaparecíamos por la ventana. Esa noche a Bolon Ti Ku se le hinchaba toda la caparazón del vientre y dormía con pesadillas de amor.

La hermosa Marimar no decía nada, estaba hipnotizada, pues de pronto había comprendido tras el relato de Hunaib, la fuente de un prólogo espontáneo ya de otra época.

—Meses pasaron, aprendimos a parlar con vuestro Dios, lubricando aceites preciosos que todas las noches poníamos a serenar. El vino sagrado lo cintilamos sin moverlo de sus copones. Nadie sabía que nosotros llevamos fatiga terrestre desde nacidos, por eso devoramos tan de prisa las cosas del espíritu y entendemos en menos tiempo que nada un pez, los secretos de mucha ornamenta devocionada entre aquesta raza de ustedes. Por deciros un exemplo voy a revelar algo que mi lengua, mi pensamiento y mi legendaria estirpe certifican: yo os aseguro que a vuestro Dios no le agrada el púrpura, las joyas, los ostentos, la pompa y mucho menos las bulas. Mas no fiéis mis palabras, yo sólo balbuceo como un reflejo, porque después de todo, mis días transcurren desde un calabozo tan triste y desabrido que apenas estos músculos conservan la potencia de una paloma. Tocadme de este lado; envejezco a bocanadas ¿lo sentís? Allí los pliegues andan sueltos, boludos, me duelen y me hacen sufrir una inmensa angustia que me provoca remordimientos imposibles de digestión. Porque os debo advertir sobre los funestos presagios de mi imaginación: Muy pronto han de aparecer ignoradas sectas. Las mujeres correrán desnudas por las ciudades a plena luz de mercado. Muchos expulsarán sapos y otras alimañas de sus lenguas al tiempo de llevarse el tazón a la boca. ¡Herético! ¡punzo! ¡hideputa!, van a gritar los comensales, y a todos ellos les dará por salir a las plazas gritando la ruina universal. ¿Tenéis miedo capulín?, pues dese tamaño habrán de proliferar los vagabundos errantes, blasfemos, guasones y embaucadores de la fe autorizada. Podrán ser vistos por la montaña como una columna de pollos apurando el paso hacia el despeñadero y unos a otros se dirán "camaradas", y se comerán pelos de cometas enredados a sus lenguas, todos con el pincho de la avaricia clavado en el culo. Pero nada limpiará sus corazones, porque a fuerza de lamer el pecado, lograrán traspasar la edad de las enfermedades que causan bondad y ya ningún castigo hará mella en sus huesos. Los más necios insistirán en otorgar poder a los infantes.

Dicho esto, Hunaib se asomó dejando circuncisa la ventana. Desde ahí los ojos desnudos podían sostener el torreón del Gobernador. Numerosas cintas de calicó estaban extendidas por la calleja. A Marimar le parecía que los cartuchos del festejo provenían de la plaza, por lo que abrió una concha y depositó sus últimos collares para

dar la impresión de una maja que todavía llevaba un ritmo de vida escolar. Tenía los labios y la lengua escaldados. Hunaib le arrimó una tina con agua helada a medio llenar. Marimar sostuvo sus voluminosas carnes y se sentó con el suspiro de una coneja recién parida. Mientras Hunaib le frotaba espuma con aceite de olivo, ella iba mascullando barbaridades de su padre ya muerto. Le mostró una lupa y un balancín de pesar.

—Observadme de cerca, decidme si mis cabellos empujan con mayor fuerza el resorte del balancín que los tuyos. De una vez nos vamos a medir las diferencias del pellejo, porque a mí no me vais a engañar con ese truco del Paraíso.

Los maxilares de Hunaib trenzaron una tripa de perro. Se la colgó a Marimar en el cuello, haciéndola soltar un grito redondo, pues durante un segundo estuvo segura de que la iban a estrangular. Para su buena fortuna se le aflojaron los dedos al cobrizo. Hunaib puso el semblante bondadoso como el de un viejo que ve pasar bebé. Pertenecía a una generación presa de las indecisiones en el rito de matar. Sus días de mayor consistencia freudiana habían transcurrido entre frondas de banano, cazas de pescado, humedad en el aire y observaciones interminables del horizonte desplegado sobre la espalda del mar. Sí, sobre la espalda desnuda de una doncella que había nacido antes que los primeros hombres. Porque para Hunaib y sus antepasados, las aguas del mar nos son sino las perlas que suda una diosa desnuda que alguna vez por vergüenza a los hombres, decidió encorvarse para siempre.

Silencio. Cada uno a su rincón. Marimar le plantó un beso perdonativo en la frente. De pronto se pusieron a jugar cerca de un herbolario trazado en forma de rombo; nadie podía pasar. <<¡Son plantas del Paraíso Terrenal!>>, exclamó Hunaib, mientras la revolcaba por el suelo y le pinchaba las cascañas del obelisco con los pétalos de un crisantemo que se arrancaba de la boca.

—Mejor sería modificar nuestros deseos y no la ordenación del mundo, lejos, muy lejos de las tabernas y los retretes del Ayuntamiento donde no se oigan malpartos ni bullangas de ladrones.

Afuera, un émbolo descendió varias canastas de pan que nunca llegaron al suelo, porque varios mendigos y un perro se las disputaron al vuelo. A uno se le cayó un dibujo pornográfico, el perro lo destrozó con tal saña, que uno de los rapazos le metió un hongo con vinagre en el hocico.

Hunaib presenció todo y se dijo que aquel era un mundo de falsos preceptos porque desde niños aprenden a suprimir disputas a las bestias.

—Marimar, venid a contemplar, ¿no os parece torpe disputa?. Apenas tienen unos años y ya vapulean el instinto del perro.

Esta vez la pequeña flordemar no creyó. Defender a un animal le parecía absurdo; una suerte de gesto postizo que todavía no aprendía. Y esa mímica del rostro estaba demasiado aprendida como para ruletear sus espacios sentimentales. <<Malparido>>, castañeteó entre dientes. <<No advertís lo menesteroso de su afán. Sois el adversario>>. Hunaib, que nada oyó, sintió que desde hacía mucho tiempo no moraba en círculo de amor. Estaba extraviado, contemplaba la cesta de piedras morosas con sus fuegos y falúas que llegaban cargadas de gorriones atrapados en el chinchorro. Marimar no podía ser una hembra común; en ella descubría la peligrosa esencia del poeta, nada parecido al asedio que había conocido con Bonifacio y Colomini. Matarla sería tan estúpido como entregarse a la hoguera. Fue entonces que un punzón de impotencia—rabia lo invadió como si hubiese lamido una gota de cicuta. Se llevó las manos a los pies fatigados y tras

un respiro se prometió en alta voz, iniciar una legión de sublevos capaces de preceder a toda la creación. Esa locura no era nueva, la traía desde tiempo atrás enquistada en la lengua. Una noche lo vio claro mientras daba mordiscos a un racimo de dátiles. Nada sabían estos hombres de los temibles mosquitos. El paisaje carece de fiebre, no hay tanta humedad en los cuerpos, las piedras están resecas y sueltan chispas al frotarlas. Todo es señal de sequedad, ceniza, muerte. Nada es propicio al Paraíso. Por lo tanto podía sorber hasta lo último de esa ventaja. Pero dónde, cómo encontrar cómplices dispuestos a promover una vida sin los ridículos temores a la muerte.

Las cabezas aborregadas vendrían solas. Bastaba darles una variedad filosa; instrumentos; convencerlos de que todo era voluntad de su Dios. El otro gran atorón consistía en reunir a los otros del grupo inicial. Años atrás, cada uno había tomado su rumbo por diversos caminos. Del menor, Bolon Ti Ku, supo que murió apestado. Nada más se conocía de su suerte. Al dragonario Behén lo había traicionado una daga de su propia mano, vinieron una vez a contarle. Murió solo. Había terminado un trazo de arroyo mediante pedrusco pulido. El jefe albañil había expresado conformidad y aprobó el emplazamiento. El nostálgico Behén se había retirado a un covacho. Nadie lo vio convocar al fuego en lengua madre. Tuvo la certeza de que sus días estaban agotados una vez adherido y aceptado a la utilidad de hombres sin caña y sin sacrificio. Lo encontraron ya frío, con los ojos atónitos, extraviados en las hojas de un limón. Tiempo después a Hunaib entregaron la daga todavía sangrada. Behén se la había hundido en el centro del vientre de un solo empujón. Así la conservaba Hunaib, guardada en el minúsculo arcón de las tormentas, que un día el Gobernador le había regalado para que guardase las cosas funestas o dichosas del Reino.

Nada sabía de los otros desde aquel humilladero en casa de un consistor, cuando les propusieron abjura pública frente a un tribunal de la Inquisición, y ellos; es decir, los doce, aceptaron a cambio de recibir la pública exculpa de cuanto pecado fuese imputable a cristiano natural. Por supuesto aquel ardid no edificó en mucho su reputación de reptiles. Cada uno había envuelto sus anillos, jaspes y brocatos, decididos a mudarse por lejanas tierras, hasta donde ningún basalto poblado, pudiese imputarles crimen alguno.

Ahora, el más ínfimo acto de blasfemia, insulto, humillación de la costumbre, ofrecía la oportunidad de volverse topo sin atender a los dogmáticos deberes de la fe, que por todos lados brotaba como espuma y le hacía entender que debía asimilarse al círculo de su voluntaria desgracia.

Hunaib Puh se deleitó por primera vez con la pretendida corruptiña que le imputaban. Cada vez se avergonzaba menos. Expandía los músculos hacia el sol en señal de suficiencia. Pero tal vez los gusarapos de la mentira le habían embaucado más que ninguna otra cosa en el mundo, pues no podía, por más que lo intentaba, zafarse de aquella vez cuando una gran señora que frente a él venía sobre la plaza del cante, se santiguó con el típico bisbeo del asco. <<Pero buen hombre, tiene usted sarna loca en las manos. ¿A qué son esos ojos hinchados y los pies tan llagozos?. Andad Lucía, no detengáis el paso>>.

—Vaya desgracia, vaya cojón, si nunca pude precisarles que apagaba incienso ardiente de los butafumeiros con las plantas de los pies.

Marimar se retiró sin ruido, todavía temblorosa de piernas por el efecto de la sal transoceánica. Estaba golosa.

Esa noche las entrañas de Hunaib estaban ardientes. Hambre atroz, casi de siglos. Mas no por falta de alimentos, se conformaba con papujos de agua; necesitaba oler, tocar, chupar con la lengua un poco de nishta con maíz cocido. Cuánto diera por un cuenco rebozante de frutas. Acaso un trozo de cacao endulzado con miel, le diera más fuerza que un potaje de garbanzos.

—Por todos los odres, necesito mamar el tuétano de un caracol.

Entonces salió despavorido hacia el mar. En la orilla dibujó unas palabras que jamás se atrevería a borrar. Finalmente sazonó unos pescados y los comió lentamente, ritualizado. Pasó unos días afarolado, alimentándose con té, muescas, anís y alguna loncha de merluza que rescataba del mercado. Al poco tiempo enflacó tan horrible, que en dos días se puso frente al espejo acuífero y se vio despavorido. Ese era el último descenso antes de buscar a los fundadores del Paraíso.

Marimar vino al tercer día, traía un manojo de azahar, aceitunas y carne de pollo asada. Todo envuelto en el escote. No dijo nada, se acurrucó en un rincón del fogón y empezó a lamer la mucha sal que por la noche había soltado la piel de Hunaib. A él eso le bastó. La primer consorte había llegado.

Al día siguiente, antes de salir, Marimar sacó agua del pozo, untó manteca a los cueros de montar, echó carbones encendidos a la fosa de los excrementos, para con ello destruir a las sabandijas que flotaban por el aire. Hunaib amarró jícaras, calzas y trapos de vestir a un envoltorio que trabó a las ancas del caballo, éste belfeó un tufo a caldo y rolido; hizo restinga con las patas. Junto al animal, se dieron a la tarea de acomodar cacharros al son de una comparsa gitana que alguien vocalizaba desde algún balconcillo. Marimar reventó una granada. Tras su angurria de sal, necesitaba dulce.

Hunaib sabía que uno a uno los legionarios del Paraíso, serían encontrados rumbo a las auroras. No era necesario mostrar los pellejos, ni preguntar demasiado. Aquella región de queseros, tan acostumbrada a beber agua llovida en tinajas de barro, era tan claridosa con los extraños, que sin problemas, darían el norte, estaba seguro.

Tiendas aromáticas. Algunos souvenires traídos de África y de Indias. Una mujer embaucadora con el clavel colorado en el pelo danzaba sus caderas olanudas a ritmo de crótalo y guitarra. Canastos, pan. Mendigos. Un ciego con el bastón atorado. Mandamases, ovejas. El soportal de la casa principal ataviado con listón brillante, amarillo, violeta, rojo y azul. Dos ancianas ofrecían tarros de chufa molida. Cierto hedor almizclado con pólipos de flauta y azafrán para celestinos y engatuzadores en artes de amor. Ya para salir, Hunaib tomó una tiza y escribió en el muro <<*Hunaib Puh, como verdaderamente yo tengo por cierto que me llamo*>>.

Marimar había trazado un plan: olvidar lo doméstico y preguntar por lo celeste. La gente mostraba pavor a la muerte, por tanto, lo prudente sería preguntar por hombres agónicos, argumentando que les urgía su presencia para que fuesen reconducidos al creador. (Toda metáfora pastoril garantizaba resultados)

Al principio hasta los más ariscos daban relación, todas falsas, como si al entrar en detalles temiesen tocar el punto de algo terrible. Así pasaron varios días. Marimar de vez en vez disfrazaba su fatiga. En el cuarto pueblo se derrumbó al pie de un soportal con leones y ángeles carcomidos a cincelazos. (Aún había detractores activistas del ícono en la piedra)

—Es menester seguir. El destino jamás equivoca su rumbo, lo soñé anoche. Anda, coged estas vasijas y resolvamos el camino sin fatigar el ojo. Deste cansado tránsito algún día chuparás su fruto. No os prometo ínsula como suelen los hidalgos a sus damas, pero sí os prometo que al término deste propósito os embarcaré conmigo rumbo a Guanahaní, donde os haré reina del coco. Debemos andar para que otros no se pierdan. Será nuestro cansancio alivio suyo; seguid, seguid, que ya ponemos el dedo en la llaga.

Muchos años acostumbrado a la ceiba, Hunaib semblanteaba el machete por delante y se tenía cuidado por los pies. Anduvieron todo el sol hasta topar con una ría que bajaba de oriente y torcía hacia el mediodía. Hunaib ató las cordazas del caballo a una rama huesuda. Sacó nudos al morral y caminó hasta el vado. Una vez con los pies atorados, sin perder paso en el agua, ballesteó cuatro peces de buen tamaño. Marimar reía de verlo casi tan desnudo como un esclavo turco, aunque a decir verdad, ese risor escondía sus nervios porque por primera vez presenciaba el espectáculo de un torso de músculos cobrizos y engrasados bajo el sol. Y más turbación cuando lo vio treparse a coger fruto de un árbol. Hunaib ya sabía un poco desos embaucos, así que dio un salto con la naranja prensada en la boca y llegó hasta la hembra, ya entregada a los periplos del deseo.

Hicieron sexo a pleno sol, tres veces, como bendecidos. Un venado escondido entre la hierba roía los brotes tiernos que colgaban de un ramaje. Se detuvo al observar aquellos cuerpos luengos que se revolcaban igual que las bestias. Un rato y no soportó, se abocinó y de un restallido echó a correr. Ante aquel repentino crujir, el espantadizo Hunaib vertió su tercer flujo, a lo que Marimar exclamó su temor por esa mácula de fertilidad, pues esa vez no había tripa de carnero entre ambas carnes.

Se incorporó, hundió el índice en la entrepierna y le mostró de nuevo una perla de semen con la cual lo ungió en la frente. Así, en ese agreste ritual de jóvenes iniciados, el poder trinitario descendía y otorgaba licitud sobre el primer mestizaje del Reino.

Predijo el cobrizo que a ese paso les haría falta una casa con plantío, pozo, huerta y solar. Se le antojó tumbarse para siempre a la sombra de un ramaje con higos y tomar vino en los labios de Marimar. Pero debían seguir dos leguas más, hasta librar el acecho de salteadores. Más adelante dieron con un carnero ballestado.

—Hay ladrones por el camino. El tamaño deste venablo puede con un lagarto. Tengo miedo Hunaib. Ojalá no hayan dado con nosotros; arrancan las uñas y las cuelgan de un abalorio.

Hunaib olfateó la carne. A un salto se puso de pie.

—Tonta, estos hombres no comen carne; les da temor liberar el ánima de las bajas creaturas porque luego, ya despejadas, pueden meter sosiego para toda su existencia al matador del animal.

Esas menguas porfiaban mala fortuna, señal de próximo enfrentamiento. Por si acaso, Hunaib contó las cargas de ballesta. No fueran a ser tenderete de algún barbajo reidor, desos embusteros acostumbrados al zurrón y a prender sus brasas con lumbre de otros.

—Anda, rebanad un trozo, aquí traigo yerbas de aroma para sazonar, qué os parece.... nos tendemos bajo un árbol copudo y mandamos al mundo por dos cuernos.

Mas otro sueño, no guaso ni relaxo llegó a los dos, porque del fondo del morral sacó nuez de coca, la cual mordieron ignorantes, sin percatar los nauseabundos efectos.

De tal modo llegaron desaforados sueños en los que seres con alas tragaban puños de tierra y con sus babas engendraban a otros que hacían lo mismo.

Un moscardón se metió por un hoyanco en la nariz de Hunaib. Despertó sudoroso, ardido en fiebre. A Marimar le pasaba igual, veía merluzas tiradas a sus pies. Una cabra con siete cuernos y bofeando bolas humeantes la perseguía.

Mas un graznido suave los volvió poco a poco; el arenal bajaba sus espumas. Ya entrada la noche, sólo Marimar dormía. Hunaib, tirado bocarriba, metía en su puño a las estrellas. Tan seguro estaba de reunir a las aves extraviadas del Paraíso.

El primer rosicler surgió bajo, parecía pintado por una oruga. Marimar entornó el olfato hacia donde provenía el humo. Pensó que se trataba de grasas y especias cociéndose en algún fogón. Eso era, sí, un villorrio como a dos leguas, buhardilla de un cabrero.

Emprendieron el trote. Sin desearlo, casi atrancado a otra voluntad, Hunaib Puh empezó a sentir que una fragua de identidad estaba estrechando vínculos con Marimar; un ligamen espeso, cargado al mismo tiempo de pánico; ancestral concupicencia, lubricidad; es decir, ternura.

Horas más tarde, sin haber salido todavía del guancho amoroso, las patas del caballo recularon frente al villorrio de Abdamón Ifrané. A Marimar le dolía cada hueso. Sus tobillos mostraban moretes de novicia hispalense *in rigor*, como si muchos años hubiese andado con los pies envueltos en cota de malla.

Abdamón Ifrané oyó los belfos del caballo. Emergió entre un tiradero de arneses y encandilado por el sol poniente. Mostró los mazorcones enlamados de su dentadura como advirtiendo.

—Buen día al hombre. Larga jornada traemos, ya ve. ¿Podemos comer si mal no le parece algún caldo con sazonados ingredientes que hierva usted por ahí?

—Hambre, hambre, todos sabemos deso y cuando no echamos nada al saco de la barriga por lo mismo enloquecemos. Ahora pienso que si nos hemos de mirar en el espejo, ha de ser en compañía de otros, así que no me dejáis más remedio. Pasad señores a este humilde hostal que todo está en sacar agua del pozo, vaciar al caldo y a sorber felices .

<<Lenguado el hombre.....Se nota que se ha logrado por congénitas locuras. Pero esos pensamientos no son gratos ahora Marimar. Vamos, y procurad en todo no meter embelecos a este gordofredo.>>

Al pasar, Hunaib se limpió las manos en un jubón de cuero. Departieron hogazas y caldo huesudo con judías a retozón. Pronto bromeaban con los cachetes rebozados. Estaban poseídos por el labio tan bonacho y de buen hablar que a todo ponía el gordo Abdamón.

—Esta casa tolera todo, mis buenos señores. Aquí mismo he pacificado los vicios más amargos que podáis imaginar, bajo el cobijo destos retablos.

Intenso olor a ajo. Estiró el dedo gordo, mostrándoles una maja con clavelinas, que se paseaba desnuda por un edén de corderos.

—Aquí, una jícara no lleva más agua que la señal de sus bordes. Los derrames y desperdicios me rabian. Bueno, bueno, tampoco derivéis que lo digo a vuestra salud. Pasa que ya senté real y esta barriga no da permiso a mayores limpiezas. Pero no pongáis esas caras de mal puchero. Si este potaje ha de ser provechoso a vírgenes, mulatos, ariscos, malnacidos y gentiles, cuanto más a esta señora de buenas y delicadas alcurnias. (Soltó una risa guturando magníficamente).

Hunaib proyectó su vista frente al discurso del verborreo, soltándole burbujos con técnica de filósofo. Sin saberlo estaba untándole un semblanteo de contrición en la mesa, preguntando si acaso otro, igual o diferente, pero siempre parecido al suyo, había pasado por aquí. Pero no, no era verdad, Hunaib pretendía devorarlo, decirle sin palabras que las cosas no vienen ni van; se revuelven, se remojan, se dibujan y se escriben con la misma tinta. Por eso nadie supo en qué momento ya estaban los tres en silencio, a puro sorbo.

¿Acaso turco, bereber o judío?, se preguntó Abdamón. Extrañas formas había desatado entre viajeros la facultad de aparearse unos a otros sin ton ni son. ¿Quién era?, ¿de dónde podía venir?. Sus cabellos nada vellones, parecían cerdas de crin; mostraban desafíos a todo lo blanco, sin ese orden católico tan procaz a la rama de cuereros, lecheros, hortelanos y vendedores de pescado que por ahí pasaban. Acaso era un lacayo de la casa Berardi, acaso algún miembro de sectas en pugna contra el Dios verdadero. ¿Por qué no daba señales de Trinidad?. El godofredo percibió todo esto a velocidad sincrética. Bastaron unos cuantos semblantes de ojo a ojo, aunque sin perder labio en el caldo. Finalmente decidió que se trataba de un traficante de oro.

A todo Marimar estaba muda; en ese momento el tiempo y la consonancia de las cosas nada más existía en sus tripas y en ese cocido de ternera.

El disgusto entró por la ventana. Un insecto voló hasta posarse sobre una hogaza. Hunaib lo atrapó de un zarpazo con el puño. Abrió la mano, pronunció el nombre del dios Tohí, amo del aire y lo comió lento, con deleite de buen catador.

Abdamón Ifrané escupió en el suelo, persignóse la frente y maldijo la hora en que giró el postigo. Una repentina suposición le hizo pensar que a su mesa había llegado un herético en fuga de Tribunal.

—Debéis retiraros amigos, cuanto más al amanecer siguiente. Tomad esta provisión y nunca digáis a Ifrané conocí. Esta grasa de carnero obra milagrosamente, untadla de noche, cuando las candelas prendan su mecha y el apogeo del sereno cale en el hueso. Nadie os reconocerá, aunque algo me dice que venís emigrado de Indias por Casa de Contratación. ¿Miento?.

—Mas de lo imaginable. De todos modos, no desatina usted en lo tocante a Indias. Busco a los míos.

Al decir tal cosa, el bochorno asomó por la baranda del chiquero. Empezó a subir un vapor caliente de lluvia, poco a poco sofocado por las rémoras de intolerancia, que desde siglos yacían ocultas entre la piedra.

—En los cuentos de hadas hijo, una bruja os daría con gusto el norte, yo no te voy a engañar con esas papadas. Mejor enteraos por lo sano. Preguntad mesón por mesón a los viciosos. Pedid recaudo a los cazadores de moros. Si viven todavía, seguro que San

agustín guarda sus pellejos en algún oficio de bravura. Si están muertos, ya el creador los tendrá cobijados bajo la luna.

—Ni un limbo de idiotas puede cambiar lo esencial por una perdiz en torcaza, pues el aguaje de mil tonos que hay en cada plumaje es único en cada ejemplar.

Lo mismo era de suponer entre los hijos del carib. Ninguno igual, creado a partir de varios y diversos fuegos. A Hunaib le pareció atávico emprender una busca a base de simples preguntas. La palabra todavía era para él, una especie de hielo sonorizado entre gestos, flexiones, en fin, sonidos que muchas veces no hacían sino revolver las cosas.

Cada hijo de la fragua solar obedecía al plenilunio; había aprendido a ocultarse de los mortales en su ansiedad de playa. Sabían que pasando sobre mendigos, fortificarían su ánimo y a los curiosos más fácil sería engañarlos con promesas imposibles. El milagro siempre ha de convertirse en frustración. Esos tiempos de espectacular bonanza, cuando los ciegos volvían a ver de un salivón al ojo; quemados, cuya piel pronto se volvía nalga de ángel, y muertos que amanecían frescos a la hora de la merienda en su casa, ya empezaban a ser oídas como bonitas leyendas del discurso teológico. Por eso Hunaib entendía que ningún indicio valía más que lo dictado por el propio instinto.

Abdamón Ifrané se metió y los dejó parados en aquel zaguán embaldosado con lajas de río. Un cántaro de agua de zarca se oyó tronar al fondo del pozo. Cayó también el aguamanil, una maceta, parras torcidas y un pedazo de forraje para las bestias (objetos todos de un vínculo materno) Hacía su rabieta por la nefasta ocurrencia de admitir a un neblinoso en casa.

El cuarto día se filtraron rayos solares muy temprano. Marimar dormía entrepiernada con Hunaib; desnuda, con el gesto apacible de la fémina ingenua, suavizada por un aroma de rosas pellizcadas que ascendía desde la cocina. La codorniz ya estaba en cueros, roja de las nalguillas, como bebés rosados. El gordo bambino las tomó en racimo y las revolcó sobre un polvo de almendras y harina, después las cobijó con hojas de laurel, y con parsimonia bautismal, empezó a bañarlas con jugo de naranja, hasta punto de flote. Un pizquete de especia molida.

Hunaib percibió el punto *diletazione* cuando los primeros vapores inflaron la bombilla del horno. Eso le abrió nuevos presagios. Imposible saber. El pensamiento lo traía ese día desbordado; aún no distinguía entre signo y realidad.

—No debemos probar ese banquete destinado a mortificar animales, poned atención y observad cuántos aromas y sabores revuelven estos cristianos que gustan de aves quemadas.

Marimar no respondió, se levantó pantanada, con el pulso ansioso de un coleóptero. Las manos apretadas en el vientre. Vomitó un estragón pestilente a nuez moscada, sardinas, ajo y vinagre. Tuvo que jalar aire con dificultad, pese al reclamo encariñado de Hunaib, que de inmediato sacó una bota con vino.

—Este amargor es un arco liviano, magnífico para la punzada en el vientre.

Y la hizo beber, embrocándola con la cincha en la garganta, hasta que volvió a tumbarse junto al urinario. La penumbra estaba pálida, colgada del badajo que anunciaba el inicio del festín. Afuera del cuarto, mulas, alabarderos y gente de sonido militar; desde hacía muchas horas habían empezado el bullicio, todavía con el juglar encaramado a los hombros del maestre flauta que dirigía de vez en vez, caminando hacia atrás, cual mago de Hamelin (Tántalo andaba suelto, preso aún de hambre y sed insaciables)

De pronto los ruidos bajaron a punto de oírse las moscas que hacían círculos sobre un cazo de chorizos resecos. Otro canto se aproximaba. Tonalidad gótica, frases larguísimas en latín (cuánta similitud entre lo sacro y lo siniestro). La caravana del inquisidor anunciaba con el Criste nomine invocatio, que un proceso de Relajación debía signar su destino hasta la Ermita de Santa Lucía. Todos al mismo tiempo bajaron tamboriles y se arrodillaron con el semblante aterido, ante la proximidad de lo necro. Al frente, un paje con aires divinos, famélico, gordo y ataviado con el capirote violeta de vasallaje pontificial, cantaba sobreimpostando la voz. Blandía el incensario en el aire haciendo cruces ficticias, y con el hisopo rociaba líquido a los morbosos, y doble unción al guiñapo de hombre que venía a unos pasos con grilletes al tobillo y ataduras en las palmas vueltas atrás. Era el espectáculo frecuente de una época en extinción. Mas no había salvación. El impuro iba ya por completo vencido. como toro estocado en ruedo, y si por él fuera, dispuesto a sepultura en ese mismo lugar.

Hunaib, atento tras un ventanil, se movió rápido: sacó de una alforja un puño de barro, lo frotó hasta formar una bola tamaño pera. Le hundió el anillo sagrado del dios guerrero Imachí. Enseguida le untó polvo blanco a manera de copal y lo arrojó con tino de lince hasta los pies del inquisidor Bonifacio Serena.

Silencio, no más canto. La columna se detuvo en seco a una orden del obispo. Fue sólo un instante.

—¡Nada!, dijo.

—Las moscas no han de ser culpables, ¿acaso un perro fantasma pretende bromar los destinos del Señor?.

Sin embargo, al recoger ese anillo, un estragón de rabia hizo flaca su carne, volviendo realidad su primera sospecha. Se tornó hacia la única ventana del mesón y pronunció con tono de viejo azor:

—Más días impertinentes habréis de tener con la purga de algún tormento, Hunab Puh. Bien podéis engañar a este siervo, mas no al todopoderoso. Desde ahora os mando a la cama de restirar huesos, o cuando menos látigo a placer. Y si no os presentáis a ocho días de hoy frente a mi persona con el sambenito puesto, que debéis recoger al pie de la picota donde los días deste marrano habrán de acabar, os adelanto que de vuestro inmundo cuerpo, no quedará uña. ¡Andad!.

Estaba cometida la imprudencia, reventado el término castrante y bufador del Santo Oficio. Hunaib escondido tras el tapanco de cuero, sintió los primeros pánicos de una deportación sudaca. De puro miedo le empezó a manar una sal de grano amargo. Deseaba con ahínco germánico, desterrar para siempre su fuerza sanguínea, filtrarse de una vez en esa cuenca mediterránea, incapaz de imaginar que desde ahí, occidente ya estaba devorando hasta las palmeras de su isla.

Si la cama mediterránea estaba siendo ancha, cartaginesa con romana, hebrea con árabe; por qué despreciaban sus potencias cuando ya muchos se preciaban de mixtificarse negro, blanco, amarillo, cobrizo (alguien, ya por ingeniosa derivación, al nombrarlo había modificado cobrizo por coñizo, coñazo, coño). Vaya reputación de mundo nuevo: inocente, pantanado bajo terrible custodia. Naturaleza reducida mosquitos y hembras desnudas. Imposible a esas alturas, abandonar sus endilgos infantiles. Así lo había mirado el obispo Bonifacio, igual a un siervo del mundo infante, hijo de caprichos destinados al fango. Cuánto lamentaba más que nunca su formación en el espíritu del círculo. Hunaib sufría porque ahí todo era vertical, subir o bajar, se decía

repetidas veces. No conocían la dialéctica del río más que de oídas. En cambio, la ceiba educaba en los principios y fines más complejos del universo. Nunca pretendía alardear de sesudas teorías. Su verdad estaba en aprender de lo invisible, de lo invocado. Nunca fiarse a los ojos.

Pero afuera se rehacía la verbena. Dos faroleros soplaron el platillo flameado con la luz del duende granate, protector de los niños, envueltos todos en esa churundanga del arlequín estrellando huevos de gallina entre la testuz del toro enfurecido. Hunaib sabía de los finales cuando alguien cometía osadía contra el Santo Tribunal. Pero qué más; desde su arribo al Reino andaba prófugo, amachado en la piel bragada junto a lo suyo, sin perder del todo la distancia. Ahora los hechos del tiempo tramaban su propio conjuro, y él no podía entorpecer esa oscuridad. Se obsesionó: fuera de él todos estaban muertos: los mozalbetes, gitanas, mendigos y cuanto aprendiz de Jehová emergía tras los tapancos del Hamete converso.

De pronto su olfato desapareció, como si en realidad nada olfatible tuviera existencia. El pan casabe los tocinos, el acitrón embadurnado a las patas del cerdo eran mentiras: nada consistía en realidad. Los hombres estaban engañándolo con gran leguyería, y a pesar de todo, aún llevaba desnudo el ombligo valiente que su padre le había tatemado con la estrella del guerrero...

Marimar atrancada a la zanca del caballo y Hunaib Puh, resuelto en la experiencia de hurgar tierras calientes, suspendieron al aire un confeti coloreado y brindaron con cierta ironía por el camino que ya nunca se ha de volver a pisar.

—Vamos Marimar, no quiero arrastrar mi propio cadáver por las afueras del templo. Ya una vez presencié a uno destrozado por dos caballos que jalaban a partes contrarias.

En eso abrió paso una purulenta gentería de cofrades. Era una representación de los inocentes cruzados que bajaba por el Peñasco del Calvario. Dos columnas de infantes dando traspiés, cayendo algunos, otros a sorbo, moco y llanto rogaban por sus padres, quienes a decir por el fastidio de sus rostros, venían acompañándolos desde el principio; es decir, varias leguas atrás, suficientes como para doblar a un becerro. Se oían gemidos, las espadas blandidas interferían el camino a los vendedores de esclavos (Diríase, falsa teatralidad en días de sufrimiento atroz). Demostrábalo ese afán, la sangre de toro salpicada en las vestiduras de los infantes: altares que fácilmente se prestaban al *punch* cristiano. Hunaib se trepó a observar aquel ejército de trogloditas ajenos al comercio de la palabra. Gritaban injurias a los traficantes ya desenvainados que se lanzaban a correr tras ellos, como en redadas de profesor londinense, para sujetar a los ingenuos. Detrás venía el papa Inocencio tercero despedazando bulas al aire, lamentándose del satán que había conducido a tanto niño sin deber ni temer en los errores de la fe. Pero al mismo tiempo blasfemaba contra ellos, acusando a la columna francesa de inepta y a la columna germánica de vergonzosa, ignorantes ambas de la verdadera religión. Así, el caricatura de papa terminó envuelto en listones púrpuras que simbolizaban las llamas del infierno. Un infante lanzó gritos cabalísticos para derrumbar, igual que Moisés, las puertas del mar y anular los venenos del monstruo Fornalís. Una flecha invisible lo mató (tremendo dramaturgo a su edad)

Confusión, el pueblo presencia las brumas de un laberinto histórico en ciernes. Los nichos oblongos permanecían inútiles, mientras el ejército de sarracenos estrellaba contra los frontispicios a los niños cruzados.

Marimar comprendió lo maniatado, aquel mezquino agujero en el que se había metido. Así que huyó. Corrió sin detenerse hasta que dio con una charca de agua estancada. Se hincó, sacó la lengua y se puso a beber como abrevan los animales. Nada importaba el extraño tufo que vaporeaban las aguas. Quedó hinchada, pudo apenas tumbarse a buen recaudo entre las matas crecidas. Entró en un sueño profundo de serpientes que la mordían y se le introducían por la abertura de Eva.

Otro día un mendigo la encontró bocarriba, con la baba reseca entre los labios; señal de veneno. Quiso asustarse, mas no pudo gracias a la embriaguez que desde hacía tres días lo traía botagado. Así que la rodó hasta un hipogeo cerca de ahí como a ocho cuerpos de distancia.

Todo entre los mortales debe su valor a lo irrecuperable y a lo azaroso. Perdimos, andamos flotando en un mar de espejos, sin que algo suceda una sola vez. Marimar tuvo muchas muertes aquel día. Su naturaleza ingenua era hermana de una realidad servible únicamente para los fines parciales. Nunca terminó algo, solía empezarlo y extenderlo hasta lo indecible, como si toda la vida consistiera en meter mano a la Caja de Pandora y extraer siempre lo mismo

Desde una oscura buhardilla, el flamante inquisidor, Bonifacio Serena, se debatía feliz. Minutos antes había contemplado la muerte de Marimar. Su rostro mostraba el desguansor del jaquecón, repulso todavía contra olores y sabores de cualquier alimento. Vomitaba cuadrúpedo, luego se incorporaba para desinflar su trasero en la malla del mercader veneciano. Sonreía llevándose el puño a los labios para besar el anillo nobiliario que lo complicitaba con el Pontífice. No había duda, esa ramera trató en amores al indiano.

Ya en otra hostería sin nada que ver con Abdamón, Hunaib entendía ese batir de cuajada. Estaba seguro, poca nata le sacarían, cifrado como estaba en tajar la verdad a

pesar de locos y putas. <<No hay descubrimiento sin dolor>>, masculló mientras trenzaba nudo a sus nuevas calzas y sostenía con los dientes una daga, estilo malevo. Imprescindible trabar cada minucia para no equivocarse, de lo contrario, sus miembros amanecerían despellejados en alguna picota, pues sabía que aún el pelillo más fino despertaba sospechas y con mayor razón si se trataba de un lampiñoso como él. Además provenía de un mundo sin héroes. Waldseemuller y Vespucci a punto estaban de inventar América y los marines, apenas eran espermas en proyecto.

Le prepararon cuatro huevos fritos con tocino, y por primera vez le dieron un poco de esa bebida que poco a poco ya se filtraba en las porcelanas de toda nobleza europea. Se trataba del gran *xocoatl* endulzado con miel y aromatizado con flor de vainilla. Todavía no sabían batirlo hasta punto espuma y servíanlo espeso como nata, en fin. Hunaib provenía de un mundo acostumbrado a sorber, así que pidió leche caliente para diluir. (No sabía que ahora estaba en el naciente imperio del untar). Sintió el raro frenesí del orgullo transindígena, pues allá, esa bebida era símbolo y arraigo, mientras que acá todavía conservaba el estigma de probatto di amore.

<<¡Cacahuatl!>>, exclamó Hunaib. Parecía niño al encuentro de mamá.

Inmediatamente recordó a la vieja Ipahné, señora del coco. La imaginó aplastando la jícara sobre un rodete con la piel trenzada del jaguar. Uno, dos tres.... ocho veces repetía el mismo batido, y luego quitaba la jícara. Salía una deidad espumeante.

Sin hacerse notar se aposentó sobre un tonel de aceite. Las nalgas se le mojaron a olivar. Se amarró un cáñamo a la cintura por si debía estrangular. Estaba tan feliz dando sorbos que no reparó en la farsa del Moisés arengando contra el Judas traidor. El aire se preñó de sudor, los cuerpos turgían suave deseo a discreción, debido a las hembras que mostraban el ombligo y los muslos en volandas, mientras otros traslucían al cantar, sus raíces de rabí. Por primera vez experimentó un bautismo de poderosa libertad y entendió que ahora dependía de su coraje. <<Puff...>> Sacó una tirilla de papel, <<¡Maldito si os arrepentís!>>, escribió con tiza. La hizo añicos y la arrojó a un cazo de cáscaras y moscos.

—¡Hey malparido, atended a vuestra basura!, gritó el tendero.

Pero ya Hunaib caminaba rumbo al bastión central. Muy pronto, en aquel peligro de andar, se vio entregado a los fantasmas del aire. Supo que Bonifacio tramaba un concilio de Indias en contubernio con las fuerzas del señor Gobernador. Sin duda trataban de conducirlo hasta la colmena para eliminarlo sin peligro, fuera de toda historia, sin mutación política.

Parecía que todos actuaban impulsados bajo el temor de un bandazo, desde hacía tiempo anunciado por las larvas que rendían espionaje hasta por lo bajo de las cloacas.

Entró en profunda contradicción. Debía seguir el rastro de Bonifacio, pero al mismo tiempo entendía que se metía entre las patas de una bestia dragonaria. Peor aún, estaba mordiendo sin saber, aquella lengua del zorro con disfraz de esturión. Ser o no ser, coño.

Dos días cabalgó hasta divisar las puertas del consistorio. Se plantó frente a los astrágalos de un pequeño Partenón. Jadeaba transgredido apaciblemente por la intensidad de sentirse fundido a la bestia, y por lo mismo, hubiera deseado exorcizar su cobardía con algo tan simple como el vapor caliente que soplaban los belfos del caballo. No sabía por supuesto imponerse, faltaba esa impostura occidental y por supuesto, nada sabía del chulo ambicioso. En cambio, repetía las mismas gestuaciones amedrentadas del

criptojudaico, pues también sin darse cuenta, estaba siendo conejillo de indias (vaya ironía) en medio de esa despiadada unificación del Reino. Sonábanle serruchos, clavos, martingalas y degüellanderos enredados por el brazo terrible del dominico Torquemada. Incluso, antes de galopar calle abajo, una fuerza involuntaria excitó a tal grado su olfato, que a bocanadas tragó su propia carne chamuscada, (sin duda se trataba de un efecto autosugestivo provocado por la excesiva adrenalina). Mas lo peor no estaba en el sufrimiento presente, sino en todas las calamidades y efectos de rebote que seguramente modificarían los destinos del futuro.

Entendíalo a rajatabla: jamás podría obtener vínculos de sangre para dar con los otros. Lo acusaban de simonía, sedición, herética tradición, disolutas costumbres y por si fuera poco, tratarían de clavarle alcayatas en el cuello debido a su nula disciplina monástica. Vaya pitorreo en eso de abusar contra el culto. No era para menos; en medio del celo terrible contra los libertinajes extranjeros, él representaba un ejemplo de cómo un castigo ejemplar, preserva los frutos eternos del cristianismo, cuyas premáticas, definitivas e inmutables, ahora estaban a punto de cortarle rabo y oreja como al toro.

Los intereses de la tierra salían a flote, sus burbujas levantaban pólipos olientes a huevo podrido. Se revelaban sin aspaviento los sonidos de la falsa moneda. Después de todo, jamás alcanzaría privilegios de proclamas ni admoniciones, tal y como le dictaban sus resentidas intuiciones. Mucho menos alcanzaba un lugar decoroso en las cabeceras de antiguas predicciones. Eran tiempos en que la tristeza solar empañaba para siempre al monarca y los diablos del tiempo astuto ya habían dictado la alquimia de juzgar a capricho, sin otorgar un gajo de naranja al sojuzgado.

Esa carota del ejecutor, muchas veces la vio entreluzada tras los barrotes de una mazmorra en Costasanta.

Muchos siglos acumulados divertían a la turba que lanzaba escupitajos contra los penitentes en turno, y él a todo acudía abismado como si fuese el próximo. Nada aparentaba. Terrible fuego, numeración mantenida, impotente para ocultar a sus dioses que ahí nada valían, reducidos todos a ruletas anacrónicas del escombro teológico. Hasta las iguanas ocultaban mensajes pontificios que luego iban a dar a los lacayos de la oscuridad. Eran ellos, los metafísicos, quienes leían papelotes y cuyas enlamadas palabras dictaban, inventaban o hacían brotar culpas a diestra y siniestra, como si los penitentes fuesen conejillos de mago. Por lo mismo llevaba empuñada la miniatura de un sarcófago. Solamente en esa cajita el muerto podía nacer y morir infinitamente, los malparidos han de quedarse afuera, dice una romanza, que no sea más pájaro el de plumas, sino el que vuela. Estaba nervioso, aterido. Los pies atados al pechugón del potro, ya metido en ese juego reculante, con las patas enlodadas y los belfos picoteados por una nubecilla de zancudos.

Toda creación es un acto sucio, al mismo tiempo gran descubrimiento e imperdonable atrevimiento. Hunaib se despojaba de torpes lenguajes, pero aún seguía sin comprender tanta dualidad. Lo descabalgaron dos escuálidos lacayos. El más gótico desfundó el bordón con todo el exorcismo musical de los murciélagos y lo obligó a tomarlo por la empuñadura. Hunaib obedeció sin perder el ritmo que le imponía aquel hogareño Calisto. Había dugongos disecados, delfines, lobos marinos y hasta una osamenta de sirena capturada en la isleta de los prodigios. Cada reliquia llevaba colgada un retablo con su leyenda. Pudiera decirse que ya eran tiempos de museología moderna.

Sin embargo, Hunaib no se tragó el hueso. Entre dientes rumió <<En todos los tiempos, las sirenas se escuchan, jamás se ven>>.

—Pues aquí es otro cuento. Durante siglos, nadie ha negado veracidad a la sirena de Prodigios. Y si duda os cabe, guardadla bien, no vayáis a soltar indiscreción alguna frente a su santidad Bonifacio.

—Sí energúmeno, secundó el otro. Que de hacerlo, yo mismo desfundaré este machete, y ahí mismo, sin permiso de nadie os haré dos lenguas.

Hubo de ponerse el ruinoso sayal. Por detrás le anudaron las muñecas aplicándole un sebo pestilente que lo identificaba como nuevo marrano. Así lo atravesaron a empellones por largos y húmedos pasillos hasta una mazmorra de puerta levadiza, en la cual yacían esparcidos por el suelo muchos restos de yelmo, ringleras, puntas de lanza y otras antiguallas de pasados ejércitos. Bonifacio Serena estaba pegado al muro, meditabundo. Parecía profeta desterrado, con los ojos vueltos al cielo translúcido en la ojiva. Por primera vez lo invadieron hambres profundas.

Cuando un último empellón plantó a Hunaib frente a los barrotes, comprendió que la sobrevivencia precisaba otra época.

Bonifacio, navegando entre oscuros meandros, había llegado hasta ese carcoño sin novedad, pero con la imaginación destrabucada. Al principio imaginó que lo mejor sería esparcir los restos del indiano por el mar y quemar sus cenizas a fin de alimentar con ellas a las negras gaviotas que descienden a los peñascos en busca de carroña. Sin embargo sucedió algo extraño. Bonifacio se acercó, besó a Hunaib en ambas mejillas y lo estrechó con un abrazo de fabulosas playas (Desengañémonos. Si ahí detenemos la escena, puede notarse lo truculento del abrazo. En el fondo, Bonifacio pretendía extender esa maña paternal estilo misionero).

—Vuestra mocedad a cambio de mi vejez vale oro al fango y eso no debemos permitirlo, aún sobre martillos y espinas. Admito que esto significa buen augurio. Vuestra llegada, me libera de inútiles fatigas. Pero no digo más, la mucha jerigonza os vendrá más delante, ahora poneos a buen asiento por lo menos. Y ustedes, guardias del hueso astragado, iros de aquí, antes de que os parta un rayo.

Todo aparenta, nada es. Los duendes del tiempo mentían. Afuera los años inmóviles transcurrían sin mostrar sus tenazas, ocultos a los visibles vendajes de la esperanza que alguna vez le habían prometido. Una loba paría, sus aullidos levantaban polvo junto al cadáver de un búho. Hunaib cayó sin fuerzas, como tragado por un rejón de monstruos pasados en desfile por la nata del cerebro.

—Mente in albis. No has de hacer bagasa por otro corazón diferente al tuyo.

Fue lo primero que dijo Bonifacio al ver que Hunaib yacía desmayado. Sus propias manos, todavía con restos de lechuga y algo arañadas por el pelillo del jubón, abrieron la boca y fueron a meter los dedos hasta el más apartado rincón de gargantúa. —Eso es. Cerró la boca de Hunaib y hurgó en el cajón donde guardaba souvenires de su último viaje a Roma. Encontró un frasquito con saliva bendita del Sumo Pontífice. Volvió a abrir la boca de Hunaib y vertió una rebabilla delgadísima que se prolongó sin fin hasta el fondo del gaznate. Oyó el mismo crepitar que hacen las gotas de agua en comal ardiendo. Imprudente, adentro moraba el dios del fuego; patria de unos cuantos privilegiados. Mas por estar dormido, Hunaib no supo del mejor modo para dar con los suyos, ni sospechó lo necrófilo imaginado por aquel vampiro de alcázar. Pretendía convertirlo en enano, purificarlo con saliva de santo varón. Después untó polvos de belladona y glauca en la

lengua. De unas mantas que ya tenía preparadas, sacó un huevo negro de gallina salvaje, con el que trazó doce círculos espirales en el vientre desnudo de Hunaib, hasta cerrar en el ombligo. Extraía todas sus fuerzas con aquel calor de la piel fundido en la corteza del huevo. (En realidad mezclaba formas de ritual carib, asimiladas en alguna futuración de trópico. Experimentaba).

Así convirtió los sueños rebeldes de Hunaib en papilla, aunque por primera vez algo le hacía pensar que el mal era una proyección introducida por alguna caterva de malnacidos.

Antes de abrir los párpados, Hunaib vio una extraña columna caminando a paso lento bajo los linderos de una montaña. El jefe del séquito era un mendigo. Atrás venían ocho enanos ataviados con sayal franciscano. Cada uno llevaba en la mano un candelabro con tres velas encendidas. Al final cerraba la columna un león que apaciblemente iba devorando a su inmediato siguiente hasta quedar sólo el mendigo, quien desenvainó espada y de un tajo desprendió la cabeza del animal. No había sangre, sino flamas derretidas que poco a poco se transformaron en un espejo, donde pudo contemplarse el mendigo. Era él mismo, Hunaib Puh, el de trópicos eternos; ya viejo, carcañoso, lleno de telarañas e insectos que se desplazaban a placer entre los surcos de sus arrugas.

Despertó con un pedazo de espejo en la mano, seguro de que todo el mundo estaba muerto, menos él. Bonifacio se había ido; estaba solo, habitado nada más por el augur y el fétido relente de quella mazmorra. Junto a sus pies yacía desierta una Biblia (aquella jugarreta era sin duda, obra del inquisidor). Tendría mucho tiempo para descifrar algo. Pero cuántos signos extraños hacían los pálidos y todos depositados en el papel; incomprensibles, como gruesos ansarones metidos a la fuerza. Ya sabía que precisamente ese era el primer castigo: leer, tragar, devorar, llenarse los mofletes de palabras hasta yacer exhausto y desterrar para siempre sus locas identificaciones con el tucán, el cuervo, el sapo, la serpiente pantanera y todas esas infecciones tan contrarias al vino, al trigo y al escalpelo de la hostia. Pero también sabía que nadie podría sacarle su infinito apego por el arácnido.

—Cantad hijo una estrofa muezín, que sin duda obrará lo mismo que un arrobón de sebo para tu batalladora espada.

El inquisidor estaba de nuevo parado junto a los barrotes, pero esta vez con la birreta confesional. Advirtió Hunaib el rojo estragor en los ojos de Bonifacio, como si lo hubiesen rescatado del féretro.

—Ya sabéis, acabo de futurar la muerte de otro infeliz. Una extraña cuchilla bajaba desde lo alto con estrepitosa velocidad. Parecía gente francesa, aunque a nada entendía bien por el gran bullicio de la plaza. Andad, levantaos, pero a partir de ahora debéis tener sumo cuidado, pues a nadie debéis revelar mi asqueroso secreto. De lo contrario nos arrancarán la lengua o cuando menos harán más largo nuestro hueso. Para el Tribunal, adivinar sería tanto como hacer incesto. Para ellos, venimos de pueblos adivinadores y al mismo tiempo afectos a trato carnal desde familia. ¿Habéis escuchado alguna vez la historia del infortunado Edipo?. ¿No respondéis?. Comprendo, vuestra heredad os engendró a golpe de silencio.

—Parece que nunca voy a conocer arcoiris mientras mis huesos existan por estas tierras. Y si lo veo, seguramente significará lo mismo que allá: el principio de máxima humedad y vapor de plantas. Ustedes domestican, extraña costumbre, nosotros observamos como van y vienen de un lado a otro plantas y animales, pero no los tocamos

demasiado porque detenemos el ciclo de los dioses y entonces la tierra puede tragarnos como al agua. No hay dos cara iguales, así lo entendemos, ni fuera ni dentro del océano. Existimos no en la cruz, sino en el círculo.

—Mentís; pruebas aquí tengo. Vuestra especie continúa en la pamplina de que la tierra es cuadrangulada como el tabernáculo final del purgatorio. Me han dicho que toleran el incesto, la sodomía, el robo. ¿Es verdad que os encanta aparearse a pleno sol? ¿y que habláis con los cadáveres y luego los extraviáis en piraguas incendiadas que se van solas en el mar, en vez de darles sepultura bajo tierra como dictan las sagradas leyes?

—Reflejáis vuestra condición. No entiendo de qué me acusáis cagatintas. Mejor salvación a los delirios maravillosos del sol no podíais encontrar. Si os referís a que nos acoplamos a plena luz, es verdad; reservamos las tinieblas a los ascos del cuerpo, jamás al placer (Sin saberlo, estaban encontradas dos historias del pudor). Otras fantasías botagaron vuestro entender, porque a robos y a cadáveres, no los hay tan diestros como en Castilla.

—¡Nosferatu!, que un buz te salga por la boca si acaso vuestras palabras llevan un grumo de verdad. Aquí hay leche de sobra, puede mamar la humanidad entera, aún la más infecta juanaloca y malparida del mar. Seguramente provenís desa caterva, hija del averno. Y no me vengáis a oscurantar lo muchas veces resuelto. Pobre ceguera la vuestra, invariable a la revelación infinita. Serás azotado como os prometí, no en castigo, sino como adelanto a la pronta purificación que a todo impío le viene una vez descendido al pozo del dolor. Ahora desnudaos, anda, no me prendáis otra vez en cólera que soy capaz de azotar hasta la ensoñación. Eso es....mmm.... buena providencia sabe dotar el Señor a sus hijos menores. Ven, apoyad vuestro doncel a este paño. Ahora restirad el pellejo.....¿duele?....Sería nuestra común victoria si deshilvanamos ese dolor y dispersamos el anillo sobrante al fogón de los relapsos. Será un corte, uno nada más, serondo y limpio como anillo de príncipe, os lo aseguro. De otro modo estaréis por el resto de vuestros días expuesto a sorber inútil dolor, y por lo pronto los próximos azotes no surtirán el efecto purificador deseado.

Bonifacio Serena lavó el genital de Hunaib en presencia de un testigo episcopal. Ungió gotas de olivo donde la niña Cuanube solía untar lágrimas de placer bajo luz de luna. Lo polveó con talco de ángel, consciente del empanizado moral que no debía grietarse, hasta que la navaja del bisturí volase el prepucio (Seguramente un codex imaginario hubiese perpetuado la escena). La otra manera de mitigar el dolor para siempre, sólo era posible a quienes chupasen la médula del cuerno saliente de la bestia que abreva en los ríos bajos de África y que los antiguos han dado en llamar unicornio.

—Patrañas. Nadie por más leguas que se haya venturado lo ha visto jamás, porque habita en cuevas del Paraíso. Y no lleva un cuerno sino dos, a la manera del buey. Tampoco es dado en rumiar hierba porque no tiene dientes. Carece de mortal masticación. Por todo alimento engulle serpientes, y como ignoran la muerte, son espantables a todo comercio de palabra. Viven apaciguados en la ceiba oscura, escondidos del alba, en manadillas de hasta cuatro y no solitarios como por acá suelen decir.

Bonifacio no daba crédito. Roedor de buen olfato para las verdades, podía incluso saber a muchas leguas cuando un cristiano andaba en brotes de viruela negra, o si alguien acabaría sus días tendido bajo un puñal. Pero algo extraño, impredecible, había

en las palabras de Hunaib. Tenía el presentimiento de que menudeaban por lo cierto, sin ese abultamiento empalagoso que hay en los mitos.

Creyó en secreto, pero hizo constar nueva falta del majadero (pretexto para más azotes). Le dijo que las verdades no dependían de sus promulgadores, sino del espacio real que las produce. Le hizo ver que dada su afinidad con la planta y el bicho, su imaginación lo inclinaba hacia las antiguas y legendarias historias con singular insolencia. Estaba camino a la picota, más de lo deseable. Una lástima.

Oscuridad en el dormitorio. No durmió esa noche Bonifacio. Se levantó del camastrín afiebrado. Anduvo con pasos de Lázaro hasta dar con una vela, sin omitir hideputas al castañetear de dientes que le bajaba por todos los huesos, como si alguien lo sacudiese igual a un tapete. Frío terrible. Ahí estaba. Encontró una sanguijuela plantada en el muro. Soltó nudos al cordón del sayo y puso al gusano sobre la región cardiaca. Volvió sudoroso al camastrín.

<<Chupa, negro demonio. Bebe la sangre deste siervo astragado por la culpa, indigno del deber encomendado, porque sometidas mis carnes al sopor de sentidos ajenos, han flaqueado...Ahh... tuyo será el placer, mía la penitencia, líbrame cuanta infecta sangre puedan abarcar tus ventosas. No me reconozco fuera de mí, sólo dos veces he visto mi figura doblada en un espejo y nunca más quiero volver a despertar las culpas desta incierta dualidad....Ahhu.... entiendo la miserable verdad de mis uñas, de mis párpados, del cuervo que pretende apoderarse de mi única liviandad: puedo ver más allá del incierto mundo que palpamos. Distingo lo mensurable y lo infinito con la sola potencia de lo imaginable, pero numerosas veces he percibido en labios terribles, el anuncio del fin del mundo, y es entonces cuando toco sin deseos a las puertas del arcángel que ha de librarnos de la rebelión final, estoy seguro, porque ayer desperté con arena negra entre los dientes. Uff.... demostradme que tu aspecto de bichajo es mentira; tú eres instrumento del creador, castigad esta flaca identidad que a punto está de írseme a la nada, como el agua en el agua....Mas si el destino me concede otras batallas con este hijo del Paraíso, yo sabré merecerlas. Ahhh...., ¿estás llena?. Acaso tú lo sepas aunque seamos la inútil sombra de un sueño dictado desde alguna frontera. ¿Quién es este inmundo carabobo empeñado en vestir siempre andrajos, sin pelo ninguno, carente de historia, sin autorizado espacio en el cosmos, atento a las costumbres del sapo, y que al mismo tiempo da muestras de conocer el supremo placer?. Sin embargo sólo tú debes saber lo que yo he visto en secreto mientras lo conducían por los patios del cadalso ¡No da sombra!, únicamente rayos de sol proyecta su cuerpo....Ahh... decidme, pues no he de conciliar este sueño hasta ganar luz en la duda. Ante el Dieguito no debo permitir holgura, ni concesión a sus leyes, pues muy pronto será trabajo echado a perder. Pero aquí abajo, en este fiero mundo habrá familias que a partir de una primera estirpe, crecerán idiotas. Mendigos como estiércol y perros lamiendo sus rostros. No debo....ese indio pretende abrir un sarcófago prohibido. Las leyes de Dios son inmutables, pertenecen al cerebro unitario de un todo, que por ser indiviso, no ha de ser expuesto a caprichosos azares. Esta vez eres una simple sanguijuela quien hunde sus pinchos en mi piel, mas nada vale si prevalecen los mismos tufos heréticos en vuestra jaula, Señor. Estoy dispuesto a pellizcarme con los muerdeuñas de garza, tan efectivos cuando se trata de mitigar las dudas de la conciencia ¿Debo matarlo?, ¿fundirlo en leña verde?. Y si resultasen verdades sus prédicas del Paraíso. Tengo miedo, no sea que ante las llamas resulten sus huesos inquemables como el agua. ¿Cómo explicar entonces al bajo pueblo

reunido en la plaza tal milagro?. Se volcarían contra este siervo, dispuestos a untarme larvas acuáticas y luego a darme garrote y no dudo que hasta soplen mis cenizas al mar>>.

Hora prima, sonó fuerte “la Roma", una de las primeras campanas fundidas en los crisoles del reino con oro de Indias. Muchos recordarían durante sus mejores años aquellos días de horno y alzada. Se comían perdices, hueva de merluza, pimiento con queso de cabra retacado, mejillones al ajo, parrilladas de liebre, barbacoa de borrego y hasta racimos de tamales con pollo envueltos en hoja de plátano, seguramente aprendidos durante alguna faena de curiosidad exótica por los primeros aventureros del equinoccio.

Bonifacio Serena se acercó al aguamanil. Espantó una pelusa de mosquitos que intentaban romper el cristal formado sobre la superficie líquida. Un aroma profundo lo invadió. Se acuclilló y descubrió que había ranas muertas bajo su cama. Ya estaban apiladas, reunidas ellas mismas. Era el básico instinto del suicidio ante la angustia de sobrevivencia.

Con cierta, casi pueril espectacularidad buscó un tronquete y las arrastró hasta el centro del dormitorio. Catorce batracios con el filamento de la lengüita salido, como derrotados por una asfixia de lo más incomprensible. No había aguas estancadas a corta distancia, pero tampoco las pudo llevar cristiano alguno hasta ese nicho sin ser advertido. Tenían crocado el pellejo de resequedad, como si una extraña succión les hubiese chupado toda humedad.

No bastó deslizarse ante la prisa, pudo vestirse para dar aviso al guardia, que no respondió. Estaba despatarrado junto al naranjo, casi ebrio, en peligro de extinción. Oh, vergabante. Bonifacio descubrió que una mancha lo mapeaba desde un lóbulo, hasta las coyunturas del cuello. Imaginó lo peor: llegaban los emisarios invisibles del Preste Juan, expertos en celadas nocturnas para cobrar sus tesoros; birotudos, flechones, gigantes de mal agüero, pero sobre todo, indistinguibles para el ojo humano. ¡joder coño!, también podían ser esas ranas obra del cobrizo, traídas al Reino como si fuesen sellos del pantano inmundo. En su conjetura supuso que el Dieguito pudo haber desprendido los huevecillos camino a prisión y ahora los animales habían venido en busca de su empollo y libres ya de sumisión, habíanse desarrollado a oscuras.

Bien sabidas eran aquellas teorías del juicio natural: pantanos, charcas y animales mojados, no pueden salvar el pellejo en el Reino, pues Jesús descendió a este mundo sobre tierras de vid, jamás pisó charca de sapo (teología de secas, jamás de humedad).

Lo húmedo envolvía corrupción y desastre, como bien lo describió Aristóteles. Imposible falsear una cosa tan evidente: Más rápido aparecen gusanos a una manzana mojada y caliente, que a otra seca y fría. Donde habitan seres color madera bruñida, pronto anidan guzarapos anhelantes de perseguir un espejuelo que reproduzca su corrupción infinitas veces, dado que ahí los rayos solares despegan polvadillas, que al ser esparcidas por el viento, viajan hasta donde mora el monstruo leviatán. Sus fauces escaldadas por la sal empiezan a dar terribles bufidos que obran sobre las corrientes del mar. Así, muy pronto llegan a costa espumas color bermellón, las cuales dejan silentes a quienes sin malicia se asolean en las playas.

Bonifacio no acostrumbaba estrellarse contra las bordas del capricho, así que decidió hurgar al propio Hunaib, más para justificar lo ya decidido, que para remediar una impiedad.

Abrió la celda. Se comunicaron primero en lengua castilla, sin trucos. Después Hunaib contrapunteó en lengua vernácula, devolviendo a la tormenta verbal que fatigaba sus oídos, un eco de soliloquios que terminaron sacando cuervos: Bonifacio admitió que ese auto de fe, era un relámpago sin previo aviso. Hunaib no pudo defender su cosmogonía—vorágine. Así que los dos tuvieron que chupar de un barril sin fondo, a grito y lágrima, hasta que ya cerca del ocaso, ambos comprendieron que destruir a uno, significaría decadencia para el otro. Estaban compensados en su aparente oposición, mas como ese mundo no perdonaba una palabra injustificada, Bonifacio decidió cuestionar mediante rollo y tinta a los birretudos del Tribunal. Acaso bastaba matar, cuando ya se sabía que mucho más difícil es vivir a plenitud una religión, que morir por ella. *Un acto es menos que todas las horas de un hombre*, diría siglos más tarde Otto Dietrich. Dejar vivir podría ser el principio de un infierno, como sucede en todos los actos universales.

—Voy a dejaros vivir; secretamente me chupo los labios con el sabor de mi derrota. No quiero blasfemar contra el ímprobo dios que os metió en vientre materno, porque bien alcanzo a percibir que vuestra estirpe, merece una segunda oportunidad sobre la tierra.

—Dejadme libre, rondaré las corrientes bajas del Guadalquivir, os juro que sin arrancar un pétalo de rosa. Para vuestro reino es más valedero ganar mi alma que extraviar mi cuerpo. Y si menester es matar, pues ya tengo dados al traste muchos sueños de mi memoria. Quiero bulto, no sombras de inmortalidad. Entended que no podéis matarme porque a ustedes también se les viene abajo la tramoya del Paraíso, eh... ¿Lo habíais pensado?. ¿No represento acaso un vestigio del destierro de Adán?. Miradme. ¿Pretendéis acaso malparir lo que vuestro pueblo ha procreado durante siglos?. Estamos parados en el mismo balancín, y recordad que las llamas han de arder igual para los dos. Una vez me apedrearon con lupines y gorgojos porque mostré a dos mendigos una estatuilla del dios Tohil. Cuando trasnochaba lupanares me ofrecían bandejas con hongos de sabor parecido al *yopo*. Mis carnes pellizcaban, parecían vueltos a nacer, aunque seguro tengo que sus días han de terminar como los de cualquier infeliz. No reparto engañifas nada más para engendrar asaltantes, malandrines, ni estupradores de mujeres, que por cierto abundan con harta eficacia por los rumbos de la vid, mi destino es otro aún más conveniente para ustedes, si acaso me dejan hacer. Voy a revelar que la

morada de Adán no es un extravío de locas fantasías, y que descendientes de la primer generación desviada desde la expulsión, han vuelto a procrear seres inagotables.

Bonifacio Serena abrió una cajita con natillas. Caminó hasta la ojiva con las manos por detrás. Era indudable que una gran duda lo consumía. Se llevó un dulce a la boca. Poca ventura dejaban sus prédicas desde los rumbos oscuros de la Borgoña, hasta los extremos de la Cantabria. Descolgó del muro un caracol grande. Tenía la gran vulva rosada del trópico. Afuera, las calles, el empedrado, las rejas andaluzas con sus balcones escurriendo flores. Todo espléndidamente soleado. Bonifacio se trepó al camastrín, sacó la punta del caracol por la ventana y sopló; largo soplo que hizo revolotear a dos mariposas blancas en plena cópula sobre la ojiva. Parecían dislocadas porque revoloteaban estrellándose repetidas veces contra el muro. Bonifacio bajó el caracol y siguió el vuelo de los insectos hasta que hallaron refugio en un nicho de pirul. Volvió a tañir el caracol. Regresaron las mariposas al vano de la ojiva y continuaron apareándose. No hubo asombro; el caracol es un instrumento trabajado con pasta celeste que fue concebido a partir del círculo. Toca siempre notas espirales, cuyo mensaje más rudimentario significa regreso. Un ratón extraviado en la calentura de su ánimo se detuvo al centro del calabozo con las patas delanteras levantadas al aire y la nariz excesivamente húmeda. Olfateaba espirales invisibles de un hemisferio convocado por imposibles fuerzas de ahuyentar con el instinto.

Afuera continuaba el nido negro de improperios dirigidos al burro, al trigo, al tuerto, al rey, incluso hasta piedras lanzaban contra la ojiva sin explicación. Cómo lucidar lo mutable a través del tiempo, si fuerzas invisibles del terror subliman cada membrana de los nervios sin que haya de por medio vocablos propicios a la claridad. El ratón se colapsó; un ojo negro, el otro blanco. Estaba invadido por un poder fraticida. Hunaib lo tomó por la cola ya muerto, increíble: sus huesos, cada pelo estaba momificado igual que si un sacerdote egipcio le hubiese introducido bálsamos milenarios. Bonifacio examinó el pellejo, estaba moratado, reseco.

—Tuyo, mío; es nuestro heredero.

Hunaib ordenó a sus reflejos apariencia de bobo sereno. Atrás todo poder. Arrancó la vela clavada en el candelabro. Se dejó escurrir gotas de cera caliente hasta los dedos del pie.

—Permitidme.

Puso al ratón en el suelo y lo envolvió con los dedos bañados en cera.

—Observad señor de los fuegos. No hago sino cuajar un estoraque aprendido a mis antiguos.

Cuatro veces escupió a sus propias uñas y untó. La resina obró su deslizante poder, de tal modo que pronto la saliva escurrió.

—Traed mis ramillos de laurel que guardo en el fajín.

Así lo hizo Bonifacio, morboso, atento al juego (En el fondo aceptaba cierto vasallaje o para expresarlo en vulgo: dábanle atole con el dedo)

Había unidad inalterable: resolver prodigios, enmarañar un rostro conversado por sueños que seguramente vieron fantasmas en medio de un racimo de noches heladas. Podía verlo, Hunaib sabía que mientras mantenía los dedos de su pie atrapando al ratón, sus antepasados obraban con todo el terrible poder sobre el aprendiz de Dios. <<Miras a tu propia mirada>>, inquirió Bonifacio, con ese sentido del mundo inmediato.

No podía comprender, a Hunaib lo movía el tiempo, no las fraudulentas imágenes que se tragan los ojos.

Cuando el cobrizo levantó el pie, surgió un vaporcillo violeta de potente aroma. El roedor abrió los ojos y empezó a chillar.

—¡No puede ser!, por todos los patricios del mundo. Si habéis convertido en tierna creatura lo que antes era un cuero del diabolo.

Hubiesen exclamado los birretudos: ¡milagro!. No, simplemente se había filtrado una de las veinticuatro mutaciones del Edén central, reservadas únicamente a quienes siendo niños abrevaron aguas de la Atlántida. Pobre animal, solo restaba decirle anda, levántate y ve.... de tan precioso, casi recién humectado su pelo, rosado como un fetillo acabado de parir.

A partir de entonces el tono del obispo cambió.

—Tomadlo Hunaib, soy más viejo que tu propia sombra y mis límites advierten que no debo conservar esta advertencia peligrosa. Recuerda, sabéis redimir; advierte las caídas porque habitáis en tierras donde toda creación pertenece al precepto del filósofo y al dogma. Puedo hacer que vuestro cuerpo ande sin vigía por las calles. No así vuestra alma; ella continuará celosamente prisionera. Tus prejuicios pueden conducirla por insospechados peligros. ¿No entendéis que aquí sólo eres un navío fantasma?. Habéis andado hacia atrás, sí, como un cangrejo en busca de espacio; viento, sol, sangre y fuego, para llegar a dónde, ¿al centro del mundo, del que nada sabéis?. Aquí sois lo mismo que una isla sin ubicar en los mapas. De nada valen tus palabras como el viento en el agua, y aún persistís en ese loco afán de reunir a los otros, que no tuyos. Advertid. Sí, que no tuyos, ni para tus mañas. Aquí no existen consanguíneas propiedades. Cambiamos según valga la ilusión del deseo. Debéis entonces intentarlo todo de nuevo, incluso a ellos, a quienes habéis dado en llamar hermanos de agua. Escuchad de una vez lo que voy a deciros... jamás darás con alguno sin empuñar antes blasón y espada con emblemáticas del Reino.

Eolo andaba nostálgico. Soplaba una brisa de suave humedad que iba directo a los desamparos. Huesos de perro se tiraban entre mendigos y mercaderes flamencos, aventurados al cinismo del paria. Sin darse cuenta se habían acostumbrado a vivir con el ánimo extenuado a causa del malestroom que durante siglos, había atrapado muchos odios a la orilla del medioevo. Una vida transcurrida bajo luz de candela, rumor a letanía, odres cosidos con hilo de cerdo, grasas y aromas escurrientes a vino sanguíneo. Parpadeaba el cirio simbólico. Apenas al amanecer ya era utilizado para alumbrar disputas verbales en secreto. Así cuajaba poco a poco el fango del horror, esparcido a lengua y cabuz, por todas las comarcas de Occidente.

Morían infantes de malparto, sus madres inconsultas caían muy pronto, abrumadas por las arengas del sexo destinado a producir. Mujeres espejo, nunca cesaba

en ellas esa labor del sueño, aún sobre fétidos aromas y soportando con dramática frecuencia el peso de sus hombres, quienes respaldados por el gran machismo falocrático de la época, mantenían el espíritu de conquista mientras blandían el justiciero mazorcón. Ya eran del común las persecuciones de hembra en horas de apagón. Mitos y dogmas por igual en el arnés, en la mesa y en la cama, bajo esa pretextada fantasía del nuevo cristianismo, pulcro, mesiánico, de angelitos nalguilla recién talqueada, y por supuesto se postulaba una doctrina intolerante a los intrusos de lo eterno.

Un Dorado moralizante que fascinaba por su capacidad de convergencia. Lo mismo el pezuñas quemadas o la doncella de intocado vellón, tenían derecho a dibujarse un canalillo de ceniza en la frente. Iguales clavelines, cuchillo, cirio, mármol y festín del toro. El gran perfil humano estaba trazándose a pasos de gigantón atrófico; es decir, democracia política, jamás cultural.

Una voz deslizaba su propio sueño. No había duda, tiempo en el tiempo. Estaban descendiendo los tentáculos del imperio: en quiebra banqueros, empréstitos reventados antes de iniciada la gran época del tráfico de esclavos. Ni un solo galeón comparable a las terribles naos del corso inglés. Excesivo despilfarro en Casa de Contratación y comitivas de oidores. La ruta de Sevilla, tajada por ingleses, amenazaba convertirse en monopolio de opereta, y para colmo de males, el trabajador doméstico retorcía el pellejo reseco y falto de garbanzo. Mundo parecido al de su propia divinidad, conocedor nada más de leyes generales; de especies, nunca del individuo. Imperio sofístico, preocupado más por esgrimir edictos en rollo, que por el concilio cultural de sus pueblos. Confiscaciones y libros prohibidos se interpretaban como voluntades intrínsecas de la divinidad. Tragedia y Comedia invocaban su propio alminar. Se definían las partes por el todo, con esa lógica popular adquirida durante siglos: amor—odio. Blasfemos por todas partes, orgulloso cada pueblo de sus cofrades, y fiestas de palio y capirote, aunque muchos anhelaban tras la capucha un pedazo de oro transoceánico. No había digresión sobre la natural unicidad entre las palabras y las cosas. "El Cristo" era Cristo y no pocos ganaban horca o garrote al separar lo uno de lo otro. Ingenuos; destrozaban imágenes creyendo que liberaban doctrinas sin el menor empacho, como si destruyesen al autor, arrancando las páginas de un libro. Eran hombres acostumbrados a lo ambiguo, llenos de atroces destinos, pero al mismo tiempo sustentados por las fantásticas maravillas, que siendo niños habían aprendido en el libro de libros.

Así, la vida estaba frente al gran espejo. Un periplo de miedos íntimos, impotentes contra la feroz labiatinta de bulas y edictos clavados en las puertas de los templos. Contemplaban la luna, bebían vino dulce meneando sus tarros al ritmo de un lamentado cante jondo. Comían langostas, depurando cada vez más el arte de no romper las tenazas, porque después les amarraban hilo de gato y hacían amuletos que colgaban a los pescuezos de los niños, ante los perversos temores de lo infinito. Podían ser tragados por el occtopus gigante del mar negro, y ser llevados al universo del poeta, único lugar donde se colaban excesos, pasión, vida entre las palabras.

Muchas naranjas caían del árbol. Eran frutos de cáscara gruesa imposibles de mordisco; había que rajarlas a cascarazo, hundir uña y chupar el zumo con el paladar apasionado. Algunos empezaban a ungirse de cierta nacionalidad por ahí, como si ese acto fuera un verdadero bautismo, no aquel de cura y pileta, sino otro más eterno: ser español.

Corrían tiempos propicios a la ambición de innovar. Sin embargo el Reino fomentaba desiertos, vindicado cada vez más hacia lo antiguo, con la pretendida ilusión de hallar su propia piedra filosofal. Esto, a pesar de muchos agudos que desenterraban la misma quimera del dios unitario, el cual había pretendido crear un toro y al final salió búfalo. Esos mismos hubieran querido tumbarse en el patio de un castillo, atrapar uvas con la lengua y olvidarse de los afligidos que merodeaban cuestionantes sobre el enigma de la salvación, pues ninguno quería caminar por las callejas calientes del infierno, más bien deseaban escuchar perfectamente al gallo, jamás permanecer en el oscuro recinto donde se decía que fantasmas, diablos y putas doblaban sus guardias, atrapando sin distingo a los ingenuos, fornicando con ellos hasta triturar sus huesos y luego echarlos a un pozo más negro que las hogueras del Bosco.

Buscador y buscado alzaban sus rabos tiesos, autonombrándose al mismo tiempo náufragos y desesperados, anhelantes de agua dulce y conciliados en lo más profundo del pensamiento con las cuatro causas del escolástico Tomás. Él había enseñado a someter todo pensamiento y acción a una misma voluntad tramada por los caprichos celestes. Era el marionetismo surtidor de un siglo empeñado en conducirse mediante semejanzas entre o sensiblemente dado y lo materialmente posible. Ver, no significaba estar. Muchos mendigos amanecían nublados pero con el rostro feliz, seguros de haberse divinizado tras una vida creyente en la infinitud. Temían llegase el fin del mundo, y para ello habían dispuesto comitivas de augures que elucubraban cada fatalidad bajo real concesión. Medían mediante el divinómetro los terribles destinos dictados por el Creador. De un momento a otro podían reventar los hilos y dejar inertes a sus marionetas.

Cada vez más fuerte la falocracia. Estaba dominado el siglo por varones alzados en poder según las categorías tomistas. eran hombres asustados por la innegable revelación del deseo, aunque muchas veces, se volvían incontrolables ante la tiniebla. Fornicaban epilépticaente bajo la sábana, o a saltitos, pero invariablemente silenciosos; casi diríase amedrentados y con todo el aura reducido a genitalidad.

Entre varón y hembra era costumbre embrocarse frente a frente sin mirarse, divididos por la cruz amatoria, y así, concentrados en la culpa y el placer, lograban una cópula de émbolo industrial. Ya muchos eran capaces de asombrosas posturas, inspirados en preciosas estampitas que los comerciantes recién arribados de oriente, arrojaban por las bordas del navío.

Atrapados vivían en una representación plana de las cosas, sin dimensión profunda, como faunos tristes, metidos en algún cuadro de Velásquez. Muchas doncellas creíanse ingrávidas después de contemplar una fotografía de infanta en pelotas. Vaciaban cántaras de leche a una pileta morisca y se ponían a remojo, aconsejadas por los primeros lenguaraces de la salud, quienes prometían aspecto de princesa una vez que la piel tomara blancura y languidez de lechón. Luego se entregaban a días bucólicos en busca de un Calisto. No era extraño que alguien viese a un cupido sentado en los altos de una parra. Pero la irresistible insolencia flechaba incluso a disidentes del código cristiano. Eran ángeles esplendentes, engreídos muchas veces y dados a tirar flechazos en banquetes y ceremonias de festín. Se contaba de un Gil Esteban, talabartero desde niño, que fue dejado tuerto por uno dellos el día de Santiago. Dicen que primero increpó el guarnicionero, borracho, al calor de vino y mujeres. Nada contestó el cupido, sabedor ya de tugurios terrenales. (por cierto se firma que era de especie alinegra). Varios gritos

de ciego soportó, incluso befas y un salivazo del Esteban, que imaginaba reconocer a un muñeco de carnaval. De pronto, sacó un espolón de armadura, lo talló en el piso y escupió como hacen cuando retan los matones, y lanzo un tajo al aire que hirió un muslito del serafín. Éste rabió, lanzó bocanadas, humo cenizo y rojecieron sus punteagudas orejillas. De su pequeño carcaj sacó una flecha con la cual vació el ojo diestro del imprudente. (Había en realidad caldo de cultivo para un realismo mágico, pero éste jamás prosperó debido a los perfiles propicios que poco a poco iban gestando el embrión de *monsieur* Descartes).

Negras melancolías daban vueltas al ruedo, sería igual recordarlas todas o escribir sus capítulos en versos y transcribirlos al papiro, con tal de perpetuar esas avenidas transitadas día con día por la fealdad. No eran tiempos oscuros en el sentido penumbra que entienden los Irlandeses, por el contrario, flotaba en el aire sol excesivo. Era esa la causa de muchos estragos, incluso en los acoplos de amor. No podían salir los diablos rata por temor a morir como vampiros atravesados por la espada solar, <<¡vestíos!,>> gritaban las matronas, mientras ya el celoso marido aceitaba los fajines de castidad, pensativo en esos culos profundos que nadie podría poseer, salvo él: ego destino, confrontado con la crueldad de preservar toda simiente. Los vándalos mordían manzanas, chupaban uvas, daban lambiscos al jugo de higo con pifanías dedicadas a los pordioseros del sueño. Se volvían ciegos en las mezquitas y prisioneros en sus propios abismos. Les arrojaban coliflores podridas, residuos de astrolabio, jirones de turbante, brújulas inservibles, objetos minúsculos robados de las sinagogas, bolitas de mármol, en fin, codificaban la circunstancia del inferior circunscribiendo todo a objetos que representaban sus propios códigos de terror. Esa era otra manera de marcar. Decir palabras y materializar objetos a veces era lo mismo. Se conducían como gramáticos de Talmud, plegados hacia el destino de vivir con apego a continuas metamorfosis, pero siempre sin dejar lo inmutable. Ya eran irreversibles los repliegues hacia sí mismo. En el caso europeo no bastaban las contradicciones del mundo carnaval, era necesaria la invención de un salvaje que hiciera posibles todas las fórmulas de lo exógeno indeseable y pavoroso. No justificarse nada más a falo y útero, solecistas, desérticos. De ahí el recién esnobismo de portar plumas en el cogote. Quien lo hacía, redimía su propia identidad, anticipándose al Papageno de Mozart. Jugaban al oximoron, pero contradiciéndose mediante epítetos, propios de mercaderes y hechiceros.

Cada pueblo libera sus culpas, confiere, justifica y da poder a sus mitos. El Reino ponderaba su vigor, blasonado en la cruz del Emperador, en la pólvora, en el oro y en el galeón. El santo de Compostela estaba desconcertado; lo visitaban de todas partes y de ninguna. los niños empezaban a consumir el nuevo furor: plumas de salvaje hopalandas en perfecta imitación de quetzal. Ninguno se atrevía a pronunciar el verdadero nombre, decían "quezal", amachados en esa peninsulización de los vocablos, ya corriente, desde la época de Timiztitan y Guatimuzín. La identidad transoceánica jamás alcanzaría sitio en el diccionario de Dios. Para muchos no había anverso ni reverso, la pluma tenía dual consistencia, como si fuese una moneda transparente. Podía verse como trazo unívoco de la naturaleza. Únicamente algunos agudos intuyeron en esa irrevocable unicidad, un rasgo que peligrosamente la transformaba en objeto digno de atención, "vivir y soñar, son dos verbos rigurosamente sinónimos", diría Borges. La pluma del salvaje vista en el reino, cobró inesperada condición de Zahir. Podían vérsele ambos lados al mismo tiempo, entraba llena de acíbar por olfatos y oídos de varones que despojaban sus

vestiduras ante reliquias consagradas a los náufragos extraviados y con el cuchillo enterrado que para siempre los marcaba de traidores; desertores del viejo Imperio y soñadores del nuevo Paraíso, aunque eran cada vez más punzocortantes las ideas de que esas tierras estaban habitadas por azores terribles, donde el simple calor se transforma en fuego y donde los duendes eructan sapos y pedorrean culebras como buriles del diablo. Nada sobre la nada, se profanaban tumbas de noche, vueltos locos, husmeantes, todos en busca de pendones y otras joyerías que sus dueños habían saqueado en tierra de Indias. <<¡Malparido sois!>>, decía el ladrón ante los restos del cadáver mutilado. Faltaban huesos, piernas, dedos, falanges. Algunas extremidades quedaban reducidas a muñones. Los cráneos parecían cocos reventados; hasta dientes faltaban, alguna vez amalgamados con plaquetas de oro. <<¡hideputa puta!>> volvía a exclamar el ingenuo malandrín. Toda porfía reclamaba origen; más allá de promover emancipación, se trataba de condenar al tiempo. Eran realmente mundanos; abrían por primera vez el trecho al enconado criticismo contra las garras de la historia oficial.

Bonifacio Serena dejó su tarro de vino sobre la base del espejo. Vio sus propias arrugas conmiserándose del naufragio milenario que surcaba su rostro. Las cuencas evidenciaban aquel estragor angustiado, viudo, tarascado por telarañas que habían resistido incluso a sus mejores días de suave liviandad con las mujeres. Piel dentro de otra piel, acaso era un lagarto, sus pies estaban hinchados, le dolían los dedos como si hubiese bofeteado a cien marranos. Estaba solo, destinado a cumplir una misión que debía revelarse frente al espejo. Atrapó un mosco, inmediatamente lo metió al tarro de vino, tapándolo con una mano. Imaginó al insecto atónito en ese oscuro espacio, navegando sobre la superficie embriagante, anfibio y aéreo al mismo tiempo, urgido de luz, pero feliz de chupar un océano dulcificado. <<Imposible ya liberar>>. Pensó Bonifacio en su propia condición <<estamos atrapados, vivimos mutantes como este bichajo que a una se baña en aguas dulces y flota sobre su propia tumba. Cómo perdonar, cómo levantar la mano y dejarlo salir para que otra vez busque alimento sobre una defecación y sus patas vuelvan a transportar esa porquería, hasta los párpados de una dama. No, jamás... mejor ahogarlo en esta alquimia sabrosa que nos da viveza, temple, vigor....ji, ji...mucho vigor. Sí pero aquí también se reúnen otros tres elementos del averno, nada felices: sangre, fuego y tinieblas.

Si hubiese untado un poco de goma en la palma de su mano, el bicho, encontraría otro fin menos desprendible. —Así debemos obrar con todo relapso, dijo el inquisidor desnudándose frente al espejo. Desmesuradamente abrió la boca. Intentaba atrapar las palabras para sorber de una sola vez todo el tuétano de su significado. No me veas, no sepas quien soy ni de dónde vengo, bravo hijo de Caronte, porque muchas veces he besado en secreto los labios de Ariadna la hermosa. Respiro esta vez un éter que me arde como si eternamente mis pies estuviesen plantados sobre una tierra sin sombra. Me vienen sueños poblados de sangre, se me revelan muchas ruinas y desventuras que no comprendo. Mucho menos mis truncadas palabras serían capaces de saber lo que hay tras este pendón.

Colocó el pequeño estandarte sobre las fauces de un león resaltado en el cofre de los milagros. Tenía la sangre agitada, riscada la piel, como si estuviese a punto de un chapuzón en el mar. Caminó hasta la ventana. El búho gogo reflejaba una luz dilatada en sus ojotes. Nada había entre los dos salvo un vaho animal y humano. Puso el dedo cerca del pico, necesitaba dolor y humedad en la punta del dedo para sentir el efecto

provocado por una creatura celeste. Mas gogo estaba inmutable, parecía extraviado en su ceguera.

Vamos, morded, reventadme un pedazo desta carne. Hazlo, anda, ejercitad la gazmoña de tu pico. No temáis por mi sangre, que ya está disipada. Soy fantasma. Conocéis mi secreto, eso impide que procedáis con el mismo punzón del guerrero. ¿Miento?. Ah, te resistís porque sois como yo, parido a dobles aguas, eso es. Representáis el saber, pero tragas carroña. Yo soy cruzado, enseño a leer, abro los más torpes entendimientos y ablando el pensamiento frente al nuevo saber, aunque me gusta ser indulgente cuando se trata de azotes o cuando hay que vapulear, según ordene el concilio supremo. Teológico rencor, es verdad, pero más necesario que las propias virtudes del agua; imprescindible si deseamos purgar al Reino de falsos carnavales y supercherías reveladas en sectas de puerca sepa. Observad.

Bonifacio traslució unos cartapacios. Las venas del cuello hinchadas. Mojado, tiznoso del humo negro que ondulaban dos candelabros.

Aquí está, mi pequeño inmundo.

Abrió los pergaminos y mostró al búho.

Podéis ver las rayas color magenta; son los arbitrarios poderes del mundo, con sus bestiales instintos engarruñados en las patas de la muerte. Pero aquí más abajo, mirad estos dibujos en forma de triángulos rojos y los círculos azules donde habita la paloma trinitaria que han flameado los astros ¿No adiviináis?. Mmmmm..... son las divisiones primeras del hombre. Sabed mi amigo del augur, que Dios creó variadas categorías entre sus creaturas humanas, clasificadas todas y cada una por el Sumo Pontífice. Aquí está el de luengas barbas, más provecto que los lampiñados. Este otro donde tengo la punta del dedo, vive desde su nacimiento propenso a tonificar la piel de un temple lechoso, y resulta más advenedizo quel tarascón montañés. Reparad aquí en el negro, deste lado está el moro y deste otro el judío. Más acá, deste lado, veis, ya tengo pintados los bocetos de las nuevas castas que nos llegan de Indias. Mirad, aquí, el mestizo, luego el criollo, más abajo, el mulato, el zambo, el advenedizo, vaya este chato de nariz combada, seguro es de vuestra familia, vamos a llamarlo cascorvo. A todos estos, mi sapiente gogo, seguramente les morderán primero las entrañas el día del juicio final. Tú y yo existimos enfermos, torcidos lomo abajo, pero seguro jamás pasaremos días maldecidos. Recuerda, nosotros vivimos en tierra fortificada, somos y poseemos. Nos abunda la fantasía. Observad este minúsculo cilindro ¿Podéis ver su fondo?. Aquí guardo trozos de piel que arrancamos a los heréticos. Parecen tarasquillos de ciruela resecos. Bah, carecen de importancia histórica, eran mugrosos pecadores, mas para su buena fortuna, nacieron blancos y en tierras de cristiandad, por tanto su condición humana permanece *inmacula*.

Sacó un trozo de piel negrecida, la cual se había marchitado como el párpado de un anciano. Era el anillo sobrante del glande cortado a un miembro del Aquelarre más antiguo del Reino. Habíanlo tajado a cuchillo y fuego durante una malquistada sesión, precisamente sorprendidos y atrapados, cuando los veinticinco brujos a punto estaban de beber en tarras el ritualizado orín de todos, ya vaciado a una cántara.

Puso Bonifacio el trozo de piel circuncisa junto al pico de gogo. —Vamos, comed pequeño neptuno; merecéis alimento guerrero porque a pesar de vuestro silencio y del mío, ambos entendemos la potente memoria que guardan estas cosas. Todo,

absolutamente todo lo creado, aún las fieras más recónditas del equinoccio, reservan memoria en los dibujos de sus entrañas.

Gogo empezó a morder, aunque sacudía la cabeza y erizaba las plumas debido al amargor.

—Sabed bestiezuelo questa memoria es la más cruel y aborrecible de todas, pues muerde atrapada en negros abismos sin principio ni fin y nos conduce a una venganza proveniente de belcebú, ni por un segundo lo dudéis. Vendrá y nos retacará el gusano del engaño en cada pensamiento, en cada palabra. Gogo sacudió la cabeza tras el mordisco final.

—Ahora morded este otro pedazo de piel. Mirad, todavía no han negrecido sus círculos. Está incorrupto. No hay gusanillo merodeándole ¿Adiviináis?. Lo arranqué de una extrañísima espalda. Pertenece al hijo de los astros inmóviles, insustancial a todo hombre verdadero, estoy seguro, pero al mismo tiempo nacido en tierras bajas y calientes do la vida es inmutable. Sí, me refiero como bien asentís a ese tal Dieguito como aquí se le llama, aunque él insista en llamarse Hunaib. Sí, el mismo ser útero, el que siempre anda retrancado entre collaretes y sonajas que usaba en sus secretas geografías. Me pregunto por qué nunca parece dispuesto a los asuntos terrenales. Parece fundido a un éter extraño que no es de este mundo. Pero no es eso lo que me tiene frito el rabo, sino ese desorden cósmico tan descarado en su semblante. Contradice todo razonamiento, incluso da vueltas y rehuye a las grandes cuestiones del dogma. Se refiere a sirenas que ha visto y dice que allá en su tierra las llaman manatíes y que no son nada parecidas a las preciosas ninfas del mediterráneo, que más bien suelen guiar durante noches lunares a ciertos navegantes hasta el fin de sus destinos y que pasan la mayor parte de sus vidas en las bocas de los ríos a donde les gusta ir, para ocultarse de los hombres. Pues no, afirma el muy perro, según él, esa historia de una mujer que maravilla con su canto en medio del mar es una mística papucha, porque no pueden existir tales doncellas marítimas. Afirma que son malolientes y no hembras sino machos de rostro espantable a más de una legua y que suele resultar más peligrosa la punta de su lengua que una montaña de escorpiones.

Bonifacio no podía dormir. Hacia la medianoche sintió que lo rondaban sonidos terribles. Imaginó a un rey de Babel complicado en las tinieblas del monasterio. Gogo movía las alas acongojado más por la vigilia interrumpida que por el insomnio del amo. El inquisidor tomó un cirio decidido a encontrar el origen de aquel profundo lamento. Sin saber, sin percatar la locura del destino, estaba a punto de encontrar la tumba más buscada entre monjes y mistagogos, durante los últimos ciento cuarenta y cinco años.

Por entonces el reino anhelaba un misticismo de coloraturas exóticas. De ahí la denodada pasión, los dsafueros y las recompensas en doblón a quienes devolviesen partes humanas de santos. Una vez el edicto, no tardaron en arribar desde apartados lugares, peregrinos con sus cofres de contrabando en los doblefondos de las carretas. Baudelio, Santa María del Naranco y el triste Domingo de Soria, empezaron a multiplicar

sus manos, sus pies, orejas, dedos y hasta mechones en cantidad francamente intolerable para los mistagogos del Reino. Mucho trabajo al juez, a los frailes cuerpos de betabel, quienes de un día para otro se volvían antropólogos a ojo de buen cubero. Seleccionaban caprichosamente aquellas partes humanas que les parecían más dignas de persuasión espiritual. Un tráfico incontrolable: reliquias transportadas en los sitios más ingeniosos y con frecuencia peligrosamente (Sin saberlo, preparaban técnicas colectarias para el negro monopolio que años más tarde refinaría con exquisita virtud, el rey Felipe en su Palacio del Guadarrama).

Cuando Bonifacio escudriñó los resquicios del monasterio, la vela reflejaba inúmeros nichos en los que anidaban más alimañas que en un galeón rumbo a las Hibueras. <<Nunca el tiempo es más largo cuando hay tiniebla>>, pensó. <<Mis manos son inútiles en estos muros>>. Era verdad, aquello era un laberinto. Había interminables galeras de cantera, todas iguales, arrestadas apenas por los filtros del tacto. Así llegó hasta la efigie de una sirena roída por cagarrutas de las palomas. Levantó el cirio y dio con el rostro ninfa cubierto de telarañas. Al mismo tiempo sintió que estaba distraído del mundo. Un pensamiento, animales bermejos lamiendo sus pies, lo hizo retroceder espantado. Estaba cerca, la voz ahuecaba, se diluía como el eco fondeado en un barranco. Movió el brazo de la ninfa. Debía girarlo dese modo, así le dictaba un extraño instinto, algo parecido al frenesí de un vidente. Se corrió entonces el suelo y ante sus ojos apareció un maleeström. <<Bajad hijo mío>>, se dijo entre dientes, <<únicamente vuestros infantiles temores detendrán lo reservado a todo valiente>>. Sus pies indagaron el espesor de los peldaños y sus manos imaginaron el tamaño del moho (tarascado tal vez durante siglos en aquel foso de Aquerón). Seguramente muchos habían disputado el secreto refugio: tesoros o puerta del infierno. Todo precisaba descenso, aunque a cada escalón la luz ahogaba su destello. No podía comprender el fenómeno, mucho menos el sofocado fuelle de su respiración. Era como si los abanicos invisibles estuviesen abandonado su labor. Satanás bufaba desde el fondo, sí, pero también sucedía que muchas veces lo imprevisto era más real que lo imaginado. Entró, bajó (en otros tiempos la escena merecería un largo violoncello de Wagner).

De pronto Bonifacio empezó a sentir una faja de vapor caliente que le entraba por los huesos y le subía de pies a nuca. Recordó los precipicios del mare tenebrarum que le había descrito Las Casas en una de sus cartas, antes de partir rumbo a Chiapas. Ahora el gemido era más claro, percibíalo en toda su espantable pesantez. Nada perdía su profundidad. Era como si al mismo tiempo estuviera acercándose y alejándose del fondo. Miedo en el miedo. Surcos, muecas, gestos. Las manos tocaban humedad, baba, pequeños caracoles sin concha. Se retraían. .

Alcanzó a distinguir entre los reflejos de la flama, una cadena de signos en el muro. Parecían formas cabalísticas talladas en la piedra, <<seguramente memorias de alguna Hermandad>>, pensó distraídamente, pues el gemido cada vez más perceptible, iba poco a poco demorando sus espasmos, hasta que se transformó en un lamento ahogado y lento como respiran los agonizantes. Por primera vez sintió abismo encerrado en el vocablo terror: alguien estaba esperando.

<<Mejor hubiera sido terminar mis días a puñaladas. Nunca un deber ha de ser tan siniestro>>.

Repetidas veces tragó el pucharón de ácido que soltaban sus tripas.

<<He de regresar al mundo y advertir a la feligresía desta tiniebla, no sea que pronto los incautos descubran otras catacumbas como ésta y dispersen profundos odios a la vida. Yo, nadie más debe saber este secreto>>.

Así, todo el instinto, aún restallado en la flacidez de sus músculos se vació. Absoluto silencio, ronda de diablos. El cirio se apagó y sintió que un bodegón de tremenda tiniebla lo invadía. Por fin tocaba la experiencia que anula todo principio de "ser" y "estar". Goloso.

Imposible comprender lo que habitaba en esa penumbra sin asumir los milenios supersticiosos que lo hacían suponerse de pie sobre la primera esfera que guarda los umbrales del averno. <<Incaos, transformad el cuerpo en cruz y protegedlo contra el negro poder que yace bajo vuestros pies>>. Ya no tenía palabras, el pensamiento carecía de voz, lo inundaba el caos, mas pudo rajar a sí mismo una última orden. <<Ahora palpa, tocad los estramones del piso y llevadlos hasta el quicio más profundo de la memoria. Estáis ante la otra puerta del mundo>>. Así lo hizo a pesar del jadeo y del empapón bajándole por cuello, pecho y espalda, como al borde de un panorgasmo. Terrible calosfrío ante la posibilidad de sucumbir a insalvables llamas.

—¡Amparadme a vuestro manto Señor!.

Fue lo último que un ratón de caverna escuchó, segundos antes de que el inquisidor se desmayara.

Una hora duró la pifa. Bonifacio Serena despertó sobre el sarcófago del aspirante a santo Gil Esteban, quien fuera saeteado en un ojo, por un cupido alinegro, en la fiesta de Santiago del año mil cuatrocientos cincuenta y cinco.

Can calavera, sonó la vieja madera y el miedo arrancado prometía una matanza como turba de moros, herejes y judíos en pleno sueño sorprendidos por hueste de cristianos. Nada, no pasaba nada, el pellejo no revelaba presencia de monstruos a pesar de que el muro sobre su cabeza estaba forrado de murciélagos. Ni un alfiler entre aquellos bichos alados que vigilaban todos sus movimientos, mordiéndose ligeramente unos a otros para consultar sobre el intruso. Bonifacio aguzó el oído, estaba enfrascado en el centro de un cristal oscuro. Sus movimientos entraron a niveles de suprasensible. Acuclillado, empezó a tentalear cada litoral del féretro imaginándose todavía sobre una puerta del infierno. Ya no había lamento, apenas percibía en lo profundo una débil respiración, tal vez la suya misma ahuecada en la espesura de la piedra. Repetía la misma imaginación de Colón, trazando con sus dedos el litoral sur de Cuba, mientras que en su cabeza tenía por cierto que andaba sobre la provincia China de Mangi.

Descubrió una céltica lacrada, seguramente propiedad de alguna familia descendiente de cruzados. Empezó a palpar en extensión aquella superficie con ávida embriaguez, ingenuo, sin reparar el grosor de las estacas enterradas alrededor del sarcófago. Torpe, apretó con una mano la punta de una estaca. Sintió entonces que un hilo de sangre le brotaba sin permiso. Urgió su propia encomienda levantando la puerta podrida del cajón por donde surgió un fulgor botafuego que iluminó hasta la bóveda del techo. Frente a sus ojos apareció un esqueleto de varón con un pedazo de flecha atrancado en el cuenco del ojo diestro.

Los murciélagos empezaron a chillar encandilados. Doblaban las alas protegiéndose unos a otros, y sus mierdillas de pavor iban a dar sobre unos huesos que a pesar del siglo enterrado, dejaban ver que habían pertenecido a un hijodalgo caballero. Algo le hizo sentir que era imposible mover de su sitio una falange. Tocar nada. Estaba

preso del hipnótico estrago que provocan las visiones repentinas, como inmerso en una pavana de círculos inimaginables que bajaba por todo lo largo y nervioso de su miserable humanidad. Mas una lejana evocación lo sacó del estupor. Empezó a comprender que se trataba del acribillado Esteban, pues desde su arribo al monasterio, se había corrido el rumor de que en algún lugar de los pasadizos yacía el cadáver de un talabartero, cuya muerte por creatura celeste, había precedido la ejecutoria de numerosos milagros. Pero sintió más pavor que si lo hubiera encontrado a pedazos. El efecto de la flecha arcangélica lo había transformado en cipresino. Por tanto no era cojonada pensar que podía ser aquel esqueleto una llave del universo. Estaba claro que los huesos mantenían la disposición de una geometría incorrupta. Pensó que si movía uno solo, podía desencadenar las fuerzas del caos.

Movimiento, cambio, desorden, todo implicaba pertinaz mutación a pesar de la imbécil voluntad de los hombres. Pero Bonifacio ya tenía los reflejos adiestrados contra cualquier suplicio del azar, así que jaló el pedazo de la flecha, todavía clavada la punta del etmoide. Subió un estruendo desde lo profundo. Música restañada. El muerto acaso reclamaba por aquel hurto celeste. Parecía la voz de un amante invisible que gesticulaba desde otro mundo. El cráneo reconoció a Bonifacio, dejó caer el hueso de la quijada y le sacó una lengua de lombriz que lo espantó para siempre. Su mano herida se llenó de coágulos, debido al ácido que transpiró por el tamaño del hurto. Hostigó su voluntad. Empezó a subir otra vez los peldaños en sentido inverso a la trayectoria del cosmos; de cualquier manera sabía que estaba atrapado en un laberinto de luces, que no podía evadir sin capítulo de muerte. Volvió el pedazo de flecha al cuenco del cráneo, pero al hacer, la reliquia se transformó en ceniza. Entonces no sólo en sus manos, sino también en los pies, en el pecho, en las axilas y con mayor intensidad en las junturas de los muslos, empezó a sentir un hormigueo insoportable.

Tomó un hueso del brazo, lo metió en su faja, colocó la puerta del féretro en su sitio y se persignó repetidas veces. Necesitaba impregnar su cuerpo de ceniza para crudecer los atisbos a demonio que se había ganado tras el dislate de profanar la tumba de un santo. Además era imprescindible pigmentar las razones de su rancio tomismo para evitar cualquier bravata de los monjes que ya estaban esperando en la boca del foso. (Estabn incontrolables. Con morbo presentían el ahogo de un colega). Eran tres, uno tonsurado, los otros dos greñones al estilo franco—gótico. Arrojaban bolitas de incienso resinado a fin de tantear lo profundo. No se daban cuenta del siglo especulante que los acosaba. Esperaban lo trascendente del fenómeno sin atreverse a desviar su trayecto. No descendían, fueron a traer candelabros. Pronto estaban arrodillados al pie del baldosín cantando gregoriano. El de tonsura lunar arrojaba lluviones de agua sacra, hundía el hisopo en una bandeja hebrea. <<Más honda era la metafísica del misterio que la propia realidad. No sabes hermano Tántalo, cuántos misterios abruman mi carne. Voy subiendo esta cueva desposeído del tiempo, cobijado al calor de la misma tiniebla que sabe amparar al murciélago, mas yo en cambio, doy apenas un paso cuando ya el otro expulsa babas que se funden en cada poro del aire. Aquí estoy sofistas hipócritas, como el Sócrates que tragó la cicuta engañado por demagogos. Di con el sepulcro de Gil Esteban matado por flecha de serafín. Podría distinguir el hedor de sus huesos hasta en un mapa del Reino, y nadie, absolutamente nadie, sería tan valeroso como para descender conmigo y firmar el testimonio de un mártir
custodiado por una bujía de Dios>>.

Restalló el eco sin germinar en la voluntad de los tres monjes (toda culpa es una execración a quién la padece). Huyeron asumidos en su papel de arcángeles mirones.

Bonifacio Serena entró y salió por primera vez de aquella tumba el 17 de julio de 1502. Inmediatamente se dirigió a la mazmorra donde ya Hunaib Puh alcanzaba formas de iluminado. Necesitaba castigar para desahogar sus culpas, de tal modo que al abrir la puerta de la celda contempló la espalda del cobrizo y percibió en aquella espalda surcada por los azotes purificantes, el fruto de una voluntad civilizada. Era clara la escena: el obispo ahogado en el roquedal de un santo, el otro, abstraído en su cosmos de dioses anfibios, guardaba desde hacía muchas horas el mismo silencio de un nauta en plena labor; totémico, doblado espaldas arriba, cuasidesnudo con el pecho acoplado al signo del fuego que había raspado a la piedra del piso. No se movió ante los pasos del obispo, lo recibió como se acostumbra en los templos: a silencio y duda. No era difícil observar que la realidad espirita se imponía sobre la dureza del exilio, siempre manifiesto en esa soledad central de Hunaib.

Comprendió el inquisidor que acudían misterios insondables a todo poder. No debía por tanto interrumpir hasta pasado el trance del indiano. Dos días antes había presenciado al cuervo escarbando con sus patas en la ojiva del muro. Nueva prueba de sus meditados acuerdos con las anticreaturas de Dios. ¿Acaso no estaba más que justificado su látigo?.

Poco a poco entornó el torso. Formó una medialuna con todo el vientre enarcado. Las manos temblaban igual que todo el estrío muscular. Trepitar de huesos, música del destierro y la separación. Las congojas enviaban demandas que se fundían con los astros y regresaban convertidas en peces. La luna representada en el cuerpo de Hunaib giró lentamente hasta frontarse con el obispo. Sacó la lengua, el pez triste bajado de la diosa enseñaba sus babas a los hombres. Bonifacio por supuesto no comprendió, más bien trastocó el rito interpretándolo como una expresión de oscura voluptuosidad. Entrevió serpientes ocultas en la niebla del cuerpo retorciéndose como un embrión maloliente y descarado que representaba con trapío a los signos infaustos. Se metió una paloma por la ojiva y soltó de su pico una castaña que cayó junto al cuerpo exhausto de Hunaib Puh. No pudo más, el inquisidor abandonó su pasmo idiota y bofeteó al cobrizo como si se tratase de un náufrago moribundo a media playa. Frotó con esencia de almáciga su nariz. Dos gotas de cera derretida cayeron del cirio y el ambiente se embriagó de una desesperación aciaga en toda su grisura medieval. Afuera una lluvia de gotas largas. La humedad del muro se hacía pasta en las manos. Bonifacio arrastró a Hunaib y lo trepó al camastrín. Era evidente que Hunaib estaba en trance, parecía dormido como un saurio, porque la babiola entre comisura y pecho era de cristales colorados, inequívoca señal de transmutación.

Mientras aquel sueño desgastaba sus laberintos, el inquisidor mandó colgar dos lienzos a cada muro, de tal manera que parecieran custodios: una "Ordenación" de Giovanni Di Paolo, y un "San Jerónimo", de Piero Della Francesca y por supuesto, el hueso cipresino de Gil Esteban colocado sobre un taburete. Ya era tiempo de someterlo a mentalidad icónica. La intención era que de madruguete obedeciera el precepto a través de tensiones gráficas en las que el mensaje fuese claro aunque imposible de cifrar.

La idea era magnífica, en poco espacio y con lujo de preceptiva, Hunaib estaría cerca del símbolo: monjes troncudos, conventos de pileta y cantera, mucha tonsura, barbas del Moisés por todos lados, cruces a discreción. Todo consútil, camuflado por las nuevas técnicas de luz y sombra separadas sin ambigüedad. Se trataba de imágenes volátiles, perfectas en esa labor de persuadir sin golpear, en fin. Esos dos eran objetos de dimensiones transoceánicas: el careo entre dos visiones del mundo para evangelizar a imagen y semejanza de una espiritualidad atormentada e inquieta. (Vaya exquisitez para Marshall McLuhan, de haber presenciado al amérigo, despertar y verse flanqueado por aquella salutífera iconografía de signos calientes y tan opuestos a su voluntad selvática).

Inventar una tradición, ¿cómo nombrarla?, escondida sin resortes, a la guarda de un zarpazo atiborrado de callosidades,
venturoso, siempre acostumbrado a los destinos infaustos. ¿Cómo
tramar otra diferente cosmogonía sin los previos ajustes del cuerpo?. Sería una befa intuir conmiseración después de tanto tráfago en eso de las inculpas. Sin embargo resultó el plan; Hunaib despertó y al ver las pinturas cayó al suelo. Estaba como abembado, lleno de sombras, invadido por un alucine botagante que no podía incluir en sus posibilidades míticas. Al San Jerónimo se le hicieron trompudos los labios. No eran monjes, parecían ídolos trepados en la barca de un extraño manatí. Daban vueltas caminando en círculo, pero extrañamente sin atabales y sin chirimías. ¿Por qué arrojaban follajes al centro de la ronda como si desearan avivar el fogón de la muerte?. Se reían, lloriqueaban, escupían o acaso pedorreaban mientras un hombre botella en mano freía chorizos sentado al borde de una piedra. Hunaib no miraba cuadros, sino saturnales. Tuvo que retroceder caminando de cangrejo hasta zamparse a los barrotes del calabozo. Bonifacio fue el primero en advertir aquellos gritos
terribles como de mamífero herido en plena selva.

Desde una cámara contigua, Bonifacio escuchó con placer de recluta los primeros síntomas del aprendizaje. Mas pronto una duda lo invadió, estaba seguro de que eran los mismos lamentos de Gil Esteban. No, cómo iba a ser posible una jugarreta del hideperro

burlándose de sus oídos, y peor aún, de su entendimiento. Pero si acaso el mártir de la catacumba y el lampiñoso, debido a milagro, encarnaban un mismo espíritu, entonces él con toda su nombradía y potestad, ya tenía sembrado un pie en la puerta del infierno. Se le enriscaron los vellos de todo el cuerpo debido al lluvión de ácido láctico y adrenalina. Parecía un langostino a media playa sin dar con el mar.

Cuando salió del abismo, entendió que una misma sonoridad encajaba en los lamentos de Gil Esteban y del indiano Diego, pero en los profundos niveles de su desvelada intuición, dudaba: tal vez fundamentos brujos lo estaban embaucando, pues si de algo estaba seguro, era de que nadie cuerdo entre los vivos daría crédito a esas lagunas de la fe. <<¿Y si fuese rotunda verdad?>>. Podrían hasta darle potro sus ilustrísimas. Cualquier pretexto les bastaría, cualquier publicitación que se hiciera del fenómeno. Mejor ahí dejar. Pero cómo, si a cada lamento de Hunaib se le aparecía más cruda la verdad. Fue entonces cuando decidió cortar por lo sano: mandó acallar el fervor de aquel lunático. Tres guardias en jauría lo metieron en cintura con varitas góticas que le picaron en las partes blandas del cuerpo. <<Qué remedio>>, se dijo. Era el juego del mundo, representar demasiado incitaba, se corría el peligro de ser vapuleado sin más argumento que la incomodidad teologal, mezcla de odio, incomprensión, ego—centrismo, teo—centrismo, en fin, se arrojaba para siempre la ingenuidad a un precipicio sin fondo, para dar paso al magma incontenible del poder. Empezaban los tiempos en que a muchos les urgía disputar como fieras la conciencia de otros.

Bonifacio entró de golpe a los ardides del futuro. Se recostó de prisa en el camastrín. Sudaba frío....ah....<<No otra vez...>>. Vio a un hombre carnuliento de tonsura óvala, Parecía desaliñado, casi harapiento. Estaba postrado al pie de una escalinata. Esta vez no podía identificarlo por más que apretaba el pensamiento. La imagen tenía la borrosidad de un aire lluvioso. El hombre había mordido un durazno maduro y jadeaba porque el hueso estaba tarascado en el gaznate. Muchas gentes acudían a presenciar la muerte del infeliz. <<Ahhh....>>, gritó Bonifacio justamente cuando el anciano dio las últimas bocanadas con puches de saliva y moco. Estaba muerto. Había sido presa de su propia torpeza. Lo extraño era que los morbosos caminaban hacia atrás y se alejaban espantados, como si algún embrujo rondara al cadáver. Bonifacio comprendió entonces que su negra virtud pertenecía también al hueso de un fruto anfibio. Estiró todos los músculos flexores para librarse de aquella visión.

Esta vez, aunque más breve, los síntomas fueron atroces:
sudorosas las manos, el pecho crudo y los ojos torcidos como un apocalíptico del Buonarroti. Entró en desmayo. Despertó al día siguiente con la cruz argollada de los indefensos. Una furia glacial y hueca lo avasallaba. Bebió un tazón de porotos con judías piconado con morcilla de toro. Bebió naranja y medio tarrillo de betabel molido con vino. Los murmullos de los pasillos se ahuecaban por todo el muro. Afuera seguía ese mundo de vendimias y martingalas que lo mantenían vivo. Ocho címbalos encabezaban una columna de morriones enfilados pedregal abajo. Iban a los esteros de labor recién inaugurados por el Tribunal de oficios. Era un nuevo corredor artesanal para fabricar herramientas, en su mayoría destinadas al dolor y al placer.

Al incorporarse vio un pequeño fulgor en la oscuridad. Pensó que las luciérnagas no revelan su luz a capricho, sino debido a un extraño éter que al desplazarlas, obligaba sus panzas a resplandecer. <<Maman de seguro leche solar>>. Caminó hasta el escritorio. Mojó su pluma de faisán, extendió papel y empezó a

borronear líneas imposibles de cifrar para un hombre de su época. Celebraba lentamente a fuerza de signos escurridizos, el religioso placer del sabio ante el bulbo recién despojado, sin abismo. Sentía el fuego de saberse vidente en el sentido real de la palabra. A través de Hunaib, de las imágenes de los hombres que lograba sorprender en plena faena de muerte, aún a siglos distanciados. Era innegable. Había desarrollado profundamente su intuición de otredad humana.

Presagió un cosmos en varios planos. Una cara tenía sus dobles bifrontes y así sucesivamente hasta el infinito. ¿Cuántos hombres permanecían fieles a los principios de causas y efectos?. Bonifacio estaba seguro de algo: su cerebro contenía el representable visor de cualquier materia de la creación, a una velocidad terrible, sin principio ni fin.

Movimiento y cambio, sus manos y sus pies orbitaban como fantasmas entre los senderos nocturnos. Levantó un puño de estiércol guardado en un frasco y lo puso a contraimagen de las nubes. Observó que su mano y el cerote viajaban a ritmo constante malhadados por las dagas solares. Al mismo tiempo mostraban corpúsculos flotantes que no cesaban de hacer movimientos <<Veo, entiendo, es el éter que flota sobre el universo. Todo es en relación a nuestros ojos, movimiento. Nada existe resignado a permanecer fijado a la tierra, de tal modo que la mínima contracción, del mínimo desajuste de un solo cuerpo, afecta irremediablemente a la creación entera. Pero cada cosa tiene flojedad; perseverancia de cada ser en su ser>> (Mucho tiempo después un ciego argentino aludirá a la piedra y al tigre).

Dejó el papel, su mano había cesado una labor sobrenatural.
Ahora restaba surcar poderes al crepúsculo y evitar que toda sandez expanda sus inmundicias por los fronteros del Reino. Estrellas, mar y cataclismos no eran sino espejos donde yacía reflejado el supremo creador. Intuyó que de los hombres no partía el centro angular del universo, más bien formaban parte de una constelación expandida mucho antes de su propia existencia en este mundo. Se levantó despavorido, tomó el manuscrito, lo metió a un cartapacio y se dirigió a la biblioteca.

El bibliotecario andaba sobre unos andamios en busca de libris ex cátedra. Se distrajo, un astrolabio giraba sus pínulas al parecer movido por un visitante. Bonifacio lo urgió a bajar sin dejar de maniobrar el artefacto.

—Decidme Julián, donde puedo encontrar lo tomos vedados al común.

—Oh, perdonad, pero bien sabe su altísima que las normas de muchos años no permiten a un simple custodio complaceros de tan fácil manera.

—Hermano, por favor callad. Todos prestamos obediencia, pero el obedecimiento tiene sus grados. Tú preservas leyes ante la jerarquía, pero ignoráis el hacer de quienes se han atrevido a
tender trampas con su pluma. Yo me debo a la busca del Dios, y para él no hay escondrijos más negros que la propia espesura de nuestra alma. Así que os ruego, me permitáis acceder a los archivos de index.

—Me resisto vuesa merced. Bien sabe usted los procedimientos de papel y permiso firmados por el primer dignatario. De vuestras conceptuales razones nada pongo en duda, sin embargo usted y yo nos debemos a la designación. Yo no hago más allá de mi encomendado deber (suponía ya esta respuesta, los inicios de una burocacia en puerta y un excelente cultivo para que fermentasen los caldos del permiso).

—Os equivocáis, el deber otorgado ha de estar siempre sometido a los placeres del conocimiento y nunca a los planes del poder. Si no me permitís echar mano desos

folios, en secreto estaréis dando permiso a los imprudentes para que lo infecto gobierne sobre lo rescatable. De una llaga no debemos ocultar toda la carne cuando sólo una parte está echada a perder. Nunca des en custodiar esta biblioteca igual que si fuese una alquería. ¿Tenéis miedo?, pero cómo, si un libro no difiere del otro, importa saber si en sus caligrafías perseveran ideas nobles, torpes o peligrosas al hombre, cierto, pero es necesario que a unos pocos el peligro sea encomendado para su custodia, pues entre páginas sin dueño, las malas artes y el pecado suelen escurrirse con mejores mañas quen las mentes protegidas por el sayo escudo. Vuestra melancolía va contra los arcanos del saber. No digo más.

Exasperado, Julián calló, lo dejó entrar con miradillas de revendedor. Adentro hacía calor, humedad de siglos. Muchos revoques incrustados en el muro simbolizaban dogma, silencio, estar sin ser. Casi ciego, atraído por el pandemonio de una obsesión, caminó en dirección al más oscuro de los estantes. Bajó dos pisos hasta una galera más parecida a bodegón de vinos, que a biblioteca. Silencio absoluto, lenguas de humedad, tierra plastinosa en las venas del maderamen, como si estuviese bajando a un sollado. El tiempo ahí quería ser eterno. Sabía que uno de aquellos libros ocultaba los nombres de sus muertos futurados y aún por visorar hasta su muerte. quién fuera el bromista profeta que apuntó en el papel aquella odisea, de cuyo juego él solamente participaba en plan de marioneta.

Pero dar con ese volumen acaso era mayor imprudencia que lo
fantasmal de su propio destino. Durante varias horas fatigó índices hasta que en los antiguos archivos del Escipión, encontró un tomo forrado en cuero de dragón. Solamente se atrevió a dar una vuelta a la carátula. Vio llamas encendidas sobre una ciudad, una pradera enorme cuajada de niños panzones que apenas movían las manos para espantarse las moscas. Vio una semblanza perfecta de la muerte reventada en un cabuz de insurgente. Una mujer sudorosa con los pelos untados en el pellejo abría las piernas y alumbraba a un pequeño que al paso de los años se convertiría en el amo de una máquina que según la costumbre, se manipulaba sentado en banco y con los dedos de trapecista locamente apoyados sobre un teclado. "El joven Frederic otra vez al piano", decía a pie de página un diario parisino.

Bonifacio sintió que lo rodeaban ladrones, bufones, abogados, monjes, todos con la sonrisa del cínico en el rostro. Vio un tapanco adornado con claveles en el que judíos disfrazados de bailaores cantaban el jondo a un barón que yacía tendido sobre un manto de bugamvilias. Mendrugos llovían y docenas de mendigos acudían a recogerlos con la lengua. Se postraban impedidos a usar las manos. Tan pronto lamían, volvían a escupir arrojando las bubas de pan al suelo. Lanzaban injurias contra el dios burlaor.

No era fruto sino castigo celeste. A un mismo tiempo y desde todos los puntos posibles observaba, como si aquel tomo contuviera en un Aleph todo lo visible, nacidos y aún por nacer, dados, fuentes, tigres, luces y asfixias pintadas en murales jamás terminados y en rostros de incontables ancianos, que se revolcaban en busca de sus tumbas. Vio a una lombriz devorando mechones desde el fondo de un ataúd. Muertes iniciadas, terminadas y vueltas a parir con ese ligamen del eterno retorno. Vio, todas las muertes posibles y aún por conjeturar, hasta los tiempos en que ya nadie, absolutamente nadie será capaz de acabar sus días en secreto. No soportó más. Un ahogo lo invadió. Cerró el libro con la tremenda sensación de estar atrapado en un laberinto. Se preguntó en voz alta si estaba capacitado para descifrar las secretas razones que le habían dado

ese poder. Destemplar a la muerte desde múltiples espejos. Ningún horoscopista, ni Almirante o geómetra hubiesen
imaginado tantas formas destinadas a los últimos cabos de la existencia.

Metió sus apuntes doblados entre las páginas finales del libro. Al colocarlo entre los otros tuvo la certeza de haberse tragado siglos, pues había transformado sus más antiguos pensamientos en simple masa de huecas impresiones, y todo porque ya estaba convencido de que su vida tenía que ser moldeada en el torno de la razón.

<<Huir, mudar cuanto antes el diluvio contenido, no sea pronto los globos que ocultan el soplo de las generaciones venideras revienten, y el creador termine dándome azotes contra un baúl lleno de peste>>.

Al salir de la biblioteca entendió la vorágine que lo atrapaba. Existía devorado en un pozo. Cuántas remisiones era necesario perpetuar antes de fatigar esa nave en forma de cuerpo, con tal de no quedar enloquecido en medio de ese equilibrio al que se sentía destinado. Fue hasta el cuarto de antiguallas. Descolgó un sextante abandonado desde los tiempos de gloria marítima. Quiso despanzurrarlo con el apretón de una sola mano. Pronto sintió heridas y lamentó su impotencia ante la resistencia del instrumento. Halló un espejo fragmentado, trató de usarlo a manera de ganzúa, mas el poderoso monstruo resistía incrustándose más y más, hasta el punto negro de azogarle una herida mayor a todas. Manó sangre, pero en el dolor se decía que nada importaban esas vendetas del nervio, si era posible dar cuenta hasta donde somos inclinables a persistir en la torpeza. Entonces al chupar, sintió que bebía la esencia de una causa y un efecto. Engarzábase de nuevo al círculo. Dolía, pero también había sabor dulzón en la sangre. Nada verdaderas podían ser esas patrañas de la eternidad, así lo demostraba esa página terrible que le permitió ver la muerte colgada en las argollas del mundo. ¿Acaso el sextante no mostraba los efectos de un solo tiempo, de una sola eventualidad en los acontecimientos?.¿Acaso él mismo no estaba perdurado en esa herida que el fragmento de espejo había malobrado en su mano?. Hay muchas certezas abrumantes, mucho más poderosas que todo lo imaginable. Ahora, también estaba seguro de que al ver a tantos hombres concluyendo sus vidas, había desvelado el secreto de todas las palabras. El mundo ya no era cruel, sus temas fácilmente podían reducirse a cuatro, incluso a dos problemas. El primero estaba cifrado en el hecho de que todo nacimiento implica una muerte y el segundo, en la cruel vanidad de que somos todos en la memoria de cada uno, y viceversa. <<Hunaib, el señor Gobernador, yo mismo, encierro mi agonía en este bulbo>>. Levantó una burbuja de cristal. Con la punta de un cuchillo se tocó la sangre y la extendió sobre la superficie curvada. <<El tiempo, las astucias de la memoria seguramente obrarán sobre la simiente de este botón de sangre y terminarán convirtiéndola en costra inútil. Alguien, torpe o intencionado algún día raspará con un escalpelo hasta desprender toda la mancha. Siempre vence el estado primero de las cosas, gana la realidad porque inútil cosa es el sueño. Nada hemos de saber; el Jesús anda escondido entre las brumas de los hombres, pero a decir verdad nadie lo ha visto. Su rostro es un misterio digno de genios y tal vez un solo testimonio acabaría con ese patrimonio universal. Hay un cerco de enebros que impiden la descripción de todas las cosas, por eso andan por ahí las truculencias que forman imaginaciones vacías, en vez de hundir los talones en el arte de tejer cuentas. Lenguaje o matemáticas nacieron gemelas de una misma leyenda. Es a la sabiduría de la vieja Acrópolis y no a la fantasía del moro, a quienes debemos el rigor de fórmulas y números>>.

Tomó de nuevo la esfera, pero esta vez la colocó sobre la boca de un tubo de vidrio alargado. Mojó una pluma con tinta y escribió sobre la esfera la palabra *Pitágoras*, con tremenda convicción. <<Todo sabio es un mago porque inventa lo no—visible, como hiciera el maestro de Samos>>. Entonces a Bonifacio le sucedió que al intuir los kilates de aquel espíritu, bajó por su espalda un calambror; empezó a sudar<<....tal vez el verdadero lenguaje para entender los misterios de la naturaleza, no sea el de Dios, sino el de los números. Ah..,>>, suspiró, <<entonces vivimos merced a fragmentos contables, o mejor dicho, nuestro destino está obrado según la medición que sabemos dar al mundo. Pájaros, valles, lagunas y estrellas gobernadas según precisa el capricho de las esferas. Ved, nada importa si mastico estas palabras oídos adentro. Todo es geometría, vivimos formando ángulos rectos y encontrados que se tornan una y mil veces sobre sí. Yo proclamo que nuestros movimientos, aún la materia toda es copia de ese único modelo>>.

Efectivamente, no era fortuito el hecho de que hasta esa época se hubiesen desarrollado con mejor fortuna las matemáticas y no la medicina. Descolgó un pequeño astrolabio impregnado de polvo cósmico. Lo olfateó y recordó que en el Reino muchos lo usaban para saber la hora de rezar. <<Eso es>>, dijo en voz alta, <<nuestras vidas queremos transmitirlas a los objetos, pero ¿cuáles son esas intocadas leyes entre ellos y nosotros?. Esta piedra por ejemplo>>. Con los dedos tomó un cristal de fluorita; un octaedro flamante <<nadie jamás ha tallado sus paredes, y sin embargo aquí la tenéis Dios mío, simétrica de cabo a rabo. Y esto no es propio de tierras entradas en verdad. El lampiñoso Dieguito me ha descrito alzados templetes a semejanza de este modelo. Cómo pudo ser esa improvisada generación capaz de prender las mismas formas que ya habitaban en el mundo inteligente. Debemos maravillarnos o apercibirnos contra el advenimiento de peligrosos tiempos, cual si estuviésemos al borde de un hoyo sin fin. Voy a fundar hermandades, tenemos que embarrarles su Paraíso en el rabo. Pólvora, celda y mucha cruz. Nadie fuera de cerco>>.

Náusea. Bonifacio sintió vacío en el estómago. Tenía ganas de vomitar. Un paisaje oscuro lo surcó. Empezó a lagrimar sumergido en su depresión.

Al día siguiente un raro círculo de aves negras rondaba alto el cuerpo de un hombre. Alfonso Jiménez era un tabernero de los primeros aragoneses en franca oposición al reino imperial. Había escupido un edicto contra la extranjería morisca; lo gandulearon a trompazo limpio, después, horca en el Valle del Conde. Otros infaustos empezaron a caer, la orfebrería de la muerte surcaba por lo bajo. No se lanzaban edictos, las persecuciones transcurrían a media noche con parecido cuidado al de las inteligencias londinenses. Las huestes negras de Bonifacio y los séquitos inquisitoriales reventaban por todos los rincones. Empezaba una venganza dulce, champurrada, mucho más voraz que las persecuciones del buen Torquemada. Se trataba en el fondo de inyectar nueva sangre a las ansias de cristiandad. Terror a toda sangre, por todo el reino maravedíes a millón se invertían. Los alquimistas no descansaban su labor de rompecocos y orfebres del espíritu, creando aparatos de tortura, "robaban horas al sueño", dicen las crónicas. Pronto salieron al mercado las más excitantes y sofisticadas máquinas, avaladas todas y cada una por filosofía de asfixia y por grandes temores ante las amenazas de otros en busca del gran negocio del siglo: el monopolio de la moralidad. Así los nuevos Autos se hacían con mejorada pulcritud: cometas volantes en los que se crucificaba al penitente suspendido en el aire por las cuatro extremidades hasta descoyuntarlo. Sarcófagos forrados por dentro con punzos de acero, tronahuesos, arrancauñas de solingen, pinzas sujetasenos y revientapezones, camastrines con poleas para restirar, serruchos partenalgas, potros de hierro, barriles adaptados a guisa de trajes bufos con su campanil y máscara de perro para los "pecatos" menores, que debían exponerse a público escarnio en el centro de una plazoleta. Como nunca, floreció el ingenio dedicado a la tortura. Se cortaban muchas lenguas, a los látigos se les añadían gusarapos dentados cada vez más filudos, ¡joder!, gritaba el obispo mientras caminaba enfurecido con las manos echadas atrás entre los pasillos de la Herrería, donde un Hércules azogaba cruces de hierro listas para enviar a los caladeros de Sevilla y de ahí a Indias, cuyo último fin era marcar en la frente al nuevo ganado Inca-Maya recién descubierto.

Al mismo tiempo dudaba; un miedo atroz le sacudía los testículos porque rumiaba la certeza de que toda incautación genera venganza. Muchos lograban huir a las

montañas, llegaban hasta Flandes después de fatigar innumerables atajos. Ocultaban las marcas del látigo encubriendo su pasado. Forzaban aldabas por la noche como búhos, mataban torcazas y patos torciéndoles el cuello de un solo tarascón. Mas no permanecían escondidos como lobos empapados, fraguaban en las alturas una especie de Sierra Maestra.

Por su parte, Hunaib compartía el mismo exilio reservado a distancia del tiempo sobre el camastrín de la mazmorra, que ya daba pinta de sarcófago. Decidió pegarse al muro a fin de percibir con el oído lo imposible a la vista. Reconoció el putarraqueo del callejón festinado; un ambiente de pomposa moralidad y reprimidos deseos. Mundo al revés, frases insolentes, hideputas a un frutero que tropezó con una barrica de aceite. Puntapiés a los perros, ¡andá con vuestros cojones a otra parte!, en fin, aquella jucundia mojonada con todas sus irreverentes disputas y contradictorias evocaciones, lo convertía en víctima de un amoralidad oficial <<...Afuera es otra cosa....los diablos malversan los interdictos del bien... Soy parte de un comercio astuto....malparido me tienen sin los míos en esta tierra>>.

Era verdad, a esas alturas le dolía el trópico. Furor caribe, impotencia. Metido en esa chupeta era difícil actuar. Sin embargo, como todo humanista entendía que una vez pasado el dolor, vendría una soflama de calma chicha. sus orejas temblaban aferrado a los barrotes. Entonces levantó el rostro munumental y lo entregó a un viento helado que le rebanó los cabellos. (Preciosa estampa, digna para el cincel de un maestro maya) Por primera vez comprendía: el mundo ha de leerse al revés; cada creatura, los objetos mismos revelan su alma invertidos en un espejo. Esa maravillosa mutabilidad alcanzó a liberarlo por un segundo de lo extraño.

A sus espaldas reventaba el cerrojo del candado. Un guardia famélico apareció en la puerta (eran tiempos de hambre, amainaba la cultura del carcelero gorila) sin decir palabra, consciente de su impenetrable deber. Parecía un buitre metido en gabardina. Se limitó a dejar un tazón de porotos en el suelo. Ya para salir se volvió a Hunaib y le arrojó un rosario a los pies.

—¡Cristiandad hombre!, comed y salid pronto que el obispo os llama.

No tardó más de un bledo en ponerse frente al rajatabla.

—Deberíais terminar como un cerdo en estiércol, os lo prometí. Vuestra insistencia profanando las formas cristianas que rigen desde siglos, me tienen crespo. ¿No tenéis ya suficiente con haber pasado al rango de los indeseables y de las putas?.

Era evidente, Bonifacio estaba decidido a reducirlo mediante la estratagema del abochorno excesivo. El plan era encajonarlo hasta mandoblar sus estrías y obligar su renuncia muy a lo Raskolnikov; es decir, deseaba volatizar toda resistencia hasta que la identidad del otro no fuera más que un espejo de horror.

Pero Hunaib, ya con ojeras, no se impresionó.

—Estoy amojonado, mucho más de lo que imagináis; me han picado la lengua. No es metáfora, mirad.

Bonifacio frunció el cejo y echó atrás la cabeza en un gesto de incómoda reprimenda. La lengua de Hunaib era un filetillo salpicado de ámpulas. Manaba sangre.

—Bueno, perdonad esta pulla, no pocas veces el Tribunal excede sus métodos a discreción, pero no penséis en el dolor pasado sino en la purificación ganada.

Bonifacio dio pasos hacia un covacho de jarcias. Conservaba un catalejo de Martín Alonso Pinzón. Lo tomó y se lo puso a Hunaib en las manos.

—Asomad vuestro cuerpo entre la faz desta ventana y remitidme lo que miráis. Yo tengo bien definido el horizonte desde esta máquina óptica. No sea distinta vuestra percepción del mundo a la mía.

Pero ya Hunaib tenía prestos los arreos contra el engaño. No se dejó embaucar por esa manipulación de mercante. Como buen amante de los arácnidos conocía entre todos los escondrijos, el de pretender medir al otro mediante la telaraña de sus propias representaciones. Pensaba tal vez en las marionetas de Mallorca, escupidas por levantiscos indignados, pues según sus fantasías, no se trataba de minúsculos arlequines controlados con las manos, sino de blasfemos intentos que pretendían llevar a trapos y tablas aquellos retablos prohibidos del Preste Juan. Cosas vemos, pensamientos iguales no tenemos. Devolvió el instrumento y solicitó al obispo lo dejase regresar al camastrín de su calabozo.

Bonifacio estaba desconcertado, de dónde había aprendido esos modales, si la refutación era una cosa muy europea, y mucho menos en aquel estilo gentleman tan achulado, que a esas alturas ya revelaba la garra interior del exilio. Lo cierto es que acababa de abrirse un nuevo abismo entre los dos; era el chisparazo que pronto habría de fogonear un abismo de negrura. Los delirios aprisionados abrían sus puertas atizados aún más por el odio histórico, desde aquellos días, cuando el Almirante bebía sol despatarrado en una hamaca junto a las princesas taínas. Nadie a esas alturas podía detener el magma.

La baba escurre, su peste es un delirio galopante de principio a fin, porque todos llevamos demonios dentro, heredados a partir de la leche histórica mamada por nuestros antepasados. En el caso de Hunaib Puh, ese guanzo badeó por las rutas del caracol durante varios años, desde el mismo día en que Colón lo había presentado en Barcelona ante los católicos Isabel y Fernando, investido con las mismas nácaras y plumas del arribo. Era un dios verdinegro.

Esa vez, a pesar de los hostigos de Bonifacio, no quiso meterle trapos a su cuerpo. Se defendió con la voz de un príncipe acostumbrado a vivir en absoluta herbolaria <<Es contra natura, vestir a natura>>, dijo, pero se notaba cuan poco sabía de las guerras del pudor. Lo habían invitado pero lo combatían.

Esa noche Hunaib Puh no pudo más. Reventó las charnelas del camastrín, se desnudó y apuntó el miembro hacia la luna. Botó el faldequín y defecó sin piedad. Le escurrió un lagrimón amargo, que antes de bajar el pómulo se cuajó de sal. Ya para dormir, escribió con una tiza de carbón junto a la esquina del muro: "Hunaib Puh, como verdaderamente yo tengo por cierto que me llamo"

Bonifacio metido en su claustro, aceitaba la gran llave nobiliaria del terrible “Sarcófago penitenciatis”. Él mismo se levantaría muy temprano a desempolvar esa máquina destinada a la represividad sin límite. Dos faunos y un serafín resacados en el muro hicieron pucheros. Estaban atrapados y la mitología cristiana no les permitía intervenir contra el exterminio civilizador.

Maitines, mucha ceremonia de campaniles anunciando penitencia color penumbra. Algunos en el monasterio tuvieron vértigo y empezaron a caminar de prisa y sin rumbo. Se persignaban repetidas veces y tornaban los ojos al cielo impercatados de la histeria que les provocaba la proximidad del dolor. Parecían monjes de Pavlov.

—Rezad por el pobre desgraciado, befaba el penitenciario Abul. Sobraba toda fineza. Llevaron a Hunaib prácticamente a rastras, engrilletado a manos y pies. Se le

sentía ingobernable, metido en su propio calor, pues imaginaba que lo conducían al matadero sin haber logrado el sagrado propósito de dar con los otros miembros del Paraíso (Nunca se adiestró en el arte del dolor estoico). Ante la resistencia, le mojaron el ano con lejía. Después un trompazo de norte a sur que lo puso en albis nulo, aunque Abul fue el primero en notar un estrago jamás visto: del pecho, de las manos, manaba una humedad incontrolable. Rápido entre varios papujaron a Hunaib con mantas y trapos de secar. Al final vieron que toda la piel estaba empolvada; unos gránulos brillantes como de coral marino. <<Sal, esto sabe a sal mi señor>>. Abul nunca había probado polvo de Paraíso.

Dos ayudas hacían el trabajo; inmutables, metidos en un silencio de tinte militar. (Son años de rayar eficacia) diría un carcelero moderno. Todo estaba pensado con los grumos nocturnos del daguerre medieval. Copetones violetas, cíngulos anudados con todo el tráfico del poder. Sentados los catorce magistrados en medialuna, fieras al acecho, recién afeitados como dignos invitados al happening oficial. Hay que decirlo. llevaba el rito mucha morbo, era difícil contenerse bajo las mesas donde varios inquisidores hacían dedos changuitos para que al desgraciado no se le fuese a ocurrir una muerte de mequetrefe; es decir sin espectáculo y no era para menos; entre las amarguras del claustro, aquello podía ser de lo más gratificante: prolongamientos hercúleos, mucho llanto, befas, imploraciones; de ser posible harían guiños al penitenciario Abul para que les regalase un tronar de huesos como hojas de castaña. Y a decir verdad, a muchos no les dolía el descaro. Ya iniciado el Auto, empezaban a dar gritos por lo bajo, como en arena coliseo ¡Apretad más fuerte hijo, que se oiga el hueso! (risillas apenas entredientes).

Hunaib recordaba, mientras los nigromancios aposentaban sus nalgones en espera del suplicio, a su padre Yohuto haciendo bolas humeantes y dibujando para él firmamentos de arena con guijarros de coco, de tal modo que el dios Imachí lo pudiese proteger contra el dolor. Entonces parecía que llevaba en la piel mucha miel tatemada, luz de sol apenas en umbral.....*Has cumplido doce lunas, por tanto ya eres guerrero. Serán hombres violentos contra tu sangre y contra los pensamientos de los ancestros, quienes te habrán de mortificar. Nunca tus hermanos, pequeño carabán. Tu plumaje va revestido por el sumaet de los cuatro ejes. Aunque sufras, guardarás el espíritu. Serás llevado a la morada más espaciosa del gran Tohí, dios del aire, donde habitan ocelotes y siempre hay chirimía. No temas aunque mucho duela. Tu fortaleza está en el fuego, nunca en los leños que lo provocan. Escúpeme cuatro veces pequeño Hunaib, sobre las manos, ahora me froto el rostro en memoria de Gotuhá, para que venga, para que dé vueltas a las estrías de su gran caracol y así acudan pronto los invisibles carcajes con sus flechas y empiecen a bordear tu cuerpo como hojas, como nada.....*

Cuando entró al salón de los suplicios recordó una vez más el significado de su nombre: *flecha que arde*. No podía evitarlo, volvió a su padre junto al mar y lo vio hundiéndole una espina de pescado en la punta del miembro.....*Aprieta los dientes, sufre, recuerda las mortificaciones de los viejos, porque no habrá sosiego hasta el día en que ya muerto, descienda el viejo Imachí a escarbar un hoyo con palos en la tierra, para hacerte barbacoa y llevarte a la región de los muertos con el humo de tus huesos....*

Lo sentaron históricamente sobre un butanco forrado con fieltro. Cuatro grilletes en manos y tobillos. Todo era ostentación, a expensas de carne tan flaca; minimizar al acusado para oficializar aún más la culpa. Los gragarios de la curia ocuparon lentamente

sus curules. A todos se les notaban los mejillones rebosantes, propios de quien asiste a un sainete. Un mozalbete colgó el incensario desde el ombligo de la cúpula. Cantos gregorianos a discreción. Algunos crucifijos—miniaturas sudaban entre las manos (maravillas de Toledo). Dos rosarios gigantes, así como carátulas de perro y otras indumentarias de escarnio yacían colgadas en los altos de la capilla...<<Tenemos una digna colección>>, murmuró alguien a los oídos del abate Abul.

Precedido por tres pajes llegó Bonifacio Serena. Estaba engrandecido. Una crónica lo describe "*dominante y majestuoso*". Depositó doce piezas de pan sobre un cepo fistoneado con artificios mozárabes (Hunaib percibió lo sabroso de aquel aroma, pero inútilmente).

Leyó perfectamente las acusaciones ahuecando la voz para cabalgar en ella todo su investido poder. Lanchaba gestos de fardador, poderoso, emblemático, sentía que acusaba al mundo conquistado por todas sus culpas, aún por aquellas heredadas al Reino. Memoró versículos del Apocalipsis con especial énfasis en fieras y bestias procedentes del antimundo. (Discreto, levantaba el índice diestro sobre la frente de Hunaib). Habló ya en tono más acalorado, sobre ese inmundo Paraíso aspaventeado como polvo de gallinero, sin hortelano capaz de meter una lengua que desmienta la farsalia.

—Mirad, ¿reconocéis en este mamarracho a la personificación del bienaventurado que imaginó Don Christovao?, ¿Acaso esta cerdacrín parece labrada con fibra de arcángel?. Mirad el pellejo señores, nada importa si os acercáis ¿Presentís acaso material incorruptible?. Muestra llagaduras, y eso no es propio de inmortales. Oled, no hay vapores de olivo. Se nota que nunca tocó el árbol cimiente. Observad sus cuencas, tampoco hay rotación a reflejo, eso muestra su desconexión del cosmos. No hay astralidad.

Ya por no dejar, se acercó un boñón, acorazado con emblemáticas. Apostó entre Bonifacio y el reo un cirio flameante con sus luengas barbas de cera derretida. Dos manos salieron de la niebla, exabruptas como si fueran garras extraviadas; levantaron los brazos de Hunaib para llevar a cabo uno de los tantos trucos penosísimos en la historia del hombre: quemar la piel sobre la flama. Si arde, entonces el pecado habrá sido vindicado con todas sus fuerzas, de lo contrario, si esa piel daba muestras de cipresina fortaleza, entonces el tribunal tendría que absorber infinitas culpas. Mas no había nada que temer, porque los dogmas, aunque torbellinos de barro, llevan consigo compinches de tremenda lógica. Por eso Bonifacio prolongó el suplicio hasta que el olor a carne chamuscada se hizo rotundo a los olfatos del Tribunal. Hunaib no tragó lágrimas, a pesar de que la rabia lo tenía reseco. Dejó manar un líquido con pringos opalescentes ante las expresiones ataroladas del redondel. Bonifacio tomó una muestra deslizándola entre los dedos. Olió y probó. Un rayo de miedo le bajó de nuca a culo: aquellas lágrimas estaban impregnadas de barro y ají.

Entendió que una metafísica de otro mundo se revelaba y eso podía ser muy peligroso. De por sí ya se daban malos peces en la fuente con lluvias negras, y ovejas había que deambulaban sonámbulas en tres patas por las callejas, las cuales entes de morir, daban gemidos terribles que anunciaban el fin del mundo. ¿Y si acaso fuese tierra del Paraíso filtrada en las lágrimas del cobrizo?. No...

—Vamos, aquí no pasa nada. Apurad el Auto señores.

Un bastonazo en el suelo marcó el principio. Hunaib entró al sarcófago ya completamente abandonado. Se despojó de la mantilla que lo cubría. Efectivamente, ya desnudo se notaba que estaba emparentado con Adán. Algunos monjes inflaron los mofletes ante la extraña perfección de esos músculos estriados, pero nadie se atrevió a reprochar el gesto. Se entendía la intención de origen. Hunaib cerró los ojos, sus miembros eran sonambularios habitados en la carne, apenas un escozor dibujado en los músculos flexores. Las piernas querían derruirse, tragarse para siempre y regresar un segundo a las aguas habitadas por manatíes, marsopas y zifios. Cuánta especia, toda la plata del Potosí, costales enteros de hortalizas a cambio de una lengua húmeda lamiendo su frente. Inútil; ni siquiera sus propios nervios entendían si orinaba sobre el baldosín o si desde adentro protestaban las vísceras expulsando sus aguas en aquel tamboril de terror. Deseaba con todas sus fuerzas gritar, escupir una y mil patas de rana contra toda esa basquiña de hombres a su alrededor. Mas el espacio había engrandecido sus fauces, incluso hasta el aprendiz de monje que permanecía sentado en los medios de la escalinata. De repente comprendió que en ese lado del mar, el terror transcurría lentamente a servicio del placer.

Abul se mantenía clavado junto a la máquina en espera de la señal. Nunca le importaban las demoras. Con su flaca bofura daba la impresión de ser invertebrado. Cuando Bonifacio levantó la diestra en forma de bendicamus, Abul encajó el rostro. Sobre todos los presentes descendió un silencio absoluto, casi imposible de referir. La puerta dentada del féretro empezó a cerrarse lentamente. Bonifacio frunció el cejo. Algo le decía que en realidad presenciaba la gran metáfora del Mundo Nuevo.

En la fiesta de los mendigos, las almas transmigraban mendicantes de tumba en tumba, sin darse cuenta del tiempo que las precedía. Venían desde todas partes, desnudas o vestidas de amazonas. Botagantes, acudían envueltos en perifollos muchos argonautas cuya danza barría el sendero y el mundo de las tristezas con la punta de las calzas. Pifaban cantos al santo patrono y al rey burro. Mostraban al sol empuñaduras de sables romanos con ese aire volao, muy gallardo, propio del andaluz. Fuertes, a nadie se admitía pulposo,¡a freír verduras con esa panza flaca!, gritaban a quienes pretendían rolarse al desfile sin ser invitados[3]. Los novilleros pasaban siempre por delante con todo el garbo embadurnado en el pecho, altaneros, como si fuesen príncipes disfrazados de luces. Mucho perro callejero ladrando a los profanos. Lenguetazos al tobillo del beato. Movían sus colas, felices. No eran simples animales arrojados al garete, llevaban huesos de aceituna amarrados al cuello; señal de pueblo, y borlas violetas de nobleza en la cola. Representaban con ironía el ideal de la nobleza invertida. Mundo en pañales, en ciernes,

[3] No es aventurado afirmar que buena parte de los sentimientos nacionales en Europa, fueron cuajando expansivamente a partir de muchas tradiciones populares

pegado a la tierra. Príncipes del excesivo beber y del ombligo conectado a las entrañas. Nobles y putas fundidos en apariencias de igual ralea caminando sobre una misma calleja. Faltaban siglos para llegar a Maastricht. Enseguida bajaban grupos de cabrestantes abanderados con los ocho pliegos del consistorio real. Iban fundados en cueros de venado; un halcón al hombro, lebreles y sabandijas arrastradas, ya muertas con el ojo al cielo y la lengua colgante. Las traían amarradas a los instrumentos de cetrería. Más que agrarios, daban la impresión de órdalos viking. Traían encargos celestes y la orden de sepultar a las almas expulsadas del Paraíso con hojas de laurel y panes de muerto. Cuatro jinetes cargaban un Jano bifronte, autorizados a emplazarlo junto a los olivos de llano Castilla. Rociaban plumas de cernícalo en odres con vino, llenados hasta derramarse. Todos entendían ese gesto como una metáfora gratificante del magnífico temporal. Entre granjeros venían representadas las cosechas en canastos panzones, listos para ensartonar a la plebe. No había mendigos en el día de los mendigos; hasta el más calavera ensartaba perdiz. La sangre de las uvas a muchos les escurría mientras hablaban o cantaban. Sobre tablonetes enfilados al azar, canastos repletos con hogazas calientes, aromáticas "como para un ejército". Flotaban las bandejas de melocotón exprimido. Barricas a cada cuadra con patas de cerdo nadando en vinagre. Trepados en los árboles, medían los buscones el velamen de los escotes. Únicamente bajaban a orinar escondidos detrás de las vacas, granujas. Un racimo de mocosos reían y escupían a las abejas que revoloteaban sobre turrón. Luego corrían al envite más próximo en busca de una perdiz. Ahí estaban, amontonadas en acitrón. Metían mano al cazo enseñando los cordelines de miel. Retacaban en el culo del ave los últimos restos de turrón y se perdían otra vez entre los fieles. A todo acudía mucho curioso atraídos por la rumba de hambre que habitaba el siglo, pero sobre todo viajaban con el afán de mitigar el impulso expulsor. Sabían que los vínculos de la tradición eran menos modificables que las leyes.

Todos iguales mordiendo lonchetas de tocino, incluidos el abencerraje y el profeta Isaías a la hora de catar punto al adobo. Dos alguaciles ayudaban a Juan de Viterbo, enloquecido tras ver a la Trinidad. Berreaba el fin del mundo en las tres lenguas del Señor. Otros dos, más atrás venían dándose una larga payada. (Esta imagen es de Borges, que los pone con la daga fría). Eran los hermanos Caín y Abel envueltos en otra disputa de envidias. Zumbaban tajos y denostaban a todos aquellos promiscuos de la impiedad. <<¡No dobléis y sed humildes con el pastor!>>, gritaba Caín, ya investido en su papelón de antihéroe. Varios borrachos abrían paso a una bola humana. Era la gula Estebana Figuera, tonel de Vallecas. Venía encaramada sobre una carreta jalada por niños y perros con su parafernalia de frutas. Las tetazas al aire, adornadas con lentejuelas, y toda engrasada con yodo aromado, como para exquisitar aún más, bajo los rayos solares, aquellos tremebundos hemisferios del pecado. Fascinaba la matrona debido a su doble indumentaria de exceso y perfección. Lo segundo porque habitaba en la forma de Dios. Cada vez más, se afirmaba que la tierra tenía redondura como una pera, o mejor todavía, como teta de mujer. Ladraban perros, estiraba el brazo poseída por el vicio de lisonjear comida. Pocos atrevían a complicitarse, arrojaban uvas y metían inmediatamente las manos al bombo del pantaleto. Nadie ignoraba la trashumancia de los oidores enviados por el Gobernador. Andaban repartidos como facas de muerte en cada cuadra.

—¡Andá chula, bajad que os quiero pa' mí solo!.

Restalló la voz de un gitano pegado a su guitarra.

—¡Vamos Premió, entoná la serrana y no interrumpáis por tamaño monumento, que de ser vuestro amor en cama, terminareis aplastado como nata!.

Risas, escarnio, estridencias. Por lo bajo se tejían historias en un idioma secreto. Mistagogos del tiempo, hurgaban adeptos favoreciendo a sus fantasmas redentores. Pordioseros, leprosos o decidores de la buena ventura, se reunían por las noches en barracas abandonadas junto al mar (en otros tiempos habían sido cajoneras para bodegar goma arábiga). Edictaban conjuras contra el Gobernador porque sospechaban matanzas masivas contra su pueblo, labradas desde el mismo retrete. Revolcaban hasta la madrugada todo el funesto destino de haber nacido en llanuras disputadas por la divinidad. Con cierta felicidad atenuada en el rostro salían y se dispersaban en la sombra, literariamente, con ese impulso tosco, muy propio de pueblo sometido a metódicas discriminaciones. Aunque a decir verdad, no les preocupaban tanto los dominios terrenales como los emporios del espíritu. A otros mucho más fuertes, ya los había exprimido el tiempo. Entre ellos había matemáticos, legisladores, orfebres, arquitectos, historiadores y observadores de astros. Sus fantasmas tramaban rebeliones secretas sentados al pie de la mezquita. Lloraban por sus hijos muertos, blandían muchas veces el sable y lo enterraban justamente donde sus cuerpos una vez habían caído a tiros de cabuz. Ahora, intempestivamente un viento de garúas, caliente y sofocado como un Sirocco desenterraba los cadáveres exponiéndolos al sol, para que a nadie se le fuese a entumir la memoria. Parecía un espectáculo de antiguos galeones emergiendo del mar. Algunos conservaban aún sus brocados resplandecientes bajo aquel sol de occidente. A otros ya se les había pergaminado el pellejo, y los trapos del cuerpo daban la impresión de andrajos resecados que ondeaban como anguilas atrapadas. Poco a poco violentábase el viento, ante el inexplicable bochorno. No podía ser, no en ese día de pitos y gárgolas.

Gritaban que había llegado una tramontana. Los viejos envolvían a los menores con las túnicas romanas que rescataban de las carretas. Impotencia ante la espesura del aire. Griterío, comenzaron a correr despavoridos, mas pronto se dieron cuenta del inútil espanto. El aire no levantaba nada, todas las cosas permanecían en su sitio igual que navíos anclados al fondo del mar. Únicamente a las bestias se les despotricó el alma. Bramaban las terneras pintadas y los caballos relinchaban dando al traste cántaras, cestos de pan y cuanto menaje atravesaba sus patas. En el desconcierto muchos gritaban expresiones bíblicas, fracturadas por el cachazo y los tragos de tinto bebidos a toda prisa. Las codornices, poco antes ensartadas, pronto yacían despanzurradas entre montones de cordajes, algunas, todavía coloreteadas por el turrón retacado en los culillos. Aquello parecía confusión troyana. Grotesca la imagen de un cardador de luengas barbas que en medio del tremedal, aspaventaba los brazos como pidiendo cordura. Imposible, las aguas del río ya se habían derramado, a sus pies corrían grumos de leche y tomate machacado; cáscaras, hortalizas, trozos de ternera, calzas reventadas, garbanzos, en fin, hasta un condón vienés de tripa de cordero fue a dar a los pies de aquel Agamenón, que no dejaba de cresparse los cabellos ante su verbosidad pánica.

—No corran, deteneos hermanos, todo es un truco, magia celeste.

Como si hubiese blasfemado, la tierra se abrió a sus pies dando lugar al cuerpo de un sarraceno de lo más espantable. No había corrupción en su carne, ni en sus vestiduras gratinadas con polvos de coral. Era notable la marca en el cuello, señal de garrote vil. sus ojos aún estaban abismados, como clavados en el último estertor. El viejo imprudente

demolió sus pasos y fue a reunirse con los demás. Al poco rato una multitud se arrejolaba en medio de quella plazoleta transformada en cementerio. Los muertos yacían insepultos en boquetes a flor, que arbotaban por todas partes. Hasta los perros, poco antes garañones, entornaban los ojos, paraban las orejas, mantenían el rabo tieso y mojaban el olfato impotentes porque no podían resolver las coordenadas. Chillaban al sentirse ingresados en otro tiempo. El último boquete se abrió a escasa distancia del primero. Las baldosas del empedrado reventaron como un trueno que venía desde muchas leguas bajo tierra.

Todo el pueblo se había reunido junto a la Pileta del Navegante, impulsados bajo ese magnetismo de sentirse colectivo ante visiones de horror.

Se comprendía que lo peor había terminado, aunque silenciosamente las memorias empezaban a recobrar distintas versiones de resucitados con apego a la fe. Para algunos era inminente que los muertos podían deambular implacables de un momento a otro, como bíblicos. Pero eso nunca sucedió, por el contrario, a medida que transcurrían minutos en el tiempo de los hombres, a los cadáveres los consumía un estragón de siglos. Lentamente volvían a derribarse, perdían volumen y les crujían sus huesos. Lampareaban sus vestiduras y se fragmentaban en montones de andrajos, como si aquello fuese un espectáculo de viejos galeones a los que un sol de trópico estuviese reventando las maderas del casquete. Era un proceso retrocedente que para muchos evidenciaba el fin de los tiempos, aunque había duda. vez Tal el Creador desataba sus iras extrayendo de la tierra al moro ensartado a punta de una espingarda.

—Oled hijos míos, tragaos vuestro propio hedor, que las leyes de cangrejo han llegado hasta el olfato del señor Gobernador.

Efectivamente, una vez convertidos de nuevo en guanchos de polvo, los cadáveres empezaron a soltar un hedor que hizo a todos llevarse las manos a la boca.

Desde su montura, distanciado a muchas leguas, el déspota jalaba involuntariamente las bridas de su caballo. Un tufo insoportable como a orín podrido empezó a quemar su olfato hasta los huesos.

—¡Joder!, esto apesta más que mil carroñas guardadas en la sentina de un barco. Proviene de oriente, probablemente como a cinco leguas del Guadalquivir.

Hasta grandián hinchaba desesperadamente los belfos y jadeaba en busca de aire incorrupto.

Hubo de suspender su acostumbrada ronda por el Valle de los Olivos. Desmontó casi ahogado, indefenso como infante. Al llevar la mano al pecho sacó un sudor chicloso, blanqueado. Dos alguaciles acudieron boquitapados con fistoles de cuero. Parecían bandoleros de western contratados. Tuvieron que fardear al Gobernador. Llegaron a Palacio despotricando las riendas y con urgencias en voz alta, a pesar de los malos agüeros que se habían desatado. Como era de esperar, nadie salió a recibir; la servidumbre andaba encaramada en las partes más altas. Temían que todas las especias del gitano se filtrasen sin permiso a sus pulmones. Pero sobre todo, huían de una culpa milenaria: complicidad moral con el enterrador.

Días después, la plazoleta del pueblo permanecía desierta. Únicamente se oía el sonido de un tambor solitario desde una caballeriza. Todos escondidos en casas y buhardillas. Aguardaban con los rostros penumbrosos una segunda rebelión, pero a esas alturas era imposible soportar más aquel hedor que ya provocaba vómito negro en algunos ancianos. Clavado en la penumbra, un hombre se tocó la garganta. Creyó al

principio que se trataba de hinchazón natural en la nuez, debido al temor y al excesivo tragar saliva. Mas luego se palpó el gaznate con escrúpulo de cirujano. Sintió un rosario de granos que le bajaban hasta el diapasón del esternón. Se escupió la mano y la estiró por el resquicio que filtraba una daga solar. Aquella saliva no hacía espuma. Tenía color amarillo pancreático, síntoma de mal agüero; espesa de lúpulas y aguada como vinagre. Movió la palma hacia el infierno, pudo ver los minúsculos granulines que delataban presencia inequívoca de peste. Fiebre negra o escorbuto de Flandes, daba igual, si muy pronto había de ser mortadela embutida en jubón. Hizo esfuerzos para incorporarse quebrantados los huesos como los tenía. Se abrió la puerta y entró corriendo un pillajo harapiento como él. Jaripeaba con felicidad la devastación de los muertos; hacía sonar un tilín de acólito y una rana que traía colgada del pescuezo. Se quitó una bota, metió la rana y enseguida tomó al hombre colocándolo entre dos espejos. Ambos coincidían cierto embriago al contemplarse reproducidos infinitas veces hacia atrás. Imaginaban que habían abierto una puerta, después otra y luego otra, hasta salir a un jardín de romeros donde la vida transcurría cantando coplas.

—Vamos chaval, no son tiempos de soñar.

Cierto, afuera menudeaba un aluvión arenisco. Salían hormigueados poco a poco de los refugios, todavía incrédulos, sacudiéndose el polvo y frotándose los párpados. Algunas mujeres se apresuraron a desenredar brocales y a sacar agua de los pozos para comenzar faenas sanitarias. Pronto apareció un pregonero de gola y pergamino que a todos daba voces para que se reuniesen al centro de la plaza. Pidió instrumentos agrarios y un puño de valientes para reventar de una buena vez aquellos despotricamientos de tierra. Si acaso no había sido un truco, Dios debía proveer los bálsamos y no llegaría la noche sin que a todos les quedase claro que los muertos habían emergido como se indica en las profecías; es decir, emisarios que previenen sobre futuras catástrofes. En caso de que al escarbar encontrasen claros indicios de transmutación, sería necesario esconder toda pompa, toda vasija, cualquier pieza de orfebre, pendón o sortija de plata, cuantimás si había oro en barra.

Al principio lo advirtieron pocos. Parecía cuervo parado en su atril aquel pregonero de negra, postiza y filuda barba que sobre la gola escurría. Parecía un personaje estirado a punta, como las figuras pinceladas del místico Greco. Su empaque de pregonero caló pronto en aquella estirpe de mendicantes. Empezó a soltar un arengón de jerigonzas trompicadas en una castilla de guturaciones que inmediatamente delataban su origen transoceánico. Embutido en su propio juego de títeres. Enfatizaba con tono rajado, la iracundia celeste que según él, había permitido a los muertos, desanudar sus mortajas para salir a tierra sin permiso. Era Cubae Zoh.

La cultura del milagro estaba en apogeo. Muchas veces lo metafísico resultaba más convincente que toda probada razón. Era un siglo que anunciaba los próximos embustes a representar, pero ya sin los engaños de un auto sacramental.

— Bah, es un simple exótico. Seguid.

Por supuesto no concedió mayor importancia, pues faltaba distancia histórica, sin embargo se verbalizaba por vez primera esa conciencia del yo aterrado ante la diferencia. Cubae no dejaba de volar al aire un doblón acuñado en el Cuzco. Chanflaneaba

su bigote postizo con ademán de cierto empacho que lo hacía parecer papagayo de corte. Al reír enseñaba unos dientes limpios y amarillos como granos de mazorca (todavía conservaba la costumbre antigua de restregarse la dentadura con zacatl y luego picarse las hendeduras con punzos de azagaya). Mostró un collar de aljófares, una pirámide chichén y un atabal caribe en miniatura. Pronto, hasta los ciegos apoyados en sus palos acudieron junto al bufo parlante que no cesaba de soltar pifias, al principio en contra de la sania moral, después metiendo pie contra reyes y emperadores con escarnios altisonantes, culpándolos de cuanta llaga, tumor y visión diabólica, gratuitamente les había emergido. Luego, una vez congregada la turba de limosneros y tullidos que poco antes habían permanecido acuclillados en la penumbra de una taberna, rascándose sabañones y mordiendo pedazos de gallipavo, aquel aprendiz de merolico, empezó a trastocar sus palabras hasta dar con noticias de lugares en los que ocurrían portentos nunca vistos. Habló de monos que sabían leer y eran capaces de recitar edictos a cambio de un banano. Les habló de un estanque igual a un corral de toros.

—....donde habitan señores, ninfas de grandes pechos, que todo es cosa de zambullirse, dar con ellas, chupar su leche y en saliendo desaparecen los tullimientos. Tan largo os lo fío. Además, toda comezón de la piel se va para siempre. Los cabellos se tornan brillosos como vellón tienen las doncellas y viene un estiramiento del pellejo como suelen tener los infantes, que todo el cuerpo gana unos arreos de coyuntar día y noche sin mengua de ánimos....

Un testigo anotó que habló de mujeres convertidas en grifones porque siendo niñas malquistaron toda obediencia con sus padres y desde sus primeros pecados las usaban para espectáculo en las fiestas de la ceiba.

—....Además, en ciertos peñascos, al frotar una piedra con otra, salen chispas de oro, y si tenéis buena paciencia, bajando a donde nacen las rías, podéis encontrar pepitas de oro tamaño calabacín.....

Demasiado insistía en berenjenas gigantes, las cuales mascadas en luna llena se sabía que provocaban el don de lenguas. Y otra boñiga de manatí amasada en ungüento, la cual bien frotada cinco noches, lograba renacer el miembro a los eunucos. Todo a maravilla pavoneaba, mientras volvían lentamente los andamios del festín apenas colgados por el letargo del incidente. Calma chicha, impredecible en esos tiempos en que la alquimia del milagro se daba con cierta rutina circular. Había campechano esfumatto entre mito, física y realidad. Algunos mantenían hostias inconsagradas y por ello reservaban temores nada familiares con el festín. Incluso los gemidos del bufo pregonero se ahuecaban atrapados en otra esfera de tiempo, ausentes a la bullanga que daba la impresión de un *tianguis* a punto de levantarse. No era para menos; había seres tristes escondidos en los rincones más oscuros. Pilatos era buscado inútilmente. Se inquirió hasta en los traseros de la charcutería donde debía guarecerse del pueblo fingido, que pretendía increparlo. Finalmente apareció embrocado en el marranero del capellán Cruz de Castro. Los niños detectives corrieron pavoridos ante visión tan horrible: vómito negro.

Pronto aparecieron los primeros guardianes de la salud. Traían naranjas secas y especiadas con clavo y canela, "atadas del pescuezo y muy cerca de la nariz". Aspiraban delicadamente. Sin embargo la gente actuaba mediante extrañas coordenadas. Sentían el deber de aguardar en vísperas de cualquier evidencia. Las precauciones menguaban

según el número de muertos llevados en carretas y según se fuese notando el aumento en arrobas de cal.

En realidad importaba más el fenómeno celeste. Así, cuando las colinas de violeta cerraban los últimos destellos solares, se dictaminó milagro.

Rondaba un ambiente almizclado a vapores de aceite, ajo, clavo, perejil y cardomomo. Cada rincón sahumaba caracolas del aroma, se aguadaban los ánimos hasta del pregonero parlante, que poco antes invocaba maravillas del Paraíso. Cuatro pajes diestros en jurisdicciones bucólicas mostraron sus cartas credenciales al farsante. Digamos que lo echaron con diplomacia, para que no interrumpiese las labores de inspección católica. Se les notaba esa guasonería de poder laboral, en la sonrisa que asumen quienes deben lucidar faenas apremiantes para el común.

Escogieron junto al comercio de Peribáñez. Habíanse reventado losas de cuajo, arrancadas con todo y saúco. Paff.... reculó uno de los pajes bollo, ante la gran bocanada de aire que dio. Aún manaban del sitio vapores azufrados, un escozor a sal que inmediatamente provocaba comezón hasta en las vibras más sutiles del olfato. Mandaron traer pañolones y el maletín de la Capilla con las herramientas bendicionales. Un tullido sin voz recargado a su palo estiraba el cuello entre los curiosos. Pelaba los ojos y sacaba una lengua de pingolín. De pronto comenzó a gesticular excedido, apuntando sobre un punto esquinado de la tumba. Nerviosos como estaban, lo tumbaron al suelo de un empellón. Sin embargo arremetió de nuevo, esta vez les arrojó un buche de aguardiente. Comenzaron entonces a brotar minúsculos escorpiones de una tumba. Lentamente iban proliferando sobre todo el terraplén cual diminutos triclinios liberados de sus nichos. Brotaban alineados y luego movían rápidamente sus patas hacia cualquier lugar. Se notaba que al salir extraviaban la brújula. Pero a pesar del espanto, vieron todos que andaban sueltos en libertad controlada. Tocaban los periplos del foso y se detenían sin atreverse a cruzar más allá de la tumba. Permanecían alzados con sus diminutas tenazas golpeándolas unas a otras al son de una huaracha. Bajaron tres buitres de torso rapado, voraces de festín. Al mismo tiempo apareció jadeando el huesudo que habían mandado a traer instrumentos de bendición. Todos aguardaban momificados. Pensaban que de tres picotazos los pajarones tragarían para siempre aquella plaga. Pero intuían con lógica escolar, sin darse cuenta del laberinto espacio—tiempo que los afrentaba. Pronto vieron que los escorpiones devoraban a los buitres con saña épica. Los tres cuerpones ahogaban huesos, garras y pico extrañamente impotentes contra el hervidero de bichajos compilados a no dudar, bajo el mismo influjo cósmico que pocas horas antes, había levantado a los muertos de sus tumbas.

Pronto los pajarones fueron sucumbiendo como chuparrosas en panal, sin que pluma alguna quedase libre de alacrán. Isaías predijo ciertos lugares del mundo entregados al demonio, en los que pasajes del sagrado libro volverían a ser. Ningún régimen doblegado a sus nefastos caprichos debía silenciar esa y cualquier otra voluntad proveniente de las Alturas. Estaba claro que debían aguardar sin meter dedo; presenciaban fragmentos del gran Texto.

—¡Incaos todos!, ordenó el más bollo de los pajes. Era plenamente consciente del peor peligro: dejar al vulgo interpretar sin juicio. Preciosa oportunidad para componer leyendas, cuentolines y otras pifas nada redituables al emporio del saber. Urgía meter aquello en su debido guacal, o traducido a cristiandad, se necesitaba lo más rápido explicar oficialmente.

Una vez concluida su deglución, aquel ejército de pequeñas bestias regresó de nuevo a su madriguera. De noche, ya dormidos, a muchos les continuaba encendida la impresión en el sueño. Hasta los perros cumplían aquello de Petronio "*Et canis in somnis lepors vestigia latrat*". Porque hasta los huesos carcomidos fueron introducidos al madriguero sin dejar pastojo sobre tierra. Movían las patitas con mucha semántica triunfal. Insómnico, recordó un calafatero sus días de navegante, cuando una noche de luna menguante entró la nave en gran tifón y repentinamente subieron las aguas a cubierta y él se arrojó sobre las maderas podridas, sin más afán que ganar un palmo de aventura. Pues dicho y hecho, se cargó de bonitos arrojados por la furia del mar y casi sin voluntad envolvió en su mandil más cantidad que ni en sus mejores días de mar abierto. Después, a fuerza de bregas, pudo regresar a guarecerse entre los fardos de carga. Una vez ahí, castañeteando y de tanto frío que llevaba encima, pudo darse cuenta del peje que todavía traía prensado entre los dientes. Estaba seguro, la fosa de escorpiones y el peje en su boca manaban el mismo tufo de negrura <<Nosferatu>>, dijo en medio de la noche.

Antes del alba ya estaba la cuadriga de pajes a pie de cañón. Se procedió a rociar con agua bendita cada extremo de la tumba con especial humedad en aquellos litorales donde hubo milagro. Salían del hisopo chisguetes que al tocar tierra se flameaban esparciendo un azogue informe, cuyos límites al cuajarse formaron el surco de una sal opalescente. Metió la mano un paje frotándola entre sus dedos. Había restos de pluma, patas de escorpión, hueso, y mucho pringo de un polvo colorado, nada parecido a especia de oriente. Pudo ser una subrepticia intuición o tal vez un impulso probatorio. Tierra pasada por milagro, el caso es que uno de los cuatro se llevó una pizca de polvo a la lengua: <<pica>>, dijo sin más, y a nadie se le ocurrió que eso era ají, evidencia de carib.

¡Cuánto hería esa luz!

—Traed mantas, recogedse a vuestras casas inmediatamente. Dos voluntarios a velar guardia hasta madrugar, no sea y deste surco empiece a crecer una cresta más alta que montaña.

Por toda respuesta, el bufón que andaba por ahí, se trabó en una caracola de gestos que pretendían cierta nobleza.

—¡Milagro!, exclamó con sorna estridencia, y en seguida, mala costra, se acobachó ante un perro de sarnas dibujadas en gajos. Se puso a cariciarle frente y cola sin reparar en los górgoros del paje Sancho que no cesaba de observar al impostor. (O probablemente le temblaron algunos andamios del carácter ante ese chabacano que daba señales de haber adivinado sus abismos). Nada importaba sino engarzar ese momento al carruaje mítico para someterlo y clavarle el aguijón del tiempo que todo lo pretendía conservar hedonista, concéntrico, atado a disciplinario poder. Sus vasallos de lo inmutable habían edificado piedra sobre piedra hasta construir otra monumental Calahorra, probablemente de raíces tan antiguas como el amor.

Tenedlo presente decían, y seguidamente se procedió a echar una manta sobre el sitio del milagro. A punto de salir el sol, algunos aún no dormían. Velaban el sueño con tragos de mosto caldudo. Se expresaban unos a otros los mismos temores que una vez atormentaron a la reina Isabel, cuando descubrió entre los nativos de Indias recién

llegados a la Corte de Barcelona, el esbozo flameado de un ser acorazado con mil plumajes y rostro de serpiente.[4]

En medio de aquellos pavores empezó a cundir la certeza de sonidos lejanísimos, provenientes a su intuir, de alguna caverna empotrada en lo alto de las montañas. Aseguraban que se trataba de un ángel soplando su trompeta. Andaban cubiertos hasta el rabillo del ojo sin atreverse a iluminar su penumbra. Decíanse a ras de lengua que este mundo estaba llegando a sus límites. Pero nada, al día siguiente un disco solar alto, desmentía a los más pesimistas. El mundo continuaba. Como lázaros salieron de sus nichos. Había furia contenida, poco a poco desposeídos del paroxismo que los había agobiado durante toda esa noche submarina.

Hacía un frío de mordeduras en el empeine, ladraban perros en la raya del sereno, mientras se daban los primeros mecanismos del trajín. Empezó a llover una brisa marina delgada. Movidas por un ventarrón, las pajas rodaban allá, lejos, tan fuerte, que incluso los caballos perdían el estribo.

Parecían aligatores desventurados el par de borrachos ahí tumbados bajo la carreta del charcutero Manolete. Sin duda eran escépticos. Descreían de los milagros; muy adelantados a su época, reían señalando con el dedo. Pero el gozo al pozo. Días después, al más gordo lo encontraron ballesteado en un campo de trigo, sin más provecho que un tragadero para buitres y cuervos.

Cubae Zoh moraba en todas partes y en ninguna. su mirada glauca provenía de las nubes. Aprendió a masticar divinidad cuando tenía cinco años, apenas la edad mínima para ingresar a una teosofagia de aprendiz. Ahora, embutido en esa farsina de farsante pregonero, tenía la impresión de que nunca había navegado más allá de ocho palmeras fuera de la isla, desde aquella mañana, cuando al rayar la canícula, bebió por primera vez un tarro de sangre caliente, extraída del vientre de un taíno. Desde entonces amó el color púrpura de las pitahayas que mamá Gombe arrimaba envueltas en hoja de plátano. Rajaba la cáscara con un muñón de caracol y luego masticaba hasta escurrirse de pulpa y miel. Otros niños colibríes lo miraban y se reían porque no sabía pelar pitahayas sin aguatarse. Daba igual, todos en parvada corrían hasta las aguas vaporosas del abrevadero, se quitaban los cubrerrabillos de palma y una vez en cueros, se daban al

[4] Por cierto, nunca supo más del gran Tohil, señor de las ramas. Isabel trabó su vida en torno a empresas monolíticas. Se sabe que no dio más importancia a la visión, pues le era imposible admitir otra corporeidad divina fuera de la iconografía judeo cristiana.

placer de atrapar *axolotl*. Llenaban cocos del sagrado animal. Su hermano mayor, Hunaib Puh, más aficionado a los arácnidos, no participaba, pero se encargaba de guarecer aquel tesoro. Luego se bañaban haciendo círculo y se transformaban en hijos del rayo solar, de tal forma que nada pudiera turbar el rito solazante de sus cuerpos. ¿Acaso no moraban de verdad en ese jardín de interminables placeres que llaman Paraíso?. Ya entrado el ocaso regresaban. Los animalitos eran vaciados a magníficas piletas de barro. Ahí presenció muchas veces al pequeño príncipe en sus días de metamorfosis. Camino dual, muertes inconciliables que se nutrían infinitamente día y noche. Unidad entre las fauces. Un páramo de espejos. Ahora, en sus tímpanos heridos retumbaba hasta el simple canto del cernícalo, pesaroso de sí mismo contra esos terribles espasmos como si todo fuese un silencio blanco y gris. Cuántos pedazos de oro, ya no decir platos de lentejas daría a cambio de una mañana caliente en aquel abrevadero, si acaso una vez más, una sola pudiese volver a chupar las plopíteas huecuras de Cuanube y de profundo pudiese volver a roturar su lengua hasta que ya no quedase ninguna parla de amor. No, no imposible, esa era su más grave deserción, haber olvidado los contornos de Cuanube, su vaho tibio de flor casabe, la pequeña cauda de leche que le escurría por el pezón cuando se hacía de noche y deslizándose entre la yerbaza como un fauno, llegaba hasta la orilla del mar. Ahí lo aguardaba una mujer que dibujaba con los pies una duna, sin decir nada, silenciosa, únicamente mirando a los astros y abandonada en su hamaca de palmera como si fuera una jacaranda recién plantada. Cuanube sabía lo que sienten las barcas en medio del mar. <<Cubae Zoh ya viene>>. Los cangrejos emprendían su danza rumbo al agujero. Cuando las tortugas gigantes salían a enterrar sus huevos, dos jóvenes de carnes brillantes, sorbían ostras bajo luz de luna y respiraban el perfume del samán. Cuantas veces no se deslizó bajo el ombligo hasta un orificio de naturaleza mercurial, que a esas horas manaba un aroma que hacía revolotear a los tucanes. Al rasgar con su lengua el pezón, comenzaban a formarse arabescos mágicos de luz, (eran luciérnagas cupido)[5]. El mundo se ponía turgente con sus dos hemisferios emitiendo zumbidos de amor absolutamente aborígenes. Entonces chupaba de aquel sabroso sancocho y al mismo tiempo dejaba correr un lagrimón, consternado por la fugacidad del instante. Gozaba y presentía dolor.

Cuanube amaneció un día rondada por un mosco platanero. Los trasnochados del festín que se había celebrado en honor al plenilunio, se limitaron a jurar que la niña se había empachado con mala carne. Todavía recordaba el casco de tortuga con los picotillos de tiburón echados a perder junto al cuerpo de la princesa, que se hamacaba eternamente.

A nadie le importó que interrumpiese la oración funeraria como lo hizo, abriéndose paso en medio del círculo autoritario y triste como un jaguar. Pueblo bobo, nunca pudieron comprender porqué se acuclilló y empezó a chupar por última vez de aquel néctar sagrado, en medio de un silencio absoluto, sin que nadie se atreviese a mover un dedo. Supo desde entonces que la leche de los muertos enamorados no amarga. Muchas otras había bebido antes de rolarse con los pálidos, pero ninguna tan

[5] Estos animalitos, a diferencia del bebé culito rosado, no se valen del pinchazo. En su labor de amor suelen olfatear humedades y turgencias. Destellan luz opalescente a favor del deseo, pero nunca solapan ideales a largo plazo. Basta verlos rondar donde hay hombre y mujer, para saber que pronto habrá cópula.

dulce como la de Cuanube. Tardó mucho tiempo atado a su embrujo. Sobre todo al rayar las noches empezaba a sentir la urgencia, algo adentro que batallaba para no admitir el vicio, para no condescender con los niveles oscuros a los que descendía cada vez que bajaba al mar, y en vez de Cuanube, encontraba a un mico jugando al balancín.

En su trágica responsabilidad, el hombre está condenado a cargar con sus días destructivos y prolíficos. Nada más oscuro que el remordimiento, sus tentáculos viven en todas partes como el mar. Se ha de morir a gotas, desnudo, frío y envejecido una vez que se hayan bebido por igual, sarmentosas o beatíficas aguas.

Cubae Zoh pensaba en esas orfebrerías verbales, resentido aún contra el pasado. Cantaba églogas día y noche, goloso con las tonadillas, sin poder evitar esos pólipos guturales que le ganaban escarnios en vez de palmas. En realidad ejecutaba un rito de renovación, algo profundo pero inexplicable. A muchos ya los había embaucado hasta con la historia del Cuco. Ofrecía masajes, doblazones, zafamientos, incluso machacones de hueso. A las damas les brindaba especial "menú". Con ellas extendía su palmarés a delicados pellizcos en las nalgas para desguanzar el nervio. Tremenda novedad si pensamos que todo transcurría con dos ramitas de olivo. Aunque se llegó a saber de mujeres, que por seis maravedíes se dejaban mapear con la punta de la lengua. Por supuesto intuía los cauces dolor—placer que ya se frecuentaban a luz de un candelabro, pero siempre bajo el auspicio de jerarquías. Así que muchas veces no tuvo empacho en plagiar algunos métodos inquisitorios a la hora de fundir los placeres del león con los ardores de la yegua. Ténganse a ejemplo las tenacillas muerdelenguas que a decir de muchos, evitaba esa cañería de proferir maldiciones contra el prójimo. Era práctico, suprasintético. Ataba manos y tobillos a los cuatro grilletes afianzados en el muro. De la manga sacaba historias horribles, desde supersticiones portuarias, hasta fábulas del cante jondo. Mentía para sobrevivir, valiéndose con harta frecuencia de conjuros que prevaricaba antes de recibir al convidado en turno. —Vuesa mercé ha salado su alma. Vamos a dejar el cuerpo tres días amarrado contra el muro, desa manera pronto retornareis a salvo de tiniebla. ¡Alabado seáis!.

Algunas veces recibía mendigos que traían algún miembro del cuerpo echado a perder[6]. Tirábalos al suelo y esperaba a que saliese el sol.

—Nada es posible sin ayuda del fuego natural, decía mientras andaba en círculo con las manos atrás y el ceño fruncido. Sus gatos corrían a esconderse. Tenía un patio demarcado con macetas de girasol, violetas y un árbol de saúco. Ahí tendía al mendigo sobre una turca exponiéndole de un tirón su carne pútrida al sol, de tal modo que la herida quedaba encarnada directamente con la divinidad. Enseguida preparaba un atole con restos de ceniza y leche de cabra, pero antes de embadurnar exprimía sobre la herida mucho limón y salpicaba con sal gruesa, hasta que los gritos y pujos insoportables, provocaban que el enfermo mordiera con tal fuerza el palo mordaza, que a veces llegaba a tronarlo como cáscara de nuez.

Otras veces se valía del astro cuando sabía que sus fuerzas
descendían al ombligo terrestre; enviaba enfermos agobiados por malos presagios hasta el Risco de Fonseca bien provistos con dos, tres ramitas de laurel para que allá ganasen gloria. En una de las alforjas les metía un botijo para mojarse el cuerpo con agua de manantial, exactamente al tiempo en que la sombra de un venablo extendido en el

[6] Menéndez y Pelayo refiere que las cortaduras de fierros mohecidos eran cosa corriente.

horizonte, marcase su curvatura más baja respecto al sol. Aunque a decir verdad, muchas veces regresaban peor tullidos y más afiebrados de lo que salían. Les prometía jabalíes, cabras y ciervos rojos por el camino de regreso. A veces resultaba cierto; flechaban y luego amarraban la presa al cincho, felices de haberse ablucionado con remedios del Paraíso.

Como pícaro emigrado, mezclaba rituales de caballero a la hora de culminar un espanto, nashi, tahime. Nada importaban los casos irremediables, si finalmente a muchos les convencía el sortijo feliz que brotaba de aquellas manos. Cuabae comprendió desde un principio que había llegado a un mundo triste. Contaba historietas risibles a cambio de cuentas y espejuelos, otras veces aconsejaba estrategias de celestino a cambio de una oveja. En fin, así fue granjeándose numerosas vituallas que bodegaba con ferocidad. Se corría el rumor de que a tres cabuces de profundidad, el pregonero del pueblo mantenía oculta una reserva de garbanzo, judías, lenteja, cebolleta y especias como para un ejército. Los petrimetes observaban al nuevo cristiano desde hacía varios meses. Rara costumbre la suya de bañarse y ponerse ropa limpia todos los días, aún y cuando a todos constaba su origen de Indias. Seguramente no soportaba un día sin lavar sus culpas ¿Por qué atrapaba grillos y los tapaba en una bandeja para freírlos con aceite y perejil?. Acaso eran vocablos de virtud esos padresnuestros que al pie del sagrario mascullaba con bastante gútura en la nuez.

Difícilmente hubiese pregonado con tanto éxito sin la complicidad de la sospecha. Sus informantes filtrados a diestra y siniestra, dejaban siempre alguna puerta entreabierta. Lo protegían, lo escondían en buhardillas intocables; otras veces le ataban de urgencia un cordón franciscano a la cintura y lo bajaban al fondo de un pozo seco mientras pasaban de largo los búhos del poder. Así ganó tiempo y se procuró artimañas dignas de un buscón. Zafó postigos atorados entre insumisos y fantasmas acosados por el síndrome de perversidad que se había filtrado en los confesionarios.

Pero ese día amaneció abismado. Sabía que la realidad tenía consistencia gelatinosa y tarde o temprano acabarían por descuajarse los vuelos dulzones de sus fantasías. Desde sus primeros días en el Reino habían desaparecido los aromas del sancocho que manaba la tierra cuando era mojada por el sudor de los esclavos. Ahora podía olerlos de nuevo, ligeramente fermentados con ese buqué antiguo de uvas en barrica. Hasta las plantas sudaban un vaho caliente y vinagrado. Vio una mantis religiosa en posición de infinito acecho. Estaba posada sobre un cazo vuelto al revés, únicamente camuflada por algunos rastrojos de paja. Un segundo hipnótico lo embriagó. No podía dejar de contemplar esa macabra lentitud con la que el insecto levantaba sus patas delanteras en actitud orante (aunque en realidad hacía lo contrario). Un grillo palpitaba más o menos a un palmo, sin atreverse a dar el salto de huída; hipnotizado, entregado al abismo como si la distancia del movimiento que posibilita la vida no fuese algo suficiente. <<¡vamos bichajo, salta!>>. Pero nada, de un zarpazo la mantis atrapó al grillo. Cubae a su vez experimentó un zarandeo nervioso, cómplice de la víctima porque también estaba hipnotizado sin poder abstraerse de aquellas patas como sables que aprisionaban el carpacho del grillo contra una coraza de picos, las cuales tan pronto ensartaban, servían de asidero a las tenazas que obraban el descuartizamiento final.

<<Así seréis devorado Cubae, luego seguirá la primera flor de tu descendencia. Hasta en las últimas heredades de sangre libareis el mismo veneno. Andaréis encorvado el resto de tus días, machorreando tretas a cada golpe respirado, al revés de otros

hombres afanados en buscarte plantas en las manos y palmas en los pies, como si fueses naturaleza torcida. Observad al bichajo, concentrado en su perfecta labor de la muerte. Se nota que lleva siglos adiestrado sin dejar marcadas sus patas en el sendero. ¿No percibes aquí mismo la fragua de tu
propia suerte?. Soy tu pensamiento, escuchadme, os he detenido en esta faena con el propósito de mostraros nuevos manantiales donde podáis abrevar enseñanzas indispensables. Mirad, ya casi ha devorado la pulpa entera del grillo, ahora su panza está hinchada, soberbia. Observad cómo se limpia las tenazas, elegante como príncipe. Si vuestros oídos fuesen diminutos, seguramente podríais percibir sus eructos de placer. Fijad ahora cuántas veces monda sus patas, despreciativo contra el mundo. Nada le importa ser aplastado contra una piedra. El guerrero espigado jamás recula su estilete; ganchudo como una daga, puede más que cien venablos de jinete. Nunca olvidéis estas palabras: Antes que a los hombres, observad a los insectos. Ellos leen nuestra soberbia, nuestros nombres están apuntados en sus hoyos, nos conocen con la punta de sus antenas. No hay cuerpo entre vivos que no cumpla cierta semejanza junto a cualquier otro. De verdad no lo dudéis; ese Adán fementido en el mundo como primer varón, salió expulsado de nuestra tierra en razón a su torpe ignorancia. Nunca previno que la serpiente, al igual que los dioses, vigila, se desliza sabiamente y más aún cuando se anda entre las ramas. Si acaso alguien engañó al primer hombre, ese fue Coatl, enfurecido contra un impostor que decíase dueño y señor del universo. Vamos, saca de vuestra alforja una jerga y envolved con ella al príncipe...oh, tened cuidado, si alguien llegase a colegir los poderes de este secreto, entonces vuestro nombre será enviado al país de las erratas y no dejarán de perseguiros hasta que terminéis aperreado a la vera de algún camino. Nunca olvidéis que las penurias deste reino se fraguaron en una sola noche, a la luz de una candela, cuando un escriba transcribió con pereza y con falsía una letra, una sola e irrepetible grafía del que llaman Libro de Libros>>.

Cubae ya metido en su impaciencia libertaria, metió mano a una alforja de cabra y sacó una mantilla con la que solía envolver quesos. Cuidadosamente la dejó caer sobre la mantis, que de glotona no pudo volar. Estebana Figueras, la mujer tonel, vio como cruzaba la plazoleta con su envoltorio atado al cuello. Cubae zarandeó la carreta donde llevaban a la matrona vestida con los mismos perifollos de amazona. La ira del carretero se desató, y un jaleo feliz invadió a la gorda, que esta vez ya venía manteada con lentejuelas y listones de colores, festejante de cualquier cosa, pues para ella no había terminado aún la fiesta. Continuaron sus risas calle abajo, hasta que el eco del erial extinguió su murmullo. Nada era en el taíno, sabedor de que en las manos llevaba un ofrendario, probablemente más peligroso que una clepsidra.

Su pensamiento ancestral volvió de nuevo a colarse por los quicios del olfato en busca de un silabario dibujado esa mañana en que la impaciencia de los muertos presagiaba un cielo poblado de alondras y pejes celestes.

Ahora, con toda pompa lo nombraban "Pabellón de los Milagros". Fue directamente al sitio, custodiado por un mastín que lanzaba mordiscos a la moscas. Una improvisada cruz de parras silenciaba del otro lado a los orantes. Cubae disimuló acercándose como gato a zaguán ajeno. Manaba una leve invención a música sacra del batir de labios, que sin duda ya se había extendido hasta la llanura. De nuevo metió mano y sacó de su alforja una sanguijuela con un hilo rojo amarrado a una de las patas. Recordó que siendo niño solía perseguir a los astros con un mayate atado a la punta de

su dedo. Esta vez hizo nudo en la manta donde venía el príncipe. Dejó apenas un orificio de luz. Halitó suavemente un estragón profundo al bicho, que al instante comenzó a mover sus patitas, entonces Cubae aprovechó el aura de absoluta irrealidad, arrojó su ofrenda al centro del oráculo. Poco a poco el foco de los rezos recayó en el trapo que algún imprudente había lanzado al pabellón. Daba impresión de un pequeño "iceberg" colocado a las entrañas de un siglo futuro.

La sanguijuela trepó hasta la copa, mientras la mantis atrapada en su blanca prisión trataba de zafarse. Un melindroso calmón se apoderó de quienes ahí se encontraban, cuando la mantis traspasó sus patas entre la tela y atrapó al gusano mortajándolo contra la coraza puntiaguda de su pecho. Una niña cuerpito ciruelo se apretó con fuerza a la mano adulta y comenzó a soltar un llanto apagado, al tiempo que presenciaba los inútiles pataleos del gusano. Acabó tapándose los oídos, turbada por el zumbido, los terribles lamentos que plopeaba la sanguijuela. Fallaron prematicas e interpretaciones ante el delirio de la pequeña sibila, que ya pronunciaba letra por letra el nombre materno del pregonero Cubae, y éste, prisionero del enigma, se tendió una media vuelta sonámbulo, consciente del sueño a caramelo y turrón que sus trucos del Paraíso le habían deparado. Tal vez era tiempo: quitarse el disfraz de pequeño héroe y embarcarse de una vez por todas rumbo a Indias. Pero ese día también el Reino sacó sus cuernillos a relucir. Cuatro jinetes emblemados con señales rojas de cristiandad en los capotes, bajaron del monte Periana, decididos a contemplar cualquier bucolicismo feliz. Mucho polvo, se notaba que venían bragados a ley de pica y escurrón.

—¡Soltad a los perros, despejad esas pértigas del camino. Camilo, preparad una charola con viandas, que vienen de paso!.

Efectivamente, apenas un saludo y se dirigieron a la escalinata del templo. Ahí clavaron dos papelotes a toda prisa bajo un ángel bifronte del pórtico. No ocultaban sus temores al contagio de vómito negro. Mujeres y patizambos abrieron paso a los jinetes encabritados que no parecían dispuestos a farándulas de poco vuelo. De tal manera que así como arribaron, emprendieron el regreso no sin antes apechugar alguna hembra de bajos casquetes, a galope limpio y mediante un pase afarolado, que ya desde entonces aventaba cierto tufillo a canana trepando su Adelita triste.

Los buenos caminantes hablaron entonces de tierras en las que el buen augurio se olfateaba con la lengua. Estaban influidos por las fatigas de la peste; diezmada su paciencia ante los misterios de lo inesperado y esa brumasa gris, terrible y altanera que no cesaba de bajar nubes de insoportable melancolía con sus paisajes rojo acuamarino, dignos de un Coloso devorando a sus hijos, tal y como lo habría de pintar el magnífico Francisco de Goya.

Muy pronto los pergaminos del Gobernador empezaron a soltar un silfión de acre perfume. Se dispuso bajo estricto cumplimiento gestoría contra sospechosos de peste. <<....*a los íncubos follarles cal antiséptica, disponible en un plazo no menor a treinta días próximos, en toneles que serían apostados a orillas del marranero municipal, por dos pinches de vuestra amantísima señoría*>>.

Aunque tierra distinta, vuestra alma seguirá siendo una sola. Cubae tragaba llanto desde el fondo. su pizarra del mundo se había roto en mil pedazos, ayudado por los mismos cretinos del erotismo aguanoso que pregonaban reverencia y sumisión. Tarde o temprano la Corona surcaría formas plácidas, confinándolo a un destino de mico enjaulado. Era como aguardar irremediablemente azotes en vez de velas rumbo a tierras

calientes. Nada fácil, pues había esquiroles portugueses, piratas cómplices del "dragón" Drake y mercantes de la Jan Compagne, que no dormían sobre el mar en busca de especias y carne barata. Se mercanteaba pesando al fardo en balanzas con prisma de acero, semejantes a cruces lombardas enclavadas frente al mar. Igual daba res o esclavo. Los guardaban en sentina junto a pacas de cacao, café, canela, clavo y té.

Saturno devoraba con sumo placer a sus hijos desde hacía mucho tiempo anotando sus nombres en lista de espera, desde aquel rosicler en que Rodrigo de Triana había surcado los círculos celestes asomado a la cofa de "La Pinta", y un salpicón de aromas a esclavo lo ahogó. Desde entonces un nuevo resplandor asomaba a los pies del naranjo. Se anunciaban insospechados poderes capaces de mover al sol con un dedo. Sumarias pescozadas y espaldarazos embistieron marítimas rutas con espuelas calzadas en las rameras felices de ligueros "jingle", que se despedían de nobles y filósofos, polveándose un ochavo de cobre a guisa de buena suerte en el escote. Del mismo talante embarcaron por primera vez cantidades impresionantes de lejía en tonel, para cicatrizar los mordiscos de mastín; hierros marcaesclavos con la "S" nobiliaria del Reino, enrollados en paños, cuya leyenda "*errar es de hombres y ser herrados de bestias*", puede leerse aún en paños fosilizados que han sido descubiertos bajo tierra junto a sahumerios de copal, en algunos santuarios de Mesoamérica. Ingresaron además alforjas repletas de cardenillo venenoso, excelente polvo a propósito de lograr "herrajes" imborrables en la piel. Cofres de incienso con ramilletes de hisopos cinchados a los lados, como si una gran orquesta hubiese fletado sus palos de percusión. Y aunque nunca lo supieron Cubae ni Hunaib, ya preparaban maletas los primeros doce encapuchados que muy pronto desembarcarían en playas del Paraíso, con los cabellos revueltos por el viento feraz de los dioses asustados, que a soplidos moverían sus barquitas, aunque sin conseguir ahuyentarlos. Y ellos, a todo embrazaban sus flamantes crucifijos de angosta empuñadura, entrenándose dos veces por día en el pase corto de la cruz, mostrando similar técnica y no menos diestra puntería al bendecir frentes, que aquellos malevos de Sanlúcar cuando rasgaban con la punta de la espada. Igual hacían herreros percherones de Málaga con el hierro de marcar negros y freír buñuelos.

Cubae se detuvo y respiró profundamente. No sabía a dónde ir. Mordió un melón de Cantabria y se dirigió a los baños de la Gomera.

Por tres ochavos consiguió palangana de bronce, jabón prensado en "pastilla" y un pizco de aromático azahar, machacado con eucalipto. Los baños estaban atrás del establo, nada melindrosos por cierto. Parecían gargantas del diablo acomodadas en hileras pares hasta completar ocho cueros de res, clavados en potros de cuadrilátero. En épocas de frío ahí tragaba pasto el ganado. Gomera cargaba de agua las tinajas con sabroso vaivén. Sin duda era una magnífica protogitana, violenta y morbosa que provocaba entre mugrosos una suerte de reculeo sexista, pues inmediatamente intuían terreno dominado por la hembra.

—Si desea tenemos tabaco dorado.

Cubae no supo responder. Se abstrajo con cierto dulzor contemplativo, entregado a la barbilla ceniza de la morena que lo afrontaba.

—Prefiero un cestillo de uvas y un trago de tinto dulce. Me gustaría solazar desbordado en la tina. Hoy sacó mucho polvo esa cuadriga de jinetes y estoy cansado. A no dudar serían lacayos rencorosos de vuestra majestad.

—Chaval, no os jorobéis la vida creyendo tanta papucha. Llegan embarradores de todas partes infectado su culo en sentinas de alta mar. Yo desconfío más de panaderos y pescadores que son la peste misma; con harta maña venden salpicón repleto con moscas en vez de pasas y hay que ver esas uñas largas y podridas . No son a cuento los pregones del sabio Villegas cuando habla de taberneros que dan vino aguado con ósculos de nuez envenenada en el fondo de los vasos. A vuesa mercé no le ocurra untar embutido en bollo porque enseguida más le valieran doce dedos para contarse los granos que vais a traer en el afeite.

Nunca hubo flirteo en el sentido occidental, más bien se abandonaron al escalofrío de las dos mitades enemigas, al simple hecho de haber coincidido en el mismo enjambre de imágenes. A la hora de cenit en brama, Cubae intuyó desintegración física entre ambos. A ella en cambio, se le notaba falocracia reprimida, sin máculas de amor, casi a punto de un hembrismo explosivo, en absoluto recelosa de cualquier adoración. Estaba acostumbrada al escarceo de ampolletas eróticas cosechadas como fiambres de curiosidad excéntrica. Sonreía con trazos del Bosco, soñaba timonear un burdel en Potro de Córdoba y vestirse inmoderadamente de grimalda sin tener que soportar posibilidades felices. En el fondo guardaba dulzuras astragadas entre los encantos de su bélico furor de leona. Buscaba ¿o necesitaba? carne fresca y lo más diferente posible, a fin de castigarse.

Hermosa novedad esa de mirarse. sin embargo Cubae se impuso maniobrar con apego a su erotismo de tierra caliente: mostrar definitivamente, sin fantasías en el orgullo, pues ahora lo reclamaban generoso, franco al centro del destierro, sin alardes de caballerito exótico. Recibió el cestillo de uvas como un tributo y caminó despacio hasta el bejigón, ya incapaz de obturar lo inevitable. Se detuvo, Gomera le pidió como en un espectáculo de marionetas que se volviese hasta nueva orden. Así, durante un minuto se acalambró; nervioso pero feliz como adolescente. Después, al tiempo de correr la sábana en busca de sol, encontró a la mujer de sopetón, sin decir nada, respirantemente inmóvil como una esclava de coral, tiernamente ahogada en su punto de "labor—pennis". Y aunque ninguno entendía, lo cierto es que tantos años de trópico, lo habían adiestrado en esa espiral de convocado erotismo, aún a costa de la propia voluntad. Se había filtrado excesiva humedad en la piel de Cubae.

Primero ella ingresó al cubil, absolutamente autoritaria. El otro se dejó como un triste cachorro, maravillado ante esa imposibilidad amatoria que a media luz descendía por la columna y terminaba con un ligero sarandeo de nalgas. Desde los interiores del prepucio comenzó a manar un vaporcillo similar a higo de mandinga, fascinante a los pudores profundos del instinto. Mínimos grumos de mercurio centelleaban coletillas de luz como dibujos de luciérnaga, desembragando mágicamente el ceñidor del faldequín hasta dejarlo únicamente sostenido por una turgencia de proporciones francamente felices, cuya milenaria procedencia pulverizó los abismos en el éter y convirtió el umbral en aposento de sacerdotisa. Los ojos garzos de Gomera entrecerraron con súplica, mientras la diestra daba el tironcito final. Estaba golosa, emparentada en línea directa

con ese ramal de díscolas, cuyo placer empezaba inocentemente a rebasar la mera genitalidad. Se templó instintivamente a galope de sombras y luces, incorporando nuevos olores a maravilla, mucho más embriagantes que la pomada turca de leche de burra que solía untarse en las ingles cuando el celo entraba en su limbo más colérico. Fiera tranquila, se limitó a beber un trago de tinto ya con ese ademán pequeñoburgués de solipsista en brama. El otro comprendió la novedad, salió del agua y con cierto aire de pasarela dio una vuelta sobre su propio eje sin comprender que esa mujer observaba al primer "chulo" del Mundo Nuevo. La Gomera en cambio se desnudó pulcra en el bisturí de las manos, con esa finísima destreza de princesa mandombe. Una vez peladita metió tres dedos al tarro de vino y comenzó a frotarse las rebosantes carnes hasta dejarlos a punto de buqué. Invitó a suave antropofagia. Cubae acudió amachado, con cierta nostalgia de poeta. Estaba dócil. Recordó a sacerdotes de la isla Bohío untando aceite de coco al sagrado tórax de la esclava recién aceptada por la fertilidad.

Hubo sabor a plátano, fue el primer envainamiento apriorístico, inventado como un artilugio de nigromancia. Ella sentada en vilo sobre el maderamen del cuadrilátero con los muslos extendidos hacia los cuatro puntos cardinales del universo. Atrapó al otro con ese propósito fascinante del equilibrista suicida. Cubae necesitó hacer de puntitas apoyándose en un trípode. Sintió que pasaba al tiempo inconmensurable del bien morir igual que a un lago de leche mercurial. Quedaron mudos, atrapados e involuntarios en su dédalo, pues lo que en principio surgió como croquis del deseo, fue transgrediendo poco a poco sus propias dimensiones hasta lograr esa intensidad de los bienaventurados.

Un segundo voluminoso duró la máxima comunión del coito milenario, inexorables, hasta que un castañeteo de dientes arrancó a Gomera su carnero. Sintió pavor ante el burbujeo caliente en el interior del vientre, como si un pueblo hubiese ensanchado su carne, responsabilizándola de sus años destructivos y prolíficos.

Hundió dos dedos al muslo y sacó una burbuja cristalina, que al soplo de Cubae derramó una babilla espumosa y caliente, nada parecida al semen común. La pobre no sabía que los nacidos en trópico eyaculan agua de mar.

Esa desnudez primaria los incitó al baño, no a la simple limpieza que redime culpas; en secreto necesitaban ungirse sin apuro como hindúes purificados en el Ganges. Mutilaron sus estados mediante un escalofrío independiente al secreto amoroso, ya inmortales ante esa fantasía tramada por dioses. Un trozo de búcaro sirvió de hostia. Masticaron al vapor de una neblina pegajosa que todo impregnaba con aromas de yodo. Juguetearon como dos delfines a orillas de la Costa Brava, sin enterarse de que la pileta vibraba extrañamente. De pronto los atrapó un silencio atroz, algo involuntario, compelido al cosmos. Gomera sintió vértigo del tiempo al intuir que indefectiblemente quedaría preñada.

Entonces recorrió como antelando la muerte infinitas imágenes de horror. Su pequeño varón al principio, simiente de antiquísima cizaña, harto conocida por los etnócratas del Reino: sangre mestiza, prueba carnal; ella, su hijo, emparentados con pueblos exóticos aun por sojuzgar. No podía ser. Pánicamente se levantó y echó a correr en busca de refugio. Cubae no se atrevió a nada, permaneció inmutable con el cuello degollado en el agua. su actitud estoica destacaba un paso supremo hacia la muerte. Rato después, un perro con sarnas mapeadas que hurgaba ratas, lo despabiló con lengüetazos de mascota feliz. Quiso espantarlo en lengua madre, pero el obstinado animal no cesaba con la suya. Prefirió echarle una palangana con agua. Traía coágulos, muñones

engarfiados al rabo y una encarnadura del último "cabra" o jerarquía desmilitarizada que utilizaba esclavos serranos para infectar sencillo. Vaya ironía, primero el agua fundamentada en el placer, ahora esparcida en mendrugos a la sed de un perro.

El Reino, con sus itinerantes trasmundos, se renovaba en las múltiples muertes de carnaval. Arriba las alturas celestes, abajo la tierra tumba, renaciente y resucitadora del cosmos. En el cuerpo, la cabeza parlante como episodio ejemplar de la creación. Abajo, cerca del infierno, los genitales, el agujero expulsor de inmundicias "mierda mundus". No era extraño que junto a los tinglados de horca, una zumba de diablos panzones parodiaran a toda risa, fragmentos litúrgicos, mientras un barrigudo excrementaba y bebía mosto en un vaso corintio. Prevalecían tradicionales "joca monacorum" o secretos placeres ante lo irreverente. Mundo torcido, girado, al revés; lo sublime desguanzado, sus tentáculos a boca de jarro degradando en honor al pueblo esa fábula misto-religiosa: la vida.

Pequeñas utopías danzaban a nivel de accesorios inmóviles entre objetos nobles y rupestres, aunque ya sin el fascinante erotismo muchedumbre, capaz de zarandear por igual a zambos y a damitas de clavel. Ahora el yelmo convertido en maceta, yacía atado a una reja de mesón. Tablones que poco antes fueron usados para llevar en hombros a reyezuelos que bendecían con manitas de cerdo, chorizos al cuello y almenitas de turrón, ahora daban sustento al camastrín principal del señorito genovés, cuyos años en el pueblo se iban aplazando según funcionaran las transnacionales "ex-cátedra" en especias y esclavos. Empezaban a venderse objetos replicantes del imperio; lentamente sazonaban el gran caldo fetiche entre la incipiente burguesía y el vulgo doméstico.

Algo inexorable se removió en Cubae cuando descubrió junto al botijo dos muñecos atados a sus cordeles. Cada uno traía pequeñas máscaras. Al acercarse notó que en realidad el antifaz de uno completaba el rostro del otro; así lo hizo, pero se engañó porque tampoco daban la impresión de corresponder con el verdadero rostro. Volvió como al principio y nada. Repitió varias veces impotente, como en un juego de acomodar agua en el agua. Tuvo miedo, salió espantado con la gravitación de que nunca podría completar las caras de los muñecos. Buscó a Gomera convencido de haber descubierto un destino peligroso. No estaba ni siquiera en las bodegas del marranero. Se detuvo parado sobre un pequeño montículo. Únicamente zumbaban los eclipses de un insecto. Cubae lo atrapó con ese impulso del ciego ante un secreto. Era una abeja panzona de néctar, que se había extraviado a causa del embriago chupado en la flor. Cubae le preguntó mediante vahos en cucurucho. fue siguiéndola con vista de alfileres hasta un lunario envuelto en la penumbra. Algo dictaba meterse a fondo sin melindre. Necesitaba luz, anduvo hurgando entre antiguallas y objetos ornamentales que solían usarse en Carnaval. Finalmente encontró una bujía similar al cono de nieve. Estaba enterrada en el hocico de un tricornio. La encendió a puro aliento[7] connubio con los sabios de ultramar, y así, como un mamífero en cueva extraña se metió. Al principio lo rondó un frío siniestro, atemperado, a siglos de profundidad; tan húmedo que más bien parecía inmerso en una garganta de vapor que lo deslizaba en embudo hacia una dirección

[7] Se sabe que entre taínos, ciertas castas privilegiadas aprendían desde jóvenes el peligroso arte de manar fuego por las bocas. A diferencia del "Mahayana" hindú, la materialización absoluta del interior, era suplantada por una bioquímica corporal de implosiones, capaces de expulsar volutas, cuyas temperaturas podían oscilar entre los 60 y 70 C.

probablemente infinita. Luego amainó hacia un temple sabroso. Caminó varios minutos hasta que la flama descubrió a un leproso en absoluta devoción, tan abstraído en la ternura de sus dedos que ni siquiera se inmutó ante la presencia del extraño. Manaban vapores minerales; humor a hierro cuyo relente abrillantaba el sudor de los cuerpos distanciados por un vértigo más allá del tiempo real en que se miden todas las cosas. De un capuchón emergió un rostro devorado a pedazos, como una obra perversa de la creación. Un balbuceo cavernario y sofocado por la dificultosa respiración se levantó en el eco.

—Nadie....sabe las costumbres de Dios.... ni el destino que nos ha impuesto en el mundo....Buscáis a una mujer....tomad....por favor....esto lo dejo a vos....

Era un calzón manchado de sangre todavía caliente.

Olfateó y pringóse un unto con la lengua para calcular el tiempo. Comprendió que Gomera no podía estar más allá de una legua. En el fondo sabía que no era tanto la hembra; sentía el magnetismo de una responsabilidad histórica trabado en el roquedal de su garganta. Debía encontrarla cuanto antes, pero cuando pretendió salir, una mano despellejada lo engarzó al tobillo suplicándole con ecos terribles. —....Oídme...sois la sexta muerte....que unos hombres en medio del mar han tramado....Hunaib Puh, el prudente....es el siguiente....avisadle....nada sabe del carnero degollado....que yace....en las arenas negras del río....a....aagh....vuestra corrupción....el aire....todo se ha nublado....con saliva de ocelot....como está en el glifo....de la piedra amohti....Buscad a esa mujer in tlanehi....Yo soy el que va preñado en su vientre....soy el Bohique Yohi, tu hijo.

No dijo más, extinguióse en la penumbra todavía con el eco en el muro. Hunaib jadeó un frío atroz, revulsivo contra sí mismo. Por primera vez palpaba las dimensiones reales de su propia trampa como si estuviera extraviado en el mundo. Sangre, luz, doliente preñez, ¿cómo ser en medio del vacío?, ¿cómo responder sin pregunta?. Ese, no otro, él mismo estaba en el ciclo más peligroso de los nervios.

Sofocado como un asmático llegó al portal de los leones.

Acababan de amontonar fardos de trigo que pronto serían emplazados en carretas rumbo a los embarcaderos. Zumbaba un apocalipsis secreto, macerado por el aroma fresco de la albahaca y el trigo. Mucha pantomima religiosa; espiritualidad exclusivamente gesticulante y verbal, donde más importaba enunciar que encontrar el numen de las palabras. Cubae se tumbó, abrumado por el penetrante olor a pezuña quemada proveniente de los mataderos. Un sacristán cuasimodo le hundió el cestillo en el vientre increpándolo a colaborar en las obras del Templo que acababa de ser decretado sobre el catafalco donde hubo milagro. colocó un diente de yeso y estrechó los brazos del otro con ese vacío peculiar de los rutinarios. Tampoco él sabía, nadie parecía haber visto alguna vez a una mujer llamada Gomera. Y mientras más insistía, las palabras se volvían más absurdas y caían invariablemente en fosos sin fondo. Por primera vez desde sus días en el Reino le subían iguanas invisibles por el vientre a punto de ser empujado al pantano de los sueños, donde a las almas no les preocupa existir, sino transmigrar hacia laberintos aún más inextricables como pueden ser las simples palabras de un mendigo o la sutil mención de su nombre en el círculo de un cónclave.

Todo era verdad y mentira al mismo tiempo: las empalizadas dragonarias alrededor del catafalco, los alguaciles, oficiales y corchetes que inmoderadamente se habían indumentado a la romana; el séquito de pajes, curas, peleles, mastines amarrados a la gallina ciega, todos juntos en la pavana locuaz del mito, destemplaban sus mofletes

cuando alguno de tanto inflar una vejiga de burro, terminaba reventándola con todo y hormigas, sin reparar en los feligreses más inconsolables, que lentamente se iban estrechando al sagrado buril con los incensarios humeantes a diestra y siniestra. Incluso dudaba el enano amedrentado, que permanecía sentado en las ramas de un nogal, todavía con su corona de rey bobo.

La garganta se le ahogó desde profundo en el punto crítico donde razón y nostalgia sucumben para siempre ante la monumentalidad de lo extraño.

Un canto lejanísimo se oyó desde algún lugar incoordenado en el tiempo. Llegó entonces un viento mojado al Cañón del Sumidero encantando a la naturaleza que suavemente comenzó a mecerse como en las brumas de los sueños. No existía el espacio mensurado en la dimensión de los mortales. En ese resquicio de tiempo, lluvia significaba niebla y una roca podía escapar al tacto del pájaro con sus sangres minerales derretidas desde la transparencia de las alturas. El espejo del río amansaba sus aguas a orillas de la vegetación. Parecía un inmenso caudal liberado hacia lo impenetrable. No en vano se sabe que Juan de Grijalva, una vez delta adentro se pegó a la borda y lloró al ingresar su nave por el tremendo silencio de la espesura. Esta vez, el aire despoblaba toda historia. Un hombre absolutamente solitario, permanecía sentado junto a las aguas con la vista extraviada en el vacío, inatrevido a comprender la extraña procedencia de voces y sonidos que se filtraban al tímpano como ensoñaciones evasivas. Crujidos de ramas anunciaban tormenta, mientras escapaban a refugio jaguares y pájaros, con la misma prisa fáunica del reino que Noé descendió al tocar tierra su barca.

Fiel a sus ancestros anfibios, lanzó canicas de barro al agua e interpretó las ondulaciones como claves minúsculas: una gran profecía del universo. Trataba de no explicitar sus pensamientos más allá de lo asentado en los dibujos del gran sacerdote. Nada contenía realidad, salvo los crepusculares del aire que pinchaban frío a los papagayos, que ante la expansión de las ondas mentales, volaban espantados. Era un demiurgo retornando su alma al abismo interior con la sagrada sensatez del hombre-dios, que vislumbra los goces de este mundo al revés, en el simple espejo de un río. Máximo silencio, minutos, horas sin mover un músculo al borde de la puerta grande. Sabía del sueño absoluto que logra el *rishunati* una vez fundido por completo a su periplo. Logró el nivel más alto cuando su respiración adquirió tono de agua. Parecía un hermoso anfibio absolutamente mimetizado con el paisaje. Algo en llamas disputaba frente al azar su destino, desde una geografía extraña metida en su imaginación. Apenas eran unos cuantos balbuceos de otro hombre sin duda desgraciado, que hablaba involuntariamente desde los huecos de la muerte. Bonifacio Serena pronunció su nombre dos veces, quiso referir algo sobre las noches secretas del oriente, mas no pudo; vientos del Atlántico y el estruendo de cañonazos piráticos en aguas del Golfo,

transfugaron la sonoridad mental. Se obliteró el mensaje, se redujo a un miasma de plopeos incomprensibles.

Al poco rato el pequeño chamán escuchó una desesperación apretada en la frente. Su informante ya no era el simple cinceleo de guturaciones en lengua desconocida. Ganaba forma el perfil, más de hombre que de obispo, isócrono de sí mismo, goteando con toda la tenacidad del mundo el mensaje mortal que las ondas de agua dibujaban sobre el claro del río. Lo vio envolverse un sudario con los brazos apretados al cuerpo. Algo buscaba en la penumbra dificultosamente, como un ciego palpa orificios en el muro. pero cuántos objetos extraños suspendidos en el cielo. Porqué abría esa caja oblonga tan igual a esas donde guardan sus polvos y espejos los pálidos del Oriente, y por qué tocaba sus bordes con tanto melindre. Acaso un peje oculto guardaba sus venenos en ese paisaje dibujado.

Nada entendía Bonifacio ante lo inconmensurable del boato revocado en la contratapa del baúl. Se trataba de una bucólica representación del Arzobispo Diego Morcillo, Virrey de la Plata, ingresando al Potosí en medio de grande comitiva, Te Deums, luminarias, máscaras y picas[8]. Mientras va palpando, gesticula dolor, lujuria, envidia, ganas terribles del mismo placer; lograr un poder de esa naturaleza entronizante, que no fuese nada parecido a ese malogrado reino de sombras. Por un instante lo consiguió; se soñó a sí mismo convertido en Diego Morcillo, y su diestra sintió el papel que lo premiaba con bastísimos tesoros de plata. En el sueño, un indio proveniente de lejanas tierras le ofrecía una olla hirviente de pescados, que Bonifacio bebía de un solo trago.

En realidad ese instante correspondía exactamente a otra versión imaginada por el pequeño chamán a orillas del Grijalva: En la llanura de trigo, una coz de caballo partía el pecho a Bonifacio, con sus luengas vestiduras y el sol vuelto a la cara. Vio como entornaba los ojos y los plegaba hacia un punto extraviado en el cielo. Su diestra vagaba sobre el polvo en busca de algo, sin duda necesario para dejarse morir. Vio cómo apretaba la pequeña caja oblonga, y cómo un hilo de plata derretido en el interior, empezaba a escurrirse entre los dedos obispales.

Imposible saber si el obispo retuvo su propia muerte una vez desguanzado y entrecerrados los ojos, ya con aspecto del macho que ha ganado territorio. Lo cierto es que algo más allá del mero enebro entrevió cuando empuñó una pluma de pato, y con cierto hipnotismo trazó los perfiles rudimentarios de un hombre sentado a orillas de un río. Simultáneamente derribaron el abismo marítimo con brazas celestes y comprobaron que las dimensiones mentales existen sujetas a informulables secretos tan valiosos como peligrosos en caso de ser revelados. Nada más maravilloso que dos sueños alternados en el tiempo; la realidad suele confundirse. El pequeño aprendiz de *rishunati* se metió al río y orinó los dos pescados que Bonifacio había engullido en su sueño. Permaneció a medio cuerpo varias horas más, hasta que un cardumen de larvas acuáticas flotando en el

[8] El 25 de abril de 1716 arribó al Potosí de la Plata, Fray Diego Morcillo Rubio de Auñón. fue recibido con todo el boato virreinal de la época. Sin embargo, su breve ascenso pronto apareció como una farsa, debido entre otras causas a la tardanza que el nombramiento tardó en llegar a sus manos. Cuando esto sucedió, Felipe V ya había decidido nombrar como nuevo Virrey al príncipe de Santo Buono, quien a punto estaba de llegar a Lima. Sin embargo, ello no impidió que la entrada de Morcillo fuese recogida minuciosamente por cronistas de la Villa. Un pariente del arzobispo empeñado en memorar con imágenes el suceso, encargó al pintor Melchor Pérez Holguín un lienzo monumental, cuyo modelo inspiró algunos relieves de ornamento en baúles y más de algún escudo.

cristal, le recordó esa imposible tarea de comprender a los dioses. Ya era tiempo de retornar al vientre materno, traspasar definitivamente los umbrales del origen, desteñirse para siempre del cuerpo y bidimensionarse con guerrera valentía. Pensaba menos en el vano sacrificio carnal que en el destino; todos los espacios, todos los tiempos centrales, presentes y paralelos de la tierra, del cielo y del océano reunidos en la sublime pasión: ser memoria.

Para siempre se hundió en el río y con la última burbuja que salió a superficie, empezó en la selva una música de tamboriles profundamente lamentados que ahuecaron algo gigantesco en la garganta del Sumidero. Sólo un petirrojo con alamares dorados ofrendó desde lo alto una pluma verde, que sin rumbo navegó hasta su sepulcro en el estero del castor. (Siglos más tarde, en el Museo Británico de Londres, Zelia Nutall reconocería en la página 40, su figura inmortal, pintada junto a los augurios del sacerdote Tane Vuh, en el biombo del *Codex Nutall)*.

Esa noche Bonifacio transcurrió afiebrado apenas con suficientes ánimos para una decrépita oración bajo los telajes del camastro monasterial. Su cama féretro, su alcoba tumba, la puerta lápida y él mismo un palimpsesto indescifrable, dueño de mil muertes atrapadas en el remolino de una existencia controlada por los sueños. Era evidente, en aquella penumbra, estaba el ciclo del no-placer, condenado por la divinidad que descendía con los pies desnudos sobre el mármol de la palangana. Se oyó hasta el bosque de olivos una risa burlona cuyos ecos fracturados espantaron a todo mundo. Fueron treinta segundos de sanguínea externidad.

"Nosferatu"....dijo en voz baja una veneciana desnuda que había detenido bruscamente su baile; inmediatamente un talud nervioso extendió su manto a cuantas velas y candelabros permanecían aún encendidas.

Al día siguiente despertó el obispo con un agobio de siglos en el espinazo.

<<Mala madre parte mi alma Señor, como si todas las fuerzas oscuras del inframundo se hubiesen convocado en mi sueño....Aughh....tal vez un siglo dormí con esta fiebre atrapada en los huesos. Me duelen las uñas, mirad cómo las he amoratado a mordidas, me arde el anillo del rabo de tanta mierda amargada que se me viene caprichosamente sin mi consentimiento, y eso me parece vergonzoso e intolerable a tus ojos mi Señor, porque más poder y mando puede uno solo de mis dedos sobre miles de cristianos, que todo mi cuerpo sobre esta voluntad. Pienso, luego afirmo que tanto dolor es el manifiesto pecado de otros hombres revolcado en la aquiescencia de mis entrañas, lo cual testimonia esta ubicua vocación de salvador y mártir que me ha sido confiada desde los primeros tiempos. Ahora se me revela tu voluntad escrupulosamente sin las trabas ordinarias del confesionario, ya que no existe mejor interlocutor que los propios sufrimientos liberados, exiliados de toda causa exterior. Mis dolores han tatuado al mundo por los cuatro costados y han representado el eco de tus vocablos a contraluz de las tinieblas enfrascadas en feroces batallas contra sabios e ignorantes. Porque yo estoy cierto mi Señor, de que la absoluta claridad nos engaña; vemos en ella tan poco como en la oscuridad. Lo verdaderamente confiable está en el dolor, en la carne mortificada por el voluntario suplicio y a fuerza de contrición, disciplina látigo y sangre, mucha sangre, pues no hay origen sin este precioso vino que nos recuerda vida y muerte al mismo tiempo. ¿Acaso no gimoteamos y esparcimos sangre cuando la vulva materna nos expulsa de la entraña?. Además nuestras torpes ejecuciones provienen de esa forma tan salvaje y desnuda con la que venimos al mundo, fruto del primer agravio a tus leyes, y por la cual

aspiramos durante esos años de ignorancia excusable, al placer. Agua y un manto, limpian y protegen de las primeras inmundicias. No por fruto del azar mi Señor, los infantes avocan sus primeros trazos al círculo negro y a serpientes con la cola apuntada hacia el infierno. Muchos años debe aguardar esa intrascendente edad a fin de ingresar al pensamiento real, que sólo accede vía "doloris mortificatio". Esa selva introito salvaje, costará mucha cristiandad a fin de ser sometida. Por eso el Reino construye muros, edificios, ropajes, armas, templos, libros, ejércitos, hogueras, navíos, mucho catecismo, conventos y monasterios; pero sobre todo aprueba tabernáculos del Santo Oficio destinados a preservar las pocas virtudes que en aquellas tierras se dan, mediante la sapiente filosofía del castigo. Veo como nunca excelentes pintores y cronistas entregados a reproducir esta empresa directamente vinculada con el verdadero logos de tu creación, aunque nunca totalmente librados del antojo herético en cualesquiera de sus representaciones. Yo mismo he creído haber visto el fantasma de Ludovico deambulando en el atrio de Catedral con ocho espantables amuletos acordelados al cuello, todo él desafiante, flamígero y voluminoso contra natura, imprecándome a grandes voces e incitándome a desobediencia contra las eternas leyes de salvación; mas nada pudo esa gazmoña inferna contra los inmutables portentos del dogma, que por encima de cualquier dubitación o colérico error, se me pronuncia en cada pensamiento. Pero si únicamente fuesen dudas, mis engaños no merecerían vigilias, ni mis sueños andarían tragando muertos para echarlos al hocico del infierno como hacen esos fabuladores de quimeras, tan protegidos a hurto y barullo por las prebendas de mala cepa que su majestad el Gobernador, les otorga. No Señor, me consumen miedos, cárceles intangibles pero que olfateo en cada pebetero humeante del templo, en los barullos cotidianos de la gente, como si todo me fuese concedido a mala purga y en detrimento de mi vida. Soy pura enfermedad esclava, no pocas veces farsante, progenitor de milagros y otras metafísicas historias destinadas al espectáculo cristiano, lo admito. A cuántos anticristos habré asistido con estas manos figurándome delicadísimas venas y nervios dibujados bajo la piel de una doncella, cuando en realidad mis dedos acariciaban el feto informe de un ratón. sus muecas horripilantes me han cegado ante los misterios del conocer divisible, revelándome que en el fondo todo es inconformidad intelectiva; nada cuaja en medio del abismo, y por ello estoy seguro de que la verdad es inasible. sus monstruos llevan máscaras consagradas a ocultar el verdadero rostro de los dos arcanos más traicioneros del saber: poder y tradición.

Mil veces tu semblante ha sido modificado en cuadros que todo lo pretenden y nada logran. El pincel es sólo un instrumento emulador. Los ambiciosos, nefandos, locos y enamorados son esos pintores incapaces de pleno misticismo a base de luz y no de figuras. Tu posesión es pasado y presente, nosotros apenas torpes tortugas del tiempo, aspiramos a mínimos trazos del futuro, dado que existimos encasillados o mejor dicho, postrados ante las inquinas y no menos ante las ambiciones del orgullo. Muchas veces he confundido las necesidades del cuerpo errante con las carencias de mi alma. Sin embargo esta noche, mis párpados han acumulado fraguas de otro mundo. He visto a un hombre maravilloso y extraño que a las orillas de un río permanecía inmóvil en su mística postura. Estaba desnudo. Reconocí los cabellos lacios y la piel cetrina de caballo que pintan las crónicas. Sus fecundos pensamientos otearon el bermellón marino, gobernados a los míos con gualdas espesuras sin principio ni fin, como redondura tienen las perlas. Entramos en vorágine Señor mío, vi sangre derramada sin motivo aparente a los pies de una multitud que feliz gesticulaba cánticos y loas sin dejar de meter sus tarros a las barricas de vino, por doquier

esparcidas. Luengas vestiduras combinaban el armiño con el oro; uniformados a lustre de lo que sin duda presagiaba un acontecimiento excelentísimo con la furia solar que ardía sobre la multitud de monjes tonsurados, pegados unos a sus cabalgaduras, otros a pie juntillas, y muchos más oteando como bobos de carnaval por encima de los techos. Yo seguramente andaba cautivo en algún lugar indemarcado entre la multitud, ¿pero dónde existir cuando la realidad es uniforme?. Nada más confuso mi Señor que una multitud igual vestida, igual tonsurada sin discrepancia en los rostros y peor aún, silenciosa o entonada en igualdad absoluta de la voz. Tu Reino vive gracias a la disímil multiplicidad y no a las simples unidades que son amigas de la vacuidad y provocan además usura intelectiva y mucho delirio, a quienes concentrados en su torpeza, pretenden introducir el mundo en el arcón del sentido común.

Desde mi tiniebla visoré nubazos de mosquitos en rubicundo vuelo hacia nosotros. Quise advertir, mas todos mis intentos sucumbían a la nada. Esos hombres parecían obsecuentes con su extinguido espíritu, sin mínima conciencia del mundo; brujos, mutantes emplumados, atrapados en cuerpos distintos a los suyos, porque en medio del zumbido no cesaban sus cánticos y loas. Ningún fraile, ningún nativo aspaventeaba los piquetes de los bichos, aún cuando en su voracidad reventábales la panza de tanta sangre que chupaban.

Triste de verdad aquel espectáculo de bruñidos rostros y brazos ampulados, como si a todos les quisiesen brotar lentejas bajo la piel. En mi visión, yo aceptaba todo como verídico. Mi voluntad omnipresente carecía de brújula, por tanto decidí que aquella realidad inapelable, al no pertenecerme pasaría de largo su vértigo como tantos otros infortunios de la memoria he tenido. Sin embargo muy pronto mensuré la talla de mi error. Vi que la columna central se partía dando paso a un séquito notablemente más providenciado y poderoso que los anteriores desfilantes. Muerte o poder, verdad, congoja, fantasía o vana ilusión, jamás podré saberlo, pero mis callosidades y piquetes eran reales. Todo mi cuerpo ardía en comezones. Era yo aquella principal figura por la cual todos despejaban el sendero. Nunca vime cabalgando tan lozano y majestuoso a pesar del remolino que a contraviento arrancaba de cuajo los ladrillos de las casas. Temí zafarrancho mientras me aferraba al lomo de la bestia, mas nada inmutaba lo previsto, igual que poco antes había pasado con la plaga de moscos; por el contrario, al caudal inmutable se agregó una lateral enfiladura de mulos cargados de plata, que desde la boca más alta de una montaña, bajaban hasta la plaza donde lo sacro y común rendían toda clase de proemios. Juro mi Señor que jamás imaginación alguna contempló tantos ladrillos de plata, y menos a beneficio de un solo cristiano, porque inmediatamente al trasijo de unos nativos con paños en las verijas, un señor muy principal me designaba con su mano sangrante la extensión de mis dominios. Trazó una lenta parábola sobre el horizonte siguiendo la ruta de plata y no se detuvo hasta completar el círculo. En ese punto su dedo apuntaba una columnilla humeante, que inexorable se levantaba a un palmo del crepúsculo. Entonces el sofisma de mi sueño empezó a borronarse y una lujuria de verdadero poder me invadió por encima de toda voluntad. Nada existe sin merecimiento, dije, no hay cálculo fuera del destino; merezco placer y pecado al mismo tiempo. Acaso era recompensado a nombre de la infortunada cristiandad que tanta simetría y orden ha esparicdo sin menoscabo. De tal modo vanaglorieme, que acepté aquellos placeres con todo su exceso, imaginando a toda mi descendencia ya noble, ya inmortal en aquel reino desenmascarado sin héroes. Me acercaron a probar viandas en bandeja. No era un ofrecimiento cualquiera, sino alimento sagrado por igual repartido a príncipes y a filósofos:

carne humana, cruda, totalidad auténtica entre hombres y dioses. ¿Pero qué significaba tan asqueroso bocado?. Apenas lo pensé, una voz me ordenó: <<Agradeced a los dadores de la vida, comiendo vida>>.

Tuve miedo Señor, mas no podía, no deseaba retraerme, sus voces marcaban mi poder otorgado, pero también el ritmo de los futuros desastres que habrían de fatigarme la existencia. Mordí los primeros trozos taimadamente, dispersándome del tiempo. Fábulas incomprensibles acudieron a mi memoria. Por primera vez experimentaba un hueco tibio en la boca del estómago, pareciéndome que nada era, que todo consistía en la viscosidad de la carne que ya mis dientes masticaban con verdadero placer. Mirad mi diestra Señor, cómo despertó manchada con aquella sangre, deleite de bestias, extinguida, próxima a las derretidas llamas que arderán al final de los tiempos. Cerré los ojos contra un polvo contrario, el cual emplazaba mis cabellos despojándome toda fatiga de los miembros, a grado tal que pronto estuve seguro de haber dado con el secreto de la eterna juventud. Nada dije, nada vi, pues en realidad me invadió la absoluta dispersión de los elegidos. Nunca sabré cuánto tiempo transcurrió con las manos empecinadas en aquel manjar, pero cuando ya no quedaba más bocado en la bandeja me volví. Todos habían desaparecido, la ciudad era un fantasma de casas y callejones empedrados. Únicamente rondaba un ejército de borricos con sus cargas de plata enfardadas. Rumiaban plácidamente brotes de hierba crecida entre las junturas del empedrado como si fuesen caminos abandonados desde hacía mucho tiempo: un laberinto esperando ser descifrado; la soledad más terrible del mundo mi Señor. No era os juro, simple temor el fruto de mi desconcierto, me preocupaban los encubrimientos ante lo verdadero, el hecho de que se volviesen de pronto mucho más contundentes los indicios y no la finalidad, pues ¿cómo habría de legitimar mi poder?, ¿cómo?. Imposible respuesta, letra, premisas, coto a mi nombre, algo que transformase la espuma volátil en escritura, en ese único espacio donde perdura la verdad. ¿Pero quiénes serían mis lacayos?, ¿acaso fantasmas de hombres aún por nacer?. La respuesta no estaba lejos. Vi a un esclavo de los que llamaban "azogueros" en la escalinata de un templo. Estaba sentado con la mirada extraviada en el vacío. Me pareció un ser imposible, puesto que una vez más me invadía la certeza de que nada había comprendido, y al mismo tiempo repetíame que a partir de entonces todo consistía en el dictamen de ese último hombre, que ante lo inexistente, daba hierbas a un burro sin aspaviento ninguno. Desde el principio supe que mis pasos obedecían a un círculo secreto, cuyo principio y final estaba en el templo, hacia el cual dirigía mis pasos, pero ahora con los pies sangrantes, nada similares a los de un Virrey, sino con llagaduras iguales a las del ermitaño triste que un siglo antes había fundado el primer villorrio del Potosí.

Claustro dentro de mi propio cuerpo. las pugnas hereditarias empezaban a reclamar sus partes del equilibrio dual. si poco antes la historia y el placer se me revelaban como suaves remansos del cuerpo, ahora, según aumentaban mis pasos hacia la escalinata del templo, donde aquel hombre me sacaba la lengua, sentía que mis huesos tornábanse blandos y calludos como cartílagos de pájaro; el cabello y las barbas me crecían desmesuradamente, la piel se me colgaba pellejuda, en fin, todo íbame transformando en jayán de calabozo.

Finalmente, la monstruosa metamorfosis se revolvió en fragmentos de un ciclo sin fin cuando vime frente al otro. Su rostro parecía formado con la materia inmortal del alma. tenía ojos breves y penetrantes como sepulcros. Yo estaba tan extenuado, mi voluntad se había quebrantado a pedazos, me devoraba una fuerza de plagas heredadas, todas

vergonzantes y apenas útiles para sostenerme con las puras ramblas de los huesos, y eso mi Señor, parecíame bicoca frente al indiferente aspecto de aquel fantasma que no cesaba de meter pasto al hocico del burro, mientras mis pasos cada vez más extenuados dirigían su voluntad hacia la nada.

Locura, en su rostro vi hados perversos, la fría expresión de la muerte, aunque ya nada me provocaba miedo. Lo incierto habíame descendido. Padecía helada lucidez.

"Adivinad vuestras propias flaquezas. Cuatro cadáveres consumen el sueño. Vuestra voluntad desfallece. No hay vida sin cuerpo."

Esas fueron las únicas palabras que salieron de su boca. La débil esperanza de redimirme ante sus pies, me obligó a la más humillante de las postraciones. Como un aligator di contra el suelo, ya incapaz de gobernarme; vaciado, vencido, sin reclamarme nada, pues nada tenía, conjugado a la única premática dictable al juicio cuando manda el horror, y ésta era, sinfín del trueque, la continuación del pecado engarzado a cualquier verdad, a tu cambio, al mío, a tu limpieza infecta y no a mi corrupción. Será por eso mi Señor, que pronto adiviné lo contenido en su carcaje. Supe que ahí estaba el objeto de todas mis ambiciones, aún el de aquellas argucias provocadas por mi arrojo, que durante muchos años mantuvieron en secreto esos duendes del poder que me impedían conocerte. Infierno, salvación, cuál diferencia; lugares prometidos bajo el sol, pero de pronto somos blasfemos de baja estofa....<<¡Matadme!>>, grité.

Bajó en eso un descomunal pájaro. Yo le pude ver el plumaje crespo muy negro y una gola de plumas blancas donde saltaba el cogote. Su pico habiéndolo clavado en el cuero del carcaje, lanzó un graznido que metió gran espanto al ejército de burros. Un segundo zarpazo voló con todas sus degeneradas descendencia, pero esta vez destinado a las carnes del solitario hombre, que a todo permanecía inmutable en la escalinata. Su postura sostenida era en realidad uno de sus trucos fortalecidos por mi sueño, de tal modo que transformó las garras de aquella bestia en patas de gorrión. Con su taparrabo lo manteó a manera de peje volador, mas como el carroño no cesaba en su feroz batalla, multiplicó la fuerza y el número de picotazos. Yo apenas presentía trueques; furia hermética, sometido ya completamente a mi propia consumisión. Llamas del que nada sabe aunque pueda valerse de fragmentos, decíame, repetíame cuántas memorias jamás encontrarían luz en los albores de mi estirpe, si acaso aquel hombre sucumbiese ante la bestia y mi trofeo nunca recibiese autoridad en el mundo, porque entonces aquel sueño sería una de tantas quimeras adversarias a mi lecho, o lo ordinario de mis días tornaría de nuevo a sus causes, tan infecto como una pus en la conciencia. Tal vez mis balbuceos demostraban que al ganar postura de serpiente, el hombre baja, sucumbe a las postrimerías del averno y su lengua deja de ser instrumento parlante para dedicarse a pinchar alimañas.

Cuando ya mis oídos estaban cubiertos por unas como escamas, percibí los picotazos en el suelo, que indicaban el triunfo de la bestia. Salvo mi coraza, todo miembro se me puso a máxima represividad y nada me valió arrepentimiento, pues muy pronto sentí la iriscada fiereza de unas patas que primero me engarzaron y luego me arrastraron perrunamente hasta el pie de la escalinata. Insoportable desamparo, ganas de vomitar ácido mi Señor, impotente como estaba siquiera de incorporar mi retorcido cuerpo, ya no digo para librar la muerte, sino al menos para semblantear a mi verdugo. Mas nada podían esas mínimas ambiciones ante la flotación del carroño, que ahora me clavaba su pico a fin de que ascendiese los cuarenta escalones hasta la plana superficie donde esperaba festín con mis tripas. Yo inmolado, atrapado en la tortura sin destino como un Prometeo, estaba

siendo astragado por incontables picotazos de artillería delirante, como falúa que sirve de blanco a una flota de corsos. Mas en medio de mi ceguera, pude conservar un soplo de luz en el párpado; vi un paraíso de mujeres envueltas en los mismos colores enervantes de mi sacrificio. Cada una daba tragos al elixir de Alejandría y se curaba. Entonces me reduje a la nada, grité al pájaro todas mis impaciencias <<trágame hijo del gran madroño, húndeme tus garras y no des piedad al instinto que te conduce, porque de no ser tu pico, un sombrío relámpago será mi justiciero>>. Palabras sin derrotero, embebidas en la nada que inverosímilmente pronunciaban mis labios. Inflado expandía sus alas en círculo solar a manera de preámbulo macabro con mucho grazno reventado en el firmamento. Yo bramaba inútilmente a muestra de ferocidad con mayúsculo empeño y siempre imaginativo de lo que supondría extraviarme para siempre sin el aroma de un olivar. Sentí que en el Reino, todo ensamblaje muy pronto sería desbordado por la madeja enemiga del moro y el judío. cuánto urinario de oro, empréstitos, hogueras y más potestades me serían confiscadas sin peculio materno, pues en aquel momento recordé con sumo agravio que por toda familia me tengo a mí mismo.

Comprendí lo inevitable: debía morir sin ambiciones, y para ello nada mejor que la intemperie absoluta calcinada sobre mi escamoso cuerpo. Decidí entonces extenderme lo más aflojado posible y con el rostro vuelto al sol mi Señor, a fin de menguar toda resistencia. "Que sólo me hieran tus patas y no tu ánimo. No más vías secretas de guarnición a las almenas de mi pellejo". Sus mofas eran mis insultos, pero en cambio su pico escurría la baba del poder, cuya pestilente humedad se difundía sobre mi rostro ya reseco, ya muerto, ya próximo al cabazo negro que habitan los condenados. Cerré los ojos, me atrapó la niebla.

Nunca sabré cuantas horas transcurrí a merced del carroño, lo cierto es que no me devoró como dictaba el instinto. Despertóme la ráfaga de un aluvión. Tenía los huesos picados y la piel cubierta por un tamiz de ceniza, donde poco antes me abundaban escamas. Yo era un fragmento de todos los hombres, condenado a sobrevivir impersonalmente como las plantas. ¿Acaso no significaba tu desdén mi Señor, y no tu perdón aquella tránsfuga del buitre? ¿Por qué me circundaban los burros apacibles de la esclavitud?. Todo era en vano, cada pregunta se dislocaba en mil premisas y la circunstancia del absurdo, aumentaba con perversa lógica mi fatiga. Un solo objeto sería suficiente para demostrar que el tiempo en mi sueño no era una simple falacia. Vi entonces el solitario carcaje tirado al pie del pórtico. Me incorporé apenas como pude sin la entera posesión de mis músculos. Insoportable dolor en la diestra; dos dedos me había cercenado el buitre, aunque igual daba si me hubiese mordido el brazo entero, pues a esas alturas bastaba una mano para cumplimentar mi propósito. Ningún poder valía más que su representación. De joyas o encomiendas, primero la invensión de su poder y luego su cautiva potestad.

Pésimo bromista el mico de bruñidos pelos que trepó a mi cuerpo y luego emprendió juguetona carrera. Tomó el pepino de cuero jalándolo del correaje. Yo quise arrebatarle mi único tesoro a su divertida maldad, mas nada pude. Todavía mis extremidades bajas eran implementos pavorosamente grandes, como las de un elefante marino recién expulsado de su arrecife.

Colgó su travesura de un arcángel adosado a la piedra, gritaba exhibiéndome una dentadura sucia de zumos, al parecer irritado por la presencia de nubes eléctricas. Parecía un demiurgo gesticulando frente al espejo. Yo su imagen, él la mía, yo un simple guarapo

sometido al giro tremendo de los astros, él dueño y señor del único reino abanicado en mi sueño. Con mi diestra cercenada le arrojé una punta de alcayata, pero aquello fue lo mismo que un disparo a la sombra; la nada en la nada, figuración, magia o tal vez la única realidad posible. Comprendí entonces que únicamente la posesión de aquel título me otorgaría el derecho a despertar con cinco dedos en la diestra. Pasó un día, semanas, mi sueño prolongaba su "tenebrarum" hacia el infinito, en cambio el tiempo del mico transcurría inalterable. <<Si de algún modo existo....si no soy nada....de tus repeticiones....y erratas....otórgame este día....>> Repetí la voz de un judío ya próximo al patíbulo, que me llegaba desde siglos futuros. Sus palabras también eran mías, tenían la misma huecura de mi voz, aunque pronto fallecieron bajo el arco del fronte. Gurguité un torrente de líquido blanco y espeso como leche de mandrágora, el cual se me atoró entre lengua y paladar. Volví a dar bocanadas inútiles, tembeleco de manos y pies como suele un enfermo de amor. Un estruendo similar a mil andamios reventados, emergió de la plataforma. Primero un hoyo, después la franja fue extendiéndose hasta formar un huevo sin volumen. Por debajo la telúrica fuerza barría lentísimos movimientos de tierra. El mico lloró espantado, se descolgó del arcángel y fue a meterse con todo y carcaje a la boca del pozo, cuya parábola fácilmente alcanzaba dos cuerpos de profundidad. Olor a polvo quemado, confusión. Volaron muchas aves espantadas, luego esa delgada llovizna mi Señor que mojaba sin humedad, tan prismática de apariencia, que inmediatamente mis labios se alzaron en busca del tibio maná. Pronto hube saciado mi sed y ya recobrado un palmo de mis antiguas fuerzas, vi que una columna de luz nacía en el estrago. Parecía un abanico de plúmbagos. Doblé las partes blandas del peto, me sacudí con el puño cerrado y con el papo espeso tosí. Le ofrecí al mico un duelo final: o su muerte o la mía; que sólo prevalezca un destino, <<¡sal hideperro!>>. Me apresté a defender lo mío con similar terror al de un infante cuyo juego lo conduce hasta el nicho de una víbora. Mal hado a suerte sin fortuna. El mico emergió con presta carrera, directamente hacia donde me encontraba. Únicamente percibí el destello del espejo que me arrancó la lengua. No sentí dolor ni extrañeza. Levanté el objeto que había tirado el animal. Me vi empapado del mentón hacia abajo por un borbollón de blanco líquido. Tampoco sorprendióme la fuga del animal enredado a las babas flexibles de mi cercenada lengua. Pude ver cómo descendía la escalinata, y ya en la calleja, donde había dado principio el boato de mi nombramiento, vi que el buitre se transformaba. Yo quise despertar, no pude; atrapado estaba en mi sueño, los cabos inteligibles que ataban el tiempo de mi destino, ya no eran sino quimeras. Ni el hombre de los guijarros a orillas del cavernoso río, ni la columna de lacayos abriéndome sendero hasta el promontorio virreinal, ni el cacique principal que había trazado por encima del horizonte la extensión de mis dominios por la ruta de plata, ni la carne humana masticada por mis encías, ni el esclavo que al pie de la escalinata contaba los años ofreciendo yerbas a un burro, ni el buitre, ni el mico. Nada manifestaba sus rumores, todo era silencio, memoria. Cerré mi boca tumefacta y llevéme las manos a los ojos, al pecho, al sexo, pues necesitaba estar seguro de mi propia existencia. Varias veces repetí ese tacto vertical y sólo hasta que me sentí dueño de corpórea condición, moví las piernas en busca de papel informante. Curiosa paradoja mi Señor, yo sátrapa de mí mismo, con suma cautela hurgaba en plan de rata lo que anteriormente se me había ofrecido a cuerpo de rey. Las huellas del tiempo, sus años pestilentes confinados a congojas de felicidad, no parecían respuestas suficientes para el mutilado esfuerzo que me inundaba. Una raya de oblicua luz cruzome la frente cuando asomado al pozo vi mi cadáver a dos palmos de profundidad. Estaba tendido con extraños

aderezos trenzados a los cabellos y unos como trapos de papahígo por toda vestidura. La diestra cercenada empuñaba el objeto de mi cautivo sueño. No era necesario mucho denuedo para reconocer aquel pergamino en rollo: eterna esclavitud o regresión al mundo. Turbome tanto esa dualidad, que por un rato dediqueme idiotamente a contemplar.

Mis ojos se nublaron de sangre. Causas y efectos a trompicón se confundían en lo más profundo de la razón. Como un brujo ante su torc, me postré con templado espanto y miré el verdadero rostro de mi cadáver, el cual estaba azogado por una extrañísima felicidad. Tenía los labios plegados de lado a lado con visible mueca de sonreír. Toqué los párpados y oh, Señor, cómo revelar mi súbita congoja, cuando al hacerlo, sentí diminutos contraimientos en las junturas del ojo. Su rostro, mi cadáver alcanzó la coloratura de un lozano muchacho. Ahora yo estaba pálido, yo era el muerto, él simplemente yacía confinado al espacio de su lecho. No en vano a mí se volcó una sutil nube de moscos. Rápido hartáronse de mi sangre y al removerlos noté zonas de piel en plena descomposición. Ya no había tiempo ni esperanza pues el hambre y el hedor hacían estragos en mis entrañas. El fuelle de mis pulmones volvíase cada vez más inservible. Sentí vértigo profundo, cerré los ojos, díjeme si nacer o morir cuando retiré con sumo espanto el enrollado pergamino, cuyo invisible poder me jaló al socavón de un solo traspié y se derrumbaron los límites del muro. Así fue como di contra partes duras y huecas a un puño sepultadas. era como si un vértigo negro me hubiese jalado los pies al centro de un abismo incontrolable; no a razón de lo profundo, sino del vertiginoso vuelco entre rumores y telúricos movimientos que transcurrían bajo el acanto.

Ceniza negra en la boca. Escupí. Brumas pegajosas empañaban mis párpados envueltos en telillas impermeables. Al principio me parecieron telarañas, mas luego al frotarme noté una consistencia de lágrimas cuajadas. Pude ver, moví los brazos; las manos extendidas ya no tenían piel entre los dedos, eran las de un hombre y eso me liberó para frotarme con sumo escrúpulo ya sin el sacrificio de gránulas a punto de reventar su pus. Al contrario mi Señor, solté una escarcha suave y blanca. Mis escamas habían muerto y su antigua corposidad proyectaba la terrible sombra del romero que vio nacer. Cuánto desafío, cuánta gitana ilusión después de los hechos había en mis uñas humanas, cuando se entregaron con la más terrible fruición a hurgar entre aquellos escombros de tierra y huesos. Ahí estaba, lo desenrollé aún temiendo lo implacable, pero a medida que mis dedos iban abriendo el pergamino empecé a sentir que las figuraciones del tiempo presente retrocederían lentamente a mi alrededor y luego con mayor velocidad, hasta que vime al centro de un vertiginoso remolino de fuego.

Cuando todo cesó, pasé de la nocturnidad a un temple de luz comparable al que se filtra por los patios de la Alhambra. Junto a una pileta yacía un pequeño baúl que solazado en aquella extrañísima soledad, parecía un objeto de muerte. Me acerqué, mas al hacerlo noté que mis vestiduras parecían dignas de un alto jeque: lana escarpada, teduescos, faldequín dorado, chaleco estilo Ulises, en fin; las apariencias me dotaban poder, no así la realidad, que siempre me superaba.

Una lágrima de triste impotencia cuando vi que lo único en mi sueño era un estuche, un simple andamio carente de mensaje, por lo que resigné mi destino colocando el pergamino sobre la hendedura del paño que había en el cofre. Aspiré un delicado perfume y cerré la tapa. Fue una impresión fugaz, nunca sabré, lo cierto es que inmediatamente comenzó a manar un vaporcillo dulce y aguado del mismo anillo que circundaba la pileta. Comprendí que la inconsciencia del éter buscaba su forma pero sin rostro. No había nada

tras la cenefa humeante, únicamente lo descampado, lo yermo, el sueño, y eso me desesperaba más que la incertidumbre de nunca despertar. Volví a pellizcarme para ser. Mis nervios baldeados con eficacia y dolor me decían que sí, pero cómo, si ya lo absoluto en el tiempo fuera simple quimera, más vacía que un busto de Sócrates, y la esperanza que reservaba en la posesión del título habíase desmoronado sobre la misma tumba de mis falsos presentimientos.

Todo se había transformado en ruina, en polvo, en nada. Al cabo de un rato mi solitaria presencia quedó reducida a una llanura de trigo amarilla y feraz. Volví a sanar, pero ahora vime con mi sayal puesto. Enseguida distinguí una penumbra borrosa por donde salió un caballo montado por jinete de ballesta. El animal bebía humo con igual nostalgia, pero el jinete estaba enfurecido. Preguntome que hacia, dónde dirigía mis pasos, me pidió permisiones, mas yo a todo contesté que por única autoridad me valía mi sayo. Jinete y caballo empezaron a rondarme con denodado acoso. Pensé que tal vez era el unicornio blanco del África disfrazado acaso para que los hombres de vicio nunca chupasen el tuétano de su secreto. ¿Era yo Belerofonte?. Tampoco me pareció aquel un macho de alas plegadas, por lo que sometí mi fugaz impresión a la ronda de un experto cuadriga, y no preguntes mi Señor si en aquella circunstancia me deshice del pequeño baúl porque os diré que lo aferré como propia encarnadura. Tensé la mano y apreté los dientes con todas las ansias del mundo para que tan discreta crueldad en forma de creatura me revelase inmediatamente la naturaleza de mi sueño. Y fue que justo al otero de las traseras patas, el animal soltome una coz en el pecho.....Caí, morí, no sé.

A pesar del zumbor que bombaba en su cabeza, Bonifacio recordó la visitación del Corregidor y sintió el absurdo de no poder excusar su fatiga. No era simple ignomisión, tenía miedo pues nunca un sueño lo había despertado con golondrinos.

Atroz resaca, la sien inflamada. Notó al incorporarse, que flotaba en el pelliz empapado. Su pequeño Hércules, el viejo salterio de Cluny, la clepsidra y otros objetos yacían tirados en el suelo como si una tromba nocturna hubiese irrumpido en el dormitorio. A pesar de todo, le pareció imposible tal despropósito en un sonámbulo.

<<Nada importa>>, se dijo y respiró un relente de condescendencia. El capisayo y su diminuta fertilidad, eran los únicos volúmenes inobjetables en aquel espacio. Tuvo que hacer un arco de pájaro con los brazos, a fin de suavizar el escorio en forma de huevo que le bajaba por los sobacos. Pero la manta era demasiado gruesa, por lo que sangró. <<Nada importa>>, se volvió a decir, mientras se anudaba la cintura con un Cíngulo de Compostela. Cuando hubo terminado reparó en algo que desde un principio le había parecido incongruente; algo supraestático en medio del desorden, se trataba de una pequeña figura de barro, cuyos ojos arbotantes y bermejos, lo miraban desde un profundo confín. Se lo había obsequiado un adelantado que mercanteaba novedades en la Casa de Contratación. Aquella vez, cuando lo había puesto en manos de Bonifacio a cambio de un cuarto de cobre, le había dicho simplemente "tlaloc". Asimismo, sobre un buró esquinado, notó que había un pequeño baúl. Sintió miedo ante lo inexorable. Sabía que adentro estaba el pergamino que él mismo había colocado en el sueño.

Días maleados por la falta de luna. Para todo se conducía con desusual impropiedad en el dormitorio. Ya en vísperas del Corregidor, derramó un jarro de vino, sin excusar la torpeza frente al resto de frailes anclados en el pote de albóndiga. Y más tarde, cuando dispuso los enseres necesarios para darse el primer baño de primavera, se disgustó en serio con el segundo en turno, que había confundido el eucalipto con hojas de orégano; esa vez no deseaba remojón en aguas pasadas. El colmo aconteció después de toros, en el rito vespertino, cuando ya estaba la columna de fieles apostada en el pasillo central del adoratorio. En vez de hostias encontró una hogaza picada con berbechos. Al principio atribuyó el embromo a uno de esos cojuelos que tanto fastidio causaban a la sacristía, pero al cabo de un rato recordó que él mismo había olvidado una caja con hojas de oblea en el Consistorio. Entonces reventó, no podía tolerar semejante dislate propio de un monicongo, por lo que después de carraspear unos latines tudescos, giró instrucciones al hermano Piero Delafonte *el hermoso*, para que desalojase a los fieles del templo.

Como una cosa lejana que se intuye sin dudar, atribuía su desmemoriado actuar al influjo del tlaloc. Mordió unas uvas en manojo chupando contra el paladar su jugo fresco. Inmediatamente se dirigió al monasterio en busca del idolillo.

Tal vez un grito desgarrado y pueril ante lo mágico. No había más que una jarrita de plata en vez del tlaloc. Sintió que la devoración del tiempo le quemaba los pulmones a mordiscos. Su reprimida seguridad estaba siendo amenazada a la manera de un equilibrista punzado por un muñón caliente. Durante varios días percibió en la oscuridad, que un aroma sancochón a barro mojado lo asediaba, mas no como algo físico, real, sino como un espectro dilatado en el olfato (acaso broma de un espíritu resentido contra el palio y la sotana). Lo cierto es que tres días después, Bonifacio irrumpió en el salón capitular del Consistorio con rostro de león octagenario. Ni siquiera los dos tarros de leche de burra caliente habían podido contra el insomnio. Ahora, con los sentidos alterados debía enfrentar al oscuro poder.

—Bienvenido señor obispo, dijo el Corregidor. Sea vuestra presencia grato acontecimiento en esta junta del Municipio.

Risitas nerviosas de quienes notaban los ojerones del obispo. Mucho bombín, zapatones altos, púrpura, talco de carey. Las cabezas como degolladas por la gola.

Era evidente una costumbre dominadora en los curules: preferenciar lo terreno sobre lo celeste, pero muy *a cuenta dientes*, como se decía en las tabernas. Sin duda

proliferaba el viejo pico entre ambos poderes. Finalmente *cada culo en su sitio*. Bonifacio bostezó.

—Muy estimados señores, os agradezco a nombre del excelentísimo Señor Gobernador vuestro comedimiento. Sin más preámbulo quiero anunciaros el motivo por el que os he convocado. Estaréis enterados cómo a últimas fechas, la trata mercantil en tierra de Indias, nos ha incrementado abonos en el pago de empréstitos y rentas a precio de fúcar, esto último a consecuencia del veloz apremio con el que nuestros fundidores rescatan el oro, plata y especias de aquellas tierras. Pues hoy quiero someter a vuestro juicio otra nueva mercancía que también requiere de crisol. Quienes lo han probado aseguran sus bondades entre viejos y tullidos. Pocos meses ha que desembarcó en Sevilla un novedoso cargamento en barras. Según la primer datación del navío ingresaron doce arrobas para fundir con leche, llámanlo "choco atl". ¡Pasad a Ontiveros!.

Joven, estoico, se abrió paso entre la guardia, un cocinero que más bien parecía almirante con su hopalanda. Cargaba una charola con tarros humeantes que traían barritas de canela salidas a modo de pajuelas.

Tras el murmullo dio principio una marimba de sorbos bajo el cabeceo fuerte y parejo de las calvas. (Hermosa cuadratura para un Murillo), hasta que Bonifacio se levantó visiblemente enfurecido.

—Este licor es insoportable. Muy caliente, muy espeso....ha turbado mis cabales.

Nadie se inmutó cuando lo vieron salir. Desde tiempos de Príamo, todo jerarca reconocía la arrogancia del súbdito que se mueve por otras ambiciones. Así lo entendió el Corregidor una vez que percibió el apruebo mayoritario. Con tal democracia, no solo se aclaraban los destinos mercantes del extraño brebaje; desplegábase otra provisoria, aunque no menos potente fortaleza en el mando: la voz del inquisidor.

Ese día lo dejó transcurrir muy bucólico. Necesitaba terapia de olivar para despejar los pulmones. Que todo fluya lentamente como en una isla de leprosos, ligero, fácil, porque a pesar de lo incomprensible, los huesos temblaban ante la idea de ser traspasado por una lanza enemiga.

Pasó una ladera de olivos y en un abrevadero se ablusionó desnudo. Ya en la sombra, cuando se secaba con el jubón, musitó una interjección colgada, seca. Los golondrinos se habían reventado y en la punta del dedo gordo le colgaba una última escama bien adherida. Nervioso disimulo. Se limitó a repetir unas coplas en ritual, para compartir su culpa teogenética. En seguida se alejó ya sin el garbo pietista y moroso tan asimilado desde aquella mocedad, cuando solía practicar con tozudo empeño las primeras lecciones de semiótica gestual.

Antes de un potaje de alubias con chorizo, le llegó esa noche un claror de verdad: aquel brebaje del Corregidor olía a barro fresco igual que la estatuilla robada, y para colmo, empezaba un aguacero francamente de trópico.

Hunaib Puh Azhogue, tal es mi nombre pronunciado en lengua Castilla, no así en la nuestra donde casi no hacemos grande la boca ni alzamos mucho la voz para no enturbiar a los pájaros. A veces no atino la cuenta de mis años, acostumbrado allá como estaba a ir poniendo granos de maíz, año con año al molcajete que nos ponía el abuelo donde nacíamos. A todos nos tocaba un regalo planta y otro piedra, de tal modo que nunca desbalagábamos el tiempo continuado que los dioses regalaban mediante dos culebras amarillas, que amanecían embrocadas a la puerta de nuestro palmar

El destino encontrado que protegía la heredada sabiduría mandaba desde entonces. Al principio la vida, después, el canto y al final cada muerte, golosa, dulce y negra como pellejo de mango caído. No simples bestias de escurrido cuerpo, la culebra amarilla nos protegía contra el espíritu cambiante del humo, contra los funestos presagios dictados por Tohil bajo luna menguante, además era gran señora emparentada con el gran *Coatl* de plumas que sangra los hocicos y a sus hijos devora donde las tierras humean entre grandes atabales y joyas de pedernal. Así que las metíamos al rincón más aparejado del palmar y ya no eran ellas a semejanza nuestra, sino cada uno a imagen y voluntad de la serpiente, por lo que pronto aprendíamos a tocar el mundo con la punta de la lengua y a rozar nuestros pechos contra la húmeda ceniza de barro que nos daba la simiente, por eso dormíamos enredados a su enroscado cuerpo. Aquí es otra cosa, los días cambian sin permiso de las estrellas a dulce o vinagre según esté grisada o blanca la máscara solar. Yo todavía me afrento cuando llueve, aunque a mucho blanquiñoso esto parezca risible, dado que cierro los ojos y veo micos, garrobos, pizquetes y aves amilanadas que huyen a la selva, dejando ecos rebotados entre las ramas, mientras el llanto da vueltas mil veces en busca de luz quemada. Se muere una culebra, nace un niño y a muchos viejos les entra gran espanto de sol mojado, tanto que mandan matar al puma de pelambre dócil, y ofrecen su garganta sagrada al Dios del agua. Todos acudíamos al centro del cabheme; ahí yace nuestro dador de vida metido en un cesto. Bajo el aguacero nos aprestamos a ser naturaleza sin maldad y a renovar el eterno ciclo de aire, luz, tierra y agua. Un sabio guerrero viene a levantar el cesto para que todos podamos beber como de una fontana la sangre chorreante del puma. Luego, con el sol renovado se multiplica un búcaro caliente, suficiente para unir espíritu a la carne. Mariposas, lagartijas, pequeños espejos de agua esparcidos a ras de suelo.

Allá todo flota como el colibrí en busca de tuétano. Las palabras dejan sus refugios y empiezan a enroscarse ligeras hacia las cuatro extremidades del cielo, incluso arañas de hilo, flacas y transparentes que poco antes andaban colgadas a un heliotropo, bajan al escampo de unos abrevaderos azules y caminan sobre el espejo de agua, su puerto natural. Fuerza pesante y fuerza flotante mantenidas en parejo equilibrio sin ganancia una de otra, porque lo impulsado por el bulto del cuerpo es amainado y repartido en la flacura y doblegues de las patas. En ese principio suspendido hablamos, en ese mismo principio del cuerpo y el agua construimos embalses, guerreras canoas, hamacas, lancetas, cañutos para aspirar humo con hoja seca, pero muy sobre todo nos atenemos a él, cuando gran Tohil ordena levantar nuevos aposentos.

Muchas lunas del Búho Pescador he visto después de la lluvia. Las fogatas iluminan cascabeles de agua, redonditos, panzones. Son pepitas que tiemblan bajo esa diosa purificante para los rostros mudables de los hombres. Embriaga su pálpito más que los fermentos de la isla, por eso a Cuanube le gustaba salir a rebozar sus carnes bajo luna grande. Yo la vi muchas veces untarse luz en el cuerpo, se le escurría como leche de guanábana. Por eso el contorno de su destino es reflejo del mío y por eso mismo di con ella una vez, cuando la perseguí hasta el agua sonámbula de un pozo. Ahí olí su búcaro silvestre a cambio de unas patas de chuparosa que a sus cabellos adorné. Luego me volví un cabrito lamiendo su pulpa sabrosa como azúcares de hojaldre y nos folgamos a maravilla de los cuerpos.

Apenitas nacía la primera luz de oriente cuando el canto del Búho Pescador se nos vino a meter en la penumbra del sueño. Entonces abrí los ojos y tuve miedo porque una luz violeta cruzaba por lo alto del lunario y muchos animales andaban huyendo con gran sobresalto lo mismo pájaros que micos o pardos jaguares, pero muy sobre todo mi trunca memoria recuerda el espanto de una gran serpiente que modificaba los dibujos de su escamada piel y lentamente se deslizaba tronco arriba en busca de su hembra. No pasó ni un palmo de sombra movida cuando vi a las dos hermosas hijas del dios-tierra sobre una rama baja del árbol; fundidas, enredadas en mortal abrazo. Mamalahuashi, que inmediato comprendí: estaban dándose muerte; presentían mal agüero.

Cuanube me apretó con toda la mano ante la extraña mutación de los vientos. Color gris y lamento del mar, cuando un sahumo del incienso que nombran acá, se nos vino a meter por los olfatos a manera de tufo. Nada parecía conforme a su lugar, ni siquiera las pitahayas que manaban zumo violeta como si una flecha las hubiese perforado.

Hube de ser insolente a fuerza de Cuanube porque en medio del estrago pude ver la suave flotación de una transparente araña sobre el espejo de una zarca. Parecía el único ser apaciguado bajo aquellas nubes que poco a poco grisaban el cielo. Por momentos el viento soplaba calmones y las palmeras entraban a ligero reposo, mas era inútil, sentíase la inminencia de un trancocho negro, de un temporal sombrío, círculos de augurios que siglos antes habían advertido los ancestros.

De un escalofrío me soltó Cuanube y luego empezó a correr impulsada por el instinto hembra de zafar al enemigo. Yo quería seguirla, pero invisibles fuerzas me decían que la clave del desvarío dibujaba sus líneas de fuego bajo las patas del arácnido. Así que regresé donde la zarca y me doblegué a tierra como hacen los oidores de volcanes, con tal de ver a ras de suelo las maniobras del arácnido. Temblaban sus patas clavadas en la fragilidad acuática del espejo y a todo alzaba y abría unos pequeños garfios que yo interpreté como señales de habla. Somos pura figuración debatible, me dije, puro retorno al telúrico poder que lucha por decirnos más allá del simple destino. Ser, no hacer.

No pudo más el equilibrio dual, se rompió la tela del espejo y la pequeña zancona hundió sus patas en el agua. Fue como la orden de un filósofo. Todo cesó inmediatamente de provocar aspaviento, seguido por suave mengua de algarabías, aunque mucha tristeza me hubo por las dos serpientes que al pie del árbol *tahuli* yacían abrazadas a la muerte.

Vi en eso que un calmo se hacía en las olas del mar frontero al asiento de mi pueblo. Andaban pájaros con el buche inflado volando bajo, muy desorientados por la

orilla de la playa y mucha cantidad de cangrejo daba en salir apresuradamente de sus hoyos en busca del agua espumante que se había tragado la arena. Grande sonaja de tenazas y luego otra vez inmóviles, expectantes, apenas enterradas a medio carpacho. Sonaban los tambores. Niebla.

Fue así como surgió en medio de la bruma del mar una torre que pesadamente flotaba sobre monstruosa barriga, cuyo luengo trecho del hocico fue primero lo que ingresó por aquel aire dulcísimo de nuestra isla.

Sentí un fluvión gélido en la sangre, ante la cautiva presencia del monstruo y pronto surgió en mí, ese temor del pequeño manatí, cuando hilvanado a bajas aguas presiente que la fuerza de un extraño boquete lo va a succionar. No podía ser ese mi destino. Corrí entonces hacia la selva, con velocidad, con furia, invadido mi cerebro y el resto de mis nervios por la turbulencia negra del que nada sabe porque nada le ha sido revelado. Mas en mi agitada carrera, también supe la magnitud de aquel descubrimiento mío. Sonajas y tambores empezaron a convocar influencia del dios agua, del dios viento con sonidos huecos y largos que angustiadamente anunciaban lo mutable por venir. Yo a todo lanzaba incertidumbres al tiempo, contra ese nocturno navío de velámenes que hacían muescas en el viento, sin posible unidad, asomado a las playas de la isla y que parecía detenido en espera de larguísima fecundidad.

Sí, tienes razón, me gritó un mico. El futuro es incierto, nada sabemos, nada entendemos, apenas una hoja de árbol flotando, pero aquí mismo donde arraiguen buitres y gusanos, también habrá un día ciego en forma de gemelo sangrante.

Como si en mi negado espíritu no cupiese ya el asombro, aquel repentino parleo me detuvo en seco. pensé en la gente, pero qué hacer si nada sabía, luchaba contra la frialdad inmóvil de mi agitación, mientras otra parte de mi joven curiosidad preguntaba una y otra vez a punto de meter mis pensamientos en el cuenco del abismo. decidí entonces trepar hasta la parte más alta de un árbol sin atreverme a mirar las constelaciones que regían el firmamento. "Nunca des en mirar atrás cuando fuego desprenda el viento", me había dicho una vez mi padre Yohuto. de tal modo, abrazado a una rama y preso de atroz excitación, observé largo rato en silencio hasta el punto centro del oriente y dígote, que fue así como vi por primera vez a las tres montañas flotantes que llegaban de oriente.

Me apreté sin juzgar más allá de la fantástica revelación que por mis ojos ingresaba. Pregunté al mico del árbol que rápidamente se descolgó hacia donde yo estaba y parpadeante me dijo <<no hay palabras, no hay memoria, el tiempo ha llegado, son días y noches contrarios a la serpiente con plumas, pronto sabrás cuando te sorprenda la primer vergüenza>>. Entonces lanzome un trozo de aquella misma serpiente que antes había visto abrazada a la otra en su nudo mortal. Y me dijo estas palabras que todavía conservo frescas en la memoria <<Han resucitado en esta carne fuerzas contrarias a nuestra existencia; prebenda de crueldades y misterios por venir, justo bajo este árbol consagrado a las extrañas fantasías, donde una mañana de fecundos colores serán sepultados en túmulo, muchos cadáveres sin palabras, sin memoria, envueltos en piel de perrito y luego hechos humazo con el fuego de sus candelabros>>.

De nuevo aparté hundido mi cuerpo entre hojas bajas, confuso ante las advertencias que mis oídos percibían, mas al mismo tiempo me sentí embriagado; la disipación del nublado por fin desvelaba la total envergadura de tales naos que llaman *carabelas.*

A los pocos días ya tenían su nombrado grupo amaestrando papagayos. el gran jefe taíno que a todo miraba desde su palmar, quiso dar en virtud de recibimiento, cestos con plumas preciosas y festones largos, adornados con minerales traídos del Petén Mayab. A cambio los hombres barbudos, que así mirábamos como por obra de otro mundo, regalaron bonetes coloreados, piedrecitas brillantes de inagotable fulgor, varios diminutos cascabeles de bullicio tan extraño, que a muchos les hubo por cierto el rumor de las profecías.

Al gran jefe le pidieron su dedo gordo para embonarle un anillo, que de sumo orgullo nombraban *fierro*. y ya cuando los regalos parecían agotados, un provinciano que se decía natural de Huelva, puso un grande colguije de unos como espejuelos en el cuello de la princesa Ñaidú.

Su blanco es arenisco, pensé, ¿De dónde vienen? ¿Son acaso humanos dese modo tan cubiertos de pelambre y vestido todo el cuerpo?, ¿Por qué sus ojos atienden con tanto esmero a nuestras partes de procrear?. Todo parecía maravillarlos como si antes de aquellos días, nada parecido hubiesen visto: el color de los pájaros, el tamaño de los cocos, las hojas de los árboles, en fin, hasta vi a uno que no cesaba de admirar la confitura de la arena sobándose el lomo en ella muchas veces, como hacen nuestros cachorros. Pero sobre todo admiraban a nuestras mujeres con infinita bondad. Se amontonaban muchas veces en torno a quienes tenían más luengas y firmes las carnes. Parecían anegados, mudos, enredados en el silencio que sufren los mortificados, a grado tal, que pronto aprendimos a simple oreja los vocablos que más brotaban entre las palmeras: *¡Aleluya!, ¡salve, salve y aleluya!*. Voces que al principio asumían con descarada mansedumbre, mas luego, ya vencido el tenebroso arribo y pasado el umbral de no muerte, las empezamos a decir con ráfagas de pavor. Sentíamos que los flamígeros alados que dibujaban en la arena con gran gesto y aspaviento, pronto bajarían de oriente a marcar nuestros cuerpos con esas herramientas largas, picudas las más, terminadas en extraños números y garabatos a cosa de mucho ingenio y las cuales empezaron a desembarcar en fanegones junto a grandísima cruz, inmediatamente pasado el tercer día que nombraron *del Señor*.

<< Ha cesado toda muerte. Paciencia, guardad y comprended esta nueva realidad. Nada temáis, somos hijos de profundas simetrías y hemos sido conducidos a estos jardines por obra de la Trinidad, . Allá lejos el mar tenebroso, aquí el mundo sin muerte, paraíso del fémino reino, eternidad cuya simiente nos ha sido encomendada multiplicar....¡Salve!,¡aleluya!>>.

Sus parlas no eran de este mundo, asustaban a los pájaros de la manigua y discutían acaloradamente si acaso éramos ángeles o simple fauna, de tal modo que a los pocos días, con suma prudencia, tomaron a unos cuantos de nuestra gente y los llevaron a unas dunas apartadas. Ahí pude ver escondido en lo alto de una palmera, cómo les abrían las bocas dándoles ramas a morder y esqueletos de pescado capturados a vario tamaño. Al joven Tahili que no cesaba de reír, le pusieron diferentes cordones en el cuerpo, y luego traspasaron lo visto a unos papelones amontonados en manojo. Pero donde más buscaban, era como ya dije en las partes de procrear a manera de comprobar si éramos como decía el abate principal, descendientes de ángeles caídos.

<<Sin duda el macho no alcanza dimensión. La cavidad hembra se abre con más vocación a tierra y por dentro se palpan grumos hirvientes...obra de Belcebú.>>

<<Pinzón, de la Cosa, observad aquí, no hay indicios de pelambre, parecen amelonados, aunque a esta preciosa le ha nacido un ligerísimo como vello de melocotón. Seguramente nunca hubo simiente apareada con león>>.

Esto que os digo no es cosa volátil, pues con el transcurso de los muchos días que anduvieron entre nosotros fui aprendiendo los rudimentos de su lengua, y en las variadas veces que repetían escrutamientos a nuestra gente, yo trepaba como era mi gusto, a una escondida palmera desde donde cautivaba sus veredictos, mas como siempre llegaban a lo mismo, empecé a saberlos de memoria.

Al principio, las ansias de otro Dios andaban regocijadas; no había culpa esencial a pesar de que algunos ancianos temblaban en lo profundo de sus chozas. Comían el sagrado testículo apenas asado y sin cáscara, porque algo en ellos marchitábase como fruto caído. En cambio, las hijas de los señores andaban turbadas y recibían regalos de amor que flotando amanecían a orillas de la playa sobre piraguas alumbradas con antorchas de palma: jícaras repletas de miel, cocos, loros, guacamayos, resina fresca, hule rosado, mazorcas de tierra templada, vajillas de barro, chiles en polvo, sal y bules mojados en aguas con aroma.

El universo de nuestro tiempo parecía detenido en esa paz trancochana que aparentemente se justificaba sin explicación. Tal influjo resoplaba en las fiestas. Danzaban guerreros en sandalias de plumas y cada uno mostraba sortijas de colmillo ante los eminentes consejeros que simulaban heridas con tierra colorada y silbaban muy alto, disparando flechas a la constelación de los muchachos, de tal modo que pronto se reunía grande cantidad de perritos a llorar bajo la diosa luna. Después, cuando acallaban los silbidos, el rebaño de perritos ixcuintli lamía las simuladas heridas con sumo regocijo, pues no dejaban de mover las colas.

Pero en medio del ambiente se fruncía el nauta de Génova. Los mosquitos y el bochorno lo tenían sofocado. Lanzaba denuestos porque nadie hacía caso, todos querían aprender esa novedad de acoplarse frente al mar, a ritmo de tambor.

<<¡Bufáis como cerdos!, ¡No es esa la curiosidad que debíais satisfacer! ¡Inmundo vicio jadea vuestra carne!>>

Él mismo aguantaba el calor sin salir de su coraza, y aunque todos en la isla éramos sin necesidad de ropajes, muchas veces lo vi abrocharse capotes hasta la nuez con harto pánico. Parecía cántaro encerrado en sus cueros de afilar, un mendigo dramatizando el existir que siempre recomendaba entregarse al equilibrio, al dispendio sin atrapar, sin gula. Pero nada más era ver cuando las princesas del humo caliente se pintaban una luna en el ombligo, daban color como puntas de lanza en sus pechos y luego danzaban para disipar todo mal, entonces castañeteaba cual esqueleto en fiebres. A veces de la concha a la boca tiraba el ostión, goloso.

Armonía preestablecida, orden cósmico, inmóvil tradición. El dogma enrolaba sus lansquenetes y bailaores en busca del ciempiés cristiano. Amasaban hostias de casabe colgados en sus hamacas; divertidos, mientras otros asaeteaban pájaros con nuestras flechas, cuidando siempre de no matar para seguir el festejo y prolongar la *faena* del agonismo.

Pero la virtud que al principio nos pareció consecuencia de viejos dioses, pronto se desmoronó como arena. Sucedió la noche del primer *Te Deum*. El cielo estaba limpio de estrellas, únicamente la máscara blanca de la luna iluminaba el estuario del mar. Cuerpos tirados por todas partes, abotagados por el calor y el fermento de palmera, moviéndose dificultosamente como lagartos atrapados en una ciénaga. Junto a cada hombre yacía un coco pelado con su sorbetana encajada y una rodajita de limón. Ese día el beber entró en angurria, merced a la novísima ordenanza decretada por el nauta Christovao en cuanto hubo terminado el vigésimo rito de misa en la isla. <<¡Todos a desnudar, que vueltos a la tierra sin edad carecemos de pecado. Pertenecemos desde ahora a la estirpe de Adán!>>.

Pero yo nada bebí, aguijonado ya con el punzo de la duda y muy dolido porque días antes, le vi a Cuanube un aguamanil recubierto con brisa de aljófar, que habíale regalado un extremeño de nombre Castrejón. De modo que me puse a vagar por los cacahuatales, únicamente gobernado por dudas y remordimientos. Me preguntaba si acaso eran de verdad viajeros dioses o tristes figuras de otra humanidad apelambrada. Nada es verdad, todo complace nuestro destino, pero cómo saber, cómo dar con el ombligo que separa tanta diferencia. Por qué llevaban cubiertos los cuerpos, atrapados en sí mismos. Por qué les había gritado el dicho Almirante cosas de un tal Adán para quitarse los ropajes, como si la desnudez natural fuese novísimo aspecto, repulsivo al rostro del cuerpo, díjeme, pregunteme una y otra vez con denodada incertidumbre, cuál era el putrefaje que muy recio manaba de sus bocas y de sus rabos.

En esos pensamientos andaba sumergido cuando topé con la orilla de una zanja, cuyo hocico era mediano como dos cuerpos. A un lado yacían esparcidas algunas cáscaras de pitahayas, un cuenco de copal derramado y algunas pepitas de cacao teñidas con pulpa de guanábana. Tocado por filosa verdad, presentí lo que inmediatamente mis ojos vieron, pues al asomarme salieron espantados tres pájaros carroñeros, y era que al fondo, bajo un sartal de palmas yacía la hermosa Ñaidú, todavía con el rostro pálpito, sin extinguir los tejuelos de oro que adornaban sus pestañas. Yo, que nada sabía y todo temía hice aspavientos al dador de vida, me mordí la lengua y escupí ensalivada sangre a los pies de la niña, con tal de marcar el sitio favorable. Bajé al mar con el cuenco de copal y recogí agua sin espuma. De regreso vi críos de tortuga que dejaban sus huevos y corrían hacia el mar. Sin duda se aproximaba un ciclo nefasto.

Dificultosamente descendí por las calludas paredes del foso sin desprender el cuenco. Mojé sus cabellos esperanzado a filtrar sales y humedad. Pregunté, mas nada, estaba lejana, muerta sin estruendo. Antes de regresar, punzado más profundo por invisibles tenazas, descubrí el aroma del matador: los labios de Ñaidú olían a ajo.

Esa tarde callaron atabales y sonajas, abruptamente como la escupida de un sapo gigantesco. Mi hallazgo comunicado al gran Tahili se hizo chorro de fuego en medio del camino. Allá lejos alguien había profanado sin consultar a los dioses.

Hubo espanto, mucho bullicio como escarabajos. Se habían perdido las cuentas de la oscuridad: lodo con barro caliente, cañas humadas en tepeshco, bultos de ópalos, amargajitas, tiestos de cervatana, labores, plumajes, todo abandonado, intocado para no "ser" en medio de la culpa como en aquel día del gusano cuando pasó el cometa.

Salimos todos a insituable distancia del grupo funerario donde traían a la princesa Ñaidú, toda cubierta de flores y acostada sobre una rebozada canoa. Parecía infinitamente quieta, casi feliz de ser nuestra princesa de la ceiba. Ni un sonido, ni una mosca verde, únicamente pedacitos de mangle untados con polvos de yopo circulaban de mano en mano, que luego empezamos a mascar porque sentíamos congoja, marisma, temor de enfurecer a los dioses cemí, por eso a muchos nos vino un como apretón esponjado en el riñón y orinamos largamente hasta quedar exhaustos, con ligero temblor de piernas, aunque no por ello dejábamos de cantar lamentos, tal si una resolución de muchos siglos hubiese descendió a prestar entonación.

Mi distraída realidad se desvaneció mientras abríamos sendero a Ñaidú. Atrás del último ayuda, como incrustada cola de sargazos, venía un grupo de blanquiñosos desnudos y cabizbajos que andaban desguanzados y a pequeños empellones. Al frente dos encapuchados de los cuales uno paletaba extrañísimos humazos al aire, mediante un tieso cordel que sujetaba dos mitades parecidas a coco partido pero que se abrían espantablemente como fauces de jaguar. El otro blandía ese grande amuleto en forma de cruz, el mismo que nos mostraban empeñosamente desde su arribo. Ahora estas palabras no podrían capturar el sosiego que a pesar de mi contrariada voluntad me escaldaba el cogote, como si en vez de yopo hubiese mascado azagayas crudas. Mas en aquel momento sentí que los hombres de Castilan untaban pereza y falsía en sus desplantes de lamento, quiero decir excesivo mogollón para que mejor entendáis, pues ¿cómo era posible tan rápida mutación de muerte a lágrimas, donde no existe parentela?.

Bajo lluvia de flores fue conducida al mar la canoa-nicho donde iba Ñaidú, y a esto sucedió que un fraile y su escribidor estaban empeñados en seguir a los cuatro dadores que se aprestaban a fondear en aguas más profundas a fin de librar a la niña. Querían dar testimonio a sus reyes. Pero una ola de contraviento cogió sesgada su canoa y diolos al traste con todo y candelabro encendido. Nos quedamos todos a la orilla con los espíritus adormecidos, cantando, viendo cómo la canoa de la niña parecía mecer a un recién nacido. En vez de candelabro salió de la ceiba nube de cocuyos muy luminosos que fueron a pulular sobre las flores que cobijaban a la muerta. Era sin duda un gesto sagrado. Todos entendimos que la ceiba otorgaba un último tributo. Así vimos a la canoa alejarse como una lamparada flotando sobre las aguas.

Al día siguiente hamacas vacías. Mucho cangrejo andaba feliz entre los restos de coco y limón. Mordían cáscaras y disputábanse flores como niños crecidos sin padre. Otras veces mordían el aire húmedo con enconada fruición, y yo que recién me había levantado, vi aquello como gusanos en torno a cadáver. Ni siquiera el brujo torcedor

había apagado los fogatines donde cada madrugada hervía caldos y preparaba ungüentos. Caminé amilanado, sin reparar en aquel almizcle; me sentía defraudado incluso con los micos porque no chillaban su labor de llevacuentos. Pero quiso el destino volver al espacio hurtado más pronto de lo que me había deparado cualquier sosiego. Hacia donde yo estaba muchos hombres de Castilan dirigían sus pasos. Traían a uno sin sonido de lenguaje, sin gestos. Lo arrastraban por los brazos como si fuese pajarote derrumbado por un rayo. Sentí miedo, temor a ser enfrentado, sojuzgado por esa plebe de robusta coraza, nada integrada a los fundamentos de la armonía que yo notaba en lo profundo de sus pisadas sobre la arena. Poco sabían de ligereza, pensé.

Frente a mi perpleja presencia pasaron de largo sin reojarme siquiera, todos metidos en actitud de jerarquía. Reconocí al Adrián Muxica, al Valdivieso y al uñaslargas Escobar. Del pobre cautivo recuerdo su rostro lejano, extraviado, clavado en los orificios del lunario, pero con cierto aire furibundo que mantuvo hasta llegar al primer "castigadero" recién comenzado en la isla, desde que un gordo llamado "Tubérculo", sembrole veinticinco azotes de lomo a rabo.

Nuestros notables señores ante la mucha barulla que hacíamos los curiosos, decidiéronse averiguar de propia cuenta lo que acontecía. El gran jefe Tahili se colocó tres plumas en el penacho y preguntó si acaso esos rendimientos de castigo y la sombra de aquel hombre debíanse a la muerte de Ñaidú. Por toda respuesta el nauta se acercó al cautivo nombrándolo fuertemente <<¡Castrejón de Olivenza!>>, lo cual sorprendiome gran cosa porque sin duda era el mismo extremeño que habíale regalado a Cuanube un aguamanil con aljófar.

De frente a todos y sin mínima liviandad, soltó el Almirante los nudos que sostenían el calzón del malnacido. Vímosle todos el miembro quemado. Parecía el furúnculo de un agutí machacado por años de sol tropical. Sin embargo los designios que nos gobernaban eran incapaces de distraerse, las fuerzas que sostenían el ciclo vital del tiempo no podían transformarse en simple perdón. De tal modo que silenciosamente, casi de un modo hipnótico, el gran jefe pidió arco y flecha. Nadie supo cómo atravesó el corazón de aquel hombre. No hacían falta palabras, toda verba flotaba peligrosamente perdida. Comprendí que habíamos ingresado a tiempos de fango, al ocio brutal.

Días enmascarados, laconismo ya próximo a límite, más que nunca sumergidos en el arremolinado trance de aspirar yopo y deslizar historias por lo bajo. Se decía, se comentaba escondidamente la recia flechada que había metido nuestro venerable a ese corazón que había sido negado y ofrecido a la menguante voluntad de los dioses. ¿Por qué se mostraban agredidos? ¿Acaso no se habían sacrificado estos mismos dioses para nacerlos, soplar vientos y mover sus naos hasta topar con aquellas nuestras tierras que decían del Paraíso?.

Pero ellos tenían el poder de contar los días, podían hablar con los dioses y meter saña contra nuestra gente.

Un día se inauguró el primer trabuco: estacas de tronco afiladas a manera de cerco. Garzones de alambre enroscado a la entrada. Fermento y espejuelos a toda hora so condición de ponerse *naguas* y reproducir con la diestra la misma forma del amuleto cruzado. Adentro del gran palmar, micos disfrazados de sultanes palmeaban y pericos había que soltaban quimeras. Por tres pepitas de cacao se ofrecía una espumosa bebida a base de nuez de coca y esencias agrias. Un mocito de barbas relamidas chorreaba el

negro brebaje, mediante una manivela que succionaba los fondos de un barril[9] <<¡Bebed chavales!>>. Todo con muy buenas palabras se convidaba y medianamente acudíamos, al principio algo temerosos de atravesar umbrales ajenos, pero llegado el segundo domingo conocimos los primeros diseños aprostibulados que nos iniciaron en los deliciosos frenesís de la morbo.

A medio candil apareció una señora de largos vestidos color mango y sandía, onduladas sus naguas como si fuera metida en una rosa. Danzaba con mucha bravura. Los cabellos brillantes traíalos envueltos a un ocote pringado con tejuelos de oro; los brazos ataviados con mucho brazalete. Crujíale un extraño cuenquillo en la siniestra, mientras con la otra mano espantábase el viento con ligero instrumento parecido a un ala de mariposa. Esto último nunca lo comprendí pues en aquellos días el fresco era muy sabroso. Pero la grande turbación estaba en el horcajón del vestido. Jamás habíamos presenciado esa forma de enseñar sin mostrar las protuberancias dispuestas por el dador en el pecho de las hembras. <<¡olé, olé!>> gritaban. Lo demás era esa caja encordada muy novedosa y llena de salero, que rasgaba el chulo preferido de la hermosa Guacaní. Así nació "La taberna de Colón".

A partir de entonces los blancos aseguraban que éramos epicúreos. Las ordenanzas de "guardar" se incumplían por todas partes, incluso Don Christovao fue sorprendido en hurgas de amor, oculto tras una palmera.

Sambenitos, colguijes, mascarones y pinchapezones. Desembarcaban herramientas destinadas a castigo, nublados por la delicia del eterno existir que se les había metido hasta en el gazpacho. Muy pronto, fascinados por la costumbre nuestra de aspirar tabaco encendido en horas de tristeza o incertidumbre, comenzaron a buscar sombreados parajes para desenterrar cometas mediante fumeiros de bambú. Parecían dragones haciendo la siesta. Cuando un rebaño de perritos ixcuintli se acercaba a husmear, inmediatamente salían huyendo y moviendo sus colas chillaban hasta las playas bajas donde estábamos aposentados.

Rodrigo de Jerez y Luis de la Torre fueron los primeros en recibir castigo por parte de los adelantados que decíanse del Santo tribunal. Amanecieron atados a troncos luminosos que daban a un palmo de la taberna. Estaban sedientos, por la tarde ya tenían grumos blancos en los labios y el ceño clavado en las aguas de un matorral. Mas un picotero, garganta de iguana, vigilaba que nadie durante el día ofreciese humedad a los viciosos. En medio un rótulo encajado, el cual memoricé por ser el primer manuscrito incrustado para espectáculo en la isla: *"Sólo Satán puede meter al hombre la facultad de expulsar humo por la boca"*.

Nada en realidad tenía principio. El horizonte desconsolado de las conchas elásticas del mar, empezó a cuajarse a distancia indefinible. yo mismo, vi, palpé, olfatee funestos presagios que pronto serían espuma jadeante. Su fe, las raíces profundas de nuestros dioses, el hosco acento de sus vocablos, la quemazón que hacían de nuestros amuletos. Nada flotaba tranquilo, ni un sonido, ni un aspaviento, ni un chupamirto.

La colmación llegó al tercer domingo una vez aprobada la "Ordenanza de Fe". Los Niño y un piquete de macheteros habíanse internado a primera hora por las espesuras de la ceiba. Tras larga jornada toparon con el antiguo basamento del Coatl anfibio,

[9] Sin saberlo, ese era el rústico principio de lo que siglos más tarde sería el "drugstore" norteamericano

serpiente dios, generador de los principios, el cual hallábase todo cubierto de trepadoras, ramaje y musgo, ciertamente abandonado porque al final de dos afluentes ya nunca recibíamos protección de sus creadores, aquellos señores del mayapán.

Al mediodía se rumoraba por la isla que si adorábamos a un señor amo de todo maleficio llamado Satán o Diabolo, y como a muchos infantes parecioles divertido ese vocablo tan paladoso, con mucha risa decianse unos a otros "diabolo....diabolo".

Pero ya entrada la tarde, cuando el bochorno de la siesta comenzó a descender, los nepentes felices de atrapar mosquitos volvíanse hojas adentro como asustados. La playa se transformó en avispero de hombres y mujeres que rasguñaban corazonadas a la lluvia. Entonces fue cuando el nauta Christovao mandó sacar todo ídolo de las cabañas para fusilarlos. Ahí estaban nuestros pequeños cáscaras de palo, tristes, amontonados, con el azul juquilete que brillaba en los dientes, el rojo ashioti de los párpados y el negro nije de las uñas, ahora descarapelados como si fueran falsos atributos de bestias derrotadas.

También fueron atados varios perritos acusados de aparecer pintados en vasijas y jícaras, así como de inspirar la forma y el tamaño de muchas dellas. Nada se decía, nada se atajaba, únicamente aguardábamos con piedras en las manos, todos en vísperas de guerra, unos trepados a los árboles, otros desde los riscos, algunos metidos entre matorrales. Yo apretaba los dientes.

De pronto se oyó grandísimo estruendo desde la carabela fondeada en el estuario. Luego otro, luego vimos el mucho estrago que se abría entre las palmeras como dos eructos de volcán. Tuvimos miedo, sentimos el impotente despoder que brotaba del mar y en pedacitos de viento nos vigilaba, nos mordía las orejas con estricta paciencia y era que irreversiblemente con sus fuegos nos habían ingresado al "obedecer". Todos comprendimos el tamaño de la desproporción y como bolas de granizo, las piedras se nos fueron derritiendo en las manos.

A una orden treinta y tres descargas reventaron contra dioses y perritos. Nunca olvido las bocas humeantes de las espingardas, ni la tiña mezclada con sangre que se cuajó en la arena.

Ese día llovió torrencialmente, sin tregua. Los notables salían a empapar sus imploraciones y unos a otros perforábanse con púas en la lengua, en los sobacos y en la punta del sexo. Masticaban hormigas y ensalivaban sus rostros con hojas de yopo, de tal modo que era imposible concebir de nuevo el sabor de las divinidades extraviadas. Más adentro, en lo impenetrable, estornudaban azufre las serpientes y salían a flor de tierra como intestinos vagabundos. Parecían astrágalos resbalando entre las hojas verdes, infladas, ampolladas. Pronto llegaron con sabio sigilo hasta el asentamiento de los blancos y mordieron a dos en el dedo gordo. Se mandó llamar a nuestro behique porque pomadas y vinagres que traían no menguaban el calor de las fiebres. Al emisario le asustó nuestra ceremonia de hervir hoja de hule y untarnos amasijo caliente en las comisuras y en el orificio donde dan tierra los excrementos.

Al principio el sabio estaba renuente, ofendido por el teocidio, pero el dicho Beltranejo dibujaba señales de arrepentimiento y gesticulaba promesas, nuevas dádivas; ya no espejismos, ya no reflejos. Empuñaba una y otra vez con enconada insistencia hasta que las blanduras minerales convencieron al viejo y aceptó.

A las pocas horas lo vimos regresar con los labios gelatinosos de tanto chupar y un manojo de yerbas curantes que arrojó a los chapulines. <<Vivirán>>, dijo secamente.

Entramos al ciclo húmedo bajo el aliento de los dioses acuáticos, día y noche lloviendo poderosamente como si cósmicas manos estuviesen exprimiendo la gran vejiga del cielo. Magnífico aquel estruendo sobre las plantas, música de cartílagos, cómplice de nuestra respiración, decíamos, comentábamos en voz baja, ciertos de lo favorable, pues en la ceiba se formaban recovecos y los ecos se transformaban en misteriosos lamentos y confusión para los iberos atrapados en aquella nuestra oscuridad pegajosa.

Seis noches después de la manigua, olía a tronco podrido, la lluvia nos había transformado en hijos de una inmensa ciénaga. Todo sangre adentro, nos resplandecía cantos de amor. Había mucha bullanga entre dientes, contábamos y echábamos suertes con frijolillos colorados y pepitas de cacao. Los más jóvenes atrapaban sapos extraviados o seguían guacamayos caídos para zafar las algas que se les enredaban en las patas. Eran días fértiles, propicios para sentir que verdaderamente éramos hijos del agua, protegidos por el ojo del colibrí pardo que nos adiestraba en el tiro con flechas, en el juego de pelota, en el tiro con la honda, en el antiguo arte de teñir los cabellos con pulpa de pitahaya saliendo a la lluvia para esparcir los colores a todo el cuerpo. Nos acoplábamos sobre las ramas. Eran días felices.

Del otro lado, el tiempo estaba inmóvil como dormido. Garci Fernán, los Pinzón y el manojo de frailes, andaban escamados de un lado a otro sin trato con sus hombres. Parecían picados por tarántula, imaginábanse vueltos al principio de los tiempos cuando las frutas echábanse a correr y los pájaros se prendían a mamar leche de árbol. Noé, Moisés, las tinieblas respiraban a bufidos y el aturdimiento mortal se manchaba de círculos negros, mientras que la vegetación avanzaba con su vientre inflamado y todo rastro se mezclaba con mucha deformidad sobre las encías de la tierra.

Dificultosamente se ordenó medir el casco de las tres naos. Al cabo de un jornal entendieron que ninguna era capaz de sobrevivir aquel zafarrancho universal, llevando consigo a la estirpe completa de seres vivos. Por tanto se decidió que si a cuatro días no escampaba, solamente serían rescatadas aquellas especies dignas de cristiandad y puestas a bordo. Especialmente pensaban en ánades, pájaros de largo pico, semillas de fruto, hoja de tabaco, chácharas, dijes, y sobre todo, en eso que solamente preguntaban separadamente, a oscuras y al calor de los fermentos: oro.

Esto apenaba, siglos de frenético hacer apeñuscados en el sendero humeante de las casucas. El reflejo inmóvil vinculado a la gran madre agua, danzando alrededor del espejo con los brazos caídos. La pelota de hule guardada sin olor, sin fuerzas para saltar y todo porque amainó, porque cesó de llover a los dos días del trasteo que hicieron a sus naos. ¿Acaso alguien sabe ahora la importancia de aquel escampo?. El sol, las dunas, la frágil crispación de las bóvedas tornaban lo salvado en simple tráfico de almas.

Cuando el arácnido se acopla, el futuro anda errante. Se retuercen sus patas y eructa una pulpa liviana, tan blanca, tan frágil, que al secar se convierte en filtro del aire y por su ojo pasan todos los mares, aunque inadvertidamente para cualquier hombre, mas no para el arácnido de patas dulces mientras se acopla. Mienten los pálidos. El mundo no es una pelota con teta de mujer, tiene forma de telaraña doblada, está envuelto mitad aire, mitad agua. La tierra donde pisamos en realidad es lomo encorvado de los primeros dioses.

Cucul desvestido, arácnido errante salpicando la faz. De sus tubos peludos bajo el vientre salió una baba que seguidamente mezcló el Dador con barro caliente y jugo de caña. El primer hombre tierra así nació y del hoyuelo que perforó el Dador en la punta de

su sexo, manó la segunda leche que fue mezclada con amasijo de lamas y agua de mar para que naciese la primer hembra. No satisfecho el gran Tohil, tomó una flecha de su carcaj y perforó la telaraña de Cucul, por donde se vinieron a meter todas las creaturas del cosmos. Algunas ya entraron vestidas, ataviadas con plumas. A otras les fue dado rascarse con sartales de piedra, para que brotasen escamas de sus cuerpos. A otras el rostro les fue pringado con salpicaduras de arco iris y a otras les nació larga cabellera al tiempo de pasar por el ojo de la telaraña. Sus pies, el pecho, los pómulos, nada era torpe, nada se había descuidado; al principio de los tiempos el mismo Tohil había dibujado muchas veces los contornos de su creación con la punta humada de un tejocote y había moldeado a sus creaturas con bolitas de atole y miel.

Pero nacieron flacos y hambrientos de tal modo que al menor de los primeros hombres pringados se le ocurrió juntar mucho tejuelo de barro vidriado para hacer brasero. Comieron carnes sazonadas con chile y sal gruesa. Quemaron ofrendas de pom y encendieron sus cañas con tabaco y yopo.

De ellos nací envuelto en bola de humo: destino errante, flotador sin plumas preciosas, lo cual era según palabras del brujo desdentado, señal de que algún día yo sería arrancado del hoyo terrenal sin muerte. Nada comprendí, entonces no sabía de mortificaciones, mis días transcurrían prisioneros en su natural ingenuidad, más atento a los panales de luz y al eco de las divagaciones que al existir. Más una tarde empapada de crepúsculo, mientras daba mordiscos a la sabrosa pulpa de un mango, sentí una temblorosa fragilidad ondulando la superficie de una zarca estancada. Doblado como una lagartija en busca de saltamonte me acerqué. Vi a Cucul moviendo sus patas dificultosamente. Al principio lo sentí atrapado en el agua, pero ya más tarde noté que en realidad nadaba en su poética ebriedad. Metí una varita de árbol por donde subió con harto sigilo hasta posarse majestuoso sobre uno de mis dedos. Preguntó mi nombre sin dejar de limpiarse restos de humedad con sus patas. <<Hum....no hay continuidad>>, me dijo. <<La vida ordinaria es amasijo insignificante y vano, se revuelve todo como en un mercado hum....Todo ha vuelto a nacer confundido, sin extremidades....Ellos te arrancarán de las maderas y con fastos amanecerás de cuclillas ante sus dioses hum....>>

Sentí miedo, sus palabras revelaban oscuridad y cansancio, como si veladamente los labios de aquel behique desdentado volviesen a pronunciar el augurio de mi destino desde un hueco milenario. Asustado me eché a correr. Jamás imaginé que años más tarde volvería a sentir la misma nublazón de perdida consistencia, el mismo día en que un grupo de blanquiñosos festejaba con infusorios de uva, el fin del primer escampo en tierras del Paraíso.

Sol, nubes altas, verde caliente. La vegetación había cubierto las ruinas, por todas partes flotaba polen.

Bajo su palmar, el gran jefe taíno aspiraba humos con el rostro apartado. Afuera, un comprador del Paraíso que decíase Niño, gesticulaba con sumo aspaviento a nuestros informantes. Hablaba de retorno, de purificar la sangre mediante bautismo allende la mar. Se alejó después hacia la arboleda seguido por cuatro lanceteros de la isla. Yo seguí los acontecimientos desde lo alto de varios árboles como ya era mi gusto. Vi que llegaban al preciso lugar donde Cuanube y yo solíamos solazarnos. Era una hondonada, un claro sin ramajes anclados. Al centro, un remanso de agua rodeado con piedra pom y flores color violeta. Desde muchos días atrás yo había notado que un hombre de largos cabellos cenizos y completamente desnudo, pasaba infinitas horas dormido en una hamaca

enredada al árbol de guayaba globosa, que al pie del venero extendía su sombra. Y más asombro cuando descubrí que aquel hombre era el nauta mayor o Almirante como le decían los blancos. Nunca supo Cuanube que verdaderamente nos folgábamos bajo el árbol eterno.

En verdad, y si no os fiais de mis palabras, tocad este refajo donde conservo las únicas pepitas de guayaba que ser alguno ha podido conservar del árbol científico. Torpes los que aún perseveran el unicornio.

Digo pues que el tal Niño se plantó frente al Almirante que parecía ofendido porque lo desgañitaban alevosamente. Bebió néctar de coco y empezó a gesticular con aspavientos de fundador milenario a los cuatro lanceros.

Con vulgaridad interpreté la nueva disposición: habían culminado su etapa humana, las culpas del pecado original estaban vencidas, no más lacras demoniacas danzando por el pellejo. Ahora se volvía imprescindible capitular y expandir por el mundo, los dones acopiados.

Explicaron al gran jefe la necesidad de convocar al Consejo de Bienaventurados para mostrar a sus majestades ibéricas un trozo de las profecías anunciadas en el Génesis, ¡Quel mundo sepa dónde y cómo existe la raza cipresina que se propagó tras la expulsión de los primeros padres!.

Pedían poco a manera de rescate. En primer lugar deseaban embarcar trozos de tierra en fanegas, así como ramas del árbol científico; pedazos de oro, animales, frutos, peces y por supuesto, un racimo de protoángeles, en especial hembras lamibles para que saliendo del trópico no se aguaden las indulgencias del cuerpo. A cambio se pactaban 10,000 maravedíes a vuelta de viaje, negociables en tesoros. Un mico gritó desde una trepadera:

¡El destino nos destroza como si fuéramos cristal
y nuestros pedazos nunca más vuelven a unirse!

Entre los primeros, yo lancé una cerbatana en señal (conocía los contornos de las próximas islas), me parecía de importancia decisiva ir tras las huellas de ese Yahvé que engendraba fierro, enormes bocazas y bestias montables. Aquello sería una prueba, el abandono del jardín extraviado para conocer la tierra donde viven los hijos del rayo, amantes de la esfera, de la carne y del recio actuar. Sabía en el fondo que era esa la única oportunidad de vivir peligrosamente junto al enemigo, quería defender la teología hurtada.

En esos días la demanda de nuestros alfanaques se incrementó, dado el jaleo en las labores de muda. La playa estaba desbordada. Cientos de pájaros violetas acudían a ver las maniobras de carga, igual a micos y cangrejos azorados desde sus pequeñas falúas en la playa. Me despedí de los míos sin lágrima. Cuanube me puso este colguije de arácnido en el cuello...tal vez días o años, me dijo, pero cuando retornes también habrá gran vuelo de pájaros. Fue así como preservados en la distancia montamos a la coraza flotante Yo, Akatí, Bolon Ti Ku, mi hermano Cubae Zoh y otros tantos naturales de aquellas nuestras islas, que a su paso por ellas, el nauta Christovao habría de juntar a cambio de almujaras y colorines que mandaba entregar a los principales.

Al principio era maravilla el mucho ver desde las bordas a tan grande altura como quedábamos de las aguas, tan diferente a nuestras almadías de navegar. Ninguna virazón

teníamos porque bajo el casquete de la nao pasaban las risquetas de coral y no hacía lluvia, ni viento sino brisa de palma y sol templado. Para mí, nada era nuevo salvo la pesada flotación donde me encontraba, en cambio miraba cómo a los blancos se les inflaban los mofletes ante la transparente azulina de las aguas. De vez en vez nos salmodiaba Christovao con arengas de bonanza, y a todo repetíanos que ahora nosotros éramos como unos tales judíos y él nuestro Moisés liberándonos del cautiverio egipcio. A gusto empeñábamos el trabajo de adobar el gobernalle y cuando avistamos tierras de Carib a todos nos hubo temor por el instinto de carne humana que según era fama en nuestra isla, suelen comer, mas nada era cierto, porque recibieron la nao de muy buen parecer y sin señal de agravio, tanto que a Don Christovao le gustó de sumo la manera de salar carne de pescado y humarla con leños de barbacoa, que a todos nos decía quen adelante así conservaría lonchas en los colgaderos de la sentina.

Antes de ganar rumbo a tierra de blancos, pasaron muchas cosas dignas de contar en tierras del carib, pero no es a este punto que yo debo mi relato, sino al desvarío de subterráneas inquietudes que hubimos en alta mar, pues al principio, felices en con salino sudor de bienaventurados rumbo al tobogán celeste, nada sabíamos del amargo sollado que nos aguardaba tras el primer plenilunio. Saltábamos del palomástil con risa, nadábamos jugábamos al peje ave, todavía con desnudez lucaya en los ombligos, pero al cabo de cuatro jornadas, cuando ya el Almirante no olfateaba mangle en el aire, nos juntó en cubierta y con la voz catada por desvelos, nos dijo que según fuésemos alejando la nao del carib, iríamos entrando en aguas de pudor, de cristiandad; por tanto día con día íbamos cubriendo las verijas del cuerpo según determinaba un veedor que se nombró a tal efecto.

Así cumplimos la primer ordenanza de navegar, mas no el mandato de callar ante el canto de las que llaman sirenas. Por proa, el Akatí divisó una de tetas escamadas que lejanamente se asomaba para despedir el destino puente de un retorno sin claridad. A los marinos, tal empeño les amojonaba el buche; se escondían en los fardos de carga y no salían hasta degollada la noche, cuando el movimiento hamacado de la nave resollaba suave y las nieblas soltaban su capacidad.

Yo a todo aspiraba ligero y con el poro abierto, abandonado a los vaivenes de la marejada; masticaba astillas del casquete, las cuales sabíanme algo amargas. Necesitaba humedad filtrada. De aquel sabor, un tránsito misterioso me sobrepasaba más allá de mis fuerzas. La lengua, el cuerpo aflojado; me rondaban moscos de flotación y pequeños arácnidos que yo buscaba con ansia en la oscuridad de aquella navegable nostalgia. De noche las pocas hembras abrían los ojos y entrepiernaban trapos de calafate con sumo temor contra los forzados que alimentaban sin mesura sus ganas de folgar.

Muchos días en silencio, la mar emparentada con frágiles patas de arácnido, sin muesca, visible apenas el contorno de las hogueras celestes. A veces la voz mandona subía a silenciar el mucho trasto del bahama que desoía la ordenanza de vestir. Dos veces tiró su camisa al mar y amenazaba con desnudarse sin remedio. Tenía miedo de engañar al dios aire. De todos, a él llamaban con más denodada insistencia "epicúreo" a manera de castigo y dado que ya estábamos en aguas de otros dioses. Fue a ese primero

que le empezaron malestares del llamado "mal de marino", con sangrados en la pulpa de los dientes y un calosfrío de tronar los huesos. Rápidamente lo metimos en trapos a cubierto, mientras algunos carib empezaron a loar cantos del nublado premoriente para espantar lo que sin duda era el primer maleficio en aguas de blanco. Yo mismo vi como palidaba su piel a color banano, los cuencos del ojo parecían emplastados en la penumbra, impávidos, como de mico baturro y en sus manos la delgadez plegaba poco a poco el color de las nervaduras, sin canto de jaguar, sin ese caos primordial del orden volátil, pero de sumo indispensable para no caer en la muerte de los humanos. Tameme, ishimin, cohuca ohbala, sus palabras eran vocablos decadentes a las puertas del vacío. El grumete Domenico aplicó ungüentos con sebo de pescado y le dio a chupar sangre de ánade. A los pocos días ya orinaba con claridad y sin ardor en el vientre, mas esto no lo escapó del mal acecho de un calafate quejumbroso y pregonero de mantear al bahama y dar su cuerpo contra las bordas en escarmiento a los traicioneros embarradores, que según él había entre nosotros. Al Akatí le aventó un rabo de junco en señal de acusamiento y lo citó a puño con daga, pero el nauta Christovao pendiente de los humores en la nave, ordenó al grumete bajase el filo de su acero y lo mantuvo a resguardo todo ese día con amarras al paloalto del mástil.

Con tales ánimos habíamos mucha fatiga de navegar en medio del magma indialogante que surcaba de sol a sol, días antes de ver las primeras lumbradas en tierra de Azores, pero sucedió que ante los misterios de lo inesperado, se vino gran tormenta con fauces de bestia levantada. Eran avisos del dios Tohil, seguramente furecido a tan gran lejanía de playa, de tal modo que pronto sentimos gran estrago del navío por las cuatro líneas del continente, pues a la mucha virazón, parecía juego de trapos el velamen y la noria del espolón era sin gobierno, a capricho del grande oleaje que daba fieras envestidas a babor como nunca en mis cortos años he visto, y dado lo primerizo en aquel navío, casi no atinábamos al mucho gobierno que desgarradamente solicitaba el Almirante con sus luengas vestiduras empapadas. Hijos de la noche y la tiniebla, delirio atroz del arácnido atrapado en el agua espejo, todo éramos y nada teníamos, aún sobre ese calmón sin desafío, un cuarto de legua más tarde cuando ya estábamos entregados a lo descomunal, a una muerte ligera y
libre de inquietud raptada, pues de verdad sucumbíamos en ese caldo frágil y dual que media entre dioses y creaturas, a pesar del obenque mayor que resistía el embate de marinos colgados. Yo, anuncié la nueva, feliz de nuestro imposible desarraigo en medio de las aguas.

Mar azul con brumas de futuro. Había un calmón helado, cortado a bazas con los dientes y con la tripa salpicada por una sed podrida. Los marinos que subían a borda con los pelos verditiezos y las uñas moradas del mucho aferrar las tablas parecían fuera deste mundo. Había tiniebla. Dijo uno dellos quel bahama estaba frío, lo cual fue cosa de congoja para los blancos, no así para nosotros y los carib, que ya le veíamos el mucho sangrar en la pulpa de los dientes, y lo enflacado de sus carnes toda vez que hacía bascas de cualesquier bocado. Así, digo pues que lo envolvieron a manera de bulto con nudos de lo más ingenioso, (cosa de nunca entender, pues el hombre muerto ya no ha de ser atado, salvo su lengua enredada o partida en dos pedazos a fin de que no diga retorcidas mentiras y sañudos vocablos cuando el espíritu sea entre los dioses. Pero en aquel templo flotante éramos extraña gente y no podíamos contravenir las maneras del pálido) y lo arrojaron sin palabra, sin tiempo de interrogar al mar, aunque ello no impidió que al

caer el cuerpo se levantara un polvo amarillo como ceniza de flor. Una culpa de grumos calientes dio vueltas por el casquete de la nao. Christovao se metió a su chupeta y no quiso saber más.

Incorregible de utopías, no lamentaba tanto la muerte de un espécimen, como el sosiego de navegar, el aciago destino que de ahora en delante nos imponían los vientos ante la optimista visión del mundo que pretendía llevar a cabo frente a los católicos.

El príncipe aéreo estaba grotesco, se dio a manías desconcertantes sin principio ni fin, como a defecar encaramado sobre la baranda de cubierta y a contravenir la Ordenanza de Vestir, que él mismo nos había impuesto con esforzada gesticulación. Yo me dije repetidas veces si acaso no estábamos a punto de loquecer, pues en la aurora de bajas nubes, el nauta se entregaba a observar de reojo el cielo con sus móviles instrumentos y a soltar nudos de amarra con singular sofoco, siempre atado a un mismo cordel de oriente a occidente, con tal sueño y esperanza de inmensidad, que a todos los de tierras húmedas nos hacía padecer trastorno sin concierto ni orden y seguidamente a la segunda noche del relente, Bolon Ti Ku y yo lo vimos elevarse a dos palmos de borda como un papagayo esforzado en su pesada flotación, luego se escurrió con mucho misterio y penumbra al fresco del sollado.

Dudé, tenía miedo, ya no sabía si hurgar o acantonarme para siempre en mi pedazo de telar, aunque tarde o temprano sabía que me sería dado abrazar un destino peligroso más allá del equilibrio dual. Y en efecto, cuando la fauce del cuenco traspasó el último solar, un garrobo de cola violeta posó sin miedo en mi hombro y me sacó tres picos de sangre en el pabellón bajo de la oreja. Sin duda era la señal-principio que mandaba Tohil, a fin de que aprestase con voluntad esta morada en plan de tesoro para la cual fui venido. Pero cómo pensaba el nauta mostrar lo que ya no era, si jornadas atrás habíanse muerto en mí los cuatro orígenes del estero solar con los cuales vime desde recién nacido en aquella nuestra isla, digo yo, cómo era tal engaño, si ya íbamos vestidos con telares hasta lo alto del gaznate y hacíamos parlas muy ajenas al clocante sonido del pájaro; empeñados en ese tal Jesús, nada semejante al dios aéreo de los agujeros celestes o al dios venero que dulza el agua en los cocoteros y fertiliza el vientre de las mujeres. Decidme tú prisionero deste mismo poder que nos ha puesto en tiniebla y nos ha clavado espada en el rabo, ¿cuál era esa desnatura razón para enseñar lo falso a tan altas majestades que nada sabían de nuestros cuerpos sin muerte?. ¿Acaso no es esta la misma flama de humos negros enterrada en el muro, la que nos dio mutación esencial rumbo a este ingenio de empresas mal inventadas por coronistas acostumbrados a mojar la pluma en primer lugar con agua de templo y luego con tinta?. ¿Acaso no es otra navegación de grilletes y rápidos croquis la que aventuramos en este húmedo calabozo del que nada sé más allá del eco, de la hueca negrura que sale cuando pronuncio Andrés Clavijo, tu nombre, y desta sanguijuela sin tregua, aferrada al néctar de mi sangre con puerco afán de animal que nunca llena la tripa?. Qué digo, bestia de mí, si ya nada tenéis que temer deste animal, pues tu sangre ha de ser el jugo más insípido del mundo ya que habéis muerto hace una luna, cuando los garrobos del sollado que solían posar mi hombro en alta mar todavía se filtraban por las rendijas de la ojiva. Ser, nacer, muerte o penumbra, cuál longitud cortada entre mi desplazado origen y estos muros de selectiva tortura. Nada importa si has muerto de sed o de hambre amigo Andrés, tu fatiga será mi libertad y el precio de otro viaje más largo, pero ya sin falocracia rumbo a tierras del Paraíso. Descansa sin paz.

Nubes bajas. Habían comenzado las obras del templo diseñado con perros arbotantes, cornisas, capiteles, faunos degollados y astrágalos, que a menos de doce años habrían de coronar los cuatro frontes en forma de expulsados demonios. El primer arquitecto limpiaba su gola de briznas y extendía un dibujo enorme sobre un dosel esmirriado entre guanchos de yeso. Con expresión furibunda ordenaba más temple a los albañiles que desatinaban la raya de la primer cimentación. En medio de la plazoleta un mico sentado sobre una de las cuatro gárgolas de la fontana enseñaba los colmillos a tres infantes que le arrojaban cáscaras de fruto y pretendían acercarse demasiado al mecate enredado en el cuello del animal, a fin de tocar los testículos resecos de un misionero que había desertado a los evangelios del trópico. Finalmente un sifón de cubeta fulminó aquella próvoca, y aunque los tres corrieron despavoridos, uno dellos pudo ver a la mujer en perifollos que los había rociado. Era la dragona de los baños, ahora botagada, envuelta en trapos y alcuzas, con las vestiduras a propósito rasgadas, como si hubiese encontrado un médano acuático en medio del Sahara.

Gomera estaba exhausta, pálida, más adentro del derrumbe físico, dolida tal vez por la constante proliferación de un hembrismo clavado en el vientre, desde hacía días poderoso, doliente e incisivo. Literalmente se derrumbó al borde de la fontana. El mico salió de la garganta de un pez fabuloso a los pies del Neptuno y se puso a rumiar trozos de higo junto a la hembra caída.

Una hora después ya estaba sorbiendo caldo grueso de garbanzo en casa de monjas descalzas.

—Rápido, traed una naranja con clavo y se la enredáis al cuello.

Fue todo, no se dijo más. Aquello proliferaba en tules ya con desarrollado sentido aséptico del deber. Nada mundano a decir verdad; había exclusividad en los aguamaniles, en las ánforas con agua ferrosa, en ese dispensario de pomos colocados militarmente sobre libreros, cuyo alineado empotro en el muro permanecía como vestigio de conventual biblioteca. Por lo demás, ocho camas de latón prensado, aromas a química doméstica, blancura de sábanas y proliferación de crucifijos *in albis romano*. Todo silencio, prohibidísimo hablar, salvo en los enebros del rezo y en ceremonias festivas que bajo estricta vigilancia permitían cierto relajamiento en los límites de represividad. Pero Gomera percibió muy pronto los anversos de aquella y otras ordenanzas en realidad muescas de roer, pues desde la segunda noche en el convento, escuchó por lo bajo a novicias que entraban de puntas al cuarto de los enfermos para contarse desaforadas noticias de turcos amores, tan potentes como faunos en brama, los cuales brincaban las

bardas, se metían a la cocina, mordían quesos y bebían vino hasta que hartos abrían los dormitorios y fornicaban toda la noche con terrible abundancia. Invariablemente, lo narrado terminaba estilo Nosferatu de Cinemascope, cuando un ángel flamígero abría los ventanales y un sol diagonal expulsaba a los demonios.

Ella masticaba indiferente al silencio. Preguntó si había sandalias para no pisar el suelo húmedo, pero la pregunta se quedó colgada. Sor Agripa manoseaba con gesto nauseabundo, como si hubiese descargado una carreta llena de estiércol. Otros enfermos yacían bocarriba, siguiendo alacranes en las vigas altas, indiferentes, inexpresivos, con silenciosa congoja y pelando unos ojos que parecían tomates a punto de reventar. Se llevó las manos al rostro para disolver con discreción toda crueldad asumida. Mas no podía condescender a esa urgencia quemante de un como ácido esparcido en el interior de sus entrañas. Qué hacer, a dónde dirigir los pasos desde aquel camastro pestífero a meados y vómito. A quién hablar si toda palabra estaba problematizada en la culpa. Quien más, quien menos, todos en el cuarto eran vivientes cadáveres. No pudo más, se levantó con la bata arrastrada y aunque sabíase desnuda bajo la manta, no se detuvo. (Dos ancianos se mojaron la papada al intuir el sabroso vaivén de nalgas).

Con discreta crueldad se dirigió a la baranda de piedra. La escalera, vestigio de escondrijos negociados en tiempos del moro, se abría libertad abajo hacia un patio de arrayanes, limpio y florido como pequeña carátula de Paraíso en libro de catecismo. No había nadie a esas horas de canícula. Un ratón blanco liberado bajo su pies la condujo hasta el centro del jardín a cincuenta metros del portuario bodegón que guardaba antiguallas y servía para espantar demonios en tiempos de zozobra. Pero qué hacer, a dónde ir, si otra vez volvía el aguijón, la náusea, ese dolor insoportable clavado en el vientre y tenía que doblarse hasta caer de cuclillas con tos perruna y tenía que pegar la lengua reseca en el suelo para no morir bajo esa visión del moreno Cubae montado como un gitano ilusionista sobre su vientre, en medio de dos cabezas de buey que no dejaban de manar agua por los ojos. En eso vomitó un pedazo de alga color parduzco.

Agripa, Sor Nereida y la mutante Beatriz acudieron con gemiditos que más allá del dogmático silencio, revelaban esa experiencia de sensualidad practicada durante años a flor de fantasías.

Vómito, esputos. La embrocaron a regañadientes, pues todo escándalo amenazaba con descubrir esa tremenda inseguridad ante lo imprevisible. Sudor en las nucas. Pronto se armó revoloteo de pingüinos que sienten amenazado su territorio hasta que la superiora irrumpió con palmadas faraónicas, de tal modo que un gesto bastó. La fardearon hacia una sombra de olivo y la sentaron sobre un tronco partido. Trajeron agua de manantial, naranjas untadas con nuez moscada y medio tazón hervido con canela de Ceilán.

Gomera sintió el tiempo dilatado en medio de aquel hervidero gesticulante, asaz confuso, más amargo aún que el jugo y la pulpa de naranja embarrada en sus encías como si fuese una idiota convenida para divertimento del disciplinario poder. Agripa se abrió paso de nuevo. Escrutó ojos, lengua, manos y pies con técnica de granja.

—Esta mujer está preñada.

Fue todo. Un escalofrío terrible zarandeó su espalda a pesar de los aniñados júbilos que algunas hermanas hacían inconscientemente apretando las manos y sonriendo con verdadera maternidad pánica. Gomera no esperaba más ni lo deseaba. En medio de la náusea entendió que lo excepcional precisaba algo definitivo para

quebrantar el voto, así que agradeció con la cabeza y se abrió paso como un buzo pensativo en sus nostalgias. Nadie impidió.

Regresó al cuarto de los enfermos, se tapó con la manta gruesa y ya en oscuridad se oprimió el vientre en posición fetal. Por primera vez en su vida tenía los sentidos alterados y temblaba más allá de toda fiebre. Recordó al cobrizo Cubae y lloró de miedo, pues algo le decía que el embrión fecundado en su vientre crecía más como animal de agua salada, que como ser humano. Y no era para menos, al día siguiente la bacinica no fue vaciada como siempre al estercolario de los cerdos que había en el transmuro del convento. Agripa la encostaló, salió del convento, atravesó un cementerio de escombros, brillante bajo la luna y tocó a la puerta de un pescador que años atrás había dejado las faenas, pero que aún solía ser didáctico en cosas del mar.

Cuando se abrió la hoja de aldabas, Agripa colocó el costal en el suelo y destapó violentamente. Detrás, un anciano de barba encalada y con boina gallega, mascaba judías muy sabroso. Bostezó indiferente haciendo una sonrisa de grietas cuajadas, luego, tras una espera de moscas en la puerta, sacó un palo con ganzúa encajada en la punta. Limpió quirúrgicamente y del bacín rescató un sargazo largo y espigado que puesto a contraluz, parecía una lengua de serpiente retorcida muchos días antes.

—Mmmm....Sin duda es de mar caliente. Nunca vi uno igual en mis años de navegar el Estrecho.

En Agripa se notaba una zapallada capaz de acongojar el apetito. Grave, seria pero con maestría en el arte de aparentar bondad, apretó la mano del anciano y lo dejó parado como a un marido inútil.

Ahora sí, libre de excesiva fantasía, estaba segura: una maniobra del demonio se había colado entre las piernas de la cautiva.

Nada más llegar, se puso a despotricar pasillos y cuartos en busca de la superiora. Necesitaba complicidad; alguien más rotundo en el pavor de castigar sin grosería, es decir, deseaba dolor sin escándalo, sin rescoldos, a flor de sombra. Mas pese al débil triunfo, sentía curiosidad parecida a la de una esclava que hubiese observado el incesto de su ama por una ranura sin cuestionar demasiado, pues con cierta negrura sabía que faltaban incontables lunas para que dejase de silbar a solas en la intimidad de su tina.

Por fin la encontró en el único lugar aspirable a cierta felicidad. Silbaba un villancico a medio tarro de vino duro, con la cuchilla tenazada para una liebre que yacía colgada en la penumbra del muro. Tos debido al sahumo de un candelabro. En medio, esa intimidad incomunicante, sólo comprensible a ojos de quien ha navegado en similar experiencia. Después de todo, el mentidero estaba servido.

Para romper sin falta explicó Agripa en latín medieval, casi de oído a oído y con las cutículas bien afianzadas. No tardaron mucho las venillas y nervaduras de la superiora en mapear la cien con suave papujo y vocablos entrecortados. Al igual que su confidente, admitía grave torpeza en el hecho de haber acogido a una bastarda que seguramente habíase apareado con hiena verde. No había capricho submarino, pues desde el primer día cuando Zoraida y Ferruca la trajeron al convento, sus noches parecían de murciélago.

—Además, Ved Agripa estas ojeras en forma de burbujas hundidas. Tengo el sueño espantado. Ayer las natillas no se cuajaron y a Zoraida le han reventado unos granos amelonados imposibles de oler.

—Sea vuestra palabra y no mi torpe sospecha.

No hubo respuesta, pero en aquellos tajos lentos y apaciguados de contenida parsimonia que hacía la superiora en el pellejo del animal, se notaba una complicidad sin límites.

-Os equivocáis hija, no será mi palabra sino la voluntad del Señor. Que se disponga según costumbre pero sin escándalo.

Mas ya se sabe cómo en sitios donde abunda el misterio, nada puede ocultarse; las noticias prohibidas andan sueltas en jauría, con ese *pathos* de lo que ha de ser superado a puro instinto, de tal modo que pronto se movieron los engranes de asombrosa mensajería. Una gota de espionaje aprendido durante siglos. Por tanto, cuando Agripa bajó al patio con Gomera, ya las monjas pingüino habían salido de sus jaulas. Andaban en torno a la fuente como pájaras mecánicas, viendo todo pero sin ver nada, trémulas de ira, rompiendo a cada rato los juramentos de no hablar, de manera que por lo bajo, algunas de ellas repetían los imperativos de la última lectura <<*¡expulsad, expulsad al demonio!*>>. Incluso llegaban al golpecito viril en el codo, señal de que pronto los músculos se habrían de fatigar. Y así fue, pues un vendaval de iriscados puños irrumpió sobre Gomera con mofas y ensalivados escarnios a no poder. Literalmente la pusieron de patitas en la llanura, observadas únicamente por algunos peces que sacaban sus ojotes a la superficie de aguas enlamadas en el estanque.

Al día siguiente el disco solar en lo alto. Soplaba un viento fresco, más agradable que los chirridos, el crujir de cuerdas, poleas y charnelas que se oían tras el último vado del convento. Se detuvo Gomera frente a una hilera extensa de baldosas blancas. Pidió agua contrariando la realidad de sus apetencias. Estaba lívida, casi extinguida. Vomitó natas de compota. Deseaba dormir o caer sin hebras en la boca. Pero ese compás ya estaba dilatándose. Un orificio a golpe de martillo se abrió milagrosamente y en medio de los escombros salió el mismo anciano pescador visitado por Agripa, esta vez con agua derramada en tarro.

Era mentira, no de sí mismo, sino del dios trashumante. No olvidemos que del retorno proviene todo conocimiento. Bajo ese precepto, los hombres vivían a fuerza de quimeras, clavados en los agujeros de sus propias utopías, con los tobillos entumidos, merced al temor de ser petrificados por ese mundo delirio que andaba de puntitas para no pisar mitos sin sustancia. Hasta los becerros balaban axiomas en horas de pereza, mientras uno de los flamantes funcionarios del espíritu se aplacaba todo gesto de angustia y anotaba el primer anagrama que plantea un irresoluble dilema: *oído-odio*.

Sí, cómo despedazar al otro, al enemigo, a ese fantasma doliente y misógino que siendo como yo, no puedo ver en medio del caos. Imposible ir más allá, lejos del dogma (mundo estatua), preferible existir en silogismo consigo mismo, sin particulares principios que excedan la autoridad del triángulo. Y si acaso duda, nada más a las palabras, jamás al pensamiento mismo, que detrás, el yo fatal estaba siempre dispuesto a devorar. Aunque moviera más el celo rapaz que la nobleza o el desinterés. Por algo sería que la piedad ya era vicio de una bondad sin arraigo. Los méritos del otro volaban de noche, baldaban las callejas y tras las cornisas cada cual sentíase usurpado, excluido, casi mordido en medio de esa babalia de pífanos, uvas y palios que ante los abismos de la vida, únicamente aceptaban "al filósofo" en bloque.

Sentado en su piedra, Fray Buil exclamaba *<<somos doce héroes, combatimos por algo lejano y hollamos violetas. ¡A ultramar!>>.*

En solios de boato, entre platos rebosantes de perdiz y conejo asado, se discutían los principios innatos que Jehová depositó en los límites del alma. Bebían y se mostraban las desdentadas bocas antes de tomar partido. Algunos gemían o lloraban, presos de monotismo atroz, como tortugas impotentes en busca de lechuga. Eran tiempos de mistagogos a sueldo y demiurgos capaces de condenar o de redimir mediante invocatorias que prometían liberación. Pero las grutas del retorno estaban cubiertas por el fango del eterno excluido. Sólo algunos tocaban el trimesí de las ansiadas puertas cuando un hisopo rasgaba la frente con ceniza y el gemido de las plañideras anunciaba que ya estaba próximo ese Paraíso. *<<Vamos, morid que pronto seréis un héroe>>*.

<<Pronto o nunca>> se dijo Cubae mientras mordía un nabo. Otra vez había transpirado grumos de sal, pero esta vez no sentía escozor, sino agradable comezón entre las ingles. En realidad no sabía cómo había entrado por aquel zaguán hasta el solar gallino de aquella casa, ni de qué manera se había dirigido hasta ese cuarto anegrado por el sahumo del cirio que flameaba el rostro del muerto con una lámina de luz.

Ya tenía suficiente experiencia en las involuntades, pero hacía tiempo que no se había conducido con tanta pesadez como si fuese consciente de un grande temor a punto de reventar algo sustancial e inacabado en su vida. Por primera vez en tierras del Reino sintió ese límite que añora libertad, y empezó a ver objetos que provenían de las cenizas, todos ellos irreconocibles, repugnantes, olientes a mugre, a sudor, a vaho podrido. Y de nuevo ahí estaba, aquel espejismo cada vez más hondo y presagiante: un buitre sin fuelle

sobre el andamio del camastro agitaba sus alas y mecía las cortinas para librar al muerto del *tenebrarum*. Cubae sintió miedo, lloró. Cayó en profundo sueño.

Horas más tarde, arribaban corceles de cinchas colgadas frente a los corrales del difunto. Cuatro guardias que habían peleado en los últimos reductos contra el moro, descabalgaron bayoneta en mano sin manifestación de autoridad. Parecían contratados a querencia, por lo que se desperdigaron mediante aldabonazos con extremo sigilo, cuidándose de no molestar al plañidero que ahuecaba entre los muros habitados por fantasmas. Cubae acababa de ser despertado por una anciana que le dio paño mojado en clorina. Sin embargo la presencia de algo amenazante le impedía retornar sin temor, así que reclinó su cabeza en el hombro huesudo y permaneció sonámbulo como una proyección de sí mismo. Entonces pensó en días de abstinencia que le aguardaban; en la tristeza de morir lejos de Cuanube, indiferente a Tohil y sin la dulce Gotuhá conjurándole temores. De algún modo sentía que aún no había dejado aquel oscuro sollado del barquito que lo trajo *al mundo* cuando irrumpieron los guardias.

Uno de ellos le zampó un bofetón mientras los otros lo ataron manos atrás con largos correajes, arrastrándolo en seguida y sin refriega como a un trofeo de caza, entre pasillos, un cuarto atestado con poleas tiradas, aparejos de montura, bacines, hierros con marca nobiliaria en tricornio, frascos esparcidos en el suelo, todavía con matas odoríferas a herbolaria de suaves alquimias, cuánto andamio caído, líquidos, y costales de harina roídos por gusanera que a decir verdad invocaban aquel puerto de falúas abandonadas cuando arribó a Cabo da Roca en Tierras de Portugal.

No más horas de alarde, se terminaba todo exceso. Ahora su voluntad aflojada era sometida contra esos guerreros de implacable ánimo. Tras el último empellón lo dejaron tirado perrunamente bajo un portal. Estaba seguro; fue un acto fallido; una ilusoria venganza desprovista de motivo. Les hubiera gustado escarmiento mayor con visible sangría, tal vez un revuelco atado a cincho de caballo hasta dejar esparcido su pellejo. Mas no lo hicieron porque en el fondo temían a los muertos que han respirado calmones y bordadas en tierras del Paraíso. Podían caer en tremendo desamparo una vez destruido su conjuro.

Blancas, verdes, repetidas geometrías en puertas y ventanas todavía con sol herido. Cubae hacía mucho gesto y gritaba a quienes pasaban sin reparo alguno en su persona, mas nadie volteaba. Se iban de largo distraídos en la baja neblina como si él estuviera excluido y ellos en los mapas de Occidente. Al principio se figuró que todo era debido a los pregonados decretos en contra de sus oficios, (una cola en esa vanidad empecinada en lo aparente) sin embargo cuando un can lo orinó sin maldad, cayó en profundo extravío, fuera del tiempo, como si aquello hubiera sucedido antes del velorio, pues la pelliz olía no a trapo recién orinado, sino a meado reseco. De tal modo que se aprestó a defender aquel repentino terror, guiado por una mariposa de pardos colores que suavemente refocilaba sobre sus orejas. Volando sobre su nariz, lo condujo hasta la Hacienda en duelo, siguiendo el mismo camino de sus captores, y al hacerlo escupía un embriagante aroma parecido al humillo aguado del canuto que chupaba en la isla. Se preguntó si acaso no sería la dulce Cuanube en forma de animal volante; si acaso no había surcado vientos marinos para darle una luz que pudiese iluminar sus dudas en medio desta tierra empapada, siempre de profundos misterios y dioses parlantes que igual estaban clavados en amuralladas cruces o pintados en coloridos telares.

Frente a las caballerizas, una luz rajada lo encandiló. Piquetes húmedos en los párpados; al principio como brisa de playa, luego un trueno de mil potencias y del cielo reventó un aguacero como si alguien hubiese blasfemado contra el santo nombre. Sus ataduras se derritieron poco a poco, hasta el punto en que pudo soltarse sin dificultad. Aunque más asombrado estaba por el hecho de que no hubiera heridas; marcas, nada. La piel salió rosagada cual manita de cerdo. Corrió en busca de mejor sitio, no para ocultarse, sino para ganar más agua bajo aquel estruendo de celestes lombardas, que lejos de amainar aumentaba su tromba, más y más, igual que un chaparrón de trópico nunca visto. Hasta los recios olivos que estaban junto a las arcadas del soportal parecían desgreñados por mano invisible a punto de reventar su espinazo de un tarascón. Ratas flotando en charcas con la barriga hinchada y las patas vueltas arriba, eso fue lo que vio, antes de volver a entrar a la casona de seres horribles. En su torpe carrera pisó a una rabipelada que angustiadamente pataleaba en busca de agujero. No debió estar ahogada del todo, pues Cubae la removió con una calza, y el bicho salió despavorido con chillidos propios de sótano en Catedral. Una vez metido y tiritando en un desván de la caballeriza, recordó el rosario de bubas que le corrían al bicho por todo el lomo hasta la cabeza. Nada importante, se dijo, tratándose de tan inmundos seres en medio de pastos magníficamente anegados. Desde hacía tiempo comprendía que el mundo era posible sin ratas, pero también sin la ciencia del triángulo, sin motetes a media luz, sin bulas pegadas en pórtico, sin séquito que precede al mandamás enfundado en el negro pelliz y abultada gola, en fin, empezaba a comprender más allá de una simple visión *tour.*

Adentro se oía gran regocijo de grillos que saltaban de un seis de bastos a una botella de tinto recién descorchada. Pudo levantarse con ligero quebrantahuesos en la cadera, y a pesar de ello se sintió renovado, casi digno de profesión militar. Ahora le hubiera gustado echarse a correr como infante por esos mil escondrijos que intuía; nada más en busca de vértigo. Pero no, se detuvo, sabía que el futuro inmediato acechaba en peligros. Fue prudente.

Se metió a uno de los cuartos donde había visto esa mañana un sartal de antiguallas, pero esta vez notó que el desorden había retrocedido, como si la mano de cien fámulas hubiese doblado jornada. Las poleas poco antes tiradas, ahora estaban metidas en diferentes nichos libres de cagarruta. El tiradero de pomos medicinales se había transformado en ejército de frascos, marcialmente alineados sobre un estantero aún aromatizado con la misma esencia de nogal que alguna vez había respirado en la casona del rey Fernando. Asimismo monturas, aparejos, básculas, todo bien aceitado como corresponde a comerciantes personas. Pero ya veía el ingenuo cobrizo al primer escarabajo cruzando la punta de su calza con las antenas duras y las patas lamidas para deshollinar costales de harina. El pobre daba vueltas desorientado a causa de un quemante dulzor. No sabía que poco antes alguien había desbodegado un paquete con cincuenta vainas de cacao.

Más adentro, un rumor de fuelles ahogados crecía en torno al muerto. Cubae se adosó al muro en busca de significado. Sentía potencia hundida en lo invisible, algo parecido al relente que lo abrumó la primer vez que tuvo entre manos un astrolabio y una brújula, mas no sabía esa segunda, cómo ni por qué del impulso que lo empujaba de nuevo a esa mazmorra de seres horribles al parecer sin pacificación, amantes del eco; de su propia voz. Y fue al entrar Cubae justo cuando una matrona de bofa papada se demayó con todo y candelabro, haciendo fuego sobre un tafetán, presto sofocado por gentes que

no advirtieron la presencia del extraño. Entonces una mano lo escurrió en medio de aquel destino peligroso hasta la oscuridad de un cuarto adyacente.

Sofocadamente fue adosado al muro como náufrago sacado del mar. Entonces entre sollozos y con su palma tapando toda parla, Gomera contó el secreto de su fuga, trabada en casa de monjas y habló de un viejo algo tullido, sin dientes y morador de ruinas que ofrecióle agua si entregaba placer a cambio. Mas ella, temerosa pero con perruna furia dijo que palo en mano le recordó a su marrana progenie, escupiendo y dándose luego a una carrera picada entre mastines metidos en rejal de huerta. Nunca supo Cubae cómo dio con él sin acuerdo ni consulta, el caso es que al tocar el zumo aguado que manaba su afiebrada piel, sintió la corva del guerrero fallido; algo en el ánimo desplazado, quemado en el estómago, igual a sollado con cadáver. Pero en eso Gomera vomitó un sargacillo bermejo sin baba. Cubae se llevó las palmas a la cabeza. Sentía el final de sus noches errantes y prometió llevarla consigo a tierras calientes.

Después de mediocres exámenes, allá va el cobrizo Hunaib fuera de calabozo, exonerado bajo rúbrica del mismo Serena, quien a esas horas da vueltas en su cuarto-chupeta con un pedazo de lacre durecido entre dientes a fin de aplacarse ampollas de culpa. Anverso, reverso, el desvarío era total. Imposible desafiar más hados sin permiso del dogma. <<¡que se largue, lejos, más allá del rubicón!>>.

O más todavía, rumbo a poniente, donde nadan manatíes y se da mucho arácnido. Sin embargo, tras ocho días de cautiverio estaba molido. Frecuentó tabernas, comió tocino y cecina de rancios humores, deseando unirse al instinto de caída ¿Retornar o permanecer?. No era simple nostalgia. El tiempo se agotaba y sabía que había perdido habilidad en sus trucos del Paraíso. Atrás quedaban aguas de barril transformadas en tónicos de amor. No más botafuegos en plazoleta, ni comilonas de grillos frente a incrédulos que ignoraban los beneficios del bicho. Nunca más enseñaría sus verijas de ángel caído, ni pasaría largas horas dormido sobre hormiguero a las puertas de altos señores. Ubicua sensación, similar a un calor difícil de espantar, aunque ya notaba cierto apego. Su parla clocante se había transformado, ahora soltaba una castilla de vocales anilladas que a lo sumo causaba gracia. Por fin lograba fundirse imitando el aplomo que observaba en adolescentes venecianos, y no era para menos, pues todo selvático, tarde o temprano resulta magnífico en artes de mímesis.

Una tarde apareció en la taberna frecuentada por Diego Montesinos. Al entrar fue reconocido por dos labriegos fieles al temor flamígero, los cuales inmediatamente se persignaron, encogieron sus extremidades y cual murciélagos, se replegaron a nicho sin luz. Ahí estaba el amo, repartiendo sotas con lucida sonrisa, mostrando a todos la primer amalgama fundida en crisoles del Potosí. Lo invitó a picar gambas en salmuera, con aspaviento feliz del que ve retribuida su paga frente a merodeantes. Pero el otro venía primario, sumido en hambres atrasadas, de tal modo que no supo decir palabra, únicamente se dejó caer en la silla de esparto y sin motivo se puso a olfatear los brazos

negros de carbón que lo palmeaban; desconfiado, no fuera otra ocasión de castigo a cintarazos. No, esta vez el territorio se acoplaba. Devoró una gallina silenciosamente, con bisturí hasta en el huesito del rabo. Más tarde, entre balidos, pífanos, cornetas y borrachos, se dieron cita en los orinaderos. Cada uno en su cubil, ahí confesó el amo con sinceridad en falsete, cómo habían arribado nuevos *veedores* en busca de trabucos destinados a galeras, ahora que se faenaba con harta refriega, zafando a corsos de la *Jean Campagne*, lo mismo a fragatas inglesas y cómo de súbito él se había vuelto codiciable a tal grado que no le sería difícil obtener prebenda y buenos reales a cambio de su denuncia. En eso bramaron varias reses, luego un jaleo de hombres empeñados en saber cosas de gentes asiáticas, cuya fuga humillaba. Y ahí está el cobrizo impulsado por una sensación de intolerable vacío, trepando apresuradamente las bardas, más insignificante que desdichado. Sin embargo, cuando resbaló sobre una baldosa, el tiempo se detuvo. Por un segundo nada se movió, todo cesó como en las escrituras. Ni el más mínimo rumor del mundo. Cada ser estaba impedido bajo grandes vejigas dilatando el viento. Pasó un velamen de tul desprendido de su mampara en pleno comercio sexual. Ahí estaba el amo con el puño alzado, la boca eternamente abierta, indiferente a la pluma de trópico afianzada entre sus labios.

Hunaib también parpadeó, probó si todavía estaba, y lo mismo que Jaromir Hladík pensó que algo lo había deslizado hasta esa locura, pero una lluvia de plumas amarillo violetas empezó a caer en el corral, seguida por magnífico aroma de *yopo* quemado y un pequeño pendón caído, cuyos dientes en forma de pelados colmillos apuntaban al mar. Volvió a parpadear, esta vez empeñado en la risa hueca del pringoso Tohil, escondido entre sus muelas....*ji, ji, no eres ya... Condenado estás al errabundo caos.... Retorna sin pregunta....ya pasó tu destino asignado a estas tierras.... ya se hizo grande tu desvío..... Ahora comprende, sé junto a los tuyos.....Algo negro se abate.... Su dios muerde.... tiene garras y habla sin dejarse tocar, ji,ji,ji.... tu deber ha sido desvelado....pero recuerda, antes del retorno....el último día has de comprender...ji,ji...* Volvió a parpadear, el amo terminó el grito que anunciaba cierto escondite en barrio de conversos y Hunaib cayó al otro lado de la barda. Rengo se levantó y echo a correr todavía tufante a yopo. Del otro lado, el amo recogía con torpe gesto el pendón caído.

Casualidad, abandono, simple tránsito hacia lo invisible. El Paraíso execrado iba perdiendo cómplices a favor de conspiradores, indeseables y navegantes que intrigaban en clave secreta. Ciertos libelos basados en alquimias fieles al provecho nocturno, empezaban a circular clandestinamente, negando toda creación a partir del Edén central. Se hablaba del brote *espontáneo* a partir de bulbos concéntricos, uno dentro de otro, como en las esferas de Maimónides y tanto a Hunaib como a Cubae se les había derrumbado su reputación de ángeles emigrados. Ni siquiera desvelados mercantes, pobladores, novicios putones, aventureros que soñaban con pepitas de oro metidas en calzón, acudían a preguntar. Sabían todos que el árbol científico estaba sembrado en algún jardín de Oriente, cuyas tierras de Havila se navegaban a través de cuatro deltas afluentes al mismo río. Y por si fuera poco la externidad que los conectaba con Adán había desaparecido. Hunaib se desnudaba desde hacía varios días, únicamente en nichos oscuros y Cubae orinaba metido en barril con suma dificultad, ambos ya sometidos al pudibundo actuar que propicia todo pecado. (Excelentes atmósferas para Freud. Si hubiese rondado por ahí, seguramente habría notado que toda neurosis parte de la culpa inconsciente; es decir del pudor) Además, quienes los habían visto en faenas manuales,

aseguraban que había excesivo sudor en las frentes, inequívoca señal de expulsados como el torpe Adán. Incluso hubo rebatingas entre bambalias de púlpito para decidir si los taínos provenían del ramal reaccionario de Caín o si acaso eran como afirmaba Fray Buil, efebos carnalizados a partir de una profecía cumplida más allá del mar.

Fue entonces cuando Hunaib supo que ya no era anfibio. Las cutículas escamadas del pie, habíanse mudado por la simple uña del terrestre. Donde antes sólo había piel en cubretestículo, ahora nacía un tímido vellón que sin saberlo, empezaba a endurecerse cada vez que practicaba el semen retenido para no proliferar en estado de culpa. Desde hacía tiempo, ya no se acoplaba rítmicamente como hacían los monitos en su árbol. Ahora se refocilaba en lechos vírgenes, mirándose al espejo varias veces junto a su hembra, goloso, pero aterrorizado ante el naciente dolor-placer que definitivamente confundía.

Cierta noche en los altos de una taberna, Hunaib sintió que la puerta de gruesas maderas se abría sin permiso. Entró Marimar la pequeña. Parecía cansada, no del otro mundo, sino de tantos hombres que le habían fatigado el ombligo sin pronunciar su nombre; callados igual a ella en esa noche de filtrada luna. También Hunaib no supo articular vocablo. Estaba torpe, obnubilado, miraba la sabrosa desnudez bajo el dril como chulo pasmado a las puertas de un gineceo. Aquellos labios alguna vez carminados, ahora estaban pálidamente amarillos y pringados con grumos de sal brillante. Rayas pintadas con pulpa de flor en el rostro, cabellos largos, tan largos que podían lamer el suelo. Además aquella pelambre negra como la crin de los caballos estaba ensortijada con dientes de caimán. Las uñas alargadas y negras. Un brazalete de conchas le rodeaba el cuello. Desde un principio lo supo, de tal modo que Hunaib la invitó sin pregunta, pues ambos habían extraviado el tiempo y carecían de consumisión. Primero dulce, luego amachado la roturó con plopantes dibujos de lengua. Enseguida atravesó la membrana de Marimar cuya respuesta de ternura absolutamente apaciguada, lo plantó en los precipicios de lo que sin duda era su primer experiencia delicadamente sensual. Entre vivos y muertos alcanzaron la cristalización sublime de los gnósticos. Finalmente llegó un estertor perenne, algo parecido al zarandeo más dulce que idealizado aparece en los sueños de todo monje.

Desgreñado en su cuadrilátero contó Hunaib que una vez el Almirante le había llamado <<epicúreo>>. Ella sonrió y retirando el condón de tripa de carnero respondió con ahuecada voz: <<pues ahora también eres erótico>>. Parecía increíble tanta versación donde no había metáfora, sólo proliferación de gesto sin código. Fue así recostado, todavía metido en esos muslos carentes de temperatura, como entendió Hunaib que las tragedias en todo pueblo, llegarían tarde o temprano a partir de la sexualidad convertida en placer. Presentía los terrores de la cópula reproductora como un espejo, pero también del deseo que vuelve solitarios a los hombres. Marimar en cambio no mentalizaba, estaba feliz en su fugacidad. Incluso tomó un hilito de baba

mercurial entre sus muslos, alzó los dedos y como una faraona que disfruta la ritualidad amatoria, sopló.

Aquella volátil humedad, aromaba un perfume parecido al afrodisiaco *benjuí* que lentamente salió del cuarto, descendió escaleras y filtrado entre las ranuras del granero, provocó el desquicio en las jacas jóvenes que pronto empezaron a patear las puertas en reclamo de su macho. Las mujeres dormidas en la taberna se revolvían empapadas, como si un castigo de perversidad sin límite les hubiese desatado definitivamente las amarras de la fantasía. Algunas amanecieron roturadas en un cesto de mimbre. Se les notaba el rostro feliz como si hubiesen experimentado el trimesí de los bienaventurados. Por algo sería; la mucama tuvo que subir a los cuartos a despertar a quienes no daban trazas de levantarse. A todas las encontró dormidas en posición fetal.

Marimar se puso de pie. Caminó hacia la ventana. Se acuclilló, desanudó un pequeño envoltorio que traía y sacó un cuenco envuelto en la piel de un perrito. Lentamente deshizo el nudo y le pidió a Hunaib que bebiese como si aquello fuese algo repetido todos los días de su vida. El otro, fracturado en su frescura se acuclilló y bebió sin musitar interjección. Ella se limitó a poner una mano sobre el miembro flácido para mantener ligaduras con este mundo. Cuando Hunaib terminó de beber ambos parecían desterrados en aquella penumbra ciertamente misteriosa, pues la daga lunar formaba un círculo sobre el camastro y permanecía ahí como el rosetón de la gran diosa desmembrada *Coyolxauhqui.*

<<¡Yohuto!>>

Sólo él podía reconocer la sangre paterna sin beberla demasiado. Pero qué significaba: ¿muerte, vida o simple tránsito?. No quería saber. Arrojó el cuenco desde el balcón.

<<Vive, tu padre sigue siendo pluma de tucán, aunque desde hace tiempo sin origen, pues un tal Bobadilla lo ha comprado para el próspero negocio de sahumar pescado *borucan*, vendible a naves de gran calado>>

Para el joven taíno, aquello era una proyección difícil de interpretar. Sin embargo, imaginó como hace un ilusionista, a su viejo plantado bajo la escotilla de una borda, mirando a quienes asomaban el gaznate recién salidos de la penumbra de un sollado. El viejo Yohuto parecía un ser infinitamente despersonalizado, exótico, huesudo, casi tontón. Fue un momento previo al alba. Su nervadura morena y el espinazo traslúcido a ras de piel, bamboleaba sobre una ampolleta a orillas de la playa. Jalonaba cuerdas para que ascendiesen el *borucan*. Luego se hundía en busca del doblón arrojado y cuando salía con su tesoro ya los hombres del navío eran cadáveres vivientes, apoyados todos contra las bordas. Reían, mostraban sus dentaduras podridas y señalaban con lujuriante sorna al triste Yohuto, a su padre, nada más a él que nada entendía pero todo soportaba sin demora.

Fue un segundo. Hunaib escuchó eco de risas y vio un revuelo de monos y papagayos que huían despavoridos entre la manigua. Marimar lo sacó del trance con ligero chupete de lóbulo, Pero Hunaib esquivó, todavía maleado por la dimensión erotizada y el tráfico imaginario que acababa de alcanzar. Ambos presentían la bastedad de un nuevo exterminio civilizador. Sin embargo también comprendían lo efímero de aquel encuentro. Volvieron al acoplo, esta vez regalándose una ternura más apacible, girando lentamente sobre un solo eje antes de hundirse en la obscuridad. Así los atrapó un sueño profundo, plagado de seres oceánicos.

Pero al día siguiente Hunaib despertó ahogado en su propia respiración, jadeante como asmático; el cuello empapado y toda la piel impregnada por una película finísima de sal. Se dio cuenta de que Marimar había desaparecido a pesar del fuerte sancocho a hembra que manaba la sábana. Rápido se vistió. Tenía la sensación de que faltaban pocas horas para corregir una parte de su destino. Entonces se colocó una boineta con una pluma de colibrí encajada y se deslizó por la ventana sin mucho aspaviento, pues ya tocaba la mucama del tendero y no podía permitirse un castigo de faenas inútiles. Nada más poner pies en tierra, se encogió de hombros y emprendió una obsesiva caminata, rengo aún y con las hambres propias de quien ha vaciado su potencia.

Mucho tráfico de cristiano, la mayoría zapadores y picapedreros venidos desde lejanas tierras a sacar provecho del nuevo templo dedicado a Nuestra Señora de los Milagros. Muchos hebreos atravesaban la plaza sólo de noche, acostumbrados desde hacía más de un siglo, cuando más prosperó la ibera afición de perseguir *Deus enemicis* hasta bajo las piedras, aunque sabían que lo peor pasaba desapercibido, sin espectacularidad en el riesgo. Sabían, presentían que todo hombre tras la testuz del palio y la sotana, siempre ve mala sombra donde no se conoce el signo de la cruz.

Montado en su percherón, cierto alguacil que aspaventeaba con didáctica autoridad se le emparejó al trote, observándolo como buen catador de reses; le preguntó si también buscaba provecho en aquellos tiempos afortunados, pero el indiano siguió sus pasos, metido en silencio absoluto; diríase problematizado, solipsista. Entonces el jinete le arrojó un puño de pepitas y se confundió entre seres desconocidos. Hunaib caminó por una calle neblinosa, veía sin ver a gente humilde que venía jalando carretas cargadas con piedra para los contrafuertes. Iban todos camino a los periplos del gigantesco edificio. Malamente uno de ellos habíase derrengado. Lo picaron con una alabarda hasta desmayarlo. Pasaba él en ese momento, pero se detuvo ante la presencia amenazante del guardia, quien daba la impresión de estar dispuesto a librar una payada contra el primer negado. Así que al ver a Hunaib, le hizo un gesto mandón y lo citó con la ronca voz del acostumbrado a represión. Pero esta vez sabía que no podía arriesgar un solo instante, de tal modo que se quitó la boineta, lo saludó ceremoniosamente y siguió de largo media legua más arriba, hasta la calleja Tordesillas, cuya desembocadura tenía forma de hocico devorando niebla. Justo ahí, extravió las coordenadas del instinto. Cayó en la mutación esencial de un silencio atroz, como de Juan Preciado a las puertas de Comala. Tomó una canterilla rodada para sentarse a horcajadas sobre ella y respiró profundo, con los hoyuelos de la nariz bien alzados para contener el aire sin desliz; de tal manera que poco a poco fue logrando olfatividad hipersensible hasta el grado cero del despojado que prescinde toda avidez sin misterio, sin vacío, sin muerte, sin miedo.

Habiendo advertido varios grados de mutación, empezó a percibir una salinidad mareante, cuya mágica intensidad le sacudió el lóbulo con todo y *areito*.

Se levantó y caminó lento, resucitado. Fue despojando toda vestidura hasta la desnudez primigenia del taíno. Se metió en la niebla logrando una fusión de sublime belleza. Mientras caminaba, le salió al paso una carretilla abandonada. Había mangos tirados y estaba cubierta por una mantilla verde con brocados y estrellas esparcidas. Hunaib destapó una orilla y vio cabezas degolladas tamaño melón, todavía con las greñitas embarradas, el labio zurcido y punto de cruz en cada párpado. Se llevó las manos al rostro, dando pasos atrás, acaso temeroso, acaso culpable, de algo que por primera vez le parecía excesiva crueldad. No, no era verdad, no podía ser un simple

naboría como él, acostumbrado a esos mismos trofeos desde niño encontrados en apartadas tierras de carib, no, no..... Pegó su cuerpo contra las aldabas de una puerta, provocando un eco de negrura que se perdió en algún sitio lejano. Colábase un viento helado a la altura de los tobillos. ¿Qué hacer?. ¿A dónde continuar?. Sentíase a punto de algo desgraciado. Pero si había deseado saber, debía continuar sin temor a las potencias del destino. Entonces afianzó el mango de la carretilla y empujó con denodada fuerza, varias veces, hasta que de tanto golpe, reventó las aldabas. Un aluvión de hojarasca volada lo recibió como si Tohili hubiese tosido. Colgaba en su esquinero un pequeño arácnido que andaba en faenas de cópula. Mal agüero sin duda. Tendría que empezar de nuevo, sin conjeturas escépticas. Desprendió la telaraña con excelente *bisturí*, colocándola sobre su nuca y pasándose un hilo de pulpa alrededor del cuello: bulbo sin maldad, pequeño espejo premoriente, sabiduría del equilibrio dual. Lo hizo con sobriedad sincera, recordando que el primer hombre había nacido porque gran tarántula decidió escupirlo un día de su barriga.

Ya una vez adentro, mientras caminaba, fue tropezando con restos de armadura y otros utensilios que al ser movidos asustaban a las ratas y a otros bichos que salían escurridos. Una mosca zumbona. Restos de fango entre las uñas. Con cuidado pellizcaba zanguijuelas y limpiábase humedad en el rostro. Poco a poco se iba estrechando el espacio en forma de útero, hasta que finalmente una daga de luz bañó su rostro, cegándolo como al profeta ante la divinidad.

Finalmente salió a un lugar nada parecido a lo que imaginaba. Presintió la inminencia de algo terrible.

Al centro de un patio lleno de plantas, flores y algunos guacamayos mascando sobre un palo, yacía una mujer con su hombre abrazado a los pies de una fontana en forma de tritón. Hunaib contempló sin atreverse a dar un paso; confundido, exánime, incapaz de comprender aquella externidad.

Gomera, extraviada, casi dormida tenía los ojos ardidos por el llanto y entonaba lentísimo una siguiriya

En este rinconcito...
dejadme llorar,...
que se m' ha muerto la mare de mi alma...
y no la veré más....

<<Hunaib Puh Azhogue, tal es mi nombre>>

Cuando se acercó, Gomera mostró la daga clavada en el pecho de Cubae Zoh, con el mango en cruz y el inefable signo de los Trastámara.[10]¡Qué vértigo!. Se repetía lo acontecido en las ruinas de un santuario muchos años atrás... ¿o acaso siglos?. Aquella vez Hunaib había muerto en el sueño para que su hermano viviese. Ahora no soñaba, pero tampoco sentía dolor, pues sabía que el camino de la muerte, en el fondo es un refugio.

<<Me dijo antes de morir que sólo tú, el Hunaib Puh. Retirad la daga. Vamos, que me lo han matao con mala leche..Sólo Hunai, me dijo...el otro...naborí, naborí>>

[10] Hoy, gracias al trabajo de antropólogos dominicanos, ha podido identificarse la herida, justo al centro del pecho, entre clavícula y esternón

Así lo hizo, empuñando ambas manos para no molestar demasiado al espíritu del cemí[11].Lamió el último lunar de sal desecada, cortó el cuerito de los testículos y descendió el cuerpo bajo el agua de la pileta. Un vapor delgado los envolvió sin asombro, pues ambos sabían que no se trataba del simple despojo funerario, sino de la fertilización que facilita el viaje al espíritu salino.

<<Esos monstruos del crepúsculo, han dibujado jaguares y serpientes>>

Hacia la perdida esplendencia, un abrazo hermanable, deseando cierto caos primordial. Fue como si hubieran comprendido la importancia del encuentro, aunque ya se sabe: en medio del dolor, se pacta una egolatría fácilmente erotizable, por lo que Gomera vistió a Hunaib Puh con las ropas de su hermano.

Esa noche rondaba el astro anémico, serenando su autoridad, aproximando a los dioses menores que hablan, ríen y aman como los débiles humanos. Cada vida permanecía oculta en un palimpsesto y era lentamente descifrada por los funcionarios de la divinidad oficial. De hecho Hunaib no preguntó lo que ya sabía: Cubae había caído a manos de una hermandad resecada por la subrepticia proliferación de marranos.

<<Fueron tres. Venían por la calle Huesca metíos en capucha. Yo los crucé mientras bajaba en busca de ajo. Iban rápido como huyentes de algo. Presentí la noria de un mal imposible de saber. Él se había quedao desnudo a platicar sincero con el cemí. Cuando volví ya estaba tirao con mucha sangre y nada más alcanzó a balbucir lo que ya sabéis>>.

Mientras tanto, en las llanuras de trigo que bajan por el Guadalquivir, una coz de caballo partía el pecho del obispo Bonifacio Serena y al otro lado del mar, un pequeño chamán estaba soñando esa misma escena de muerte mientras dormía en su hamaca de palma junto a las aguas frescas del río Grijalva.

Misterios aparte, nadie ha desvelado el enigma del pergamino encontrado adentro de la cajita oblonga[12]

---

[11] Entre los suyos, había desarrollado una metempsicosis limitada a la transmigración de una divinidad, que permanecía en el cadáver, hasta que fuese develada la causa mortal.

[12] Se sabe que entre el pergamino concedido a Diego Morcillo y el encontrado junto al cadáver de Bonifacio, no hay diferencia posible, salvo en los respectivos nombres del nuevo Virrey. Los contemporáneos del obispo no podían reconocer la rúbrica de Felipe V, quien realmente había firmado tres siglos después. Acaso imaginaron que se trataba de una broma estamentaria. Muchos años después, los contemporáneos del monarca español también supusieron alguna broma, pues daban por sentado que las tautologías anacrónicas son imposibles.

Ya no se hablaba de falsas Repúblicas sino de utopías capaces de perfecta quietud. La pera imaginada por Christóforo con el Paraíso en la tetilla y el árbol de la vida sembrado en el rabillo, parecía cosa de tontos. Ahora nuevas pujanzas vindicaban a Platón, que seguramente pasaba jornadas felices rascándose el ombligo en algún cojín del Empíreo, pues una vez pinchado el Atlántico, ya nada podría contra las terribles fauces de la quimera civilizadora. Edictos y bulas pegadas en las puertas de los templos anunciaron la buena nueva: *seres sin tiempo-eje; inconscientes de sí; vertebrados pero sin alma; comunitarios, ignorantes del meeum y tuum; carentes de pelambre emparentada con león, más bien hembrunos, inviriles, antifálicos; amantes del húmedo eter; fundidos a natura; incapaces de cividad. Hijos del mamífero encogido; tragadores del bicho que salta; - Mundo agua, caliente, bajo, cercano al gusano que todo lo pudre; mundo hirviente, fragua que ansía llamas de belcebú. Ser o nunca ser, mundo pantano, adicto a lo simple; techo enredado, verde, ponzoñasgo del pecado lluvioso, diluvio, siempre diluvio, nunca tierra desaguada; siempre mutable*, *naturmenschen...esclavo mundo justificado ya por el filósofo y aprobado a maravilla desde Roma con amor; ignorantes de trinidad; ambiguos; afanados en el cuatro cita ídolos que beben sangre, adorantes de la serpiente y cautivos del ciclo infinito pero excluidos de toda esfera. Mundo yerba, lejano, otro, el otro, no acá, diferente, diverso, dual.....extraño.... Mundo Nuevo.*

Cuánta viveza. Es la fiesta de los fuegos, primera escenificación de la gesta. David con su traje de mármol obsequia bollos y amenaza con bocanadas de fuego al moro enemigo que no cede sus bastiones. Atrás los argonautas Fernando e Isabel. Poseidón y Ulises han castigado al mundo. Polifemo llora la impotencia de su ojo, levanta una bota y bebe, desafiando el fuego de las lombardas. Ahí están las cuatro partes del mundo dibujadas mediante cohetones amarillos, rojos, verdes y violetados. Más acá Lucifer sopla su gran caracol y vende las buhonerías de Jauja que un maestre le arroja desde su barquito. A todos enseña sus dientes filudos y riendo se entrega a la danza más extravagante que hubiérase visto. No muy lejos, escondido tras una mampara de camafeos, observa Hunaib Puh al pregonero de rostro pintado que arroja naipes y anuncia la maravilla de ciudades donde nunca se acaban los vigores y por igual son de oro, caminos, retretes, cazuelas o altares. Hunaib, animado por el vino se acercó a la fuente de los portentos, donde ya estaba montado el pregonero sobre el tritón y prometía con exagerada gesticulación que muy pronto sería llenada con aguas del río Pisón, de tal modo que nada más hundir las cabezas y a todo cristiano le sería devuelta una salud libre de arrugas, con los cabellos brillantes y las potencias de un burro nostálgico en artes de amar. Sin embargo su voz tenía la huecura de un ser infinitamente ausente. (Furtivamente observa que el camisón está mapeado de rojo). Hunaib preguntó inútilmente, hasta que al cabo de un rato el pregonero silbó nítido. Acudieron a él un mico y un papagayo que jugaban trepados en el mástil del barquito. Entonces Hunaib supo, cuando el rostro pintado, los ojos inyectados se volvieron hacia él *<<ji, ji...soy el Cubae, tonto. Desde las negras vigilias te hablo, pequeño behique. Has extinguido tu tiempo como las flores que perecieron. Ya no eres primigenio..ji, ji...mira>>*

Entonces le mostró de un girón la herida en el pecho y soltó pavorosa carcajada. Hunaib se vio rodeado de perros vagabundos que melosamente lamíanle manos y brazos. (Estaba perdiendo salinidad en el sudor y eso gustaba), hasta que finalmente se escurrió entre amazonas, antropófagos y apóstoles. Se metió sin darse cuenta en la escena del génesis, ocultándose tras un falso manzano, pero ya salía el torpe Adán con su hojita de parra y el fruto mordido, a grandes voces discutiendo con el creador, quien hacía ver la miseria de tantos pobres idólatras, engañados por embustes de fémina. Así, sin saber cómo, salió de la fiesta expulsado por la puerta norte del paraíso (el génesis no registra que el primer hombre haya descolgado una racimo de uvas enredadas en el arco pérgola).

Meses más tarde, yacía Gomera sobre un camastrín de taberna con tremendos sudores y unos jadeos, como si la estuvieran purificando con arrancauñas de Solingen. Hunaib aplicaba el paño crudo sobre la frente; así todo el día luchando contra malos humores, hediondeces de mugre y ratones que salían a dejar galletas rumiadas. Pero ya sabía Hunaib que el destino es riachuelo sometido a inextricables causes, y algo palpable: todo gran dolor deriva necesariamente en su antagónica vida. Cantó. Sacó polvo a manera de *pom*, lo puso en cuenco y empezó a sahumar a la manera de los antiguos.

En el calor que soflama humores, fácilmente se desatan chismes, insidias, calumnias, malos augurios relacionados con prejuicios muy apegados al filosofar de la época. No era para menos: apostasía, sedición, connubio, ligazones entre beatas y falsos cristianos. A Gomera le atribuían hasta regocijos en festines de leprosos. De ahí que Bonifacio Serena, días antes de su muerte y una vez visitado por la descalza Sor Agripa, haya mandado misiva de cuatro pliegos al Gobernador para que se abstuviese de imaginaciones con hiel y tomase pertinencias destinadas a la buena custodia del primer mestizo, próximo a nacer en tierras del Reino. Pero ya se sabe: quien escribe no reconoce los derroteros de la fatalidad.

Días después, cuando Sancio, primer ayuda de cámara, entró saludando al dormitorio de su majestad con los pliegos de Bonifacio bajo el brazo, únicamente fue respondido por el rumor de una mosca. Encontró al Señor Gobernador con el rostro lívido como si trajera mascarilla de cera, la papada hinchada en bubas, boquiabierto y mirando fijamente al Hércules de la bóveda (La escena, dignísima de un Murillo). Al día siguiente encontraron a Reinaldo el Corcovado escondido en una de las vaquerizas. Tenía las manos llenas de sangre reseca y en un dobladillo de mantón llevaba el cuchillo para desollar cerdos con que había cortado la garganta de su amo. Fue inútil hacerlo hablar. De nada valieron golpes y azotes. Habíase vuelto idiota para siempre.

Todo era sin segmentos, el círculo fatal determinado por todas las creaturas de carib se había cumplido. Incluso más allá, en la cima del gran templo central del Tenoch, también era elevado un corazón recién liberado por el quinto sacerdote, quien devotamente depositaba el sagrado bulbo en el *quauhxicalli.*

Antes del crepúsculo nació Bohique Yohi, el primer mestizo emparentado con la sequedad. Hunaib Puh lo recibió todavía enredado en su alga marina, feliz a pesar del tono pálido como ajeno a estirpe solar. Lo lamió y sonrió porque sentía salinidad aceptable. Comprobó inmediatamente su capacidad flotante, pero notó que se hundía en la tinaja. No tenía piel unitiva en los deditos del pie.....no era anfibio. Todo pues

extinguido, consumisión impersonal una vez despejado el paraje del más acá. Gomera, en su mística independiente, recostó al pequeño y amamantó con extrema devoción, pues reconstruía un mundo en otro. Sabíase fundadora. El indiano salió de puntitas, algo pasmado ante el aura que delicadamente recuperaba la primigenia sustancia. Por primera vez pasó del pudor al intimismo.

Era la primavera de 1502. El nuevo ciclo teogenético lo quemaba. Esa misma tarde Hunaib decidió sin mucha demora: a Sevilla, donde los muelles encantados resonaban letanías bajo las nubes calientes y el santo venero mercanteaba espléndidamente. Familias enteras, hidalgos malhabidos, picadores con sus caballos; mesoneros que cerraban el negocio entre ansias de perduración y el horrible tránsito de la existencia humana. Él también deseaba instalarse en su propia autoridad, sin formas purificadas, sin brusca luz, otra vez arácnido, elemental, frontero entre vida y muerte, espejo, sueño, tiempo, sol, agua....nuevo, Mundo Nuevo.

Madrid, 1995.